

Eleva tu corazón

Una guía para la paz espiritual

Fulton J. Sheen

Grupo Editorial Lumen

Buenos Aires - México

Colección **Fulton Sheen**

Coordinación gráfica: Lorenzo D. Ficarelli

Armado: María Andrea Di Stasi

Corrección: María Paula Cañon

Título original: *Lift Up Your Heart. A Guide to Spiritual Peace.*

© 1950 by Fulton J. Sheen

Publicado por Triumph™ Books, Liguori, Missouri.

Nihil Obstat: Rt. Rev. John M. A. Fearn, S. T. D., Censor Librorum

Imprimatur: † Francis Cardinal Spellman, Arzobispo de Nueva York.

291.4	Sheen, Fulton
SHE	Eleva tu corazón. - 1ª ed.- Buenos Aires : Lumen, 2003. 288 p. : 22x15 cm.
	Traducción de: Marcela Solá
	ISBN 987-00-0367-2
	I. Título - I. Espiritualidad

No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni su transmisión de ninguna forma, ya sea electrónica, mecánica, por fotocopia, por registro u otros métodos, ni cualquier comunicación pública por sistemas alámbricos o inalámbricos, comprendida la puesta a disposición del público de la obra de tal forma que los miembros del público puedan acceder a esta obra desde el lugar y en el momento que cada uno elija, o por otros medios, sin el permiso previo y por escrito del editor.

© Editorial Distribuidora Lumen SRL, 2003.

Grupo Editorial Lumen

Viamonte 1674, (C1055ABF) Buenos Aires, República Argentina

4373-1414 (líneas rotativas) • Fax (54-11) 4375-0453

E-mail: editorial@lumen.com.ar

<http://www.lumen.com.ar>

Hecho el depósito que previene la ley 11.723

Todos los derechos reservados

LIBRO DE EDICIÓN ARGENTINA

PRINTED IN ARGENTINA

DEDICATORIA

*Cuando los martillos golpean y la hoz siega
cuando los átomos estallan y la batalla arrecia
soplan vientos de guerra
a la orden del rojo Lucifer y de su infierno,
¡eleva tu corazón!
Dios prometió que el pie de una virgen
aplastaría a estas cobras de la noche*

*Al
Inmaculado Corazón,
Madre de la Gracia Divina,
estén escritas estas vacilantes palabras
y dedicado este libro,
en orante esperanza
de que como celestial tentadora
y con engaño leal,
ella
nos entregue a su Hijo
como libres cautivos del amor divino*

Índice

Primera parte: El plano del ego

1. El ego y el yo	11
2. El egocéntrico y el escapista	21
3. Por qué el ego teme mejorar	35
4. Cuando el ego se entrega	49
5. La filosofía del placer.....	59
6. Cómo irrumpe Dios en el ego.....	67

Segunda parte: El plano del yo

7. Conocimiento del yo	81
8. Las siete plagas del carácter	91
9. Colocando el ego en su lugar	103
10. Autodisciplina.....	117
11. El surgimiento del carácter	129

Tercera parte: El nivel Divino

12. El efecto de la conducta sobre nuestras creencias	147
13. Gracia negra y gracia blanca.....	161
14. La capacidad de trascendencia personal.....	177
15. Plegaria y meditación.....	191
16. Santificar el momento	213
17. Más allá de lo meramente humano	227
18. Celo por el prójimo	247
19. Compensando el pasado.....	255
20. El sabueso del Cielo	265

PRIMERA PARTE

EL PLANO DEL EGO

1. El ego y el yo

La historia del Dr. Jeckyll y Mr. Hyde es la de todo hombre nacido de mujer, porque dentro de cada uno de nosotros conviven dos naturalezas: el ego y el yo. El sí mismo que parecemos, y el que somos. El hombre que los otros conocen, y el hombre desconocido para los demás. El ego es lo que creemos ser; el yo es lo que en realidad somos. El ego es el niño malcriado que tenemos dentro, egoísta, perulante, bullicioso y malcriado. Es la creación de nuestros errores en el vivir. ¡El yo es nuestra personalidad, hecha a imagen y semejanza de Dios!

Las dos naturalezas no pueden ser vividas en forma simultánea. Si intentamos hacerlo, sufrimos remordimientos, ansiedad e insatisfacción interior. Para encontrar la verdadera libertad dentro de nosotros, el ego debe rendirse ante el nacimiento de nuestra verdadera personalidad. Pero su naturaleza aparente resulta una compañía tan familiar para ciertas personas que no puede ser dejada de lado con facilidad, ni es de utilidad alguna decirles que esta naturaleza superficial no tiene un lugar legítimo dentro de ellas. Semejante a una escultura vaciada, el falso ego debe ser recortado, extraído, y esto es un proceso que implica desapego, dolor y cierta indignidad.

Quando el ego domina nuestra vidas, culpamos a otros por pequeñas faltas y excusamos nuestras grandes faltas. Vemos la paja en el ojo ajeno e ignoramos la viga en el nuestro. Hacemos daño a otros y negamos que exista culpa en ello; otros nos dañan y decimos que deberían haber sabido lo que hacían. Odiamos a los demás y lo llamamos "celo". Lisonjeamos a otros por lo que pueden hacer por nosotros y llamamos a esto "amor"; les mentimos y lo llamamos "tacto". Somos lentos para defen-

der los derechos de Dios en público y lo llamamos "prudencia"; hacemos a un lado a los demás de modo egoísta y lo llamamos "defender nuestros derechos". Juzgamos al prójimo y decimos que estamos "enfrentando los hechos", y nos negamos a abandonar nuestra vida pecadora y llamamos a quien lo hace: "escapista". Abusamos de la comida y lo llamamos "salud"; amontonamos más riqueza de la necesaria para nuestra estilo de vida y lo llamamos "seguridad". Envidiamos la riqueza de los otros y nos apodamos "defensores de los oprimidos". Negamos principios inviolables de la ley, nos ponemos firmes y nos llamamos "liberales". Comenzamos las oraciones con "yo" y decimos de nuestro prójimo que es aburrido porque insiste en hablar de sí mismo, cuando deseamos hablar de nosotros. Arruinamos nuestra vida familiar con el divorcio, y alegamos que debemos "vivir nuestras propias vidas". Creemos ser virtuosos sólo porque hemos encontrado a alguien que es inmoral.

A nuestra holgazanería e indolencia llamamos "vivir sensatamente". Disfrizamos nuestro rechazo al trabajo ensalzando el socialismo donde el Estado lo hace todo. Deseamos tanto ser amados que nos olvidamos de amar. Alimentamos nuestros problemas de tal manera que olvidamos ver la afabilidad en otros. Poseemos dinero y creemos, por lo tanto, que tenemos mérito. Criticamos al prójimo de manera injusta, con la excusa de que deberían conocer la verdad sobre sí mismos. Juzgamos nuestras virtudes por los vicios de los que nos abstenemos. Nos damos aires por los oropeles que envuelven la caja de nuestra vida y lo llamamos "encanto". Nos negamos a decidirnos por alguna cosa y alardeamos de ser mentes amplias. Estas son las tentaciones a las que todos estamos sujetos cuando permitimos que nuestro ego nos gobierne.

Aquellos que glorifican el ego, o su naturaleza aparente, a menudo desarrollan un interés vicario en resolver problemas que no les conciernen, como una manera de no abordar su propio problema de egoísmo. Uno se pregunta si el interés contemporáneo por el cine de misterio o policial, y las historias de horror de los diarios, no será la admisión de que millones de personas sienten la necesidad de resolver importantes problemas personales, pero en vez de enfrentar los enigmas de nuestra personalidad, que son en verdad difíciles, desplazan el problema y estudian

los acontecimientos desconcertantes en los demás. El hombre al que atormentan los horrores de su propia alma gusta de escuchar horrores mayores de los demás, o verlos en la pantalla, para, de ese modo, olvidar por un momento el propio infierno que lleva dentro.

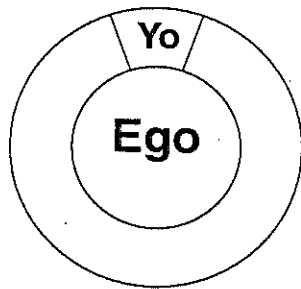
Cuando hablamos acerca de otra gente, a menudo preguntamos: "¿Por qué no reconoce sus propias faltas?" El motivo es que "él" nunca ha practicado la introspección; su ego ha obscurecido a su yo; su egoísmo ha ahogado su personalidad. Por otra parte, los que vemos la falta, estamos algunas veces —no siempre— revelando la propia, ya que, ¿cómo es posible que alguno de nosotros diga "ella es celosa" o "ella es chismosa" a menos que conozcamos en nuestro propio corazón cómo es ser celosa o chismosa? Nuestro Señor nos advirtió: "No juzguen para no ser juzgados" (Mt 7, 1). Enjuiciar a nuestro vecino es una revelación de nuestros propios sentimientos y, por lo tanto, un juicio sobre nosotros mismos. La sensibilidad y susceptibilidad mismas de algunas personas, la manera violenta en la que reaccionan a las críticas, nos indican de qué manera protegen su propio falso ego, el miedo que tienen de atreverse a manifestar su verdadera personalidad a la luz del día.

Dado que el ego y el yo, o la personalidad superficial y la real, están relacionados como la vaina a la semilla, se sigue de ello que el yo no se revela hasta que no se aparta al ego. La manzana no se transforma en árbol hasta que la pulpa exterior que la recubre no cae y la semilla queda libre para crecer.

Muchos escritos nos enseñan, hoy en día, cómo engañar a la gente mediante los halagos o cómo ganar sus favores, teniendo una mente amplia para con sus virtudes y sus vicios; son, en realidad, apelaciones a nuestro egotismo. Su resultado es que vuelven al ego más egoísta, a la vaina más impenetrable, e impiden, efectivamente, la liberación del yo o verdadera personalidad. Usar a los demás como instrumento de nuestras ambiciones es la antítesis de amarlos y de nuestro desarrollo personal. Aquellos que llevan un constante disfraz sobre su verdadera personalidad no sólo se descubren ante sus vecinos en momentos de tensión como personalidades completamente diferentes, sino que no tienen dentro de ellos el mínimo de conciencia verdadera necesaria para la vida. Su

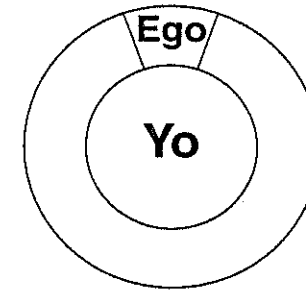
sentido de la propia individualidad está tan completamente exteriorizada, depende de tal manera del aprecio de los demás, que nunca se sienten integrados, no pueden jamás sentirse en paz. Sus emociones están en guerra con sus acciones. Dentro de sus pechos pareciera desarrollarse un conflicto constante entre lo que *deberían* ser y lo que *son*. Siempre ocupados con las apariencias y con sus propias emociones superficiales, esas personas se vuelven incapaces de amar en el verdadero sentido de la palabra. Aman la *experiencia* del amor, pero no aman a nadie, porque casi no son personas ellos mismos. Sienten miedo de mirar dentro de ellos a causa de los secretos que oculta su alma, aborrecen el silencio y la quietud, ya que sólo los que tienen un alma en paz pueden vivir consigo mismos.

La diferencia entre la persona en la que domina el ego o el egoísmo y aquella en que domina el yo o personalidad muestra la diferencia entre la falsa alegría y la verdadera felicidad, entre una vida normal y una vida neurótica. El egotista puede ser representado de la siguiente manera:



El ego—la máscara que mostrará al mundo— es el interés central de su vida. La valoración de todos sus deseos, pensamientos y afectos, está en relación con esto. El yo, o verdadero sí mismo, que contiene la Imagen divina, es muy débil en él e influencia sólo una pequeña área de la circunferencia de su vida.

En una persona normal, la situación se revierte:



La personalidad (que está enraizada en Dios) ha ocupado el centro de su vida, mientras que el ego o el egoísmo es tan superficial que casi no se nota. Pero esto no significa que la personalidad individual se ha perdido; por el contrario, es más fuerte y mucho más individual que en el caso de la persona dominada por el ego. El yo, la verdadera personalidad, es lo que los filósofos llaman "subsistente", es decir, que puede retornar a su propia esencia, coincidir consigo mismo, verse como realmente es y conocerse a través de la reflexión. Cada personalidad humana es tan inviolable que sobresale, entre las otras personalidades, como única, incomunicable y absolutamente distinta. Es debido a su propia personalidad, o yo, que cada persona es un misterio precioso. Un individuo no puede ser pesado por la opinión pública, no puede ser medido por sus condicionamientos, sólo se pertenece a sí mismo y ninguna criatura en el mundo puede penetrar su misterio, excepto el Dios que lo creó. La dignidad del yo está más allá de nuestros cálculos.

Pero el ego está hecho a la imagen y semejanza del espíritu del mundo en el que habita, de la misma manera en que el yo está hecho a la imagen y semejanza del Dios eterno. El ego es conformista, se "adapta" a su tiempo; pero las Escrituras nos advierten: "No te amoldes al mundo". Al trascender la mundanidad, el yo ha obtenido la libertad interior. El ego está siempre centrado en él; la personalidad, puesto que es esencialmente un misterio, está dispuesta a remontarse más allá de sí misma para volver a su fuente. El ego desea que el mundo lo sirva; el yo desea servir al mundo. El egocentrismo lleva siempre al autoengaño, puesto que, por su misma naturaleza, el ego busca ahogar al yo, con su afán por el

esfuerzo. El ego huye de la verdad, porque sabe que la verdad lo desar-
maría. El yo, o personalidad, busca la verdad, porque sabe que la verdad
significa su florecimiento y su perfección. El ego de los mentirosos está
siempre ferozmente valorizado.

En el socialismo, con su énfasis en el hombre masificado, jamás se in-
sistirá demasiado en el valor de la personalidad. El alma de una persona
vale más que todos los estados colectivos, porque los estados están he-
chos para servir a la personalidad y no al contrario. La personalidad hu-
mana vale más que el universo material, porque el hombre puede contener
todo el universo en su mente a través del conocimiento. El mismo
Buen Dios comparó el cosmos con un alma y preguntó: “¿Qué puede dar
el hombre a cambio de su alma?”

El misterio de la libertad es inseparable del misterio de la personali-
dad. El ego busca siempre interpretar la libertad como permisibilidad,
pero la personalidad, o yo, interpreta la libertad como responsabilidad
bajo la ley. El ego define la libertad como el derecho a hacer lo que guste;
el yo, como el derecho a hacer lo que debe. El ego, tomando en cuenta
sus afectos, dice: “amo lo que deseo”; la personalidad, o yo, dice: “amo
lo que Dios desea”. El ego no admite otra existencia que la de aquellos
objetos que le procuran placer. La personalidad aprecia los valores sobre-
naturales, porque sin un mundo superior hacia el cual tender carece de
sentido. El ego toma contacto con otros egos, de la misma manera en
que una bola de billar golpea a otra, al pasar. El yo toma contacto con
otras personalidades de una manera comunitaria y fraternal, porque
cualquier yo al que se aproxima es visto, no como un objeto, sino como
otra personalidad, igualmente sagrada.

El ego no es consciente de otros egos, excepto como ocasión de pla-
cer o ambición. El ego es como una mujer histérica que atribuye todo lo
que sucede a ella misma. Respira el mismo aire que expira, porque niega
cualquier otra realidad que no sea él mismo. Se afirma como determi-
nante de la verdad, de la bondad, de la moralidad. Actúa como su pro-
pia ley, niega la realidad de todo objeto y afirma sólo la existencia de él
mismo como sujeto.

El yo, en cambio, está consciente de una vocación y de una misión.

La profundidad de una verdadera personalidad se ve conmovida por el
llamado de Dios a hacer buen uso de sus dones creativos, no sólo para
sí mismo, sino para su prójimo y el mundo. “Todos te pertenecen, tu
perteneces a Cristo y Cristo es Dios.” Por encima de todo, porque el yo
afirma su espíritu en la conciencia de que posee un alma, tiene confian-
za y espera trascender la muerte. Si el hombre fuera sólo una cosa, moriría
junto con las cosas; si fuera un animal, moriría con los animales; si
fuera únicamente un ego, moriría cuando la gente dejara de hablar de él.
Pero si es un yo, tiene un alma inmortal y, entonces, la misma muerte
no puede arrebatarse su personalidad.

Algunos egoístas se defienden como tigres ante la posibilidad de
abandonar sus egos, pero una vez que se convencen de que hay una iden-
tidad propia, una verdadera personalidad, más allá del ego, entonces ven
el cambio no como una pérdida sino como una ganancia. Nuestro Divi-
no Señor nos dijo que si deseamos salvar nuestra vida, debemos perder-
la. Al decir esto estaba afirmando, asimismo, la verdad psicológica de
que si perdemos el ego, hallaremos al yo.

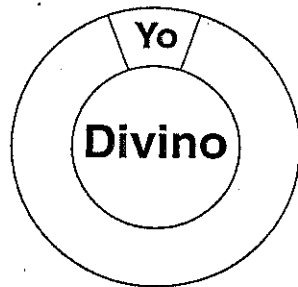
Los propios seguidores de nuestro Señor trataron de disuadirlo de sa-
crificar su vida desinteresada como guía profética de la manera en que
cada uno de nosotros debe abandonar su vida egoísta. No sabemos qué
dijeron los griegos a Nuestro Señor cuando fueron a verlo, pero pode-
mos pensar que lo urgieron para que viajara a Atenas, con el argumen-
to de que Sócrates había sido el único hombre justo sacrificado allí, y
que, desde entonces, los atenienses se lamentaban por ello. Dijeron que
lo recibirían cálidamente, pero que si Él permanecía en su propio país,
probablemente lo matarían. Su respuesta (“Un grano de trigo debe caer
en tierra y morir para dejar de ser solamente un grano de trigo”) sugie-
re que siempre debe haber una muerte para que exista una resurrección.
La vaina debe morir para que la semilla pueda germinar. Juan el
Bautista, cuando vio a nuestro Señor, dijo que él debía decrecer pero
Cristo debía crecer.

Asimismo, en nuestras vidas, lo que es menos bueno debe dejar su
lugar a lo mejor de nosotros. El ego debe decrecer y el yo crecer. Mas la
personalidad no puede crecer sin estar en comunión con otras persona-

lidades, lo que implica el amor al prójimo. Cada prójimo, por más odio que sea, se vuelve amable para una personalidad completamente desarrollada, en cuanto él también es una criatura de Dios. De esta manera, la personalidad florece al obedecer la doble ley de amar a Dios y al prójimo. Cuando una persona ha vencido a su ego, encuentra que su personalidad o verdadera identidad es más vasta de lo que había pensado, que es una ventana abierta que mira hacia Dios, hacia su prójimo, y hacia la totalidad del valioso cosmos.

Pero hay un Tú divino, que es más adecuado como centro de la vida que el ego o el yo, y es Dios, revelado en su divina Naturaleza. Cuando el ego muere, nace el ego y cuando éste se entrega libremente a Dios, revelado en Jesucristo, la vida encuentra su nuevo centro en Él. San Pablo expresa su experiencia de la siguiente manera: "Yo vivo; ahora no soy yo sino Cristo quien vive en mí." De la misma manera en que el ego se transformó en el yo a través del desapego de su egoísmo, así el yo se diviniza, al participar de la divina Naturaleza a través de un vínculo de interés y amor. Ambos, desapego y apego son obra del yo, quien en primera instancia aplasta al egoísmo y luego, mediante un acto de obediencia de su personalidad, se coloca bajo las órdenes de la mente Crística.

El ego, ahora, ha desaparecido, y hasta la personalidad se ha vuelto periférica.



Cuando alguien ha establecido la órbita de su vida alrededor de Cristo, sus pensamientos, los deseos que lo inflaman, la motivación de todas sus acciones se hallan centrados en nuestro divino Señor. El yo aún

permanece, pero, como lo sugiere el Padrenuestro, es secundario: "Hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo". Esta entrega es la cima de la actividad del yo, que, a través de una libre entrega de su voluntad, queda satisfecho. Porque la única cosa que nos es tan propia que Dios jamás nos desposeería de ella es nuestra libertad. La capacidad de pecar es el signo negativo y temporal de nuestra libertad, y el infierno es el signo negativo y eterno. Y, como la voluntad es siempre libre, es el supremo don que podemos ofrecer a Dios. Esta sujeción del centro de nuestras vidas a Cristo es el camino de la felicidad suprema. Nuestra felicidad varía de acuerdo con el centro alrededor del cual gira. En caso de ser el ego, y frustraciones; en caso de ser el yo, hay una medida de felicidad natural aún incompleta. Si el centro es lo divino, surge la dicha de ser uno con el Amor, la Verdad y la Vida infinita.

Está en nosotros la elección del centro: debemos ser satélites que sirven a un centro, pero podemos elegir nuestro sol. No podemos permanecer aislados de todos los centros; todas las personas entregan su libertad. Algunas la entregan a la opinión pública o se vuelven esclavas de sus propias pasiones. Otras entregan su libertad a un dictador o al Estado, pero algunas entregan su libertad a Dios. Es sólo en esta última entrega que nos volvemos verdaderamente libres, porque sólo entonces nos unimos a Aquel cuya voluntad es nuestro contento. Cuando servimos a la opinión pública, a los dictadores, a la sensualidad o a la bebida, estos jamás intentan liberarnos; mas nuestra libre voluntad es la principal preocupación de Dios: "Por eso, si el Hijo los libera, ustedes serán realmente libres" (Jn 8, 36).

Cuando el ego es fuerte, el yo es débil. Cuando el yo es fuerte, Dios aún puede ser débil en nuestro interior, en la medida en que nos neguemos a permitir que obre lo divino. Pero cuando abandonamos por amor algo que el Amor dio, entonces Dios se hace fuerte en nuestra personalidad. "Yo lo puedo todo en aquel que me conforta" (Flp 4, 13). Si una personalidad pudiera, voluntariamente, volverse débil para reposar completamente en Dios, pidiéndole que opere a través de ella como un instrumento, entonces, por una curiosa paradoja, el yo se haría fuerte con el poder de Dios.

La persona cuyo centro es el ego, nunca ama a Dios, porque ella es su propio dios. La persona centrada alrededor del yo ama a Dios de una manera limitada; lo reconoce como el Poder que ha hecho el mundo, como la Sabiduría que lo planeó, y como el Amor o la divina Ley de la gravedad que atrae a todas las cosas hacia sí. Pero quien ha elegido a Cristo como su centro, iguala la voluntad del sí mismo con la voluntad de Dios, y sólo encuentra felicidad en amar a Dios y a todas las criaturas, incluso a sus enemigos, en Él.

2. El egocéntrico y el escapista

Escapista es aquel que denomina “escapismo” a la religión para no enmendar su vida como ésta lo exige. Su dicho favorito es: “Mi conciencia está en paz”. De lo que está hablando, en realidad, es de una conciencia engañosa y hecha a medida por él mismo. Una verdadera conciencia no es hechura nuestra; de otra manera la induciríamos a testimoniar siempre a nuestro favor, como los psiquiatras declaran algunas veces en la corte a favor de quien los contrata. La conciencia no puede venirnos de las reglas de la sociedad, si no jamás nos reprobaba cuando la sociedad no lo hace, ni nos consolaría cuando la sociedad nos condena. Mas una conciencia sana se mantiene firme aunque nos disgusten sus hallazgos, y sin importarle si los que nos rodean se oponen a ellos o no. De la misma manera en que no se puede saber qué teclas tocar en el piano a menos que se tenga una partitura, así la existencia misma de la conciencia implica que existe, afuera de nosotros, un divino Hacedor de leyes que legisla —un divino Director que presencia nuestra correspondencia con la ley— y un divino juez quien emite sentencias. Sentimos todo el tiempo que hay un testigo invisible que nos confronta, cuya reprobación nos hace sonrojar de vergüenza, y cuyo aprecio nos regocija, y este testigo es Dios. La palabra “conciencia” significa saber con; ¿saber con quién sino con Dios? Porque la conciencia es el impacto de la Verdad y Bondad divinas en nuestro ser interior. Pero hay dos clases de conciencia: la que Dios nos ha dado y también aquella que nosotros hemos construido para nosotros mismos. Si nos guiamos por la primera, reconocemos que Dios no sólo ha implantado en nosotros el

deseo de viajar a la Ciudad Celestial, sino que Él nos ha dado el mapa de cómo llegar allí. Si seguimos a la conciencia hecha por nosotros, podemos negar que haya un destino en la vida, podemos arrojar el mapa, y considerar que cualquiera de nuestros estados de ánimo es correcto. Los propietarios de tales conciencias son los que se vanaglorian de tener "una conciencia en paz".

La paz es una hermosa palabra, pero tiene también un sentido falso y otro verdadero. La verdadera paz es un don de Dios; la falsa paz es de nuestra propia hechura. La verdadera paz florece en la creciente amistad con Dios; la falsa paz se desarrolla en medio del olvido de Dios y de la exaltación del sí mismo. La paz verdadera se ahonda con el sufrimiento; los reveses de la vida hacen pedazos a la falsa paz. La verdadera paz no tiene deseos; la falsa, es inquieta y codiciosa. La verdadera paz tiene baja opinión de su yo; la falsa paz vive en el miedo de que la encuentren inferior. La verdadera paz confía firmemente en Dios a pesar de sus pecados pasados; la falsa paz evita pensar en Dios, porque no desea poner fin a sus pecados actuales.

Divas tenía una falsa paz, Lázaro una verdadera. Las vírgenes imprudentes dormían porque estaban en paz, pero era una falsa paz. El hombre necio que guardaba su talento, estaba en paz, pero la suya era tan sólo paz de la mente. El hombre que edificaba su casa en la arena estaba en paz, hasta que llegó la tormenta. En la falsa paz, la conciencia está muerta; el ojo del alma, ciego; el oído del alma, sordo; los dedos del alma, paralizados. La falsa paz es compañera de la falsa conciencia que hemos forjado con nuestras fechorías.

Hay tres pasos en la construcción de una falsa conciencia:

- Embotar la conciencia.
- Aturdir la conciencia.
- Matar la conciencia.

Tomamos aquí el robar como ejemplo, aunque cualquier otro pecado serviría para tal fin. Ante la primera tentación de robar, la voz interior

de la conciencia nos recuerda el séptimo mandamiento: "No robarás". El ego contesta: "Esta lapicera fuente no tiene mucho valor, y, por otra parte, el dueño no se dará cuenta de que le falta, ya que tiene por lo menos otra docena. Además, sólo robaré por esta única vez." Éste es el embotamiento de la conciencia. Luego sigue la etapa de aturdir la conciencia. La voz de la conciencia habla nuevamente: "No deberías hacer esto. Dijiste que no lo harías más. Robar se volverá un hábito si lo haces a menudo." El ego contesta: "Supongo que estoy hecho de esta manera. ¿Cómo puedo evitarlo? Además, escuché decir a un profesor que no somos libres, sino que estamos determinados por nuestra manera de ser. Puesto que estoy inclinado al robo, es probable que haya heredado esta tendencia de mi abuelo. Asimismo, es posible que tenga un complejo de inferioridad debido a que mis padres reaccionarios, que vivieron antes de la educación progresista, reprimieron mi ego. Por lo tanto, resulta perfectamente natural que compense esta situación extendiendo mi ego por medio de la adquisición de pertenencias."

A continuación de esta racionalización y de un robo posterior, llegamos a la última etapa: matar la conciencia. La voz de la conciencia ya no habla en voz alta, sólo murmura débilmente: "Robar sigue siendo algo malo." El ego responde: "¿Quién decide lo que está mal y lo que está bien, fuera de mí mismo? La conciencia es sólo un vestigio de los miedos infantiles. ¿Por qué habría de decirme alguien qué está bien y qué está mal? ¿Cómo sé yo que Dios existe? La conciencia es un residuo de los tótem y tabúes sociales. Sé de tribus primitivas que no consideran que robar sea malo. De todos modos, uno debe vivir su propia vida. Robar sólo es malo si uno se deja atrapar."

Al final de esta racionalización, la "conciencia está endurecida y marcada a fuego" (1 Tm 4, 2) y nace así la falsa conciencia. Pocas son las personas que pueden prever, a través del primer acto de autoindulgencia, al ladrón endurecido. Las pequeñas infracciones de la juventud se convierten así en las grandes rebeliones de la madurez. Porque ¿qué crimen resultaría, a la larga, imperdonable, si uno hace de su propia conciencia el patrón común? Si cada persona es su propio juez, ¿quién resultaría condenado? Si el "derecho" del ego se identifica con su codicia, entonces,

¿qué injusticia no aceptará? A menudo, cuando las almas dicen que su conciencia está en paz, es sólo porque han identificado la conciencia con los intereses y la libido del ego. En vez de que sus deseos sigan los dictados de la conciencia, la conciencia, ahora, sigue a sus deseos.

Sin embargo, la conciencia de una persona así ¿está realmente en paz? No. Si la falsa conciencia estuviera en paz, no alardearía tanto de su "paz". Los que están sanos no van por allí golpeándose el pecho y exclamando "estoy sano"; son los enfermos lo que hablan sobre su salud. La conciencia correcta no se vanagloria de su corrección, porque su juez es Dios y no ella misma. Como dijo san Pablo: "Es verdad que mi conciencia nada me reprocha, pero no por eso estoy justificado: mi juez es el Señor" (1 Co 4, 4). Además, son las personas de falsa conciencia las que tratan más esforzadamente de escapar a la conciencia. Una conciencia clara debería ser un motivo de gozo. ¿Como explicar, entonces, la huida de la conciencia a través del alcoholismo, las drogas, la excitación? ¿Cómo explicar esta huida, que arroja al yo al diván psicoanalítico, en alquiler para aquellos que desean escuchar la negación de su culpa?

Los seres humanos no pueden encontrar una verdadera paz confeccionando una conciencia laxa para sus pecados. Se preocupan, igualmente, porque no pueden separar sus acciones de un futuro incierto en el que tendrán que dar cuentas de su administración. Incluso la falsa conciencia, que ha tenido éxito en obtener todo lo que creía que deseaba, permanece intranquila en medio de sus estropicios.

Mas ¿qué forma de rezo ha de valerme?
No ha de ser "Perdonad mi atroz delito";
las consecuencias todas de mi crimen
pues gozando me encuentro todavía
del cetro, del poder y de mi esposa...
¿Perdón no cabe y retener la prenda?
En la impura corriente de este mundo
puede del crimen la dorada mano
apartar a la ley; y aun muchas veces

la infame presa a la justicia compra.
No así en el cielo; nada allí se oculta;
allí forzosa es la consecuencia,
y en su íntimo ser nuestros pecados
allí a las claras ostentarse deben.

Hamlet, Acto tercero, escena III

El suicidio se vuelve, a veces, el último recurso de quienes presumen de tener una buena conciencia. El desorden de una naturaleza vuelta del revés —donde el cuerpo subyuga al alma— ya no se puede soportar. Es un hecho psicológico reconocido, que la sensación de que algo no anda bien interiormente hace que la persona se golpee el pecho cada vez que actúa mal. Los creyentes lo hacen tres veces cuando recitan las palabras del *Confiteor*, "Por mi culpa, por mi culpa, por mi gran culpa." Parece que deseáramos golpear y someter a algo malo dentro de nosotros. Los verdugos, en el Calvario, abandonaron el monte golpeándose el pecho, como si de esta manera pudieran expulsar su crimen. Cuando una profunda desesperación se adueña de un alma pecadora sin salida —ya sea porque niega a Dios o porque se niega a recurrir a su misericordia— entonces, el deseo de castigarse a sí mismo puede hacer que se quite la vida, tal como Judas lo hizo. El juez todavía no se había hecho presente, pero el juicio ya había tenido lugar. La hermosa y compleja combinación de cuerpo y alma se hallaba en tal desorden, que la conciencia, ahora, lo condenaba a desunirse.

El sentido de culpa nunca desaparece por completo en una persona. La conciencia permanece, aun cuando deliberadamente se trate de estrangularla o ignorarla. El ego puede recurrir a muchos subterfugios menos radicales que el suicidio, en un vano esfuerzo por evadir sus adversidades. Podemos mencionar a tres de entre ellos: (1) la hiperactividad, (2) la violencia, y (3) un falso sentido de la justicia social.

Algunas almas que tratan de escapar de los reproches de la conciencia por medio de una excesiva actividad pueden llegar a una nerviosidad

extrema y a un neurótico exceso de trabajo. La gente feliz trabaja, a veces en forma muy dura, para cumplir con sus obligaciones. Pero otros usan el trabajo como droga para mantener sus pensamientos alejados de su propia conciencia, de su miseria interior. Cuando el trabajo se hace para el propio placer o para proveer a las necesidades económicas, es algo normal. Pero cuando significa un escape compulsivo de la culpa interior, deja de ser un trabajo y se convierte en adicción. Un trabajo normal saca a la persona fuera de sí mismo, exterioriza su yo, lo une con la realidad, y compensa sus pecados. Pero una actividad anormal es una de las maneras que usa un ego temeroso, en el esfuerzo por perderse a sí mismo.

Cada período de la vida tiene su propia y favorita forma de salir de la voz interior de Dios hacia la excitación del mundo exterior. En la juventud, la atracción reside en la inquietud que provocan las pasiones incontrolables. En la madurez, puede ser la absorción en los negocios, la persecución de ganancias, de poder, de prestigio, de publicidad, todas cosas con las que construimos graneros cada vez más grandes. La persona sin Dios, que hace del sexo o del erotismo el objetivo de su juventud, a menudo sublima esta urgencia, más tarde en su vida, en la loca persecución del éxito económico. Es posible que, en muchas almas, el éxito como objetivo sea meramente un sustituto, en la edad madura, de la concupiscencia. Ambos son una manera de escapar al peso de la elección y la responsabilidad. Esta impaciencia, asociada a una actividad tan excesiva, no significa que un hombre o mujer ambiciosos deseen realmente fama o más dinero (ya que no se detienen una vez adquirido esto), sino que desean tener un "tratamiento" externo que compense su falta de paz interior. Tales personas miden la grandeza por lo que poseen en el mercado de valores, o por las notas en los diarios, más que por lo que son.

Uno se pregunta si la violencia y la agresividad de nuestro tiempo no se deben en parte a los actos de muchas de las así llamadas "conciencias en paz", que tratan de compensar su desorden interior sometiéndolo a los demás de manera represiva a su voluntad egoísta. La culpa interior viene siempre acompañada de un fuerte sentimiento de inferioridad frente a la bondad; por lo tanto, se trata de compensar esto mediante un violento esfuerzo para hacer que el prójimo se sienta inferior. Los conflic-

tos de clase, los altercados, los escándalos, el odio y la persecución, son síntomas exteriores de conciencias que interiormente están incómodas.

La tercera fuga de la voz de Dios es un falso interés en la justicia social. Existe una verdadera y también una falsa pasión por los necesitados, los pobres, los que no tienen casa. Es verdadera cuando el individuo es un hombre justo y es falsa cuando el individuo es injusto. La pasión por la justicia social no es incompatible con la injusticia individual y una mala conciencia. David le robó su mujer a Urias y lo puso a éste al frente de su ejército en la batalla para que resultara muerto. David lo justificó diciendo: "Alguien debe morir en la guerra." Pero cuando Natán, el profeta, le habló a David de un hombre pobre a quien un hombre rico le había robado su única oveja, deseando agasajar a un invitado, David, con un agudo sentido de la justicia política, habló en favor del despojado y dijo con virtuosa ira: "Debe morir." Natán, a sabiendas de que David había violado las leyes de la justicia individual, dijo: "Tú eres ese hombre." El remordimiento de David fue, entonces, la ocasión de su renacer, tanto a la justicia individual como a la justicia social. Compuso los siete Salmos Penitenciales, en los que clamaba con la agonía de un alma que estaba comenzado a encontrar la paz: "Ten misericordia de mí, oh Señor, ten misericordia de mí, oh Señor."

Una conciencia inquieta y con remordimientos, que no ha matado aún la voz de Dios —ni ha cedido a esos charlatanes que niegan la realidad del pecado— siempre, al igual que David, tiene dentro un signo de vida. Hay esperanza para cualquiera, sin tener en cuenta cuán malvado pueda ser, siempre que todavía odie su mal. Lo peor que hay en el mundo no es el pecado, sino la negación de éste que hace la falsa conciencia. Porque tal actitud hace que el perdón sea imposible. El pecado imperdonable es la negación del pecado. Pero hasta llegar a esa etapa desdichada —a pesar del fracaso de los falsos comienzos, de los breves respiros de tiempo entre las recaídas— en tanto exista un verdadero remordimiento, la voz de Dios aún se oye, y ninguno de estos casos es irremediable. Es posible que esta alma esté muerta al amor divino, pero en sus momentos de agitación no está muerta para el temor divino, y eso puede provocar su vuelta a la vida consciente.

Aun si la conciencia de una persona está muerta, sus vicios viven. Jamás debemos pensar que aquellos que niegan a Dios y a la ley moral están fuera del alcance de la justicia divina. Una persona puede negar el pecado, pero nunca escapa a sus efectos. Puede negar la ley de gravedad, pero si, desafiándola, se arroja del edificio del Empire State, sentirá los muy tristes y trágicos efectos de esa negación. Lo mismo sucede con la ley moral. Un esposo y padre que no sólo negaba la moralidad, sino que tenía ataques de risa toda vez que alguien mencionaba lo Divino y hacía lo posible por pervertir las almas y alejarlas de toda religión y moralidad, experimentó en él mismo el castigo inconsciente de esa negación. Este hombre desarrolló unos celos terribles de su esposa, que siempre había sido fiel y paciente. Obviamente, sus celos eran la proyección de un sentimiento de violación de la justicia. Aunque negaba cualquier norma de justicia para sí, sin embargo, insistía en aplicarla para su esposa. Este desprecio "ateo" por la infidelidad era su reconocimiento inconsciente de la ley moral, pero en vez de adecuarse a esta norma, cubría su culpabilidad acusando a la madre de sus hijos de infringirla.

Una analogía doméstica pondrá en claro la cuestión: si la tapa del tubo dentífrico está puesta cuando se lo aprieta, la pasta hará un agujero por el lugar más frágil del tubo. De la misma manera, cada vez que no se admite una violación de la ley moral, la mente humana se encuentra bajo presión. La culpa reprimida irrumpe y crea una psicosis o una neurosis en el punto más débil. El desafío a la moralidad se manifiesta, algunas veces, como pesimismo; entonces la persona se vuelve una continua precursora de desastres y catástrofes y sólo aguarda el fracaso de toda empresa que intenta. Este pesimismo abrumador se debe a la conciencia de su propia derrota, de la cual el infierno es sólo una expresión eterna. Si alguno de los que lo rodean es feliz, él o ella se siente incómodo y trata de arruinar esta felicidad por medio de la calumnia, el ridículo y los celos. Estas almas están ya condenadas en su médula, y a medida que su odio por Dios se extiende hacia la circunferencia, su infierno interior comienza a rózar las vidas de los otros. Se dice a menudo que las personas tienen su propio infierno aquí y ahora; lo tienen, pero no completamente. Ambos, Cielo e Infierno, comienzan para nosotros en esta tierra.

El cinismo es otro escape para la culpa no admitida. La diferencia entre el pesimista y el cínico reside en que el pesimista lleva la batalla perdida contra la vida en su propia alma, mientras que el cínico intenta librar la batalla en el alma de otro. El cínico proyecta su propio fracaso interior en los otros; porque se siente desgraciado, trata de volverlos desgraciados ridiculizando la base de su paz interior. Su alegría se basa en desprestigiar a los demás, porque ya se ha desprestigiado a sí mismo. Estas personas tratan de librarse de la culpa proyectándola sobre su prójimo.

Shakespeare nos ha mostrado dos efectos posibles de la culpabilidad: la neurosis y la psicosis, en Macbeth y en lady Macbeth, respectivamente. Macbeth sufre una fantasía de terror como resultado de haber asesinado al rey de Escocia mientras dormía, para asumir su trono. Incluso antes del asesinato, sus alucinaciones producen una daga de la que cae sangre:

¿Es una daga lo que veo,
con el cabo dirigido hacia mi mano?
¡Ah, deja que te empuñe!
No te puedo asir, y sin embargo te veo.
¿Eres más sensible a la vista que al tacto?
¿O sólo existes para mi mente, ilusoria fantasía
engendrada por mi cerebro afiebrado?

A continuación del asesinato, tiene más alucinaciones y escucha ecos de voces extrañas en todo el castillo. Macbeth imagina haber visto el fantasma de Banquo, al que ha matado. Este constante cavilar acerca de su culpa no admitida produce finalmente un estado de ánimo en el que nada le parece real. Desde el punto de vista de las Escrituras, sufre de un "endurecimiento del corazón". Finalmente, cuando se anuncia que su esposa ha muerto, Macbeth se revela como un completo escéptico y agnóstico y, como muchos de los modernos pesimistas, resume la vida en el sólo titilar de una "breve vela". De esta manera, Shakespeare ha revelado de qué manera la actitud atea proviene de un acto culpable.

Cuando Macbeth se entera de que su esposa se ha suicidado, no tiene nada qué decir excepto predicar su credo pesimista, que prefigura la "nada" de Sartre:

Tarde o temprano tenía que morir:
siempre hubiera llegado la hora de oír esa palabra.
Mañana y mañana y mañana...
Los días se arrastran con paso menudo
hasta que el tiempo señalado pronuncia la sílaba postrera.
Cada ayer ha alumbrado el camino de los tontos
hacia la muerte, que en polvo nos transforma.
¡Extíngase, extíngase tu luz, breve candela!
Sombra ambulante es esta vida,
miserable actor que en el escenario se afana y pavonea un momento
y al cabo, para siempre, calla su voz.
Relato de un idiota, lleno de ruido y furia,
que nada significa.

Si Macbeth manifiesta una psicosis, lady Macbeth es un caso típico de neurosis compulsiva. Éste es el peculiar estado en el cual el pecador, habiendo reprimido su culpa, se siente compelido a llevar a cabo cierto ritual como sustituto para reparar el orden moral violado. Lo normal para una conciencia sería confesar la culpa y llevar a cabo la reparación necesaria. En el orden espiritual y sobrenatural, el medio correcto para aliviarse hubiera sido la confesión, la absolución, el castigo. Pero lady Macbeth trata de calmar su conciencia negando el hecho de que hay un Juez que alguna vez nos pedirá cuentas. Esta negación consciente, sin embargo, no la salva de admitir de otra manera su necesidad de limpiarse. Substituye la limpieza moral apropiada, a través de la confesión y la absolución, por una limpieza física en la que se lava en forma constante las manos. Era su alma la que necesitaba ser lavada, no su cuerpo. (Pilatos hizo algo parecido cuando, después de condenar a nuestro Señor a la cruz, pidió agua y enjuagó sus manos culpables.)

Lady Macbeth imagina que ve manchas de sangre en sus manos y gri-

ta, de tanto en tanto, de manera inconsolable: "Fuera, condenada mancha... El infierno yace sumido en tinieblas... Hay olor a sangre aún. Las esencias todas de Arabia no bastarían para perfumar mis manos. Ah... Ah..."

El médico en la obra, que ve esta manifestación anormal de culpa, es un psiquiatra extremadamente bueno, porque supo que la base de su neurosis compulsiva era moral y no orgánica. Sin embargo, mantenía la esperanza religiosa de que ella pudiese recibir la misericordia de Dios antes de morir: "Esta enfermedad excede a las virtudes de mi arte. ¡Pero os puedo decir que he conocido personas que caminaban en sueños, y murieron santamente en la cama."

Se murmuran cosas tremendas.

Lo que se hace en contra de la naturaleza
engendra pesares en contra de la naturaleza. Almas enfermas
confían a la sorda almohada sus secretos.

Más que la ayuda de un médico necesita la de Dios,
¡perdónanos a todos, Señor!

Hay muchas lady Macbeth modernas, que sufren por otros pecados que no son el asesinato. En ninguna parte se ve una fuga tan febril y cobarde como en almas parecidas a ella, que buscan la locura antes que enfrentarse consigo mismas y con lo que verdaderamente son. Construyen mil y una cruces que crucifican más que el crucifijo. Al mismo tiempo que llaman a las personas religiosas "cobardes", saben en sus corazones que ellas son las verdaderamente cobardes, temerosas de abandonar el mal en sus propias vidas.

Tal vez, para lo que llamamos preocupación, ansiedad, miedo, la sustitución sea, en el fondo, el remordimiento. Este remordimiento puede ser el punto de partida para recobrar la verdadera paz. Como un hueso roto nos duele porque no está donde debería estar, así también la conciencia duele cuando no está donde debería estar: en una correcta relación con Dios. En vez de escapar de este infierno interior, deberíamos acercarnos. Para alejarnos del yo, primero debemos entrar en él. El re-

mordimiento es el negativo de la presencia de Dios en el alma, así como la gracia es su presencia positiva. El remordimiento es algo incompleto, porque es una insatisfacción propia, divorciada de Dios; mas puede tornarse arrepentimiento y luego esperanza, en el momento en que el alma se vuelve hacia Dios y pide ayuda. Dios dice a esta alma intranquila: "La paz no se encuentra en el camino que has emprendido; si estuviera allí, Yo no te habría inquietado." Al no estar relacionada con Dios, el vacío y la soledad de la conciencia culpable engendran la desesperación. Pero una vez que entra en relación con Dios, la miseria del remordimiento se transforma en arrepentimiento del pecado. Tan pronto como el alma se vuelve hacia el Salvador y Redentor, el peso de la culpa desaparece, de la misma manera en que un paciente olvida su pena ante la alegría de ver al médico que puede curarlo.

Al considerar nuestras virtudes, podemos engañarnos y confundir la frugalidad con la templanza y la avaricia con el desapego, pero el remordimiento nunca nos engaña. De la misma manera en que la represión de la culpa engendra nuestra infelicidad interior, el alivio a través de la confesión crea nuestra dicha interior. Un antiguo autor alemán escribió: "La angustia de Nuestro Señor sólo puede liberarte, si antes tu corazón se vuelve su propio Getsemani."

Aun aquellos que viven en una falsa paz, fundada en falsas máximas ("Todos lo hacen"; "El informe Kinsey¹ muestra que no podemos"; "Necesitamos una nueva ética adecuada a nuestros hábitos") saben que hay cosas que se avergonzarían de hacer si sus socios pudieran conocerlas. Sin embargo, si todo lo que hace una conciencia en falsa paz, es bueno, ¿por qué no permitir que todos lo vean? Si no hay nada malo establecido, entonces no debería haber ningún sentimiento de vergüenza.

Las falsas conciencias pueden, algunas veces, dejar de engañarse si recuerdan que un día seremos juzgados por Dios y que su juicio no estará basado en el veredicto de nuestra conciencia sino en la conciencia que Dios nos dio, la conciencia de nuestra juventud, antes de que el pecado

¹ Informe Kinsey: se llamó así a las conclusiones de una célebre encuesta de la década del cincuenta, sobre el "comportamiento sexual de los norteamericanos", que influyó mucho en la cultura de este país, y sobre todo en la "revolución sexual" de la década siguiente.

la pervirtiera; en el juicio de la conciencia tal como era antes de que la descarriáramos con una falsa educación, de la conciencia que consideraba un error los pecados que ahora justificamos; de la conciencia antes de que se volviera "amplia" y otorgara igual valor al mal que al bien. Esta conciencia, el día del juicio, arrancará de nuestro inconsciente toda su horrible y leprosa masa de pecados.

Igual que el hombre de negocios que al final del día hace la lista de los débitos y los créditos en su libro de caja, así también, al final de nuestra vida, los comprobantes de nuestra conciencia serán arrancados para la cuenta final. Nuestro juicio no vendrá tanto de Dios como de nosotros mismos. Nuestra conciencia hablará y dirá: "¡Yo soy la conciencia que Dios te dio! Contéplate en este espejo. Lo que la gravedad es a las estrellas y los instintos al animal, eso era yo para ti, una ley puesta para ayudarte en tu camino. A menudo te advertí, grité, murmuré, te mantuve despierto por la noche, te volví temeroso de despertar por la mañana. Te hostigué en medio de tus placeres, no te di descanso en tus pecados, te llené de un sentimiento de hartazgo y saciedad, y te vacié de paz interior. Para escapar de mi intentaste encontrar la paz en un segundo o tercer matrimonio, o en un cuarto o quinto trago. Tu psiquiatra te analizó, pero jamás te sintetizó; te dividieron, pero nunca te armaron nuevamente. Dijiste que tu conciencia estaba en paz, pero era la falsa paz de la que hablaba el Salvador, la paz mortal del palacio del diablo con toda su armadura. Intentaste no preocuparte cuando deberías haberlo hecho; deberías haber desconfiado de ti mismo en los momentos en que más seguro estabas de ser impecable. Pero yo, tu conciencia, nunca me cansaba, no te permitía escapar de mí, no te abandonaba a pesar de que tú huías. Con el remordimiento, con el reproche y el desasosiego; a través de la vergüenza, la inquietud, la amargura, el miedo y la ansiedad, te mantuve intranquilo."

No es necesario que esta conciencia aguarde el momento del juicio de Dios para despertar. Puede despertarse ahora, puede comenzar a preocuparse y empezar a vivir. Mas para que una conciencia pueda volverse verdadera debe, primero, dejar de temer a Dios.

3. Por qué el ego teme mejorar

¿Qué nos hace sentir miedo de Dios? Si Él es Amor, ¿no deberíamos abrazarlo? Si Él es Vida ¿acaso no deberíamos ser uno con Él? Si Él es la Verdad, ¿no deberíamos seguirlo? En teoría, es así, pero en la práctica no sucede de este modo. Los hay que dicen que este Dios no es un Dios de amor sino de ira. Otros temen darle a este Dios un dedo, no sea que Él les tome de la mano. La bondad y la verdad pueden actuar como reproche para nuestros sentimientos, y volvernos temerosos de Dios. Todos los egocéntricos son, en sus corazones, gente asustada. Sienten miedo de Dios, y tienen horror de la verdad.

MIEDO AL BIEN. Todos hemos experimentado este miedo en el orden físico. No tememos al bien, sino a su precio: el sufrimiento. Sentimos pavor de que nos saquen un diente o ante una operación, porque los buenos efectos que deseamos sólo aparecerán una vez que haya pasado el momento del sufrimiento. La ventaja que significa liberarse de futuros dolores no alivia el miedo de que nuestros sufrimientos actuales se acrecienten. Sócrates observaba que “la gente siente miedo del tajo y la cauterización necesarios para la cura.” De la misma manera, tememos el bien espiritual porque requerirá un penoso desarraigo del mal. El mal puede estar tan profundamente arraigado en una persona —en las fibras de sus músculos, las células de su sangre, las hendiduras de su cerebro— que ésta se rebele ante el mero pensamiento de que el Bien perfecto se

lo arranque. Así como algunos se acostumbran a vivir en la suciedad, otros se acostumbran al pecado. De la misma manera en que algunos temen limpiar sus casas, otros temen a la confesión.

Este temor de Dios está presente en muchos niveles de la vida espiritual. Allí adonde hay algo que abandonar, aunque sea directamente pecaminoso, como el orgullo, la lujuria, la avaricia o algo sólo levemente egoísta, el alma se amilana ante la idea de hacer estos sacrificios morales y éticos que requiere la religión. Tememos a Dios porque Él es el Bien y el Bien no tolera imperfección alguna en nosotros. Si Dios tuviera una mente amplia frente al hecho de que estrangulemos a nuestro prójimo, o fuera tolerante con el divorcio y segundas o terceras nupcias, entonces nadie temería a ese abuelo viejo y senil. Pero el alma se atemoriza ante un Dios que no puede ser engañado. Le teme, no porque Él no sea bueno, sino porque es demasiado bueno, porque es el Bien mismo. El alma no siente temor de no ser amada sino de ser amada por la Perfección. El miedo a perder un dios menor nos aparta de amar al Dios perfecto: "El temor de que si lo amo, deba abandonarlo todo." Así como el que ama desea que su amor sea perfecto en sus modales, su lenguaje y apariencia, así el divino Amante desea que nuestras almas sean perfectas como perfecto es el Padre Celestial, y esta expectativa nos asusta.

Dios nos ama demasiado como para permitir que nos hallemos cómodos en nuestros pecados. Porque el violinista desea obtener lo mejor de su violín, tensa las cuerdas con disciplina penitencial, hasta que puedan emitir la nota perfecta. Si el violín estuviera dotado de conciencia, probablemente protestaría por el sacrificio que tuvo que hacer al prepararse para la perfección a la que estaba destinado. Nosotros somos como el violín.

Si Nuestro Señor fuera liberal con nuestros pecados y los tomara de manera ligera, jamás hubiera sido condenado a la cruz. Tuvo por lo menos cuatro oportunidades para dejarnos tal como estábamos: podría haber cortejado a los fariseos, o halagado a los seguidores de Herodes; hubiera podido negar su divina autoridad frente a Pilatos o podría haber hablado con el malvado Herodes. Finalmente, hubiera podido bajar de la cruz en vez de sufrir la condena de muerte a causa del pecado. No es

de extrañar que, frente a ese Bien persistente y resuelto, los espectadores, ante la cruz, dijeran: "Baja, y te creeremos." Deseaban una cruz sin Crucificado; un Maestro mas no un Salvador; un púlpito mas no un confesionario; una comunión, pero sin sacrificio.

Nuestras racionalizaciones justifican, siempre, la huida egoísta ante el Bien. Como dijo san Agustín: "¡Quiero ser casto, Señor, pero un poco más tarde. Ahora no!" El precio del bien lo asustaba. Y cuando Nuestro Divino señor dijo a santa Catalina de Siena que su Bondad enmendaba y purificaba las almas, ella contestó: "Con razón no tienes amigos." Un rico gobernante vino un día hasta nuestro Señor y le preguntó: "¿Maestro, tú que eres tan bueno, qué debo hacer para ganar la vida eterna?" Esperaba una palmada por respuesta, una fórmula, menos exigente para vivir, como la que le hubiera dado un simple hombre. Nuestro Señor contestó: "¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno, sólo Dios." En otras palabras "Mi Bondad es Bondad divina. Tu propia bondad deberá provenir también de esa misma fuente." Cuando Nuestro Señor le dijo que debía vender todo lo que tenía y seguirlo, el Evangelio señala: "Al oír estas palabras, el hombre se entristeció, porque era muy rico"-(Lc 18, 23). El Bien requiere que seamos perfectos, y nada menos satisfará jamás a Dios. La idea del gran cambio que esto requerirá siempre asusta. Tememos al sufrimiento más de lo que deseamos la cura que nos proporciona.

MIEDO A LA VERDAD. Las personas temen a Dios porque es la Verdad divina, y este miedo las condena a pasar su vida en la mediocridad, la indiferencia y la incredulidad. San Pablo tocó este tema en las Epístolas a los Gálatas: "¿Y ahora me he convertido en enemigo de ustedes por decirles la verdad?" (Ga 4, 16). Hay una diferencia entre nuestra huida de Dios como Bien y de Él como Verdad. Tememos al Bien pero no podemos odiarlo por completo, porque incluso si rechazamos el Bien perfecto, amamos el bien imperfecto. El miedo surge porque sospechamos que el Bien de Dios, más grande que el nuestro, nos robará los bienes menores que amamos. La Verdad, no obstante, no es temida tanto como odiada, porque daña y repugna al yo. Incapaz de soportar lo que se llama "la horrible verdad" sobre sí mismo, el hombre concibe un odio

contra la verdad misma, contra la verdadera explicación del universo. Aunque lo disfrace con un educado barniz de agnosticismo, o con la desesperación que sigue siempre a la arrogancia, o con un cinismo violento y un odio por la vida entera, ese hombre está huyendo de la verdad por miedo a lo que ésta pueda solicitarle.

Se puede odiar a la verdad por cualquiera de estas tres razones. En primer lugar, por nuestro orgullo intelectual, que se niega a admitir que una vez tomada una posición, ésta puede ser falsa. Este es el orgullo de aquellos egocéntricos que se enojan cuando se les contradice porque se les prueba que están en lo falso. Están tan atados a su propio punto de vista que no pueden escuchar el de otros, y se niegan tan siquiera a indagar en la religión, no sea que ésta les demuestre la falsedad de sus propias ideas. Con el tiempo, esto conduce al prejuicio y la mojigatería, que ciegan la mente a la Verdad a través del odio.

Se puede, asimismo, odiar la verdad porque su aceptación significaría abandonar nuestra conducta perniciosa. "¡No nos importa conocer tus caminos!" (Jb 21, 14). Muchas personas que dicen ser felices, y que sin embargo identifican la felicidad con los placeres carnales o los deseos egoístas, ven en el portador de la verdad una amenaza a su así llamada felicidad y, por lo tanto, lo odian. Así como el alcohólico odiará la verdad de que el alcohol ha destruido su salud y por lo tanto debe abandonarlo, así puede uno odiar la verdad que hay en Cristo y su Iglesia, porque requiere una manera de vivir contraria al actual rumbo de holgazanería y pecado.

Podemos odiar la verdad, también, cuando ésta implica que otra Mente conoce la verdad de nuestros pecados y no se deja convencer por el falso rostro piadoso con que engañamos al mundo. Esto explica por qué tantas personas odian la doctrina del Juicio final o se niegan a creer en el Infierno. La verdad de que Dios conoce lo que son les resulta tan repugnante que sus mentes pueden llegar a construir una creencia caprichosa que cuadre a sus vidas caprichosas. Las buenas personas no niegan la verdad del Infierno, pero el mal lo hace, frecuentemente, para tranquilizar las conciencias intranquilas.

En cada una de estas instancias, se odia a la Verdad porque el egois-

ta desea ser su propia ley y escapar así a la responsabilidad, o porque desea que nadie más sepa la verdad acerca de él. El castigo para esta actitud es grande y terrible. Cuanto más se ocultan las almas de la Verdad, más se oculta la Verdad de ellas. Cuanto más temen al Bien, menos atractivo les resulta.

Nadie admitiría jamás, con estas palabras, que teme al Bien u odia la Verdad, ya que estas cosas son admirables en sí mismas para todos nosotros. Pero la mente recurre a la racionalización para justificar su rechazo de la verdad. Todas las personas no religiosas o antirreligiosas son esclavistas. Al tener miedo de indagar, de buscar la Verdad o perseguir la virtud, racionalizan su escatimo a través de la indiferencia o la burla, el ridículo o la persecución. La forma más popular de disimular el odio a la Verdad y el miedo al Bien es la indiferencia, que la "inteligencia" (o aquellos educados más allá de su inteligencia) llama agnosticismo y que niega la existencia de la Verdad. Por medio de una cultivada indiferencia hacia la distinción entre verdad y error, esperan volverse inmunes a cualquier responsabilidad por la vida que llevan. Pero el estudiado rechazo a distinguir entre lo correcto y lo incorrecto no es, en realidad, indiferencia, o neutralidad, sino que es una aceptación del mal. Pilatos, el primer pragmático, dijo, burlándose: "¿Qué es la Verdad?", y después la crucificó.

Burlarse y ridiculizar la religión es otra de las maneras por medio de las cuales el miedo al bien y el odio a la verdad dentro de nuestros corazones se proyectan al Bien y a la Verdad que existen fuera de ellos. En las oficinas y fábricas suelen ridiculizar y reírse del hombre virtuoso o religioso. Al rebajar la bondad de otros, el burlador espera justificar su propia falta de bondad. Pero quien hace burla del Bien divino o de la Verdad se ha desarraigado ya de su propia alma. La posteridad de Herodes aún pervive y, cuando se la confronta con una Verdad acusadora, calma su conciencia vistiéndolo a Cristo como un bufón. El mal no puede soportar la vista del Bien, porque lo enjuicia y es un reproche a la maldad que no se arrepiente; por eso, siempre se trata de abusar de él y de envilecerlo. Busquen la religión que es perseguida por el espíritu del mundo, y encontrarán la religión que es divina. Si Nuestro Señor no hubiera sido el perfecto Bien, no lo habrían crucificado.

El tercer escape de la Verdad es el ateísmo, que es tan violento en su odio que destruiría a ambas, la Verdad y el Bien, si pudiera. Hasta el siglo presente sólo se negaban uno o dos aspectos de la Verdad en forma simultánea; ahora, la oposición a la Verdad es total. La advertencia del Señor se ha cumplido: "Llegará la hora en que los mismos que les den muerte pensarán que tributan culto a Dios" (Jn 16, 2). Estar en pecado y temerlo puede ser el camino al Bien; pero estar en pecado, temer al Bien y odiar la Verdad, es demoníaco. Si hay alguien que sabe por qué los hombres odian a la Verdad, es san Agustín, quien luchó contra la Verdad divina en su juventud, y la odió a lo largo de tantos años. Y su respuesta es:

"(Los hombres) ámanla cuando brilla, ódianla cuando los reprende; y porque no quieren ser engañados y gustan de engañar, ámanla cuando se descubre a sí y ódianla cuando los descubre a ellos. Pero ella les dará su merecido, descubriéndolos contra su voluntad; ellos, que no quieren ser descubiertos por ella, sin que a su vez ésta se les manifieste.

Así, así, aun así el alma humana, aun así ciega y lánguida, torpe e indecente; quiere estar oculta, no obstante que no quiera que se le oculte nada."²

Uno se pregunta si existe en toda la literatura una evidencia más clara de cómo temen los hombres al Bien y odian a la Verdad que en la historia de Juan el Bautista, Nuestro Divino Señor alabó la bondad de Juan, diciendo: "Les aseguro que no ha nacido ningún hombre más grande que Juan" (Lc 7, 28) Un día, este buen hombre fue invitado a predicar en la corte de Herodes, ante una audiencia de ricos, muchos de ellos divorciados, muchos de ellos vueltos a casar. El sermón fue breve. Señalando al rey con un dedo, el Bautista tronó esta verdad: "Es contra la ley que convivas con la esposa de tu hermano". Un minuto después, Juan estaba encadenado. Meses más tarde, Herodes, borracho con el vino y la danza sensual de Salomé, prometió acceder a cualquier pedido que su hermosa hijastra le hiciera. Bien entrenada por su madre, Salomé dijo:

² De *Confesiones*, Buenos Aires, Lumen, 1996, p. 176.

"Dame la cabeza de Juan el Bautista." El mal siempre matará al bien, cuando éste se ha vuelto reproche; la virtud es una carrera peligrosa.

Sabiendo que algunas personas temen a Dios porque Él es la Verdad y el Bien, resulta clara ahora la razón por la cual hay quienes dicen que Dios es el Dios de la Ira. Lo dicen a causa de la vida que llevan. No hay ira alguna en Dios; lo que a nosotros nos parece ira es sólo la proyección de nuestra propia culpa interior en nuestro Dios. Cuando un niño es descubierto robando dulce, las primeras palabras para su madre son "¡Vamos, mamita, no te enojés!" No hay ira alguna en la madre, pero el niño se la atribuye, porque sabe que merece un castigo. De la misma manera, Dios le parece al pecador un Dios enojado. Llevar una vida contraria a la Voluntad divina y al propósito de nuestra existencia nos creará un sentimiento de que algo se nos opone y nos frustra, algo que en realidad sucede, pero sólo a causa de nuestros propios designios malvados. La sensación de "ira" es un anticipo del infierno. Así como la gracia es la semilla de la gloria, así el pecado es la semilla del infierno. Es la proyección de este sentimiento de merecida perdición lo que hace que el criminal en el juzgado odie al juez, y que el pecador odie a Dios. Porque todos conocen al Dios de la Ira o al Dios de la Misericordia.

La manera de cambiar nuestra idea de Dios es cambiar nuestra conducta. Una vez que se busca el Bien y la Verdad en vez de huir de ellos, el alma puede soportar acusarse a sí misma, sin sentir ya la necesidad de proyectar su autocondena en otros o en Dios. En el instante en que alguien abandona el acto de pecar, su filosofía del universo y la psicología de su alma experimentan un cambio. Dios, que momentos antes parecía Ira, aparece ahora como Misericordia; el cambio no se ha producido en Dios, sino en el alma. Como dice san Pablo: "Antes ustedes eran tinieblas, pero ahora son luz en el Señor. Vivan como hijos de la luz. Ahora bien, el fruto de la luz es la bondad, la justicia y la verdad. Sepan discernir lo que agrada al Señor" (Ef 5, 8-11).

Moisés y Caín, ambos, escondieron su rostro de Dios. Moisés escondió el suyo porque no podía soportar la contemplación de tanto Bien; Caín escondió el suyo porque no podía soportar que el Bien divino lo contemplara. El pecador no soporta que los ojos de Dios estén sobre él,

porque no desea saber cuán malvado es. Pero Dios no puede cambiar su naturaleza para compensar nuestra perversidad; es el yo quien debe cambiar su conducta.

Si el egocéntrico entendiera verdaderamente la psicología de la mente humana, nunca se le escucharía decir que Dios es ira, porque esa declaración hace público su carácter pecaminoso. De la misma manera en que un vaso de color marrón hace que el agua se vea de ese color, el Amor que nos aguarda, al pasar por nuestras vidas pecaminosas, puede parecer ira o enojo. Un cambio en nuestra conducta suprime todo el malsano miedo de Dios.

Debemos buscar la verdad a cualquier costo, pero las verdades aisladas, separadas, no sirven. La verdad es como la vida, debe ser tomada en su totalidad o desechada. La verdad de la religión debe ser reconocida en su totalidad, porque, de lo contrario, no hay religión. Investigar la religión no significa golpear a la puerta de la verdad con la esperanza de que nadie responda, ni esperar que se nos dé la justa medida que nos permita seguir viviendo nuestras vidas, sin ser molestados. Debemos acoger la verdad aunque nos reproche y moleste, incluso si aparece en el lugar en que no la esperábamos. "La piedra que los constructores desecharon en piedra angular se ha convertido". La verdad implica el compromiso; requiere cosas de nosotros, nos impone obligaciones. Debemos buscarla sin inclinaciones egoístas, porque no es nuestra hechura, y su autoridad es más grande que nuestras preferencias. La búsqueda de la verdad significa estudio, enseñanzas y discipulado. No podemos rehuir nuestra obligación de buscar la verdad, diciendo: "No pensaré en Dios ni en la religión", porque esta declaración es ya una decisión y un rechazo. Negarse a pensar sobre la vida equivale a votar por la muerte. Tal actitud es particularmente peligrosa, ya que es posible que la oportunidad para encontrar el Camino no permanezca siempre a nuestro alcance, y una huida de la Verdad de este tipo puede tener efectos mentales desastrosos. Nada resulta más dañino para el ser humano que la resistencia a la gracia.

Los egocéntricos huyen de la verdad en varias direcciones. La confusión y el alboroto son un refugio favorito. Todo pecador ama lo que es

ruidoso, porque lo distrae de su persona real. El infierno está lleno de ruido y es probable que esté lleno de relojes que subrayan que el tiempo nunca pasa. El silencio es provechoso porque el ruido fuerza al egoísta a reflexionar, a mudar su terror del Bien que teme enfrentar, en terror de su propia condición. Cambia su miedo de la Verdad en miedo de la verdad de su propia disolución. El silencio nos aísla de las multitudes que aman aunar sus miserias. Una civilización infeliz es siempre sociable. La quietud nos arranca de la aprobación equivocada de la masa y de las consignas racionalistas de la muchedumbre. Nada es tan bueno para el alma como un retiro espiritual donde, en la tranquilidad de las oraciones y la contemplación, el alma se vuelve receptiva al nuevo discernimiento y las nuevas energías que vienen directamente de Dios. Se abren ventanas y entra una nueva luz; un fuerte viento de resolución sopla a través del alma, y limpia el polvo que hace tanto tiempo la cubría. En el silencio, despertamos de nuestro sueño. Todas las almas son sonámbulas, con sus ojos cerrados a la vida noble que deberían vivir. Así como el sonámbulo no despierta ante cualquier ruido, pero responderá, a menudo, a su propio nombre cuando lo llaman, así el alma en silencio oye la vocación divina y despierta, por que el Pastor llama a sus ovejas por su nombre.

Puesto que el alma teme al Bien a causa de su inmoderada adhesión al bien temporal creado, se deduce que la paz vendrá sólo si la persona se aparta de lo que es malo. Hay una coherencia en el mal que sólo puede romperse por medio del esfuerzo. El pecado y la voluntad se sueldan a tal punto que el alma dirá: "Déjame sola, tendí mi cama y me acosté en ella." La ruptura entre el egocéntrico y sus placeres concupiscentes es más dolorosa que el bisturí del cirujano, y más afortunada en la posterior felicidad que otorga. Pero todos sentimos aversión por la transformación que se debe llevar a cabo en las raíces. Una pizca, aquí y allá, de autodisciplina puede hacer que nuestros nervios chisporroteen y nos volvamos vanidosos; sin embargo, no enriquece nuestra personalidad. No hay hábito del pecado que no pueda ser roto por la gracia de Dios. Los modelos de hábitos sólo condicionan la voluntad, no la determinan. En cualquier momento y bajo el impulso de Dios, la voluntad puede rechazar los viejos hábitos y decir: "Aceptaré la Verdad sin importar las consecuencias."

Cuando se vence el egoísmo y se integra la personalidad, todo el conocimiento se pone en correlación piramidal, donde una ciencia es vista como subordinada a otra ciencia; los productos químicos están subordinados a las plantas, las plantas a los animales, el universo al hombre y el hombre a Dios. La paz es la tranquilidad del orden, del verdadero orden. Resulta fácil comprender cómo tantas mentes de este siglo se lanzaron en tropel al autoritarismo nazi, fascista o comunista, en su desesperación por un principio ordenador. Careciendo de un verdadero panorama de la realidad, *pero* reconociendo la necesidad de *algún* principio conductor, fuera de sus frustradas, confundidas y desconcertadas mentes, se arrojaron al falso orden de una dictadura.

Someterse a un sistema significa destruir la libertad. No podemos poner tranquilamente nuestra confianza en ningún sistema concebido por el hombre o en ningún ser humano. Necesitamos la verdad de Dios, pero la necesitamos lo suficientemente cerca de nosotros como para poder tocarla y amarla. Sólo una vez en la historia se hizo carne la Verdad, en aquel que dijo: "Yo soy la Verdad" (Jn 14, 6). Lo ideal y lo personal se hicieron idénticos aquí. La verdad cesó de ser una teoría o un código y comenzó a ser una Persona que podíamos aprender a amar. Y esa misma Verdad divina pasó a su Cuerpo Místico, donde todavía hoy está a nuestro alcance: "El que los escucha a ustedes, me escucha a mí; el que los rechaza a ustedes, me rechaza a mí; y el que me rechaza, rechaza a aquel que me envió" (Lc 10, 16).

El sometimiento a su verdad es, así, un escape del autoritarismo, ajeno siempre a los mejores intereses espirituales del individuo. La identificación con la Verdad divina atrae la libertad. Sólo quien conoce la verdad acerca de un avión es libre para volarlo. Lo mismo sucede con la vida: sólo podría volverme libre si conozco la verdad de quién soy; la verdad acerca de la razón por la que mi cuerpo y mi alma están en conflicto; la verdad sobre cómo se pueden reconciliar; la verdad sobre cómo hallar la Fuerza divina para sobreponerme a mi pena y mi pecado y el Conocimiento divino para sobreponerme a mis errores.

El Bien no debe ser temido, porque el Bien es el Amor perfecto. Lo único que el pecador puede perder son las cadenas del egoísmo, que lo

irritan y torturan. Es verdad que el Amor cuesta: a la mujer que encontró a nuestro Señor en la fuente le costó sus cinco maridos y un amante pasajero. Pero cuando los dejó, abandonó también su angustia y, en el éxtasis nuevo del espíritu, llamó a nuestro Señor: "Salvador del mundo".

Aquellos que ahora odian la Verdad y temen el Bien no están lejos del Reino de Dios. Están luchando contra él y saben, sin embargo, que la suya es una batalla perdida. Cuanto más violentamente odian los hombres la verdad, más piensan en ella. Cuanto más temen el Bien que les requiere perfección, más saben que eso es lo que realmente están buscando. Como Nuestro Señor dijo a Pablo: "Es inútil dar coces contra el aguijón" (Hch 9, 6). El aguijón era un clavo al final de un venablo, con el que se agujoneaba al burro cuando retrocedía y se negaba a adelantar. Nosotros, como Pablo, retrocedemos cuando Dios nos agujonea hacia ese destino más glorioso que nos espera.

No importa cómo haya sido nuestro pasado, ni cuántas caídas y recaídas hayamos tenido. Cuando una oveja cae en un pozo de barro, trata de salir y bala para que la rescaten; cuando cae un cerdo, descansa y permanece allí. Necesitamos el valor de la oveja. Todos los seres humanos estamos hechos de barro, porque ¿quién de nosotros está limpio ante los ojos de Dios? Pero si damos un paso adelante para salirnos de ese lodazal, Él avanzará hacia nosotros como un Fuego vivo para limpiarnos.

Todo ser humano siente dentro de sí esta terrible paradoja de no desear a Dios y desearlo al mismo tiempo. Muchos lo evitan porque no está interesado en el tener, sino que es un puro Ser. Dios no posee nada, de la manera en que nosotros poseemos un libro, una casa o un barco. En el Sinaí se definió como Aquel cuya naturaleza es existir: Yo soy el que soy. Su naturaleza es ser, sin sucesión, sin devenir, sin futuro. Porque no posee nada, Él puede darse sólo a sí mismo, y su caridad es infinita. La mayoría de nosotros está satisfecha con lo que somos, ¡pero no así con lo que tenemos! Por tal razón evadimos a Dios, sabiendo que Él quiere enriquecer nuestro ser en vez de nuestro poseer, desea elevar nuestra naturaleza, en vez de sumergirla y perderla en menudencias. Nos ha convocado a la vocación más alta, la de ser sus hijos, a compartir su naturaleza, y a relacionarnos con Él como los sarmientos con la vid. Pocos de noso-

tros deseamos completamente esa elevación; nuestro mezquino deseo es el tener más, en vez de compartir la gloria de ser más. Deseamos las pobres sombras, no la luz; las chispas, no el sol; el arco y no el círculo. En la medida en que crece nuestro deseo por el mundo y las cosas, Dios nos atrae menos y menos. Nos replegamos, con los puños cerrados alrededor de nuestros pocos centavos y de esta manera perdemos la fortuna que Él insiste en que aceptemos. Por eso el primer paso para acercarse a Dios es tan difícil. Nos apegamos a nuestros juguetes infantiles y perdemos la perla de gran valor.

Pero esta paradoja tiene otro costado. Además de temer a Dios, también lo deseamos. Mezclado con nuestra falta de confianza en Él, hay también un anhelo de Él. Huimos y, a la vez, esperamos no poder escapar. Huir de Dios nos da miedo, pero asimismo existe un anhelo de ser capturados por Él. Hay una avidez de Dios que nunca se sacia.

Porque aunque el alma se harta rápidamente de los placeres de los sentidos, no puede saciarse jamás del espíritu. Una luz demasiado brillante puede cegar los ojos, pero una idea que es universal no puede nunca dañar la mente. La pasión por Dios crece en relación directa y en proporción a nuestra intimidad con Él. Esa es la razón por la cual la principal agonía de las almas religiosas es sentir cuán alejadas están de Él. No es su estómago sino su espíritu el que muere de hambre; ellas desean poseer el Infinito pero sus mentes son demasiado pequeñas. Ahuecan sus manos pero no pueden contener Su océano. Amar a Dios y no poder ser uno con Él, es la más grande tragedia humana. Dios siempre se guarda algo de manera de hacerse desear más.

La vida resulta difícil para la mayoría de nosotros, porque no hemos leído las intenciones de Dios, escritas en su universo. Él nos ha dado el poder de tener, y nos promete la felicidad por el uso correcto de las criaturas. El quiere que cada cosa sea usada como un sacramento, un canal, un mojón que nos lleve hacia Él, como un recordatorio de cuánto debemos amarlo. Se propuso que cada uno de nuestros amores humanos fuera un sabor anticipado del Amor infinito, y si el corazón humano nos hace vibrar, con mayor razón nos inflamará el Corazón divino. Dios, a través de sus criaturas, nos entrega pequeñas partículas de su bondad, con el fin de que podamos desear la Totalidad.

Pero algunos de nosotros sólo deseamos las muestras y retazos, y no la vestimenta entera de la Divinidad. Rechazamos la divina realidad y vivimos sólo de su reflejo en el estanque. Dios "decepciona" a aquellos que piensan poder encontrar la felicidad fuera de Él. Aunque envía indirectas sobre la felicidad a través de las criaturas, satisface esa felicidad sólo en Él. Y cualquiera que viva solamente para el mundo, y lo vuelve un fin en vez de un medio, termina en el cinismo y la desesperación. Porque las criaturas no pueden dar lo que prometen a menos que se las use como andamios de las mansiones celestiales. El que usa este mundo como escalón del próximo no puede ser decepcionado. Así como Cristo alimentó a la multitud para llevarla a la comprensión de la eucaristía, así Él nos da el amor a la carne, como antesala del amor al espíritu; el amor a la ciencia, como antecámara del amor a la teología, y el amor por las cosas bellas para que amemos la Belleza en Él.

De esta manera, la libertad puede conducirnos a Dios o apartarnos de Él. Las personas pueden elegir las criaturas en contra del Creador, o pueden hacerlo para el Creador. Mas, aunque somos libres de rebelarnos contra el orden divino, no somos libres de escapar a los efectos de esta rebelión: fastidio, aburrimiento, frustración, melancolía y desesperación. Sin embargo, Dios no nos abandona ni siquiera aquí, nos trae de vuelta a sí, porque es posible volver a Él a través de una serie de disgustos. En nuestro vacío, es a Él a quien realmente buscamos para que nos llene. Podemos negar el agua, pero no podremos jamás negar la sed. Podemos negar a Dios, pero aun en nuestro rechazo, lo buscamos.

De la misma manera en que Dios nos "engaña" al hacer que el mundo lo señale a Él en vez de a nosotros, desde una perspectiva diferente, Dios nos engaña porque, al principio, parece prohibitivo; no obstante, una vez que lo aceptamos, se vuelve una verdadera pasión. Nada hay que asuste tanto al alma como la visión de la cruz. Ver a un Rey coronado de espinas y vestido con la púrpura de su propia Sangre, nos hace temer que nos traiga solamente mortificaciones, muerte y sacrificio. Pero es éste un engaño santo. Una vez que lo aceptamos, vemos que hemos sido verdaderamente engañados. Era sólo la piel de la fruta la que parecía amarga; su pulpa cautiva al alma. Pareciera que Él nos trae cautiverio,

pero en realidad, nos trae libertad. Su Ley parecería ser la de la Crucifixión, pero ésta es sólo el prelude de la resurrección.

Si vivimos alejados de Dios, tememos aceptar sus dones, como los niños son renuentes a aceptar regalos de extraños. Mas cuando existe unión en el espíritu, los regalos se aceptan y no hay sentimiento alguno de vergüenza o miedo. A primera vista, Dios parece arrebatarnos nuestra felicidad pero, en el momento de rendirnos, descubrimos que Él nos ha engañado. Lo único que nos ha arrebatado es la escoria, con el fin de darnos el oro de su eternidad.

4. Cuando el ego se entrega

Si al ego se le permite hacer lo que quiere, sin una disciplina moral que lo eleve al estadio del yo, la personalidad se degrada a lo largo de siete etapas. Estas representan la rebelión del ego contra su propia expansión hacia un yo más amplio, una persona orientada hacia Dios. Ningún alma necesita pasar por estas siete etapas descendentes; en todo momento pueden ser controladas por la resistencia humana, en cooperación con la energía que Dios nos proporciona. Las siete etapas de la intensificación del egocentrismo son: tentación, placer, consentimiento, acto, costumbre, necesidad y muerte.

La primera etapa es la propuesta o tentación de hacer lo que está mal. Si la propuesta es de cometer un pecado que involucra el sexo, tal como adulterio o fornicación, puede llegar a la mente a través de lo que se ve, se escucha, se toca, se imagina o se recuerda. Puesto que todo ser humano tiene el impulso otorgado por la divinidad de propagar la especie humana, la tentación de este mal cuenta ya con una predilección emocional sobre la cual obrar. La pasión sexual en sí misma no es incorrecta; su ejercicio dentro del debido orden de Dios no sólo es correcta y buena, sino que puede ser un medio para la gracia. Debido a que el impulso es tan fuerte, responde con rápida intensidad a cualquier propuesta que penetra la mente, si se le permite permanecer allí. Toda tentación particular, al igual que el fruto prohibido, es una perspectiva siempre encantadora, ya que ningún pecado se muestra jamás bajo el aspecto del mal. Deseamos el mal a causa de los buenos elementos, reales o imagi-

narios, que lo acompañan. Pero nuestras mentes están asimismo conscientes del hecho de que este o aquel acto nos enredarán en el pecado. Nuestra tarea, entonces, es resistir como podamos. No importa cuán violenta sea la tentación, ni cuánto dure: sólo hay pecado cuando existe consentimiento de la voluntad. Si nos rendimos, probablemente excusaremos nuestro comportamiento alegando que es el resultado de nuestro "temperamento", o le daremos un nombre que no conlleva ningún reproche y la llamaremos "necesidad humana". Tendemos a reclamar el crédito total por nuestras virtudes, mientras que culpamos por nuestras faltas al medio ambiente o a alguna provocación más allá de lo soportable. Sin embargo, en nuestros momentos más honestos, sabemos que ésta es una visión superficial sobre nosotros, y que no somos todo lo que nos gustaría ser. Entonces nos preguntamos: "¿Por qué no soy mejor?"

El "yo" al que esta pregunta se refiere es nuestro verdadero sí mismo, la personalidad completamente humana y verdadero capitán de nuestra alma, bajo Dios. Demasiado a menudo, sin embargo, no es el yo el que se halla al mando. Se ha retirado, abandonando el timón que debía controlar y permitiendo, de esa manera, que el ego, ciego y necio, lo reemplace.

Quienes no comprenden la psicología de la naturaleza humana suponen, a menudo, que llevamos a cabo los actos incorrectos porque es el mal mismo el que nos tienta. Esto no es cierto. Si viéramos al pecado tal como es, nadie pecaría jamás. Podemos recorrer el catálogo de las rebeliones del hombre y descubrir que todas las propuestas del mal vienen envueltas en el ropaje de la virtud. Las caricias por medio de las cuales los lujuriosos se seducen unos a otros se disfrazan de amor. La curiosidad pasa por deseo de conocimiento; la pereza se denomina a sí misma amor a la tranquilidad y al descanso. El derroche se presenta como generosidad; la envidia como un legítimo deseo de sobresalir; la crueldad como amor a la justicia, y el orgullo como elevación del espíritu. El descenso del primer escalón llega al engañarnos a nosotros mismos y aceptar una etiqueta mentirosa que hace que el mal nos parezca bueno.

La segunda etapa en la psicología del egoísmo es la excitación de las pasiones. Esto nos procura un sentimiento de placer, de bienestar o agra-

do. La tentación del mal toma entonces velocidad, ya que el impacto de la propuesta se experimenta en el propio cuerpo. En esta etapa, hallamos un perfecto ejemplo de la interdependencia psicósomática: la psique es la mente, y el soma es el cuerpo. Estos últimos están tan unidos como sujeto y predicado en una oración. Ni bien acogemos la propuesta del mal en nuestras mentes, sobreviene una respuesta física, una exacerbación o revuelo de las pasiones. Si se trata del pecado de la carne, este despertar de las pasiones tiene reacciones orgánicas muy marcadas, que intensifican su fascinación. Mientras la tentación era puramente mental no tenía mucho atractivo, pero en esta etapa, cuando se despiertan las emociones, comienza la batalla que san Pablo describe como "la carne lujuriosa contra el espíritu". Resulta muy importante, sin embargo, recordar que en esta etapa, al igual que en la anterior, no hay implícito ningún pecado. No podemos censurar una reacción física inconfesable o el despertar de pasiones en respuesta a un estímulo que no hemos buscado. Debemos recordar constantemente el principio básico de la vida moral: pecamos sólo si existe consentimiento de la voluntad. San Benito, una vez, fue tentado por la impureza tan intensamente que corrió hacia los matorrales para clavarse las espinas y sobreponerse así, a la propuesta del mal, a través del dolor. Incluso si la tentación ha llegado a esta fase, no hay pecado en ella, ya que falta el consentimiento. Pero la etapa en la que el cuerpo comienza a sentir el encanto de la fascinación es la antesala inmediata de la tercera etapa, donde la pregunta crucial a la que habrá de contestar es la siguiente: "¿Que hará la voluntad, consentir o resistir?"

La tercera etapa de la degradación hacia el pecado es el consentimiento; la voluntad tiene siempre, en sí misma y con la ayuda de Dios, el poder de rechazar el mal que le atrae, y transformar, así, la experiencia en mérito. Pero puesto que aquí lo único que nos concierne es la psicología del egocentrismo, damos por sentado que la voluntad consiente. Una tentación de impureza, en este punto, es como una chispa que cae desde la chimenea a la alfombra. Si uno deseara salvar la casa, la extinguiría de inmediato. Pero si uno creyera cabalmente en la "autoexpresión", y estuviera acostumbrado a creer que está mal resistirse a cualquier impulso,

entonces haría lo necesario para avivar la chispa. Comenzaría a encender papeles con ella, y arrojaría trastos de madera y cortinas a las llamas y, finalmente, llegaría a poner la casa en peligro. Esta reunión de material inflamable para extender la tentación es un acto de la voluntad y representa, hasta cierto punto, el consentimiento para un pecado que se halla aún en situación de ser aceptado o rechazado.

Quienes se sienten inclinados a llevar una vida moral y a hacer lo que conduce a la felicidad espiritual, se sienten a menudo inquietos en este punto, sobre si han o no consentido. Es una sana regla general decir que, si a pesar de la violencia de la tentación y la intensidad de la sensación lujuriosa, existe disgusto, desencanto y vergüenza ante esta tentación, entonces no hay consentimiento. Sin embargo, algunas veces, el rechazo al pecado no es claro, en cuyo caso el consentimiento es imperfecto. Este es el caso cuando no se rechaza la tentación tan pronto como se la percibe como un mal, o cuando momentáneamente se duda, o cuando se la resiste a medias.

En el caso del egocéntrico, damos por sentado que el consentimiento es entero y completo. Esto sucede cuando la voluntad se deja llevar voluntariamente a probar el mal, a pesar de las protestas de la conciencia, que reconoce su verdadera naturaleza. Una vez que la voluntad le da el imprimátur y elige el mal, entonces el acto de la voluntad pasa a la siguiente etapa de la acción.

El mal pasa ahora de la voluntad al hecho, del deseo a su ejecución, de la apetencia a la transacción, de la pasión a su empleo. En el caso de los pecados de impureza, el consentimiento lleva a cabo sus malos deseos en alguna forma de lujuria. Cuando este pecado se ha cometido una sola vez o de manera intermitente, la voz de la conciencia todavía es fuerte, y el disgusto, el vacío y el tedio que se experimentan luego del hecho son la voz de la conciencia, que indica al alma que la felicidad no se encuentra en esa dirección. El remordimiento de conciencia se parece al dolor de muelas; está allí para recordar a su dueño que las cosas no están como deberían. Uno de los actos más misericordiosos de Dios es el despertar de una conciencia intranquila, así como uno de los actos más destructivos de la humanidad es descartar la conciencia como un "com-

plejo de culpa" o como un residuo de los sufrimientos infantiles. Algunas veces, el egocéntrico siente que su conciencia es una compañera de vida incómoda y busca un psicoanalista freudiano, quien disculpará su incomodidad moral explicándola a través de la negación de Dios, de su conciencia y de la ley moral. Sin embargo, si este pecador cae en las manos de un psiquiatra más científico, éste le dirá que se reintegre al orden moral ya que así recobrará la paz. Pero si el egocéntrico está, básicamente, en rebelión contra Dios, a menudo desarrolla un odio anormal y mojígato contra cualquier consejero o institución que le recuerde el orden violado. Busca a aquellos que le permitan continuar con sus pecados y lo único que les pide es que curen el remordimiento que ese pecado le produce.

A la quinta etapa, la del hábito, se llega a través de la repetición de los actos pecaminosos, de manera que la rebelión se vuelve habitual. El mal es, ahora, una rutina, una suerte de segunda naturaleza, una parte tan aceptada del modo de vivir del egocéntrico, que puede paralizar casi por completo las admoniciones del Amor divino en la conciencia. La voluntad se ha vuelto ahora tan débil que, casi a la primera ocasión del estímulo de la carne, le permite al cuerpo satisfacerse. De la misma manera en que un fumador habitual alarga su mano en forma automática cada vez que le ofrecen un cigarrillo, así, el pecador habitual está tan acostumbrado a aplastar su conciencia y su voluntad, que se halla casi constantemente en busca de satisfacer sus pasiones.

El acto que al principio era una frágil tela de araña que lo ataba, se vuelve, al repetirse, tan fuerte como un cable de acero. Cada hábito es un poder o una debilidad; una persona moral tiene buenos hábitos, y una pecadora, malos hábitos. De la misma manera en que muchos pasos trazan un camino, los caminos hacia el mal futuro se vuelven más fáciles de seguir para la persona que suma huellas diarias a las trazas del paso de ayer.

A la sexta etapa se llega por la necesidad. Cuando el ególatra se siente "obligado" a consentir sus excesos una y otra vez. Puede justificar psicológicamente su debilidad, diciendo que su voluntad es libre; pero ya que la filosofía de una persona está en relación con su vida, sería intere-

sante llevar una estadística de las actividades morales de aquellos eruditos que niegan hoy en día, en libros y conferencias, la libre voluntad. Son, generalmente, individuos en los que la libertad se ha debilitado de tal manera, a través de una que otra brecha en su moral, que esta negación les resulta filosóficamente conveniente.

Pero aún en esta sexta etapa no hay todavía una determinación genuina de la voluntad de pecar. El egocéntrico conserva aún un vestigio de libertad y, por lo tanto, le queda alguna resistencia. La voluntad, abandonada a sus propios recursos, no puede librarse de la ciénaga, pero si puede hacerlo en cooperación con la gracia de Dios, siempre presente. A la determinación de hacer el mal, que parece automática, puede llamársela mejor endurecimiento del corazón. Resulta inquietante para el alma en esta situación, sentir que Dios está tras ella, pero es más nocivo para el alma persuadir a Dios de que abandone la persecución. Esto es lo que el pecador trata de hacer. La expresión favorita del egocéntrico, en esta etapa, cada vez que recibe una sugerencia moral o espiritual, es: "¡Déjame sola!". Si Dios lo toma al pie de la letra, entonces sobreviene lo que se llama "abandono del réprobo a su deseo" Como dijo san Pablo:

Por eso, dejándolos abandonados a los deseos de su corazón, Dios los entregó a una impureza que deshonraba sus propios cuerpos, ya que han sustituido la verdad de Dios por la mentira, adorando y sirviendo a las criaturas en lugar del Creador, que es bendito eternamente. Por eso, Dios los entregó también a pasiones vergonzosas: sus mujeres cambiaron las relaciones naturales por otras contrarias a la naturaleza. Del mismo modo, los hombres, dejando la relación natural con la mujer, ardieron en deseos los unos por los otros, teniendo relaciones deshonestas entre ellos y recibiendo en sí mismos la retribución merecida por su extravío. Y como no se preocuparon por reconocer a Dios, él los entregó a su mente depravada para que hicieran lo que no se debe. Están llenos de toda clase de injusticia, iniquidad, ambición y maldad; colmados de envidia, crímenes, peleas, engaños, depravación, difamaciones. Son detractores, enemigos de Dios, insolentes, arrogantes, vanidosos, hábiles para el mal, rebeldes con sus padres, insensatos, desleales, insensibles, despiadados. Y a pesar de que conocen el decreto de Dios, que declara dignos de muer-

te a los que hacen estas cosas, no sólo las practican, sino que también aprueban a los que las hacen (Rm 1, 24-32).

Quando se entrega al egocéntrico a los deseos de su mente réproba y se le abandona, el Señor le concede el deseo de su corazón: Obtiene exactamente lo que desea y, sin embargo, se detesta por desearlo. El sentimiento de desesperación que experimenta el egocéntrico es el comienzo de su infierno. En tanto sintiera la tensión entre lo que hacía y el sentimiento de que estaba mal, había esperanza. Pero cuando esta tensión cesó, parece que Dios, al menos momentáneamente, lo ha dejado solo, según sus deseos. Pero, en realidad, Dios nunca lo abandona hasta el rechazo final de la gracia, en el momento de su muerte. En su falsa paz, el egoísta puede presumir enfáticamente de haber dejado atrás los pensamientos sobre Dios, el juicio y la religión, y de gozar, ahora, de su libertad. Con esta decisión, entra en la etapa del mal de la que Nietzsche alardeaba: "Mal, sé mi bien". Aunque sienta frustración, tedio y desesperación, se niega a ver que son el resultado de haber bebido ya, muy profundamente, de la copa del pecado y busca curarse bebiendo la copa hasta sus heces. Puede reconocer su tedio, pero imagina que una mayor audacia en el mal estimulará su interés en la vida. Con referencia a estos egocéntricos, nuestro Señor recordó a los justos que era inútil hablarles de las cosas divinas: "No tires perlas a los cerdos."

A lo largo del tiempo, el corazón de estos egoístas se vuelve más duro, y la tierna sensibilidad de sus almas se embota. Las faltas se multiplican hasta un punto en que, habiendo cesado de luchar contra el mal, comienza ahora a luchar contra Dios. Esta es la explicación del ateísmo en el mundo moderno. Porque el nuevo ateísmo no se parece al antiguo ateísmo teórico, que se enorgullecía de estar compuesto intelectualmente por algo de ciencia, antropología y religión comparada. El nuevo ateísmo no concierne a la mente sino a la voluntad. Es un acto de libre e impaciente rechazo de la moralidad y sus exigencias. Comienza con la afirmación del sí mismo y la negación de la ley moral. El nuevo ateo no "sabe que no hay Dios", como nos dice. Nadie en el mundo puede saber que Dios no existe; el ateo moderno sólo desea que no haya Dios. No inten-

ta, en realidad, negar a Dios; busca destruirlo. Su vida es la negación de la acción de Dios. El ateísmo actual no es pasivo, como el antiguo, que permitía a los creyentes coexistir con él: ahora es político, militante y activo, proselitista y comunista. El burgués ateo decía: "No creo en dios"; el nuevo ateo, cuya creencia nació del endurecimiento de su corazón, dice: "Creo en el anti-Dios". Pero aún en un caso tan avanzado como el suyo, no debemos pensar que el endurecimiento de su corazón es irremediable. Mientras una persona está en vida, hay esperanza para su alma. El egoísta puede haber llevado la vida más perversa y mala, más voluptuosa y atea, sin embargo, si en un momento se vuelve hacia Dios y pide su perdón, será salvado.

Persistir en este endurecimiento del corazón puede condenar al alma. Pero todo individuo en el mundo tiene algunos síntomas leves de la enfermedad. Puede haber pecado contra la caridad o la justicia; aunque no tuviera la intención de persistir en él sino de darse un poco más de tiempo para gozar de las delicias del pecado, sin embargo, puede haber retardado el castigo. Deseaba ser mejor, pero un poco más tarde. Estaba, así, jugando con Dios; sin embargo Dios toleró ese apartarse de Él. En tanto haya una paja humeante, y en tanto haya una caña quebrada que diariamente trata de enderezarse, el Buen Señor proveerá la energía necesaria. Si el ojo del pecador se vuelve hacia Dios, puede nublarse de lágrimas, y su cuello tieso puede inclinarse en adoración y plegaria. El corazón endurecido puede reducir sus defensas contra Dios en cualquier etapa, tardía o temprana, y Él entrará. El ladrón que maldecía y blasfemaba contra nuestro Señor en la cruz, fue el mismo ladrón que unos momentos más tarde pidió que no lo olvidara; rápidamente le llegó la promesa del Señor: "Hoy estarás conmigo en el Paraíso."

Pero si el egocéntrico persiste en el rechazo del Amor divino hasta último momento, entonces llega a la etapa final, la de la *muerte eterna*. La muerte biológica es la desintegración de nuestros componentes físicos, y la muerte espiritual es la eterna desintegración de la mente y el alma. El ego deseaba que lo dejaran solo, y en el infierno está solo; odia su propia soledad, y odia su propio ego. Aun en este mundo los egoístas difícilmente disfruten de ese "ser dejados solos" por el que claman. Escapan

de su egoísmo solitario en el alcohol o los somníferos, o se pierden en las muchedumbres. Si resulta tan difícil vivir con el propio ego en el tiempo, entonces vivir con él en la eternidad es el infierno. El sufrimiento, la infelicidad, la autotortura que siente el egoísta es, ya, un arder. El infierno puede describirse como el lugar en donde el ego arde eternamente en su propia soledad. El egoísmo es el anti-amor, y el infierno es el lugar donde no hay amor. Sólo una cosa tienen los egoístas en común entre ellos en el infierno: el odio que sienten unos por otros. Este odio se intensifica allí, porque cada egoísta verá en el otro lo que odia en él mismo.

El apóstol Santiago, en una rápida revisión de las siete etapas del pecado, dice: "Cada uno es tentado por sus malos deseos, que lo atraen y lo seducen. De ellos nace el pecado, y éste, una vez cometido, engendra la muerte" (1, 14-15). Así, el amor de Dios, que estaba hecho para atraernos hacia Él, se vuelve, en realidad, la base del eterno descontento del egocéntrico consigo mismo. La lluvia que nutre a la semilla también puede pudrirla. El sol que da calor y nutre la cosecha en un cultivo puede calcinarla en otra. La misma comida que alimenta a una persona sana puede enfermarla y ponerla en peligro en otro momento. El conocimiento que ilumina una mente puede transformar a otra en monomaniaca. Cuando el sol brilla sobre la cera, la ablanda; cuando lo hace sobre el barro, lo endurece. El amor acaricia o consume; nos lleva al cielo o (si huimos de él) nos entrega al infierno. El infierno no es una experiencia que comience en la otra vida; continúa allí, pero comienza en la tierra. Los que desesperan y los que sufren de tedio ya han tenido una primera experiencia del infierno en la etapa final del egoísmo entronizado.

5. La filosofía del placer

Puesto que el placer es el objetivo supremo de todo vivir ególatra, correspondé que sepamos algo de sus leyes. La furia con la que las mujeres y hombres modernos buscan el placer es la prueba más poderosa de que no lo han encontrado, ya que si las calles de nuestra ciudad estuvieran atestadas de ambulancias con sirenas, y los hospitales tuvieran su capacidad colmada, y las enfermeras estuvieran corriendo enloquecidamente, tendríamos la grave sospecha de que la salud no ha sido hallada aún. El placer como objetivo central de la vida es un espejismo que nadie alcanza. Pero si es posible gozar de placeres estables y satisfactorios, siempre que uno conozca sus leyes.

La primera ley del placer es que, como la belleza, está condicionado por su contraste. Una mujer de blanco, si tiene algún sentido estético, se parará delante de una cortina negra antes que de una blanca. De la misma manera, para gozar de cada placer, éste debe venir como una suerte de obsequio, una sorpresa. El tipo de placer que provoca risa es una muestra. Incidentes que no resultan divertidos en la calle son hilarantes en la iglesia por el contraste con la serenidad del ritual. Por ejemplo, un hombre, en la calle, con el sombrero ladeado no provoca risa pero un obispo con una mitra ladeada sí lo hace.

La condición para divertirse es que uno no esté siempre tratando de divertirse. No hay diversión alguna en la vida si todo provoca gracia; no hay ningún placer en los fuegos artificiales, si todos los días son el 4 de

julio.³ Muchas personas no obtienen placer alguno porque es lo único que buscan, y, de esa manera, dejan de lado el contraste, que es la primera condición para divertirse. En la liturgia de la Iglesia hay un contraste constante entre la alegría y el sacrificio, entre la celebración y el ayuno. Aun durante los tiempos de Cuaresma y Adviento, donde hay penitencia y dolor, la Iglesia inserta un domingo de Laetare y otro de Gaudete, en el que se nos llama a celebrar. Ella hace esto, primero, para recordar a la gente que la penitencia no es perpetua y, segundo, para impedirles caer en una rutina psicológica.

La segunda ley del placer es que ningún placer se convierte en nuestra posesión permanente hasta no haber pasado por un momento de sufrimiento. Nadie accede a la segunda instancia hasta no haber agotado la primera; nadie disfruta leyendo los clásicos latinos hasta no haber sobrepasado el tedio de la gramática y las declinaciones. Nadar es excitante pero sólo luego del frío de la primera zambullida. Hasta los deleites de la eternidad están sujetos a estas leyes, ya que a menos que exista un Viernes Santo en la vida, jamás habrá un Domingo de Pascua. A no ser que haya una corona de espinas, no habrá un halo de luz; y a menos que exista una cruz, no habrá un sepulcro vacío. La misma ley impera en nuestros intereses temporales. Lo mismo sucede con el matrimonio; es sólo después de haber sobrevivido a los primeros desajustes que las personas comienzan a descubrir la hermosa alegría de estar juntos.

La tercera ley del placer es la siguiente: Toda búsqueda del placer es, fundamentalmente, una persecución del infinito. Los placeres nos atraen porque esperamos, al gustarlos, obtener un sabor anticipado de algo que los exceda en intensidad y gozo. Un pájaro, una estrella, un libro, deberían satisfacer el hambre de una persona, pero no es así. No encontramos satisfacción en cosa alguna, porque nuestros apetitos están hechos para gustarlo todo. Como un gran navío botado, el hombre se mueve de manera insegura en aguas poco profundas porque está hecho para surcar el mar. Pedirle que se satisfaga con algo menos que el infinito es anular su naturaleza. Nuestra avidez por el bien es más grande de

lo que la tierra puede satisfacer. El amor a la poesía es un grito, un gemido y un llanto; cuando más sublime y verdadera es, más profundo es su lamento. Si bien la dicha de obtener algo que anhelábamos arrebatamos nuestra mente por una hora, se revierte por la noche, en la inmensidad de su deseos aún incumplidos.

Nuestra hambre de infinito jamás se aplaca; aun aquellos que están desilusionados por el exceso de placeres guardan en su imaginación una esperanza de hallar, en alguna parte, una fuente de satisfacción más verdadera de las que han probado. Nuestra búsqueda del amor sin fin no tiene fin; nadie puede realmente amar algo, a menos que piense que es eterno. No todos le ponen nombre a este infinito hacia el cual tienden y que anhelan, pero el resto de nosotros lo llama Dios.

La persecución del placer es, así, una muestra de la naturaleza superior del hombre, un síntoma de su soledad en este mundo. Desgarrado entre lo que tiene, que lo colma, y lo lejano trascendente, que lo atrae, todo ser humano está en grave peligro de odiarse y desesperar, hasta que encuentre su verdadero infinito en Dios. Como dijo Pascal: "El conocimiento de Dios, sin la percepción del sufrimiento de hombre, lleva al orgullo, y el conocimiento del sufrimiento del hombre sin la percepción de Dios, causa desesperación. El conocimiento de Jesucristo constituye el camino intermedio, porque en Él hallamos tanto a Dios como a nuestro propio sufrimiento."

Hasta tanto la persona no conozca el verdadero Infinito, va de manera invariable de lo subjetivo —la afirmación de su yo como absoluto—, al hedonismo, filosofía de una vida entregada únicamente a los placeres de los sentidos. Cuando alguien parte de la base de que sus deseos egoístas son lo más importante, que nada más allá del yo tiene importancia, entonces sucede que la única medida por la que será capaz de juzgar el valor de toda experiencia es la de su placer e intensidad. Cuanto más sienta algo, más verdadero y admirable será. Hay una falacia, sin embargo, que acecha detrás de la presunción del hedonista de que la motivación de todos sus actos es el placer, porque si éste fuera el caso, en la actualidad no habría ningún hedonista en movimiento, ya que al lastimarse en su primera caída, de niño, hubiera permanecido en el suelo, negándose

³ Día de la Independencia de los Estados Unidos (N. de la T.).

a levantarse. Un bebé con las rodillas despellejadas no se levanta e intenta nuevamente gatear porque busca el placer, sino debido a que el impulso que lo lleva a desarrollar sus capacidades humanas sobrepasa su deseo de permanecer de espaldas en el suelo. El placer es, en realidad, un derivado del deber, y evade su persecución directa. Se asemeja al rubor de las mejillas, como nos lo ha dicho Aristóteles; el rubor no es algo que los hombres intentan desarrollar, sino que es el derivado de un organismo sano.

La actitud correcta hacia la vida no es la de buscar el placer, sino la de cultivar un sentido del humor divino dentro de nuestras limitaciones humanas. ¿Y qué es el humor? Se dice que alguien posee sentido del humor si puede "ver la gracia" de algo, y que está falto de sentido del humor si "no puede ver la gracia". Mas Dios ha hecho el mundo de tal manera que Él es la gracia de todo lo que vemos. Lo material supone una revelación de lo espiritual; lo humano, una revelación de lo Divino, y las experiencias pasajeras de nuestros días, una revelación de la eternidad. El universo, de acuerdo con el plan original de Dios, fue creado transparente como un cristal. Una montaña no debía ser sólo una montaña sino un símbolo del poder de Dios. Un copo de nieve no era únicamente un copo de nieve, sino un indicio de la pureza de Dios. Todo fue creado para decir algo acerca de Dios, ya que "el Dios invisible se vuelve manifiesto en las cosas visibles del mundo." De acuerdo con este plan, cada persona debía de ser poeta, humorista, alguien dotado de un sentido de los valores infinitos e invisibles que hay en todo.

Ésta era la pieza teatral de Dios, en la cual el hombre debía interpretar el papel central de Señor de la Creación. Cuando se le dieron las líneas al primer hombre para que las recitara, hizo un embrollo con ellas. Ese resbalón que destruyó el papel del hombre en la Creación fue el pecado, y el pecado es algo de una seriedad desproporcionada. El pecado fue el acto por el cual el hombre se negó a tomar a las criaturas por lo que eran, —escalones para llegar a Dios, medios para un fin— y comenzó, en vez, a tratarlos como fines en sí mismos. Y en esto consiste, aún, el pecado. De la misma manera en que una persona pierde su sentido del humor cuando no le ve la gracia a una broma, pierde enteramente su

sentido del humor cuando cesa de ver la gracia del universo, que es la de que todas las cosas son símbolos, revelaciones y recordatorios de Dios, quien las hizo. Tomar las cosas en serio, como fines en sí mismas, es sobreevaluarlas, tratarlas con una solemnidad que no está justificada.

La impresionante seriedad de los siglos paganos se extiende sobre la humanidad como una mortaja. Todo el genio de las tragedias griegas no puede ocultar la profunda desesperación que llenaba los encogidos corazones de quienes no encontraban más sentido al mundo que la frágil belleza del color, la línea y la armonía rítmica. La verdad era el señor noble que el poeta pagano o el filósofo habían encontrado para servir, pero la verdad, una vez vista, aparecía como impersonal y sin amor.

La triste desesperación del pagano escuchó, en el silencio de la brisa de invierno, el grito del Niño. Los grandes de la tierra no escucharon el grito, porque estaban ocupados con los intereses del sí mismo. Hubo sólo dos clases de personas que oyeron el grito: los pastores y los sabios. Los pastores representaban a aquellos que sabían que no sabían nada, y los hombres sabios, a quienes sabían cuán poco nos enseña el conocimiento. Esas dos clases de peregrinos de corazón simple vieron al Niño, y lo vieron con un sentido del humor divino. Vieron a Dios a través de esa forma humana. Era la Palabra, quien se había convertido en Emanuel, Dios con nosotros.

Y cuando el Niño creció en gracia y sabiduría, fue por las calles y los mercados, y comenzó a enseñar la nueva doctrina: la doctrina del sentido del humor divino. Podría resumirse todo con estas palabras: "Nada en este mundo debe tomarse seriamente, nada excepto la salvación del alma. El mundo y las cosas que están en él, un día se plegarán como una tienda árabe; no se debe vivir exclusivamente para esta vida." Para quienes tomaban al mundo seriamente fue una conmoción escuchar al Dios Hombre tronar: "¿De qué le servirá al hombre ganar el mundo entero si pierde su vida? ¿Y qué podrá dar el hombre a cambio de su vida? Porque el Hijo del hombre vendrá en la gloria de su Padre, rodeado de sus ángeles y entonces pagará a cada uno de acuerdo con sus obras" (Mt 16, 26-27). Se negaba a tomar a los pescadores por pescadores seriamente; para Él, eran "pescadores de almas." Un vestido de bodas no era impor-

tante en sí mismo, sino como símbolo de la caridad. El grano de mostaza era importante como presagio de la Iglesia; el campo y los lirios eran muestras de la divina Providencia; las ovejas y las cabras, de los justos y los malvados. Y los pobres, los pobres eran Él mismo.

Los cristianos debían tomar las cosas de una manera ligera, ya que los verdaderos valores no podían ser encontrados por nadie que se detuviera ante las cosas, o tomara seriamente su significado superficial. En la actualidad, aún existen estos dos posibles enfoques del mundo: el del hedonista, que es solemne con respecto a este mundo, considerándolo como el único que tendrá, o el considerarlo a través de sentido del humor divino, que permite al hombre "ver a través" del mundo, el otro que habrá de poseer en el futuro. El cristiano puede despreocuparse de su vida y propiedades. Un niño que sólo tiene una pelota que no podrá reemplazar la usará con cautela. La seriedad caracterizará su juego. Pero si se le dice que algún día le darán otra pelota que no se gastará, puede tomar la primera más ligeramente y disfrutar de ella sin acapararla.

Sólo aquellas personas que creen en una realidad trascendente pueden pasar a través de la vida con un seguro sentido del humor. El ateo, el agnóstico, el escéptico, el materialista, todos tienen que tomarse en serio, no tienen una posición ventajosa en la que se puedan colocar, mirarse a sí mismos, y ver que cómicos son. No existe nada más ridículo que los pretenciosos y, a menos que el autoconocimiento venga a perforarlo, el absurdo crecerá. Sin embargo, si nuestra autoexaltación se desinfla sin reconocer la misericordia de Dios, que puede alzar al pecador, entonces puede engendrar la desesperación; se requiere a Dios para la alegría.

Hay sólo un lugar en las Sagradas Escrituras donde se menciona que Dios ríe: "El que reina en el cielo se sonríe; el Señor se burla de ellos" (Sal 2, 4) Nos volvemos risibles a través de nuestras incongruencias y afectaciones. Un niño de doce años que se afeita, una niña de nueve que se viste como su madre, provocarán la risa, porque posan de lo que no son. Así, cuando un materialista o un ateo se erige en Dios, negando toda dependencia de un Creador y repudiando su necesidad de un Salvador que perdone sus faltas y pecados, entonces se vuelve ridículo y provoca la risa del mismo Dios. Y lo que vuelve doblemente ridículo al bur-

lado es su orgullo. Dos personas sobre el hielo pueden caerse, pero si una de ellas lleva puesto un sombrero de copa, parecerá más graciosa que la otra, que viste modestamente. La autoexaltación humillada y la dignidad desbaratada nos divierten y hasta es posible que diviertan a Dios.

Pero, mientras que Dios se ríe de los ateos, los justos y todos aquellos que tienen un sentido del humor divino, se ríen de sí mismos. Su fe les ha enseñado que esta vida es sólo la antesala de la próxima y que todo en ella es una suerte de sacramento que conduce al alma hacia Dios. Ellos encaran el mundo como un andamiaje por el que las almas ascienden hasta el Reino de Dios. Una vez que la última alma haya ascendido por él, el andamiaje se derrumbará y arderá en un fuego fervoroso, no porque sea inferior, sino porque habrá cumplido con su trabajo de llevarnos de vuelta a Dios. Si Dios es lo suficientemente importante para nosotros, sus huellas son las que vuelven valioso a nuestros ojos al mundo visible. Si Él elige quitar algo creado en particular, no puede importarnos demasiado, porque Él permanece. Cuando Job perdió todo lo que tenía, mantuvo, sin embargo, su sentido del humor divino y dijo: "Dios nos da y Dios nos quita, loado sea el Señor". San Francisco miraba el universo con la misma sabiduría despreocupada al tomar a la luna como su hermana y al sol como su hermano, y sentía, como cosa creada, un parentesco con el fuego, el viento y el agua, y cuando al morir saludaba a la muerte como a una "hermana bienvenida." La mayoría de nosotros nos sentimos muy molestos por los mosquitos, en tanto que santa Rosa de Lima los eligió como sus mascotas preferidas, animándolos a cantar mientras rezaba, y nunca le hicieron mal.

Sería muy posible que el último día, cuando el Buen Señor venga a juzgar a los vivos y a los muertos, dé un regalo muy especial a quienes no han tomado el mundo demasiado en serio, sino que han hecho de cada cosa material un escalón hacia el Cielo. A quienes no se han tomado a sí mismos ni al mundo demasiado seriamente, a quienes tienen un sentido del humor divino, les mostrará su sonrisa.

6. Cómo irrumpe Dios en el ego

A pesar del egoísmo, de nuestro miedo al Bien y odio a la Verdad, Dios tiene su propia manera de entrar en un alma, puesto que hay sólo dos clases de personas en el mundo: quienes habiendo encontrado a Dios y lo aman, y aquellas que lo buscan. Entre estas últimas hay fanáticos, pecadores impenitentes y libertinos, tiranos y sus esclavos voluntarios. En general, existen tres clases de estos individuos en el mundo: los precristianos, que no han oído aún de la plenitud de Cristo; los poscristianos de nuestra civilización occidental, que una vez lo poseyeron pero ahora lo han abandonado y, finalmente, los anticristianos, que erradicarían su memoria de la tierra si pudieran, y cuya energía a favor del Anticristo a menudo avergüenza a los cristianos. "Los mejores carecen de convicciones, mientras que los peores están llenos de una intensidad apasionada." Pero todos estos grupos contienen personas que buscan a Dios.

Entre aquellos embarcados actualmente en esta búsqueda hay algo notable: no llegan a Dios a través de la naturaleza sino a través de ellos mismos. El hombre moderno no se siente impresionado tanto por el orden del universo físico que induce a nuestras mentes a pensar en una causa trascendente, como por el desorden y las frustraciones de su alma. El argumento clásico a favor de la existencia de Dios ya no atrae a la gente, no porque los argumentos se hayan vuelto irracionales, sino porque las mentes no están entrenadas, hoy en día, para obedecer a las normas de la lógica formal en su búsqueda de la verdad. Pero si las almas no

quieren buscarlo a través del camino de la razón, Dios tiene otras maneras de atraerlas a sí mismo. Él puede, aún, hacerles sentir su presencia a través de la soledad y el vacío.

Los que no han hallado la plenitud del Dios en su revelación se encuentran frustrados. Los seres humanos están hechos para conocer a Dios, amarlo y servirlo, y si no pueden hacerlo, por falta de fe o por alguna otra razón, están llevando vidas desnaturalizadas. Son como leones de la selva condenados a vivir en el encierro de una jaula en el zoológico. O como un árbol que se tuerce porque se lo plantó en un suelo inapropiado para su sano crecimiento. El clima del alma humana es Dios; no puede florecer en otro ambiente. Las almas que no encuentran la Vida divina para completar su existencia incompleta, la Verdad absoluta para calmar las oscilaciones de su mente, y el Amor perfecto, que es el objetivo de todos sus amores menores, están destinadas a sentirse decepcionadas e incompletas, a preguntarse: "¿Vale la pena vivir?"

Esta condición mental se ve reflejada en la filosofía que la humanidad comenzó a adoptar al final de la Segunda Guerra Mundial. El pensamiento se volvió pesimista, en razón de haber nacido en la catástrofe. Los estoicos de los tiempos clásicos hacían frente a las catástrofes de su tiempo idealizando a los hombres que apretaban los dientes frente al desastre. De la misma manera, los nuevos estoicos de nuestro tiempo (que algunas veces son llamados existencialistas) enfrentan la catástrofe interior de la mente moderna con un grito de angustia, una queja en el corazón del filósofo que carece de Dios. El misterio y la paradoja, que han tornado desde siempre al universo en algo sorprendente para los humanos, se han mudado, ahora, al interior de nuestras mentes, de manera que la persona es su propia contradicción. Este cambio de interés del cosmos al hombre, del universo a la mente humana, del hombre como problema al problema del hombre, es lo que vuelve tan difícil la tarea del apólogo de Dios. Frente a esto, puede intentar que el hombre moderno vuelva su mirada más allá de él mismo, hacia la naturaleza, donde puede apreciar el argumento habitual acerca de la existencia de Dios, o puede comenzar con el hombre tal como es en la actualidad: encerrado en sí mismo, frustrado, desesperado, cínico y ateo.

Nuestro Señor parece haber tomado siempre este segundo atajo en su vida terrenal, hacia las almas de aquellos a los que acercó a sí. Parecería que éste es su modo de comenzar con la gente tal cual es; la gracia de Dios no requiere que todos nos adecuemos al mismo molde antes de que Él consienta en trabajar con nosotros. Como ejemplo, vemos al Señor hablando con la mujer en el pozo, una mujer que venía al mediodía a sacar agua, algo que nadie elegiría hacer bajo el ardiente sol de Oriente. Al parecer, ella venía a esta hora inusual porque, al ser adúltera, las otras mujeres no le permitían que se juntara con ellas en la frescura de la mañana o de la noche. ¿De qué manera obró Dios para convertirla? ¿Qué común denominador posible había entre la Inocencia divina y esta mujer con cinco divorcios? Había *una* cosa en común: aquello que la llevaba al pozo, un común amor por beber agua fría en el calor. Todas las personas se igualan en su sed.

Comenzando con ese hecho corriente, nuestro Señor elevó la mente de la mujer al deseo de otras fuentes de paz y goce, y a través de una serie de brillantes acometidas, la trajo a que primero lo llamara "judío", luego "Señor", después "Profeta", a continuación "Mesías" y, finalmente "Salvador del Mundo." Hay una cosa cierta: nuestro Señor comenzó con el problema de ella, con la sed de ella, con el vacío de ella, con la frustración de ella, y la necesidad de ella. Cuando ella trató de cambiar el incómodo tema de la regeneración moral por medio de una pregunta teórica respecto al monte en que se debería rendir culto, nuestro Señor respondió: "El Reino de Dios está dentro de ti." En breves momentos, la sed de agua de esa mujer se transformó en sed de hacer conocer y amar el nombre de Cristo.

Este método de comenzar con la gente tal cual es fue usado también por san Pablo. Al visitar el orgulloso centro intelectual del mundo, Atenas, Pablo, como todo buen apólogo, miró a su alrededor, tratando de encontrar algo bueno para unirlo al Bien. No había mucho de bueno en esa ciudad, con su panteón lleno de dioses de oro y deidades de plata; no había demasiado en el paganismo que atrajera a Pablo, a medida que paseaba su mirada de una estatua a la otra. Pero, finalmente, descubrió un común denominador con su Cristo; era sólo una inscripción graba-

da en la base de un altar, pero fue suficiente para proporcionarle inspiración para un discurso que comenzó así:

Atenienses, veo que ustedes son, desde todo punto de vista, los más religiosos de todos los hombres. En efecto, mientras me paseaba mirando los monumentos sagrados que ustedes tienen, encontré entre otras cosas, una altar con esta inscripción: "AL DIOS DESCONOCIDO". Ahora yo vengo a anunciarles eso que ustedes adoran sin conocer (Hch 17, 22-23).

San Pablo, entonces, comenzó con la gente tal como era. De la misma manera en que el Salvador había centrado su Evangelio en la palabra "sed", Pablo lo hizo en la palabra "desconocido". Dio por sentado que los hombres de Atenas intuían que había en ellos una capacidad para adorar no cumplida en sus idolatrías, y predicó sobre el Dios que no está hecho por manos humanas, el Dios que hizo al mundo, el Dios que envió a su propio Hijo al mundo para salvarlo, el Hijo que trajo a los hombres la oportunidad de la resurrección de la muerte del pecado y la corrupción de la vida.

Con este espíritu, el que ama verdaderamente a Dios puede decir a la gente de este siglo: "Veo que ustedes son personas religiosas, ya que al pasear por sus calles, encuentro más de una estatua erigida al Dios desconocido. Ustedes también están buscando un Dios que no conocen. Veo una estatua de Marx, quien promete la hermandad de los hombres pero no puede lograrla, porque niega la paternidad de cualquier Dios. Veo una estatua de Freud, quien ofrece la paz mental pero no puede otorgarla, porque niega toda creencia en Dios, toda necesidad de redención del pecado. Esta hermandad de los hombres, esta paz del alma que ustedes, en la actualidad, ignoran la pueden hallar en la Paternidad de Dios y en la Redención de nuestro Señor."

Los ateos y egoístas de hoy son almas hambrientas, sedientas, famélicas y frustradas, como siempre lo están los paganos. A menudo son fanáticos llenos de prejuicios y están hartos del mundo. Pueden estar encerrados en el interior de sus propias mentes, prisioneros de sus miedos y ansiedades, o puede que estén aún llenos de ilusiones, a causa de su ju-

ventud, esa etapa de la vida donde todavía los falsos placeres no los han desilusionado. Mas si en este o en cualquier otro siglo, uno está consciente de una carga pesada, —el peso de su propia y fatigada persona— entonces puede escuchar la divina invitación: "Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré" (Mt 11, 28).

Pero, ¿cómo puede la persona que anhela la paz estar segura de que el Dios que los llama es real? ¿Cómo atreverse a creer en Dios? ¿De qué manera rescatará su yo prisionero?

Hay dos brechas en nuestras paredes, dos grietas en nuestra armadura, dos entradas secretas al alma por donde Dios puede entrar, y que forman parte de nuestra naturaleza hasta tal punto que no podemos alterarlas. Dios construyó estas puertas al tiempo que nos creaba, como trampas de nuestra naturaleza. Aun si nuestros intelectos impiden el paso de Dios a través de las falsas obstrucciones a la fe, erigidas por un razonamiento malsano, Él es capaz de penetrar en nosotros a través de las puertas secretas que no hemos sabido trancar.

La primera de estas puertas es el amor al bien. Cuando vamos tras cada manjar que nos atrae por su cualidad, el alma persigue, en realidad, la total e infinita Bondad de Dios. Toda búsqueda de placer, cualquier amor por un amigo, toda aprobación de un buen niño, toda comparación entre lo bueno y lo mejor, implica algún Bien ulterior a estas buenas cosas, porque ninguna de ellas satisface nuestro corazón por completo. Todo bien menor que damos por bueno anuncia nuestro anhelo de que sea expresión del Bien y de Dios. Decir que deseamos cosas buenas pero no el Bien, que es Dios, es como decir que amamos los rayos del sol pero odiamos al sol, o nos gusta la luz de la luna pero despreciamos la luna. La substancia del sol no llega a nuestra habitación a través de sus rayos, pero alguna parte de él sí lo hace, de la misma manera, aunque en una buena manzana o un buen amigo no haya una parte de Dios, la participación de su Bien está siempre allí. Nadie puede amar lo bueno sin amar, implícitamente, el Bien. Dios se introduce en el alma a través de cada uno de sus deseos y gozos.

Incluso el mal que hacemos, lo hacemos porque, en cierto aspecto, lo consideramos bueno para nosotros. Nadie peca si no es por el deseo de

algo bueno; el pecador está, simplemente, equivocado en su elección de lo bueno, como el estómago se equivoca en su elección de lo bueno si intenta vivir a base de una dieta de jugo de pepinos. Pero nadie podría abrazar ni siquiera el nihilismo si no le pareciera bueno. La borrachera parece buena al alcohólico, el dinero al avaro, y la sensualidad al libertino. Todo lo que Dios ha hecho es bueno: el fuego es bueno, aunque queme casas, y el agua es buena, aunque ahogue al nadador. El más perverso de los ateos puede amar el ateísmo sólo porque esa idea le parece buena.

Debido a esta predilección humana por lo que es bueno, ninguna vida está hecha meramente de actos intrínsecamente perversos. El asesino saborea la bondad de una buena comida; el ladrón responde a la virtud del niño; el rufián puede alimentar a los pobres por pura generosidad. Las buenas obras están mezcladas con las malas obras. Nadie está persiguiendo, pecando o blasfemando de forma continua; hay veces en que el pecador está ocupado en plantar un rosal, en cuidar a un amigo enfermo, o en arreglar el neumático del vecino. Hay una considerable reserva de bondad natural en todas las personas, sólo que viven empecinadamente en compañía de su pasión predominante, incluso si está centrada en el mal. Porque hay en nosotros algo que escapa a la infección, no somos jamás intrínsecamente malos, ni incurables o imposibles. Los que ven nuestras buenas acciones nos admiran y los que ven sólo las malas nos tienen en baja estima. Éste es el motivo por el cual pueden haber juicios tan divergentes sobre la misma persona. Aun cuando la voluntad sea perversa, aun cuando una criatura esté fascinada y cautivada por una única adicción pecaminosa que transforma sus días en una continua huida de Dios hacia la lujuria o el poder, aun así, hay algunas pocas acciones buenas y loables que contradicen su actitud general. Estos actos aislados de virtud son como una asa limpia en un balde sucio; a través de ella, Dios puede alzar el alma hasta su Paz.

La segunda puerta por la que Dios entra a un alma que huye de Él es su tedio, su hartazgo, su saciedad, su soledad, melancolía y desesperación. No importa cuán mal hayamos elegido, nuestra posibilidad de elección no se acaba, la libertad humana sigue siendo libre y su poder de elección jamás se agota. Toda libido, toda pasión, toda ansia del cuerpo

es finita, carnal, y su deseo vehemente, cuando satisfecho, no nos contenta. Pero en la vida del sensual hastiado hay todavía una elección que no ha sido hecha, una gran cuerda que aún no ha sido tocada. No ha probado el Infinito. Declaraciones del tenor de: "ya conozco la vida", "he probado todo" nunca son verdaderas, porque la gente que habla de esta manera no ha explorado la más grande de las aventuras. La persona adinerada se pregunta: "¿Qué me falta para ser feliz?" Tal persona sabe, como todos los buscadores de sensaciones, que satisfacer cada uno de sus caprichos deja insatisfechos sus más hondos apetitos. Hay siempre algo más que podemos tener, algo que necesitamos en forma desesperada. Conocemos, pero no conocemos todo; amamos, pero no para siempre. Comemos y aún sentimos hambre, bebemos y no obstante tenemos sed. "Todas las cosas están gastadas, más de lo que se puede expresar. ¿No se sacia el ojo de ver y el oído no se cansa de escuchar?" (Qo 1, 8). A pesar de nuestros esfuerzos por encontrar la satisfacción en lo temporal, fracasamos. Porque así como el pez necesita el agua, y el ojo, la luz, así como el pájaro necesita el aire y el pasto necesita la tierra, de la misma manera el alma espiritual necesita un Dios infinito. Al razonar y hacer a un lado a Dios, para quien fuimos hechos, el alma siente un vacío, un aburrimiento ante lo que posee, un anhelo de lo que no tiene. Este tedio es la presencia negativa de Dios en el alma; así como la enfermedad es la presencia negativa de la salud en el cuerpo, y el hambre, la presencia negativa del alimento en el estómago. El vacío que sentimos apunta a la existencia de algo capaz de llenarlo. Dios entra a través de la puerta del vacío. Si no lo admitimos de entrada, Él intensificará nuestra insatisfacción y soledad, hasta que finalmente lo aceptemos como invitado de nuestra alma y su eterno Anfitrión.

Éstas son las dos entradas secretas por donde Dios se insinúa en la vida del ateo y del egocéntrico que desean mantenerlo fuera. Entra a través de lo bueno que aman y el infinito que extrañan, del ansia de bondad del pecador y el vacío ante su falta, de sus buenas obras mezcladas con una serie de malas obras, de la insatisfacción que siente su alma ante las limitadas satisfacciones de la vida. Nos da su alegría cada vez que hacemos algo bueno y nos llena de ansiedad toda vez que obramos mal.

Cuando hacemos el bien, Dios comienza a obrar en nosotros como don; cuando nos sentimos aburridos e insatisfechos, comienza a obrar en nosotros como anhelo.

Toda saciedad se ve acompañada por un deseo. Esto explica nuestro sentimiento de que no sólo perseguimos sino que somos perseguidos, que no sólo buscamos el Infinito, sino que somos buscados por Él. El Buen Pastor está siempre a la búsqueda de la oveja perdida.

Así, dos son los caminos principales por los que nuestra propia experiencia puede llevarnos al Dios que nuestra naturaleza necesita conocer; la felicidad que nos procuran los bienes de este mundo puede llevarnos hacia su Creador. Y nuestro sufrimiento ante el hecho de que nada de lo creado nos da la dicha infinita que tratamos de extraerle puede, asimismo llevarnos al verdadero Infinito. Estas experiencias constituyen los primeros leves movimientos del alma hacia Dios. Por una parte, existe una conciencia primitiva del soberano Bien, en sus obras, y por la otra, hay un anhelo de un Salvador misericordioso que nos libre del pecado y la ansiedad.

San Francisco de Sales establece una analogía con la perdiz hembra; estas aves roban a menudo los huevos de otras perdices para incubarlos. Cuando el pichón, que ha sido incubado bajo el ala protectora de la perdiz ladrona, escucha por primera vez el grito de su verdadera madre, abandona de inmediato a la falsa madre y vuela hacia la verdadera. Aparentemente, el pichón de perdiz está atraído por cierta afinidad en su naturaleza, que le impide estar satisfecho hasta que encuentra a su madre. Dios coloca esta cierta afinidad en nuestra naturaleza, una nostalgia de Él que nos vuelve insatisfechos con las falsas tentaciones de la carne, el dinero y el poder, hasta que finalmente respondemos a nuestra necesidad innata de volar a su abrazo amoroso. Pero no nos guía el instinto, como en el caso de las perdices. La razón y la libre determinación son nuestras facultades humanas, de manera que nuestra vuelta a Dios es, para nosotros, el resultado de una libre elección.

Ya sea que respondamos o no al llamado que Dios hace a nuestras almas, tomemos en cuenta que el primer ímpetu viene siempre de Él. Él nos busca antes de que ni siquiera soñemos en buscarlo. Dios llega siem-

pre primero; golpea antes de que lo invitemos a entrar y nos ama antes de que nosotros le respondamos. Somos todos receptores antes que dadores; la vida nos ha sido dada, nuestra educación y las gracias que recibimos, también.

El divino Invasor, entonces, no puede ser mantenido fuera de nuestras vidas, puesto que su amor está presente, de manera subrepticia, en cada alegría y cada sufrimiento. Sin embargo, si bien no podemos impedir su entrada en nuestras almas, podemos impedir que permanezca allí. Dios, que siempre desea habitar en nuestras almas, puede ser echado con una sola palabra de despedida. Por esta razón, es importante que consideremos de qué manera habremos de responder a esa visita de Dios que no podemos impedir, pero sí interrumpir. La primera condición para cooperar con Dios consiste en tener conciencia de que es Él quien está presente. La voluntad de conocerlo da lugar al reconocimiento de su presencia. Si no estamos dispuestos a conocerlo, seremos como aquellos que al oler, no perciben fragancia alguna, que saborean sin encontrar dulzura en nada; tocan y no experimentan el gozo del éxtasis. Al ignorante que carece de la voluntad de aprender le da igual un sabio que un tonto. Debemos preparar al alma para recibir a Dios antes de que podamos aprehender su presencia. La persona que ama las cosas buenas no reconocerá a Dios a menos que desee el Bien más aún de lo que desea las buenas cosas de la creación. La persona que está aburrida de la vida, no reconocerá al divino Médico hasta que desee ser curada, a cualquier costo.

Santo Tomás nos dice que aquello que comienza como obra de Dios en nuestras almas se transforma en nuestra cooperación, si así lo deseamos. O para decirlo con las palabras de san Bernardo: "Hay un momento de inseparabilidad, una acción conjunta de Dios y la voluntad, que no está enteramente causado por la obra de Dios en el alma, ni por la libre determinación, sino que surge plenamente de ambas. Obra divina y responsabilidad humana van de la mano." Una vez que la voluntad comienza a moverse para hacer algo que previamente se negaba a hacer, o contra lo cual tenía un prejuicio, o por lo cual no sentía ninguna atracción, ya nunca vuelve a la situación anterior sino que alcanza nuevas alturas.

Lo que antes era una vaga afinidad por lo bueno puede, ahora, volverse pasión por el Infinito. "Pero a todos lo que la recibieron, a los que creen en su Nombre, les dio el poder de llegar a ser hijos de Dios" (Jn 1, 12).

No hay manera de escapar a Dios; existe únicamente la posibilidad de recibirlo con odio en vez de amor. No podemos mantener a Dios fuera de nuestras vidas. El ateo debe usar el nombre de Dios cada vez que explica su descreimiento, como los prohibicionistas, para serlo, se ven obligados a hablar del licor, y el perseguidor debe respirar el nombre de su divino Hijo cuando debe explicar la razón de su odio. Quienes no son extremistas en su rechazo lo confiesan asimismo en cada deseo insatisfecho, en cada anhelo de amor y cada vez que este último los decepciona. El avaro que desea poseer más, el estudiante que quiere saber más, el libertino que desea excitarse más, están, de una manera débil, oscura, y a tientas, extendiendo sus manos hacia Él, cuando anhelan, a través de las cosas que valorizan, una plenitud infinita.

No existe una sola alma a cuya puerta Dios no haya golpeado miles de veces. Es posible que no se reconozca su llamada puesto que tenemos tan poca familiaridad con Él; exteriormente, reconocemos sólo los llamados de nuestros conocidos. Empero, de la misma manera en que el sol siempre ilumina, Dios siempre obra en al alma. Su llamado puede tomar la forma del miedo, la frustración, el vacío, la ansiedad, la desesperación, o el pesimismo sobre nuestra imposibilidad de sobreponernos a las dificultades; puede venir también como una leve sospecha de que, después de todo, podría haber algo de cierto en toda esa cháchara acerca de la Vida Eterna y la Belleza. Su convocatoria puede también tomar la forma de la saciedad luego del pecado, del disgusto consigo mismo, de un descontento con la vida, de la decepción, o del sufrimiento.

La enfermedad es algo frecuente en los primeros momentos en que el alma admite a Dios, ya que en el desorden físico hay, a menudo, una reorganización mental, un escrutinio de la vida, un inventario de valores. Por otra parte, la enfermedad nos priva, a la fuerza, de nuestros placeres pecaminosos, y el alma entonces descubre qué bien puede estar sin ellos, cuánto más feliz es realmente. En la quietud del cuarto de enfermo, un paciente llega a la abrumadora sensación de que la mayor parte

del tiempo se alimentaba de cosas triviales; de cómo sus energías han disipado, de cómo podría haber iluminado su mente de no haber gastado su tiempo en parloteos en las reuniones sociales (que, probablemente, representan el grado de conversación más bajo de toda la historia de la humanidad). Pero Dios no siempre necesita derribarnos a través de la enfermedad para poder penetrar en nuestras almas. Cada tropiezo y retroceso en la vida es un indicio de Él, de que no es posible hallar la plenitud en el camino elegido por el egocéntrico. Si en esos momentos el alma abandonara sus quejas, su ironía, su revuelta, y abriera, en vez, la puerta a la gracia de Dios, encontraría tal paz y plenitud que sólo pueden ser un anticipo del Cielo. La gran tragedia de la vida no reside en que el alma sufra, sino en qué cerca de la felicidad puede llegar a estar sin encontrarla. Los que rechazan a Dios son como el buscador de minas que no encuentra el oro que sí ha de encontrar su sucesor. Pero la culpa no es de Dios, es nuestra. La razón principal por la que alejamos la gracia de Dios de nuestras almas es que no deseamos separarnos de nuestro egoísmo para satisfacer los requisitos morales que impondría, eventualmente, una unión con Dios.

Actualmente, muchas personas desean a Dios, pero en sus términos, no en los de El. Insisten en que sus deseos determinarán qué tipo de religión es la verdadera, en vez de permitir que Dios les revele su verdad. De esta manera, su insatisfacción continúa y crece. Pero Dios nos encuentra dignos de su amor incluso en nuestra rebelión contra Él. No nos ama a raíz de que lo merezcamos por nosotros mismos, sino porque El ha extendido su propio amor sobre nosotros. Ni siquiera espera que lo amemos; su amor nos perfecciona. Permitirle que lo haga sin resistencia, sin echarnos atrás por miedo a lo que tendrá que abandonar nuestro egoísmo, es el único camino hacia la paz que el mundo no puede darnos ni quitarnos.

SEGUNDA PARTE

EL PLANO DEL YO

7. Conocimiento del yo

El hombre es la única criatura del universo visible que puede conocerse a sí misma. Puede darse vuelta y observar sus propios pensamientos, como en un espejo. Una piedra, un árbol o un animal no pueden volver su pensamiento hacia atrás para identificarse a sí mismos, ni pueden contemplarse o alejarse y mirarlos como a un objeto. Pero el espíritu humano puede entrar en sí mismo; puede no sólo ser sujeto, sino también objeto de un pensamiento. Puede admirarse, enojarse consigo mismo y hasta desesperar de sí. Esta capacidad para la autorreflexión, de la que los animales carecen, vuelve al hombre superior al animal, pero asimismo lo hace pasible de desórdenes mentales cuando el alma no cumple con el alto destino al que está llamada; cuando se niega a usar la facultad humana de examinar su persona y sus actos sin prejuicios. Renunciar a esta actividad es descender del nivel humano al del animal, equivale a reemplazar el yo con el ego, es penetrar en el reino del trastorno mental.

Todos somos seres conscientes, pero muy pocos de nosotros somos autoconscientes. Somos conscientes de la existencia de los objetos que nos rodean, pero no estamos totalmente conscientes de nosotros mismos. Sabemos de qué manera nos parecemos a los demás seres humanos y nos ajustamos a sus hábitos en el vestir y el pensar, pero rara vez pensamos en nosotros personal y singularmente, en qué nos diferenciamos de los demás y, al estar solos, en nuestra relación con Dios. Los demás conocen nuestras faltas y fallas, pero nosotros podemos cerrar los ojos a ellas. Nos indignamos al oír que nos acusan, aun cuando tenemos una oculta sospecha de que lo que se nos dice puede ser verdad. Tenemos delante de nuestros ojos los defectos de carácter de nuestro prójimo, pero

a los nuestros los apartamos de nuestra vista y los ponemos en una mochila a nuestras espaldas. Toda persona *puede* conocerse a sí misma, pero, a menudo, conoce todo menos a sí misma y por lo tanto no sabe nada. Podemos ver a través de los artificios, las pretensiones, los engaños, las máscaras que llevan los demás, pero somos ciegos a las que nos ponemos nosotros mismos con el fin de engañar al mundo, si alguna falta dominante nos aprisiona.

En los casos extremos, el yo entra en pánico y huye de cualquier oportunidad de autoconocimiento, para buscar, en forma deliberada, la inconsciencia, como en el caso del alcoholismo. Hay una enorme diferencia entre el individuo que se embriaga porque ama la bebida y el que lo hace por odio o teme tanto a algo que debe huir de eso. El primero es el beodo; el segundo, el alcohólico. El beodo persigue la excitación de la bebida, el alcohólico busca la destrucción de la memoria. Son muy pocas las mujeres que se vuelven alcohólicas porque les gusta el alcohol; se vuelven alcohólicas porque hay otra cosa que les disgusta violentamente. Por ese motivo, en algunos casos, la cura del alcoholismo implica enfrentarse con el problema mismo del que uno intenta escapar. Y este proceder es imposible sin autoconocimiento.

La huida del yo responsable toma algunas veces la forma de lo que los teólogos llaman una "conversión a las criatura." Es ésta una excesiva exteriorización de la personalidad, un esfuerzo en ahogarse y perderse en acontecimientos y cosas externas. Involucra la pérdida de esa interioridad que resulta esencial para la felicidad; nadie está seguro en su satisfacción, si deriva sus placeres enteramente de las cosas exteriores, porque pueden ser arrebatadas o cambiar en cualquier momento. Si no necesitamos ni deseamos nada de lo que el mundo exterior puede darnos o arrebatarnos, entonces, y sólo entonces, la capacidad de ser felices está bajo nuestro control.

Pero nadie puede obtener una libertad o control tales a menos que se conozca a sí mismo antes y que haya enfrentado sus fracasos como lo que son. El autoconocimiento es un despellejamiento del falso ego que llevamos, con el fin de descubrir el verdadero yo y alzarnos al segundo o más alto nivel de vida. Mas el autoconocimiento no equivale, de ninguna ma-

nera, al psicoanálisis. En el autoconocimiento se acepta la responsabilidad por los estados morales y mentales que hemos creado; en el psicoanálisis, la persona es una mera espectadora de las cosas que los instintos y los acontecimientos le han obligado a hacer. En el psicoanálisis, el paciente inspecciona sus propias condiciones mentales como si estudiara un proceso químico o los hábitos de una colonia de ratones. En el autoconocimiento, nos vemos como personas cuyas decisiones y elecciones nos han llevado al lugar en donde estamos ahora. El psicoanálisis tiene una inútil curiosidad por las andanzas de este misterioso "sí mismo" al que estudia sin ningún sentido de culpa personal por cualquiera de sus acciones. La presunción básica de esta técnica es que cada paciente ha sido concebido de manera inmaculada y está, por lo tanto, libre de cualquier tendencia al mal. El paciente psicoanalítico puede, incluso, enorgullecerse de su estado mental complejo y torturado, y preguntar al médico: "¿Algún vez vio un caso tan grave como el mío?" Mas el autoconocimiento obtenido honestamente engendra la humildad. Según el psicoanálisis, no existe obligación moral alguna de cambiar nuestros hábitos o enmendar nuestro modo de obrar. Se acepta y justifica tolerantemente la conducta que se opone a la voluntad de Dios. El autoconocimiento nos obliga a enfrentar el hecho de que algunas de nuestras actitudes y hábitos son malos, y, por lo tanto, debemos abandonarlos. El autoconocimiento no glorifica nuestros pecados; hace que los enfrentemos, los admitamos y los deploramos ante Dios.

El autoconocimiento puede llevarnos al verdadero sí mismo, al yo humano, sólo si aceptamos una norma fuera de nosotros, ya que, en caso de tomar nuestro propio carácter como la medida de la perfección, jamás escaparemos del autoengaño. No podemos decir que nuestros relojes adelantan o atrasan sin tener otro reloj con el cual controlarlos; de la misma manera, no podemos medirnos con nosotros mismos. Debe haber una medida fuera de nuestras mentes, que sea más confiable que cualquier humor nuestro.

Tampoco podemos aceptar el código de conducta de nuestro tiempos, generalmente admirado, como medida exterior de nuestro comportamiento, porque es siempre una expresión de la manera en que la gente

vive en un lugar y un siglo particulares, y no de la manera en que debería vivir.

La manera correcta de juzgar algo es por su propósito, y el propósito del hombre es ser feliz, no solamente en su cuerpo, sino en los más altos logros de su personalidad. Pero el hombre ha sido hecho de tal manera, que la plenitud sólo puede ser alcanzada si tiene una vida perfecta, sin muerte, una verdad perfecta, sin mezcla de error, amor extático sin saciedad, en otras palabras, la suprema felicidad de Dios. Es Dios, por lo tanto, quien provee la única escala y metro del universo con el cual el hombre puede medir sus propias capacidades y fracasos. En el orden físico el sol ilumina la oscuridad, y en el espiritual la oscuridad prevalece hasta que buscamos la única luz que puede iluminar por completo el propósito y el destino de nuestra vida, y esa luz es Cristo, la Luz del mundo.

Cuando comenzamos a usar a Cristo como nuestro metro patrón, empezamos, por vez primera, a ver nuestra vida como la cosa inadecuada que es. Un cuadro mal alumbrado puede parecer perfecto; una iluminación fuerte sacará a la luz sus defectos. Al amparo de nuestra propia sombra, nos considerábamos buenos, pero en tanto nos acercamos a la Luz de Dios, revelada en Cristo, su divino Hijo, vemos en qué medida hemos fallado en ser todo lo que las criaturas deberían ser, y, por lo tanto, descubrimos el verdadero secreto de nuestra infelicidad.

Cuando nuestro Señor dijo: "Uno de ustedes me traicionará", cada uno de los Apóstoles preguntó: "¿Seré yo, Señor?". Nadie tiene su inocencia asegurada frente a la Divinidad, pero cuando el yo es su propio juez, ¿quién es un fracasado? La divina Medida es una luz para aquellos que desean ver sus flaquezas. Puede asimismo convertirse en el objeto de un gran odio, cuando uno no desea cambiar su conducta. La Crucifixión fue la consecuencia inevitable del Sermón de la Montaña. Quien predica la pureza del corazón a una generación lasciva, y la humildad a una época de poder, no será tolerado. Sólo los mediocres pueden sobrevivir.

El autoconocimiento genuino está siempre en relación con Dios, como nos mostró san Agustín en su plegaria:

Señor Jesús, haz que me conozca, haz que te conozca,
y todo lo haga por ti.
Haz que me odie y que te ame,
y todo lo haga por ti.
Haz que me humille y te ensalce,
y piense sólo en ti.
Haz que muera para mí y viva para ti,
y tome todo lo que suceda como proveniente de ti.
Haz que olvide mi persona y camine detrás de ti,
y desee siempre seguirte.
Haz que me aparte de mí y vaya hacia ti,
para merecer que Tú me defiendas.
Haz que tema por mí y que tenga temor de ti,
y me cuente entre tus elegidos.
Haz que desconfíe de mí y confíe en ti,
y por siempre obedezca por amor a ti.
Haz que me aferre sólo a ti,
y sea pobre por siempre, por amor a ti.
Cuidame para que pueda amarte,
llámame para que pueda contemplarte,
y te posea por la eternidad.

Ése es el objetivo, y el primer gran paso que nos lleva hacia Él reside en un auténtico e inmisericorde examen de nuestra persona. El autoconocimiento requiere que descubramos nuestra falta predominante, el defecto particular que tiende a prevalecer en nosotros y que afecta nuestras simpatías, nuestras decisiones, deseos y pasiones. La falta predominante no siempre es vista con claridad, porque actúa como una quinta columna en nuestras almas. Una persona que por naturaleza es gentil y amable puede ver su vida espiritual arruinada por una falta oculta de debilidad hacia la ética y las cuestiones morales. Otra persona, de naturaleza valiente, puede tener como falta predominante un mal carácter o ataques de violencia que ella denomina "coraje". La existencia de una falta predominante no significa que no existan buenas cualidades en nosotros,

empero nuestras buenas cualidades pueden volverse ineficaces por causa de este defecto oculto. La manera de descubrir más rápidamente las faltas predominantes es preguntándose: "¿En qué cosa pienso más cuando estoy solo? ¿Hacia dónde van mis pensamientos cuando los dejo surgir en forma espontánea? ¿Qué cosa me hace sufrir más cuando no la tengo? ¿Lo que me pone más contento al poseerlo? ¿Cuál es aquella falta de la que más me irrita que me acusen? ¿Qué pecado es el que pongo más énfasis en negar cuando me acusan de él?"

La falta predominante varía de persona a persona. Puede ser cualquiera de los siete pecados capitales y el correlato de sus flaquezas es algo que habremos de tratar en el próximo capítulo. Los siete pecados capitales son las siete plagas del alma. Odiamos reconocer que cualquiera de ellos nos pertenece, ya que vemos su fealdad. El autoconocimiento no es fácil, porque nuestro amor propio no tolera tal humillación. Nos duele tener que arrancar una capa a nuestro engrimiento. Para el caso de que se nos cruzara de forma repentina el pensamiento "qué desastre que soy", el ego está alerta para alejarlo. Cuando la verdadera personalidad, el yo, se ve a la Luz de Dios como en verdad es, el ego se desvanece.

Mas el ego no quiere desvanecerse. Por ese motivo algunas personas tratan de evitar el penoso proceso del autoconocimiento, alegando que contribuye a desarrollar un "complejo de inferioridad". De todas las tonterías descollantes en el mundo moderno, ninguna es mayor que este miedo al complejo de inferioridad; la raíz de este temor es, siempre, el orgullo. El orgullo nos dice: "No soy tan orgulloso o descarado o agresivo como podría serlo si pudiese engañar a mi conciencia. Sé que no soy tan culto o bello como mi vecino, y este hecho me lastima, me hace desgraciado. Es mejor que lo olvide." Empero, la aceptación de nuestras imperfecciones naturales es algo deseable, no todos podemos ser gigantes. La verdadera humildad consiste en aceptar nuestros talentos y nuestra falta de ellos como la voluntad de Dios. Decir como Juan el Bautista: "Debo decrecer" es realista. Él vio su verdadera inferioridad cuando fue confrontado por la divinidad, y, sin embargo, nuestro Señor dijo de él que era el "hombre más grande nacido de mujer alguna."

La verdadera personalidad debe aceptarse tal como es: tal vez no sea

culta, ni bella, ni encantadora, pero ¿qué importa? La verdadera personalidad puede tener su propia sabiduría y su propia belleza si se abandona a Dios, ya que "la belleza de la hija del Rey viene de su interior."

Se objeta, asimismo, que el autoconocimiento trae desesperación, ya que revela nuestros verdaderos defectos. Ciertamente esta desesperación es factible si nos contemplamos fuera del Dios revelado en Cristo. El psicoanálisis materialista nos vuelve necesariamente pesimistas acerca de la naturaleza humana. El alma naturalmente evade descubrir una enfermedad que no puede ser curada. Los ateos tiemblan ante la idea de descender al abismo de sus verdaderas personalidades, porque no hay salida para ellos hacia la felicidad. Al carecer de la humildad necesaria para enfrentar el hecho de que sus verdaderas personalidades son culpables, niegan la misma existencia de la culpa, aunque ver sus pecados sería la condición esencial de su cura. El autoconocimiento no hace desesperar jamás a quienes reconocen el poder de Dios. ¿Quién teme revelar su enfermedad a un médico que puede curarlo? ¿Quién teme revelar su culpa a un Salvador que redime? El autoconocimiento es, para los cristianos, la excavación necesaria para los cimientos. Cuanto más profundos son los cimientos, más altura tendrá el edificio; cuanto más humilde es el alma, más grande es la exaltación cuando Dios la toca.

Como escribiera el cardenal Newman:

¿Desean ser notables? Háganse pequeños. Existe una misteriosa conexión entre el verdadero perfeccionamiento y el humillarse. Si auxiliamos a los humildes y despreciados, damos de comer a los hambrientos, cuidamos a los enfermos y socorremos a los necesitados, si toleramos a los impertinentes, nos sometemos a los insultos, resistimos la ingratitude y devolvemos bien por mal, estaremos entonces, como por gracia divina, obteniendo poder sobre el mundo y elevadándonos entre sus criaturas... Cuanto más se humillan, más se parecen a Él, y cuánto más parecidos a Él, más grande será su poder junto con Él... Cuanto más discierne un hombre su pecado y se rebaja, cuanto más parece desvanecerse su donaire y todos sus encantos se marchitan, cuando siente disgusto consigo mismo y repugnancia porque su idea de sí mismo le parece sólo polvo y cenizas, detestable y odiosa, entonces es cuando realmente se eleva hasta el Reino de Dios."

El autoconocimiento posee muchas ventajas para el alma que tiene conciencia de Dios. El sentimiento de soledad y aislamiento desaparece, porque ya no se entiende el amor como la satisfacción del yo, sino como una expansión hacia Dios y el prójimo. La salud mental comienza a mejorar; ya no hay necesidad de erigir defensas para proteger un egoísmo indefendible, no existe temor ante la revelación de la verdadera personalidad, un tipo de miedo que es, a menudo, causa de colapsos nerviosos. El yo superficial deja de murmurar "la vida pasa y no has vivido", puesto que ahora, por vez primera, se descubre por qué se está vivo. El autoconocimiento evapora nuestro malhumor. En el pasado, nuestras reacciones emocionales estaban determinadas enteramente por el mundo exterior, un día lluvioso, un trabajo desagradable, un visitante inesperado, perturban por completo nuestra paz porque no poseemos autocontrol. Ahora, concentrándonos en Dios, podemos imponer su atmósfera en el mundo exterior. Los santos están contentos en situaciones en que los demás desesperan, se hallan tan emancipados de los accidentes de la vida, tan arraigados en Dios que, como el océano, permanecen calmos en su profundidad aunque las olas rujan en la superficie.

El autoconocimiento barre con el tedio. Vivir en el plano del yo superficial equivale a sentirse vacío, ya que el alma sabe que posee capacidades mayores de las que desarrolla en la actualidad. A través del descubrimiento del verdadero yo o sí mismo, ya no necesitamos recurrir a la búsqueda de satisfacciones superficiales. El tedio venía de la falta de sentido; ahora el sentido de la vida está claro. El autoconocimiento nos vuelve, asimismo, más activos; una falsa visión de la vida paraliza la acción. Empero, cuando encontramos el objetivo de nuestra vida, cesamos de construir defensas, nos volvemos menos susceptibles y tenemos al otro más en cuenta. Ahora que ya no tiene que ocultar su yo vergonzoso ante los demás, la verdadera personalidad pronto se transforma en apóstol del amor al prójimo. Tan pronto como advertimos nuestras propias fallas, nos volvemos de inmediato sensibles a las necesidades y pérdidas de los demás, y las sentimos como propias. Ya no hay necesidad de excusarse por lo que somos, cesan los esfuerzos por engañar a los demás con el fin de que piensen que somos mejores de lo que en realidad somos. De esta suerte, estamos libres para comenzar a vivir una vida consagrada.

El autoconocimiento desata los nudos de nuestra naturaleza, da espacio al alma para que se ensanche, remueve la presión exterior que nos afligía y permite la expansión de adentro hacia afuera. Por demasiado tiempo, el ego había llenado al alma de odios, celos y envidias, como si tirara viejos papeles de envolver al sótano, creando, así, un riesgo de incendio que pone en peligro a la casa desde abajo. Mas nuestros pecados reprimidos no son como los harapos, papeles y botellas que arrojamos en el sótano; son cosas vivientes que se retuercen, se arrastran y salen a la superficie en las noches de insomnio. Tratamos de olvidarlos, pero están siempre allí. No habrá paz para nosotros hasta que no los admitamos en nuestra conciencia y veamos como un pecado está ligado a otro, y como, en el fondo de ellos, se encuentra nuestra obstinación. Ahora admitimos que el yo se había instalado como un dios, desterrando al Dios verdadero. Si una caja está llena de arena, no puede ser llenada con sal, y si el carácter estaba lleno de ego, no podía llenarse de Dios.

*Si pudieras vaciarte por completo de tu yo,
como una caparazón vacía,
entonces Él podría hallarte en el fondo del océano
y decir: "Esto no está muerto."
Y llenarte en cambio de Él,
pero tú estás repleto de ti mismo
y tienes una actividad tan astuta
que cuando Él viene, dice: "Esto ahora se basta a sí mismo"
"Mejor abandonarlo;
es tan pequeño y está tan lleno que no hay lugar para Mí."*

T. E. Brown

Luego de que el autoconocimiento ha tenido lugar en lo que llamamos examen de conciencia, el alma está lista para la confesión. Aquí reúne el hato de pecados y defectos, lujuria y egoísmo que constituye la suciedad de su vida y lo arroja al fuego del Calvario para que sea quemado.

do y purgado. Cualquiera que haya entrado una tarde de sábado en una gran iglesia de ciudad, con filas de confesionarios a cada lado, ha visto como los pies sobresalen por debajo; pies grandes y pequeños, de hombre y de mujer. Estos pies, como pequeños gusanos que serpentean, pertenecen a personas que han comprendido la diferencia entre el ego y el yo, y han llegado, finalmente, a repudiar sus pecados, poseyéndolos, y al vaciarse, se han llenado. La única parte de ellos que se muestra al mundo es la más baja, como símbolo de la ausencia de orgullo que este acto requiere. Como lo sugiriera Paul Claudel, en vez de presentar su mejor pie, el penitente muestra el peor. Todo penitente que ha cumplido su autoconocimiento antes de entrar en el confesionario ha dicho: "Puedo engañar a los demás, pero qué tonto seré si me engaño a mi mismo. Y qué tonto pecador, si imagino que puedo engañar a mi Dios."

8. Las siete plagas del carácter

La egolatría —un excesivo amor al yo— es la causa básica de todos los pecados y de toda infelicidad que carezca de causa racional. Hay asimismo otros efectos del desmedido amor a la propia persona, tan numerosos que ningún psicólogo ha establecido una lista completa de ellos. El miedo, por ejemplo, nos aísla de nuestro prójimo, es un sentimiento de que estamos rodeados por enemigos embarcados en la destrucción de nuestro ego. La demora es la acción del ego que se niega a enfrentar sus responsabilidades para gozar de su tranquilidad. Preocuparse por otras personas y "mandonearlas" es el resultado de un ego que trata de mantenerse como centro del cosmos. El tedio proviene de la lucha del egocéntrico para incrementar su prestigio, ya sea mencionando los libros que ha leído o las mujeres que ha cortejado. Maldecir es una estratagema del ego que se rebela contra el Dios que desafía su superioridad o intranquiliza al ego. El vestirse de manera ridícula es el comportamiento de un yo que persigue salvajemente la atención. El desafío a las normas ordinarias de la sociedad es el resultado de un ego que se coloca por encima del resto de la gente. En las rabietas infantiles, el joven ego está llamando la atención sobre él. El apuro, el atropello el bullicio y dos teléfonos en cada escritorio son los sacramentos exteriores de un ego inclinado a impresionar a los demás con su propia superioridad. Contar historias a expensas de otro revela al ego celoso o envidioso.

En la raíz de cualquiera de estos desórdenes está el excesivo amor a la propia persona, ese error en el vivir, que incuba a los siete efectos mayo-

res del egoísmo. Las siete plagas del carácter son: el orgullo, la avaricia, la envidia, la lujuria, la ira, la gula y la pereza. Contra estas siete formas mayores de la egolatría, está dirigido el autoconocimiento.

El orgullo es la admiración desmesurada por uno mismo. El último estadio del orgullo es darse sus propias leyes, ser su propio juez, su propia moral, su propio bien. El Espíritu Malvado primero prometió a Eva: "Seréis como dioses". El hombre se hace a sí mismo dios por la exaltación de su propia voluntad contra la voluntad de Dios. De esta rebelión surge el desprecio por los derechos del otro, el excesivo amor por el progreso personal, el deseo de destacarse, y la intolerancia de las opiniones que difieren de las nuestras.

En el mundo moderno, el orgullo se disfraza bajo los nombres más bonitos de éxito y popularidad. Los psicoanalistas charlatanes nos animan a "confiar en nosotros" en vez de confiar en Dios. Se alienta la falsa confianza en la personalidad, aunque la verdadera dicha reside en decir a Dios: "Tú solo eres el Camino, la Verdad y la Vida." El deseo del hombre moderno de servir las mejores bebidas, la ambición de su esposa de ser la mejor vestida, la esperanza del estudiante de segundo año de ser el más estudiadamente desaliñado, son todos síntomas de una vanidad egocéntrica que hace temer a sus dueños pasar inadvertidos. La crítica, la difamación, la calumnia, las palabras como dardos, el asesinato del carácter son actos del intento egoísta de elevar el ego sobre el cadáver de la reputación del otro. Cada disminución del ego del otro se transforma en elevación del propio. Cuanto más importante se siente el ególatra, más se irrita al no ser ensalzado. Los que lo adulan son llamados sabios, y los que lo critican son condenados como tontos.

Hoy en día, toda una civilización ha entrado en la conspiración de "hacer amigos e influir a la gente" a través del autoengaño diplomático. Todo llamado a mejorar la moral es calificado de "interferencia". Cada intimación a la verdad es denunciada como "intolerancia"; todo discurso sobre una ley superior a nuestros caprichos es silbado por considerárselo "autoritario". Las excusas están al alcance de la mano, todos están equivocados menos el ególatra. Y sin embargo es una verdad paradójica

que todos los ególatras, en realidad, se odian. Sus excesos en la bebida y la promiscuidad, sus violentas agresiones contra todos los que se cruzan en su obstinación, su conciencia de una grieta cada vez más amplia entre sus sueños y la realización de los mismos, son cosas que actúan en sus conciencias en forma de cinismo y duda, y en su inconsciente, como miedo, pavor, ansiedad y preocupación. El falso amor de sí mismo da nacimiento a un odio contra sí, una urgencia de sabotear su persona, castigándola por no ser perfecta, por no estar a la altura de la visión maníaca que tiene el ego de su persona, como endiosada e infalible. Un hombre puede odiarse de dos maneras: ya sea odiando la vanidad, el engrimiento y la autoglorificación que hieren su alma —y ésta es la vía de la purificación— u odiando todo lo que en él interfiere con su pretensión de ser Dios, y ésta es la vía de la autodestrucción, uno de los más claros antipocos del infierno que puedan existir sobre la tierra.

Si no se detiene la egolatría, se vuelve la fuente de un exorbitante amor por los honores y los elogios, que el egocéntrico busca por medio de su vestimenta, sus joyas, sus antecedentes familiares, la notoriedad, y una cuenta de banco. El ególatra instiga el aplauso por medio de la ostentación, el alarde, la exhibición pomposa, una afectación estudiada; justifica la impostura de su vida con el siguiente alarde: "Es la única manera de avanzar en este mundo."

El orgullo tiene siete frutos maléficos: el alarde, o la autoglorificación a través de las propias palabras; el amor a la publicidad, que es engrimiento por lo que otras personas dicen de uno; la hipocresía, que es la pretensión de ser lo que no se es; la testardez, que es el rechazo a creer que la opinión de otro es mejor que la propia; el desacuerado, o el rechazo a abandonar la voluntad propia; la pelea, toda vez que otros desafían los deseos del ego; y la desobediencia, o el rechazo a someter el propio ego a una ley superior. Muy a menudo, la gente engréida considera el salirse con la suya como un logro más importante que obtener aquello que se le rehusa; valoran la victoria, no el botín. Por ese motivo pueden rechazar un obsequio que no les fue dado en el mismo momento en que expresaban el deseo. Prefieren castigar al amigo que no consintió de inmediato antes que tener el objeto que él le rehusaba. Cuando discuten, no

desean saber la verdad, sino sólo reivindicar su propia importancia, reafirmar sus propias opiniones.

La *avaricia* es la perversión del derecho natural de todo ser humano de extender su personalidad, poseyendo cosas que asisten a las necesidades de su cuerpo y su alma. Su desorden puede resultar de desear la riqueza como un fin y no como un medio, o a través de la *manera* en que se obtiene la riqueza, sin tener en cuenta los derechos de los demás, o de la manera que se *usa* el dinero, para aumentar nuestro capital sin límites, en vez de utilizar el exceso para asistir a las necesidades de otros. La avaricia lleva rápidamente a otras prácticas nocivas, adoptadas para preservar la riqueza, tales como el fraude, el perjurio, la deshonestidad, la perfidia, y la dureza en el trato con los demás.

La avaricia nunca se llama por su nombre; lleva el rótulo de "frugalidad", "seguridad", "grandes negocios", y "empuje". (Puesto que cada pecado se disfraza con evasivas semánticas similares, uno debe buscarlos bajo su nombre moderno. El verdadero yo, o sí mismo, se descubre tan pronto como el yo superficial descubre el pecado bajo su vestido moderno). Hay dos clases de riqueza: la verdadera y la artificial. La riqueza verdadera es limitada. Un hombre puede comer cómodamente sólo una cierta cantidad de papas, y puede usar una cierta cantidad de trajes. Pero la riqueza artificial, en su forma de acciones, bonos y créditos, no tiene límites y es, por lo tanto, infinita. Por eso, el amor a la riqueza abstracta puede volverse un deseo insaciable que destruya por completo el crecimiento de la verdadera personalidad.

La avaricia es el signo de que no confiamos en Dios sino que sentimos la necesidad de ser nuestra propia Providencia. "Éste es el hombre que no puso su refugio en Dios, sino que confió en sus muchas riquezas y se envalentonó por su maldad" (Sal 51, 9). A menos que se corrija, la avaricia lleva a otros serios defectos de carácter. Causa insensibilidad al sufrimiento y las necesidades de los demás; crea ansiedad y desasosiego en el alma, que se halla continuamente dedicada a la persecución de "más"; lleva a la violencia contra los otros para proteger la riqueza; conduce a la mentira, para que el dueño pueda adquirir más; al perjurio, para que pueda proteger sus tesoros, y a la traición, como en el caso de Judas.

El excesivo amor al lujo y la comodidad es otro signo de la desnudez de nuestra alma. Cuanto menos carácter tiene una persona, más necesita suplirlo con demostraciones externas: pieles, diamantes, joyas, yates, son los vanos intentos de hacer de un yo herido de pobreza, uno rico. El tener es confundido con el ser. El egocéntrico imagina que él vale más, sólo porque posee algo de valor. Éste es el pecado que más posibilidades tiene de provocar desprecio cuando lo vemos en otros, y orgullo cuando lo practicamos nosotros. Es una verdad psicológica que resulta extremadamente difícil espiritualizar a la persona avara que se disfraza de hombre "dedicado a los negocios". Éste vive bajo la ilusión de que no necesita nada, porque las únicas necesidades que admite son las que satisfacen al cuerpo. "Entonces Jesús, mirando alrededor, dijo a sus discípulos: "¿Qué difícil será para los ricos entrar en el Reino de Dios!" (Mc 10, 23).

La *envidia* es la tristeza ante los bienes de otro, como si el bien fuera una afrenta a la propia superioridad. Así como los ricos son avaros, los pobres son, a veces, envidiosos. La persona envidiosa detesta ver al otro contento. Ve el encanto, la belleza, el conocimiento, la paz, la riqueza de los demás, como si les hubieran sido arrebatados a él. La envidia lleva a las mujeres feas a realizar comentarios malévolos acerca de las mujeres hermosas, y hace que el estúpido calumnie al juicioso. Puesto que la persona envidiosa no puede elevarse, trata de obtener la igualdad tirando a los demás hacia abajo. La envidia siempre es esnob, celosa y posesiva. Los envidiosos castigan con el mote de "presumido" a las personas corteses, llaman a los religiosos: "hipócritas"; los bien educados "se dan aires"; los cultos son "petulantes". La envidia comienza por preguntar "¿Por qué no tengo yo todo lo que otros tienen?", y termina diciendo: "Es porque los demás tienen estas virtudes de las que yo carezco". La envidia se torna enemistad; está desprovista de respeto y honor, y, por sobre todo, no puede, jamás, decir "gracias" a nadie.

La envidia está relacionada con el orgullo, que tampoco puede soportar a un rival o alguien superior. Asimismo se halla relacionada con los celos. Los celos consisten en un desbordante amor hacia uno mismo, mezclado con el miedo de que otros puedan robarnos nuestra complacencia. Envidiamos el bien del otro y tenemos celos del nuestro. Algunos

egocéntricos que sufren de ambos pecados gemelos se vuelven críticos agudos de cualquier cosa buena que hagan los demás. No pueden menos que ver que está bien, pero se enojan por no haberlo hecho ellos y por no haber recibido los honores que les corresponden. Intentan, por lo tanto, minimizar su valor, despreciándolo. Los celos son psicológicamente muy peligrosos, han llevado al suicidio cuando la persona celosa se ha dado cuenta de que no tiene esperanzas de alcanzar a su competidor.

La envidia comienza su trayectoria buscando rebajar la reputación del otro, ya sea en forma secreta, por medio de chismes y habladurías, o denigrándolo abiertamente. Si esto tiene éxito, se cumplen las condiciones de la envidia cuando se siente alegría ante la desgracia del otro y se sufre por su éxito. Cuando la envidia ataca el progreso espiritual o el éxito apostólico de alguien, se transforma en un hecho grave. Gran parte del periodismo de hoy está fundado en la envidia. Busca agitar conflictos, promover controversias, contradecir, fomentar antagonismo, rebajar. Esto es debido, en parte, al sentimiento general de descontento y desdicha de la mayoría de las almas. La desgracia ama la compañía. Los conflictos interiores de los envidiosos parecen disminuir cuando las debilidades de las personas conocidas les son mostradas. Los lectores que gustan de las columnas de escándalos y chismes tratan, de manera inconsciente, de arrastrar a los demás hacia abajo, al nivel de su propio comportamiento. La persona verdaderamente caritativa es reacia a escuchar acerca de la malicia, y el santo, cuando la oye, la guarda para sí y hace penitencia por ella.

Una de las maneras más efectivas de contrarrestar los celos y la envidia en nosotros es rezar, de forma inmediata, por la persona a la que envidiamos. Refiriendo nuestro enemigo a Dios y deseándole el bien espiritualmente, aplastamos el impulso hacia la envidia. Una segunda manera es tratar de emular a quienes nos provocan envidia. La Iglesia nos muestra los ejemplos de los santos, no para deprimirnos, sino para impresionarnos, no para descorazonarnos ante nuestros fracasos, si no para alentarnos a hacer un mayor esfuerzo. "Veamos los unos por los otros, para estimularnos en el amor y en las buenas obras" (Hb 10, 24).

La lujuria es un excesivo amor por los placeres de la carne. Es la prostitución del amor, la extensión del amor a sí mismo hasta un punto donde el ego se proyecta en otra persona y la ama bajo la ilusión que es él tú el amado. El verdadero amor está dirigido hacia una persona, la cual es vista como irremplazable y única, pero la lujuria excluye toda consideración personal en favor de una experiencia de los sentidos. El yo coloca de forma equivocada rótulos modernos sobre la lujuria pretendiendo que éste es un pecado necesario para la "salud" o para una "vida plena" o para "expresar la personalidad". El fervoroso intento de otorgarle una garantía científica a esta conducta es, en sí mismo, una indicación de cuán grande es la renuencia que normalmente siente la gente a considerar esta ruptura de la ley moral como el pecado que en realidad es. Hoy en día, los hombres y las mujeres están aburridos y descontentos; se vuelven entonces hacia la lujuria para compensar su aflicción interior, sólo para, al final encontrarse hundidos en una mayor desesperanza. Como dice san Agustín: "Dios no obliga al hombre a ser puro; deja solos exclusivamente a quienes merecen ser olvidados".

La lujuria es una desviación del centro de la personalidad del espíritu a la carne, del yo al ego. En algunas instancias, sus excesos nacen de una conciencia intranquila y del deseo de escapar de su persona hacia otras. Algunas veces existe el deseo contrario de hacer del yo algo supremo a través de la subordinación de otras personas a él. En sus etapas posteriores, el libertino encuentra que ni la liberación de su ser ni la idolatría son posibles por un tiempo demasiado prolongado; el alma es llevada de vuelta a su ser y, por lo tanto, a un infierno interior. El efecto de la lujuria en la voluntad se manifiesta como un odio a Dios y la negación de la inmortalidad. Asimismo, los excesos vacían la fuente de la energía espiritual hasta un grado tal que finalmente uno se vuelve incapaz de emitir un juicio sereno en ningún otro campo.

Lujuria no es igual a sexo, porque el sexo es puramente biológico y una capacidad otorgada por Dios. Tampoco es amor, que encuentra en el sexo una de sus expresiones legítimas. La lujuria es el aislamiento del sexo, del verdadero amor. No hay pasión que lleve más rápidamente a la esclavitud que la lujuria, así como no hay una cuyas perversiones destru-

yan más rápidamente el poder del intelecto y de la voluntad. Los excesos afectan a la razón de cuatro modos: pervirtiendo el entendimiento, de manera que uno se vuelve intelectualmente ciego e incapaz de ver la verdad; debilitando la prudencia y el sentido de los valores, por lo que se desemboca en la temeridad; vigorizando el amor propio hasta generar la irreflexión; debilitando la voluntad hasta que el poder de decisión se pierde y uno se vuelve víctima de la inconstancia del carácter.

Los efectos sobre la voluntad y la razón son desastrosos. En aquellos que se entregan repetidas veces a los excesos, es posible que haya un odio a Dios y a la religión y una negación de la inmortalidad. El odio a lo divino viene porque Dios es visto como un obstáculo para la autogratificación. Los libertinos niegan a Dios porque su omnisciencia significa que su conducta ha sido observada por Aquel que la reprobará. Hasta tanto esos individuos abandonen su animalidad egocéntrica, deben insistir en ser ateos, ya que sólo un ateo es capaz de imaginar que nadie lo observa.

La negación de la inmortalidad es un efecto secundario de la lujuria. Puesto que el ególatra vive cada vez más en la carne, la idea de un juicio se le vuelve más y más desagradable. Para aquietar sus temores, adopta la creencia de que nunca habrá un Juicio. Aceptar la inmortalidad significaría una responsabilidad que el lujurioso ego del libertino teme enfrentar, ya que, si lo hiciera, lo forzaría a transformar su vida entera. La mera mención de una vida futura puede llevar a esta persona a un furioso cinismo; que le recuerden la posibilidad del juicio aumenta su angustiada ansiedad. Todo intento de salvar a una persona así es visto por ella como un ataque a su felicidad.

La creencia en Dios y en la inmortalidad haría que el ego libertino deseara ser un yo, pero cuando no está listo para abandonar su vicio, debe negarse a mantener este tipo de pensamiento. Sería bueno que los defensores de la religión, al tratar con ególatras que están momentáneamente perdidos en los lodazales de la lujuria, aprendieran que debe existir una voluntad de cambio previa a un cambio en la creencia religiosa. Una vez que el libertino abandona el mal, buscará la Verdad, porque ya no necesita temerle.

La lujuria no tiene relación con la lícita expresión del sexo dentro de un matrimonio legítimo. El amor matrimonial es la formación del "nosotros", que es la extinción del ego-centrismo. En el amor matrimonial, el yo busca el crecimiento completo del Tú, de la personalidad opuesta al yo. No existe momento más sagrado que aquel en que el ego se rinde a otra personalidad, de manera tal que la necesidad de poseer desaparece en la alegría de amar a la otra persona. Estos amantes nunca están solos, porque se necesitan tres y no dos para hacer el amor, y ese tercero es Dios. Un ego ama a otro ego por lo que éste da, pero el yo ama a otro yo por lo que es. El amor es la unión de dos pobreza que dan surgimiento a una gran riqueza.

El divorcio, la infidelidad, la ausencia planeada de hijos, los matrimonios no válidos, son otras tantas parodias y herejías contra el amor, y aquello que es enemigo del amor, es enemigo de la vida y la felicidad.

La ira es un deseo violento de castigar a otros. Nos referimos aquí no a la ira lícita, como la de nuestro Señor cuando echó a los mercaderes del templo, sino al tipo equivocado de ira que se expresa como mal genio, carácter vengativo, berrinches, venganza y puños cerrados. El disfraz de la ira ante los ojos del ególatra es el deseo de "ajustar cuentas" o "no permitir que se salga con la suya". En la prensa y en la tribuna, la ira se llama a sí misma "justa ira", pero por debajo es, sin embargo, una manera de aprovechar la cólera, de difamar, de fomentar las ofensas. La ira es muy común entre quienes tienen mala conciencia. Los ladrones se enojarán mucho más que los hombres honestos, al ser acusados de robo; las esposas infieles tendrán un ataque de rabia cuando se las encuentre en su infidelidad. Las mujeres culpables de celos y de malicia se descargan en las empleadas de sus casas. Aquellos que disgustan a estos ególatras son violentamente rechazados, y los justos, que a través de su virtud son un vivo reproche, se ven calumniados vilmente.

En la ira hay varios grados: el primero es la susceptibilidad, la excesiva sensibilidad e impaciencia al menor desaire. Ya sea que el café esté frío, o que el diario de la mañana tarde en llegar, el ego impaciente protesta y regaña. El segundo grado es la entrada en cólera; la gesticulación

violenta, la sangre que hierva, el enrojecimiento, y hasta el arrojar cosas; todo esto es indicativo de que el ego no tolerará interferencias en la consecución de sus deseos egoístas. El tercer y último grado se alcanza cuando hay violencia física dirigida contra otro, cuando el odio busca "ajustar cuentas" ya sea lastimando a otra persona o deseándole la muerte. Muchos no toman conciencia de cuanta ira diabólica hay en ellos hasta que surge el ego. La ira impide el crecimiento de la personalidad y detiene todo progreso espiritual, no sólo porque perturba el equilibrio de la mente y el sano juicio, sino porque vuelve ciego a los derechos de los otros y altera el espíritu de recogimiento tan necesario para cumplir con las inspiraciones de la gracia.

La ira está siempre relacionada con alguna frustración del ego. Es particularmente difícil de curar en otros porque está enraizada en la egolatría, aunque ningún ególatra admitirá que ésta es la causa. Preferirá lastimar su cuerpo antes que humillar su ego llevando a cabo este humilde reconocimiento.

La gula es el abuso del lícito placer que Dios ha asociado al comer y el beber, ambos, medios necesarios para la propia conservación. Es una exagerada indulgencia en los placeres del comer y del beber, ya sea tomando más de lo necesario, o haciéndolo en la hora incorrecta o de una manera demasiado ostentosa. La gula se disfraza de "buena vida" o de "estilo sofisticado" o "modo de vida agradable". Una generación sobrealimentada y con papada, la da por supuesta, y rara vez la considera pecado.

La malicia en el excesivo amor por la comida o la bebida viene del hecho de que esclaviza el alma al cuerpo y tiende, así, a debilitar la vida moral e intelectual del hombre. No hay, hoy en día, tanto exceso en el comer como en el beber; el hombre moderno no imita a los paganos romanos quienes, después de haber comido, se metían los dedos en la garganta para provocar el vómito y poder así disfrutar una vez más de los placeres de la mesa. El exceso hoy es más factible en la bebida, como lo atestiguan la alta incidencia del alcoholismo. Las autoridades médicas atestiguan que el exceso de bebida causa el deterioro del intelecto y de la per-

sonalidad. La memoria, el juicio y la concentración se ven afectados; el orgullo personal y el juicio social desaparecen. Entre los efectos morales están la desesperación, el debilitamiento de la voluntad, y la materialización de la vida.

La pereza es la enfermedad de la voluntad, causa de la negligencia en nuestros deberes. En el campo de lo físico aparece como holgazanería, debilidad, ocio, dilación, desgano e indiferencia; como enfermedad espiritual, toma las formas de aversión por lo espiritual, tibieza en las oraciones y desprecio por la autodisciplina. La pereza es el pecado de aquellos que sólo miran revistas, pero nunca un libro; que leen sólo novelas, pero nunca una filosofía de la vida. La pereza se disfraza de tolerancia y de mente amplia; no tiene la suficiente energía intelectual para descubrir la Verdad y seguirla. La pereza no ama nada, no odia nada, no espera nada, no teme nada y se mantiene viva porque no ve ninguna razón para morir. Más que oxidarse se gasta; no le haría un favor a ningún empleador un minuto después de que suene la señal de salida. Y cuanto más crece en nuestros medios, más responsabilidades deposita sobre el Estado. La pereza es ego-céntrica; es, básicamente un intento de escapar de las responsabilidades espirituales y sociales, en la esperanza de que alguien más se hará cargo de nosotros. El individuo perezoso es un parásito. Pretende que otros lo alimenten y ganen el pan por él, pide privilegios especiales al querer comer un pan que no ha ganado.

Hay varios grados de pereza. Uno es la indolencia o descuido en la ejecución del trabajo, la realización de un trabajo no porque haya un orgullo en llevarlo a cabo sino meramente para obtener una paga. Otro es la dilación, la infinita postergación y el aplazamiento de las tareas hasta el día siguiente, que nunca llega. Asimismo el descuido, la aversión hacia cualquier forma de esfuerzo. La pereza incide no sólo sobre la labor mental y manual, sino también sobre el progreso espiritual. Lo vuelve a uno negligente en sus obras de piedad, lo inclina a acortar las oraciones o descuidarlas por completo y hasta puede degenerar en un odio contra las cosas espirituales. La pereza se vuelve rencor cuando lleva al resentimiento contra quienes abogan por nuestro crecimiento espiritual; se ha-

ce distracción cuando incita al corazón y a la mente a volverse de lo espiritual hacia lo temporal. Es pusilanimidad cuando evita hacer aquellas cosas que son moral y espiritualmente difíciles.

La autocrítica incide, siempre, en uno u otro de estos siete egoísmos básicos. Resulta difícil de soportar porque el ego es renuente a examinarse. Tendemos a engañarnos a nosotros mismos a través de la adulación: David imploró a Dios que buscara en su corazón, sabiendo que si lo hacía él mismo, pasaría por alto pecados graves. Pero el autoconocimiento recompensa, porque autorrevelación y revelación de Dios van juntas. Cuanto más descubre una persona su manera de ser, más siente la necesidad de Dios, y más se manifiesta Dios a esta alma. Se vuelve sencilla de corazón, fácil de entender. Cuanto menos se conozca a sí misma una persona, más compleja será. Una mente en la que jamás ha penetrado el autoanálisis tiene mil preocupaciones y motivos inconexos. Su complejidad se debe a una falta de penetración interior y al fracaso para encauzar todas las cosas en un solo objetivo humano.

El carácter crece a pasos agigantados luego de que uno ha averiguado sus mayores egoísmos y ha expulsado los disfraces de la personalidad superficial. El conocimiento de sí mismo es, en verdad, el reverso de las críticas que recibimos de los que nos rodean. Observar las faltas de nuestro prójimo eleva nuestro ego; en la medida en que minimizamos el ego y enfrentamos nuestras faltas predominantes, el prójimo, que antes nos parecía odioso, toma un nuevo cariz digno de ser amado. Al perder nuestro orgullo y nuestra vanidad, ganamos un mundo de amigos.

9. Colocando al ego en su lugar

Luego de haber descubierto el defecto básico de nuestro carácter a través del conocimiento de sí mismo, la próxima etapa es poner en acción este conocimiento a través de la autodisciplina. El conocimiento de sí mismo es el diagnóstico de la enfermedad; la autodisciplina es la operación por medio de la cual curamos la enfermedad. Pero la autodisciplina no radica sólo en eliminar el mal; consiste también en vigilar todos los caminos hacia el verdadero ser, no sea que el enemigo irrumpa nuevamente por un camino insospechado. Porque los pecados, aun cuando sean vistos como tales, retienen todavía su falso encanto. Ésta es una de las debilidades psicológicas que hace difícil la virtud para nosotros, los humanos.

Desde el comienzo de los tiempos, los arrepentidos se han hecho las siguientes preguntas: “¿Cómo es posible que ame el vicio y lo odie al mismo tiempo? ¿Por qué amo la bebida y odio ser un alcohólico?” “¿Por qué amo estar enamorado y odio la lujuria posterior?” La respuesta es: cada pecado tiene un doble elemento, material y formal. El elemento material del pecado consiste en su contenido, o la materia de la que está hecho, y ésta es siempre buena. Nada hay en el universo visible que sea intrínsecamente malo. “Dios miró al mundo y vio que era bueno”. La bebida, la carne, el sexo, el oro, el vino, son todas cosas buenas y por lo tanto deseables. Toda realidad, al haber sido creada por Dios, es hermosa y se halla penetrada por los divinos reflejos de sus atributos.

El elemento formal del pecado es el abuso malvado y perverso de una

buena cosa. Es esta distorsión y este exagerado amor de algo lo que nos hace usarlo mal para un fin nocivo; transforma el amor por la carne en lujuria, el amor a la bebida en embriaguez, y el amor a la riqueza en avaricia. El hombre, a través de un abuso original de su libertad, está ahora en un nivel inferior a aquel para el que fuera creado, y tiene, por lo tanto, una tendencia a pervertir todas las cosas, de la misma manera en que una vez se pervirtió y desordenó a sí mismo.

Los pecadores sólo ven el elemento material del pecado y lo encuentran bueno, como es en realidad. Luego, cuando han abusado de su bondad, se vuelven contra Dios porque los efectos de este mal uso les ha traído aflicción. Olvidan que Dios no prohíbe el uso correcto de las cosas, sólo su abuso. Los pecadores señalan a la gente buena que goza de estas mismas cosas buenas, sin sus efectos nocivos, y no comprenden que las usan de acuerdo con la correcta razón y la voluntad de Dios. Lo que el pecador ama del pecado es la materia del pecado, que es buena, y lo que odia de él es la infelicidad, el remordimiento, la melancolía y la sensación de derrota que viene de la perversión o el abuso de lo que es bueno. Ama el pecado en lo concreto, lo odia en lo abstracto. Esto explica la sensación psicológica de tensión y conflicto dentro de todo pecador. El ego desea una cosa; el yo, otra. El ego desea que la realidad se pliegue a él y le permita gozar de las cosas en exceso, sin que a esto suceda el remordimiento.

De esta contradicción interna se derivan dos efectos. El primero es una ansiedad constante en el alma del pecador. Ama y odia, desea y desprecia. Llevado a más pecados por sus pasiones o malos hábitos, se halla en una constante agonía de disgusto consigo mismo. Como lo describió Ovidio: "Veo y apruebo las mejores cosas de la vida, pero sigo a las peores." San Pablo mencionó asimismo esta tensión: "El mal que no deseo es lo que hago; el bien que deseo no lo hago". El alma desea en forma vehemente el infinito y, al buscarlo en el lugar incorrecto, se decepciona cuando obtiene lo limitado. Pedía oro y obtuvo orolepes. Esta peculiar desproporción entre el placer anticipado del pecado y su actual realización intensifica la ansiedad. Ningún pecado cumple sus promesas. El hombre trata de escapar de la insatisfacción interior a través de más y

más placeres, más y más riquezas, más y más poder, pero estas cosas lo dejan hambriento y no lo satisfacen. El resultado del aumento de la carencia es una insatisfacción creciente. La publicidad trata de estimular los deseos de nuestros sentidos, convirtiendo los lujos en necesidades, pero sólo intensifica nuestra miseria interior. El mundo de los negocios está dedicado a crear un hambre cuyos bienes nunca lo satisfacen, y así aumenta las frustraciones y las mentes quebradas de nuestros tiempos.

El segundo efecto de esta contradicción de amar y odiar el pecado es una mundanidad que se expresa como odio a la religión. Al hablar aquí del "mundo" no nos referimos al mundo físico sino al espíritu del mundo, que otorga primacía a lo material, a la carne, al tiempo. A este espíritu se refirió nuestro Señor, al decir: "No ruego por el mundo" (Jn 17, 9). En algunos casos, el espíritu del mundo se posesiona del ególatra hasta tal punto que determina sus deseos, sus juicios, sus puntos de vista y su filosofía. Los contratiempos lo desmoronan; sólo la prosperidad lo alegra. Si un deseo de cosas más santas entra en su corazón, resulta destronado antes de que pueda comenzar su reinado. El mundo está en su alma, pero no la llena, ya que su alma fue creada para algo más.

Muy pocas personas se dan cuenta del motivo por el cual no siempre se afanan por lo más alto y lo mejor, y "no pueden comprender" de qué manera les "ocurrió" este grave deterioro moral. La respuesta es que, puesto que la naturaleza humana ha perdido su amistad original e intacta con Dios, ha perdido su verdadero centro. La insubordinación y rebelión de la voluntad contra el Amor llevó a una insubordinación del ego contra el yo, de la personalidad inferior contra la más alta, al igual que, cuando en una máquina se rompe la rueda principal, las ruedas más pequeñas también cesan de funcionar. Los deseos y apetitos del hombre se tornaron dispersos, desiguales, cada cual buscando su propia satisfacción sin tener en cuenta el bienestar del hombre completo o de la sociedad. Nuestras pasiones están continuamente amenazando con rebelarse contra nuestra razón y nuestra voluntad, mas la voluntad permanece en control a pesar de las pasiones; la razón humana aún tiene validez a pesar de la rebelión de la carne. El hombre no es intrínsecamente corrupto.

Hay cuatro heridas en la naturaleza humana que hacen del bien algo

costoso para nosotros. Una de ellas se encuentra en el intelecto y la razón, que está, de alguna manera, ensombrecido por la Caída y llega a la verdad sólo después de un esfuerzo; otra se encuentra en la voluntad, que ahora sólo puede perseguir el bien mayor resistiendo el llamado de los más inferiores. Las otras dos heridas son las de las pasiones: una nos hace tender hacia lo más fácil; la otra nos inclina a evitar lo que es duro. Esto significa que estamos sujetos a las tentaciones de hacer lo incorrecto, pero las tentaciones, en sí mismas, no son pecaminosas, a menos que nuestra voluntad acceda a ellas. Una persona no puede evitar la tentación de la lujuria, como tampoco puede impedir el ruido de su estómago cuando tiene hambre, pero puede negarse a cometer adulterio en el primer caso, o rechazar la gula en el segundo. La única cosa que debe tenerse en cuenta es que ninguna cantidad de libido, o pasión, ninguna fuerza eterna y ninguna incitación interior al pecado, pueden forzar a un acto humano a dejar de ser libre. Jamás se nos tienta más allá de nuestras fuerzas. Toda falla moral es solamente nuestra, porque nuestras elecciones son propias.

El ego herido identifica falsamente su plenitud con los sentidos, y busca su perfección en lo que tiene, antes que en la persona que es o podría ser. Para controlar los errores del ego, debemos revertir nuestras actitudes, y así restablecer un equilibrio entre el crecimiento espiritual interior y la actividad exterior. El ego debe ser domado; la vieja personalidad debe ser purgada y el verdadero yo debe ser liberado. Como dijo san Pablo a los efesios: "De él aprendieron que es preciso renunciar a la vida que llevaban, despojándose del hombre viejo que se va corrompiendo dejándose arrastrar por los deseos engañosos, para renovarse en lo más íntimo de su espíritu y revestirse del hombre nuevo, creado a imagen de Dios en la justicia y en la verdadera santidad" (4, 22-24).

La autodisciplina es necesaria porque tanto el cuerpo como el alma, la carne y el espíritu, el ego y el yo, cada uno tiene sus exigencias. La personalidad superior no puede salir a la superficie a menos que el ego, o personalidad inferior, sea domado. Pero la autodisciplina no debe ser entendida en forma errónea, no necesita el desapego puritano de los males del mundo, en bien de la prosperidad terrenal. Tal actitud ha produci-

do, en la historia y en la sociedad, dos intereses separados que no se juntan: la Iglesia en domingo, y la fábrica que trabaja seis días a la semana, para obtener ganancias. Esta división finalmente desembocó, en el secularismo y la completa eliminación de lo espiritual.

La autodisciplina tampoco significa estoicismo, o la muerte de nuestras pasiones, ya que las pasiones no son incorrectas, es sólo el abuso que se hace de ellas lo que está mal. Las pasiones en sí y por sí mismas no son morales sino amorales, ni buenas ni malas; la moralidad depende de la manera en que son usadas por el intelecto y la voluntad. Nuestro Señor no mató la pasión de la Magdalena, sino que la transformó en apostolado, en una pasión por Dios. No mató las energías del odio en san Pablo, sino que las dirigió hacia nuevos canales de amor y al apostolado.

La autodisciplina jamás significa renunciar a algo, porque renunciar es una pérdida. Nuestro Señor no nos pidió que renunciáramos a las cosas terrenales, sino que las cambiásemos por cosas mejores. "Pues ¿qué puede dar el hombre a cambio de su vida?" (Mc 8, 37). Todo intercambio involucra una decisión acerca de cuáles son las cosas de las que podemos o no prescindir. Podemos prescindir de una moneda, pero no podemos prescindir del pan, de manera que intercambiamos el dinero por el pan. Algunas almas encuentran que pueden arreglárselas sin posesiones, pero no pueden hacerlo sin la alegría de estar libres de preocupaciones materiales con el fin de poseer solamente a Dios, de manera que intercambian una cosa por la otra. Esto se hace a través del voto de pobreza. Otras hallan que pueden vivir sin su propia voluntad, pero no pueden vivir sin la unión con la Voluntad de Dios, de manera que las intercambian, a través del voto de obediencia. Las hay que pueden vivir sin los encantos de la carne, pero no sin el éxtasis del espíritu, y los intercambian. Esta pasión desapasionada, esta tranquilidad interior, deriva del voto de castidad. Si el ascetismo fuera una renuncia genuina, sería una pérdida, una reducción de nuestras naturalezas, un empequeñecimiento de nuestras vidas. Pero como es un intercambio, es una realización, una liberación de la verdadera esencia de la personalidad, de las falsas ataduras a las que es proclive el ego. Algunas personas no desean llevar a cabo ni el más mínimo cambio; son como el joven rico del Evan-

gelio, quien "se fue entristecido porque tenía muchas posesiones". Un paciente cobarde puede negarse a la operación que necesita para curarse de su enfermedad, porque teme ese sufrimiento que es el precio de su salud. A sabiendas de nuestra falta de coraje para emprender la guerra contra el ego, Nuestro Señor afirmó que la paz que Él nos daría habría de ser muy diferente de la falsa complacencia que tememos abandonar: "Les dejo la paz, les doy mi paz, pero no como la da el mundo. ¡No se inquieten ni teman!" (Jn 14, 27).

La autodisciplina no significa el menosprecio de sí mismo o la destrucción de la personalidad, antes bien apunta a la expresión de la individualidad en el más alto sentido de la palabra. Un tren no se "expresa a sí mismo" cuando se niega seguir el camino trazado para él por un ingeniero y descarrila hacia su propia destrucción. Un tren se "expresa a sí mismo" cuando mantiene la presión dentro de determinados límites y sigue los carriles. Una persona no se expresa a sí misma cuando satisface su lujuria como un animal; lo hace cuando ordena sus pasiones de acuerdo con la razón y las sugerencias del Espíritu Santo.

Una corriente que se divide en muchos canales tiene poca profundidad. Únicamente quien carece de un propósito de vida se cansa y se aburre. Es el desperdicio de las energías de la vida a través de amores minúsculos lo que destruye el carácter. La autodisciplina nos integra al profundizar el canal de nuestras vidas. Como dice santo Tomás de Aquino: "Cuanto más adhiere el corazón del hombre a una sola cosa, más se aleja de otras". Esta concentración del alma en una sola cosa a través de la autodisciplina no sólo perfecciona la personalidad, sino que le otorga una nueva importancia y alegría a las demás actividades de la vida, al ordenarlas en un pirámide o jerarquía de valores, según su verdadera importancia.

La autodisciplina no está motivada por el odio al mundo, a la sociedad o al bien común de la humanidad. No es indiferente al mundo, como solía serlo el ascetismo de los estoicos, ni apunta a la extinción de la personalidad, como el ascetismo hindú. Su propósito es más bien la salvación del mundo a través de la salvación de las almas, el mejoramiento del mundo a través de la regeneración de los corazones. El ascetismo de

los estoicos y el ascetismo de los hindúes, tienen esto en común: ambos terminan en la indiferencia. Uno es indiferente al bienestar de la sociedad, el otro al de la personalidad humana. El primero glorifica realmente el yo, al aislarlo de su prójimo; el segundo mata al yo, en favor de un gran "inconsciente universal". Mas la verdadera autodisciplina vuelve ese divorcio entre la personalidad y la sociedad, imposible. Nuestro Señor dijo: "Me santifico en obsequio de ellos". Inclusive los Trapenses, que abandonan el mundo, no entran en una vida de penitencia para salvarse a sí mismos, sino para salvar al mundo. El amor desinteresado y abnegado transmuta el renunciamiento y el servicio al mundo. Un corazón que renuncia a los placeres por amor a Dios, arde en amor por todo lo que Dios ha creado. En este desapego, el yo, al trabajar hacia las alturas (Dios), se vuelve más amorosamente unido al mundo, como el árbol que crece en altura debe desarrollar para ello raíces más profundas en la tierra.

De este modo, el propósito de la autodisciplina no es destruir la libertad sino perfeccionarla. Libertad no es sinónimo de hacer lo que nos plazca, sino lo que debemos. Una persona no se vuelve libre tornándose libertina, sino disminuyendo las huellas del pecado original. La negación de sí mismo equivale a desnudar el ego, busca volver libre al yo para seguir a Dios. Cuanto más se sacude el ego las cadenas que lo atan a las cosas exteriores, más libre está para ser como realmente es, para ser su yo. Así como la bebida es dueña del beodo, el santo es dueño de sí mismo. Hay en todos nosotros una potencial nobleza e incluso una divinidad, como hay una estatua potencial en un bloque de mármol en bruto. Pero el mármol debe ser sometido antes a la acción disciplinaria de un cincel en manos de un Artista sabio y amoroso, que desprende grande trozos de egoísmo informe hasta que aparece la nueva y hermosa imagen del mismo Cristo.

La autodisciplina, entonces, no es un fin en sí mismo, sino un medio para un fin. Aquellos que hacen de la autodisciplina la esencia de la religión rechazan a algunas de las criaturas de Dios como malvadas y, por lo general, se vuelven orgullosos. Pero el desapego bien practicado es sólo un medio de apegarse a Dios. Sin amor a Él no hay una verdadera autodisciplina. San Pablo nos dice que la filantropía, el sacrificio, las limos-

nas y hasta el martirio, si se llevan a cabo por cualquier razón que no sea el amor a Dios, no merecen una recompensa eterna. "Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada" (1 Co 13, 3).

En el orden de lo romántico, un joven demuestra su amor a una joven renunciando a la amistad con otras mujeres y concentrándose en su amada. En el orden espiritual, el alma revela su amor a Dios a través del desapego a las criaturas y un único apego por el Creador.

En agudo contraste con esta clase de autodisciplina por amor a Dios, la concentración en el ego, o el autoerotismo, es el comienzo de toda infelicidad. La actual tendencia de nuestro tiempo a buscar seguridad sin esfuerzo y a comer comida que no ha ganado puede resultar muy destructiva de la personalidad. Todo lo que deje al ego a salvo del esfuerzo diario, todo lo que le evite la tarea de resistir a la pereza, resulta peligroso para el carácter. El ascetismo o autodisciplina es necesario para aplastar el egoísmo, y no es tan inhumano como a algunos les gustaría creer. A medida que ascendemos en la escala jerárquica de la creación, vemos una creciente disposición al cambio. El elemento químico conocido como H₂O sólo puede tener tres formas: agua, hielo y vapor. El reino vegetal tiene una mayor adaptabilidad, una potencialidad más amplia que el orden químico. Y los animales, en razón de su movilidad, manifiestan una mayor capacidad de adaptación que cualquier otra cosa en las esferas inferiores de la creación. Pero es el hombre quien tiene la mayor potencialidad en el universo para transformar cualquier cosa. No sólo puede moverse por el mundo libremente, en el plano horizontal, sino que hasta le es posible subir del estado del amor propio que esclaviza al nivel de una personalidad controlada, y, finalmente, a las alturas de una vida centrada en Cristo.

Sin embargo, puesto que existe en el hombre una inclinación al mal, un impulso hacia lo inferior, una ley de gravedad carnal, debe caminar en forma constante, para permanecer donde está. El hombre degenera con sólo dejarse estar. La negligencia, la indulgencia consigo mismo, y el pecado, todos ellos desembocan en la pérdida del dominio de sí mismo. La falta de conciencia de la pérdida interior de la unidad que experimen-

ta el ególatra, su ignorancia del hecho de que sus facultades superiores están sujetas a las inferiores, no alteran la verdad. Muchas personas se enorgullecen de su salud mientras que un oculto e insospechado cáncer mina sus vidas. A sabiendas o no, cada uno de nosotros está amenazado por este impulso hacia abajo del yo, y todos los poderes de la mente y del cuerpo deben cooperar en la resistencia para que el yo, o la personalidad, permanezca intacto.

Esta reorganización de nuestra naturaleza requiere un sacrificio proporcional al mal uso precedente de cualquiera de los sentidos del cuerpo o de los poderes de la mente. Hay en la sociedad moderna una mayor potencialidad para el sacrificio de la que ha existido en muchas décadas. Un signo de ello, aunque negativo, es la celeridad con la que la juventud europea de este siglo se volcó hacia el comunismo, nazismo y fascismo, sistemas todos que requieren un heroico abandono de sí mismo, en favor de la colectividad. Los sistemas totalitarios nos muestran los grandes sacrificios que el hombre moderno puede hacer hasta por un falso ideal. Estos partidos autoritarios exigen mucho más que una disciplina del ego: exigen la entrega de la persona a una colectividad de raza, estado o clase. Que millones de jóvenes hayan estado dispuestos a someter su carácter, su voluntad y sus razones a una "causa" es indicativo de cómo muchas personas, en la actualidad, acogen cualquier reacción contra el viejo liberalismo que permitía a cada persona hacer lo que deseara. El instinto de los jóvenes europeos estaba en lo correcto, la manera en que lo satisficieron estaba errada. Bajo las apariencias de materialismo y pragmatismo de los Estados Unidos, se oculta, asimismo, la disposición a sacrificarse por algo más grande y más alto, que se manifiesta en el disgusto de los jóvenes antes el exceso de bienestar y comodidad de los que gozan sus mayores, y en la cantidad cada vez más considerable de quienes buscan un completo desapego por el mundo y una vida de contemplación en un monasterio, como los trapenses.

Esta disponibilidad latente para el sacrificio que hay en el hombre tiene profundas raíces en nuestro conocimiento natural de Dios. Vemos a Dios como opuesto a la batahola de "cosas". En realidad, la razón humana sabe más acerca de lo que Dios no es, que de lo que es. La teología

natural describe a Dios en términos de eternidad, lo que es la negación del tiempo; en términos de inmensidad, que resulta una negación del espacio, y también lo hace eliminando todas las imperfecciones de conceptos tan universales como la justicia, la verdad, la belleza y el amor. La revelación sobrenatural ofrece de la Naturaleza divina una visión interior más positiva, pero siempre en el plano de la sola razón; el hombre ve que negando ciertas cosas de este mundo se acerca a Dios. Existe un paralelo entre el conocimiento de Dios por la vía negativa y nuestro movimiento o acción hacia Dios a través de la autodisciplina. El hombre siente la paradoja de que, si se acerca a la nada de la que proviene, se acercará al supremo Principio de la Vida, a la Verdad y al Amor que lo han creado. Dios creó al hombre de la nada. Por consiguiente, en tanto el hombre se anonada en un acto de humildad, comienza a recobrar y a encontrarse a sí mismo en el Dios que lo creó. En tanto el ego, que es la afirmación de su falsa divinidad, se desvanece, el yo, que fuera creado por la divinidad, comienza a aparecer y a mostrar su disposición a ser divinizado a través de esa participación en la Naturaleza divina, llamada gracia.

Al estudiar pintura vemos la obra de los maestros y no la de los aficionados, de la misma manera al estudiar la autodisciplina, los grandes artistas de la vida espiritual tienen más que decirnos que los psicólogos. Uno de estos maestros es san Agustín; él temía entregar su ego, que se había desintegrado debido a su amor por la carne. Tal como él lo dice:

Pero no me sostenía en el goce de mi Dios, sino que, arrebatado hacia ti por tu hermosura, era luego apartado de ti por mi peso, y me desplomaba sobre estas cosas con gemido, siendo mi peso la costumbre carnal. Mas conmigo era tu memoria; ni en modo alguno dudaba ya de que existía a un ser a quien yo debía adherirme, pero a quien no estaba yo en condición de adherirme... Pero no pude fijar en ti mi vista; antes, herida de nuevo mi flaqueza, volví a las cosas ordinarias, no llevando conmigo sino un recuerdo amoroso...⁴

⁴ Op. cit., pp. 118-119.

Luego de haber experimentado una conversión intelectual del maniqueísmo, una conversión moral después de una vida ególatra, y una conversión espiritual a Cristo, el converso ve la vida como un batalla entre los dos amores de la humanidad: el amor al ego y el amor a Dios. O, junto con Agustín, puede ver al mundo dividido en dos ciudades:

Dos amores por lo tanto han dado origen a estas dos ciudades, el amor a sí mismo, que deja de lado a Dios por las cosas de este mundo; el amor a Dios y el desprecio por uno mismo en favor de lo santo. El primero busca la gloria de los hombres y el último, desea sólo a Dios, como testimonio de la conciencia y de la mayor gloria. El primero se glorifica a sí mismo, el segundo glorifica a Dios. Uno se exalta a sí mismo en su propia gloria, el otro dice a Dios: "mi gloria, el que alza mi cabeza." Uno se vanagloria de los ambiciosos conquistadores, llevados por la lujuria del poder; en el otro, todos sirven a su prójimo con caridad... Una de las ciudades está asentada en las posesiones mundanas; la otra en la esperanza del cielo; ambas surgen de la puerta común de la mortalidad, que fuera abierta por Adán; y de su progenie condenada, como de un terrón putrefacto, Dios hizo recipientes de misericordia, y recipientes de ira; dando dolores merecidos a uno, e inmerecida gracia a los otros, para que los ciudadanos de Dios sobre la tierra puedan aprender esta lección de aquellos recipientes de ira y no se confíen en su propia elección, sino que esperen dirigir su llamada al nombre de Dios.

Hurgo de San Víctor nos da otra metáfora para la resistencia del ego a la gracia de Dios:

La leña húmeda arde despacio bajo el fuego, pero una brisa fuerte puede avivar las llamas, con negras nubes de humo. Poco a poco el humo se disipa, al tiempo que la humedad seca, y la llama se esparce libremente a través de toda la pila que crepita... has-

ta que la leña se transforma completamente en apariencia del fuego... entonces, el crepitar cesa... nada se ve salvo el fuego victorioso, brillando en la profunda paz de un gran silencio... Al principio, fuego y llama y humo; luego fuego y llamas, sin humo: finalmente puro fuego, sin llama ni humo. Igual a la leña húmeda son nuestros corazones de carne... que se los toque con la chispa del temor de Dios, del Amor divino, y grandes nubes de pasiones malsanas y deseos rebeldes flotan hacia arriba. Entonces el alma se fortalece; la llama del amor arde más vehemente y brillantemente, el humo de las pasiones se extingue gradualmente y el espíritu purificado se eleva hasta la contemplación de la Verdad. Por último, la contemplación triunfante llena el corazón con la Verdad; hemos alcanzado la mismísima fuente de la Verdad soberana que nos ha envuelto, y ni las preocupaciones ni la ansiedad atraviesan ya nuestro corazón, que ha encontrado la paz y el descanso.

Santo Tomás, en su acercamiento profundamente filosófico nos enseña la misma lección al investigar la verdadera naturaleza del hombre. Una vez eliminados, como nuestros propios objetivos, el amor a la riqueza y los honores, la permisividad sexual, y otras formas de egoísmo, él afirma que el verdadero fin del yo es la contemplación de la verdad. Pero esto es imposible de ver sin abandonar nuestros hábitos y apartarnos de las distracciones mundanas que impiden su descubrimiento.

Así, el fin último de los hombres es la contemplación de la verdad. Esto es lo único distintivo de su naturaleza, y ningún otro ser corpóreo lo comparte con él. Ni hay otra finalidad más allá, puesto que la contemplación de la verdad es un fin en sí mismo. Allí el hombre se reúne en igualdad con los espíritus superiores, porque ésta es la única actividad común a Dios y los ángeles... Y a este fin están dirigidas todas las otras actividades humanas. Para una contemplación perfecta se necesita la salud corporal, que se asegura por medio de las invenciones humanas necesarias a la vida. Necesitamos estar libres de la perturbación de las pasiones, un objetivo al que se llega por medio de las virtudes morales y la pru-

dencia. Necesitamos liberarnos de las perturbaciones externas, una libertad a la que apunta la entera organización del gobierno civil. De manera que, si vemos las cosas de manera correcta, todas las ocupaciones humanas aparecen dirigidas a las necesidades de quienes contemplan a la verdad.

No podríamos recalcar demasiado que en este párrafo, el gran pensador, al hablar de la autodisciplina, no considera al cuerpo y a las pasiones mismas como perniciosos; es sólo el abuso de estas pasiones lo que él condena. Las pasiones corporales y los bienes temporales, aunque no constituyen la totalidad de la perfección humana, son, genuinamente, parte de ella. Aun en su estado glorificado posterior a la resurrección, el cuerpo será necesario para el bienestar del alma, y la gloria del alma habrá de rebasar la gloria del cuerpo, para que él también pueda obtener su herencia celestial.

10. Autodisciplina

Asi como el exagerado amor a sí mismo, o egolatría, es la raíz de toda la infelicidad, su eliminación es el comienzo de la dicha. Porque el egocentrismo nos aísla de la sociedad, la disciplina del ego restaura la confraternidad. Para asociarnos con nuestros hermanos, debemos aceptar las condiciones que impone la amistad, y la primera es que dejemos de vivir solamente para nuestros propios placeres egoístas. Nada en el orden natural aumentará más seguramente nuestra dicha que abandonar la egolatría. Aceptada la necesidad de ascetismo, surge el problema de ponerlo en acción.

La autodisciplina puede aplicarse como remedio ante seis posibilidades diferentes de hacer el mal: (1) ocasión de pecado, (2) pasión dominante, (3) sentidos exteriores, (4) sentidos interiores, (5) intelecto y (6) voluntad.

Ocación de pecado significa aquellos lugares, personas y circunstancias que constituyen un medio favorable al desarrollo de la egolatría. Para el alcohólico puede ser un bar, cierta casa, o un compañero festivo. Para el erotómano, cierta persona; para el murmurador, un chismoso que tiene siempre un escándalo para canjear. Así como un viajero sabio y cauteloso, al mirar hacia adelante, evita los obstáculos en su camino, la persona que se halla en camino al cielo evita en forma deliberada aquellas cosas que interfieran con el desarrollo de su carácter y su unión con Dios. Muchas almas que una vez tuvieron fe y la perdieron, y muchas que ya no poseen personalidades bien integradas al orden natural, pueden establecer el origen de la pérdida de la paz del alma y de la mente, en las malas compañías o en un entorno que les robó su herencia. Las Sagradas Es-

crituras nos previenen que "aquel que ama el peligro, en él perecerá".

Por pasión dominante se entiende algún movimiento violento de nuestro apetito sensual, hacia un bien de los sentidos. Aunque no malo en sí mismo, es tan fuerte en nosotros que, si no se le domina, puede ser ocasión de pecado. Estas pasiones son numerosas. El amor es el anhelo por una persona o cosa que nos deleita y nos agrada; y cuando amamos, anhelamos ya sea su posesión o la unión con ello. El odio es un amor al revés. Todo odio nace del amor, ya que odiamos aquello que de alguna manera puede poner en peligro nuestro amor. Por ejemplo: odiamos la enfermedad porque amamos la salud, y el odio es, en el fondo, un ansia de deshacernos de aquello que nos disgusta. El deseo es una urgencia o búsqueda de un bien ausente, y nace del amor por otro bien, que puede ser una cosa o persona. La aversión es la pasión que nos hace apartarnos o rechazar algún mal próximo o cercano, y la alegría es la pasión de la complacencia que surge ante la posesión actual de cualquier bien. La tristeza es el pesar por un mal o un desastre actuales. El coraje o temeridad es la pasión que nos hace esforzarnos por obtener un objeto amado que parece imposible. La desesperanza es la pasión que surge en el alma cuando la posesión o unión con el objeto amado parece imposible. Finalmente, la ira es la pasión que repele violentamente lo que nos lastima y estimula en nosotros el deseo de venganza.

Parece innecesario insistir en que todas estas pasiones, actuadas de manera ordenada, son un don de Dios. Nuestro bendito Señor experimentó varias de ellas. No sólo nos amó con su entera voluntad y entero corazón, sino que lloró por la ciudad de Jerusalén y derramó lágrimas por la muerte de Lázaro; asimismo, llevado por una santa indignación e ira, echó a los vendedores y los mercaderes fuera del Templo. Sintió miedo y ansiedad en el Huerto de Getsemaní y, sin embargo, todas estas pasiones se hallaban tan disciplinadas, que se sirvió de ellas para lograr nuestra salvación.

La pasión dominante difiere de individuo a individuo. La egolatría se aprovecha, a menudo, de este hecho, para hacerse la ilusión de que no es viciosa porque no tiene la pasión desordenada de su prójimo. La pasión dominante es, siempre, aquella hacia la cual nos inclinamos con pre-

ferencia y, también, aquella cuya disciplina más rehuimos. Porque empuja al ego a afectos desmesurados, es siempre fuente de mucha inquietud.

Debemos insistir en el hecho de que, de la misma manera en que el amor por la bebida es correcto, pero no así la embriaguez, y la imaginación es buena, pero no el crimen premeditado, también las pasiones son buenas porque han sido creadas por Dios. Pero el uso de la pasión es incorrecto cuando está dirigido hacia un fin nocivo, o aun hacia un buen fin pero con demasiada vehemencia. Cuando las emociones están reguladas por la correcta razón, engendran coraje, valor y ahínco. Sin pasión es imposible llevar a cabo nada valioso, y la pasión básica es el amor. Pero si nuestras pasiones nos gobiernan, claman de forma constante para ser satisfechas y nos vuelven muy infelices, ya que, cuanto más se las satisface, más insatisfechas se vuelven. Cuando las pasiones se regulan y doman, se las hace servir a la virtud, y son, entonces, como un caballo con un freno en la boca. El amor a las posesiones puede así controlarse por medio de la práctica ocasional de la frugalidad y la generosidad, a menos que nuestro dinero nos posea en vez de nosotros poseerlo. La pasión por el aplauso puede ser domesticada mediante la práctica de la humildad y el anonimato, al desear que nuestras buenas obras sean conocidas sólo por Dios. La pasión del cuerpo se verá atemperada por la conciencia de su alto destino como Templo de Dios; no sólo tendrá entonces ocasiones de placer y de festejo sino que, al pertenecer a Dios, se arrodillará en forma reverencial, unirá sus manos en una plegaria e inclinará su cabeza en adoración.

Puesto que los sentidos externos nos ofrecen otra posibilidad de peligro, la persona que busca a Dios controlará sus ojos, apartándolos de las cosas que puedan llevarlo a la tentación. De la misma manera en que aparta sus ojos de una luz demasiado brillante para que no destruya su visión, así aparta su ojos del mal, para no encontrarlo demasiado atractivo. De igual modo que la gente mundana hace oídos sordos a las palabras que lastiman su egolatría, el santo se niega a escuchar cualquier cosa que la lisonjee o incite a una discusión con su prójimo, o provoque enemistad y sospecha. El yo, bien ordenado, se privará no sólo de algo ilegal sino también de cosas que son legítimas, con el fin de permanecer

en el completo dominio de sí. El cigarrillo extra, el segundo cóctel, algunas veces hasta el primero, se evitan para preservar la libertad espiritual del alma. Si, al final de cada día, una persona pudiera mirar hacia atrás y ver tres pequeñas privaciones, estaría ya en su camino a una vida interior más feliz. San Pablo dijo. "Por lo tanto hagan morir en sus miembros todo lo que es terrenal: la lujuria, la impureza, la pasión desordenada, los malos deseos y también la avaricia, que es una forma de idolatría" (Col 3, 5).

Puesto que es a través de los sentidos que entran las ideas a la mente, se desprende de ello que nuestra estado mental es el resultado de nuestras propia elecciones con respecto a lo que permitimos que entre en ella. Toda impresión prepara para una expresión. La base de nuestra ideas ha entrado a la mente a través de los sentidos, y la base de nuestras acciones ha sido absorbida de igual manera. Nuestro divino Salvador nos recomendó que evitáramos el pecado futuro impidiéndole la entrada a nuestra mente a través de los sentidos. "Pero yo les digo: El que mira a una mujer deseándola, ya cometió adulterio con ella en su corazón" (Mt 5, 28):

Este principio de la autodisciplina no es algo higiénico que previene sólo los efectos físicos del mal; nuestro Señor se concentra en la eliminación del mal en su fuente, antes de que llegue a nuestra mente o nuestra voluntad. Si una persona desea concentrarse mientras lee, debe dejar fuera los sonidos molestos que lo rodean. Para integrar su personalidad, debe haber, también, un deliberado alejamiento de estas sensaciones que no contribuyen a su bienestar. Santiago, al hablar del daño que hace la lengua a través de las detracciones, chismes y mentiras, escribe:

Miren cómo una pequeña llama basta para incendiar un gran bosque. También la lengua es un fuego: es un mundo de maldad puesto en nuestros miembros, que contamina todo el cuerpo, y encendida por el mismo infierno, hace arder todo el ciclo de la vida humana. Animales salvajes y pájaros, reptiles y peces de toda clase, han sido y son dominados por el hombre. Por el contrario, nadie puede dominar la lengua, que es un flagelo siempre activo

y lleno de veneno mortal. Con ella bendecimos al Señor, nuestro Padre, y con ella maldecimos a los hombres, hechos a imagen de Dios. De la misma boca salen la bendición y la maldición. Pero no debe ser así, hermanos. ¿Acaso brota el agua dulce y la amarga de una misma fuente? ¿Acaso, hermanos, una higuera puede producir aceitunas o higos una vid? Tampoco el mar puede producir agua dulce.

También los sentidos internos pueden perturbarlos. La imaginación y la memoria necesitan deshacerse de sus malos hábitos. De la ensoñación que lleva a la pereza, del entretener imágenes que, llevadas a la acción, serían pecaminosas o traer a la memoria el mal que nos hiciera el prójimo; si logramos eliminar todo esto, estaremos preparados para que asome nuestra personalidad. Si no domesticamos nuestros pensamientos, ellos asfixiarán nuestra verdadera personalidad. Hay algunos que piensan que han "vivido" porque probaron la escoria de la vida. Lo contrario es verdadero; los inocentes, que han mantenido la memoria del pasado libre de todo mal y a su imaginación libre de temores, son quienes, en realidad, viven. Como escribiera Charles Péguy en su libro *Inocencia y experiencia*:

La inocencia es plena y la experiencia, vacía.
 La inocencia gana y la experiencia, pierde.
 La inocencia es joven y la experiencia, anciana.
 La inocencia crece y la experiencia, decrece.
 La inocencia nace y la experiencia, muere.
 La inocencia sabe y la experiencia, ignora.

Es el niño el que es pleno y el hombre el que está vacío,
 Vacío como una calabaza vacía y como un tonel vacío.

Ahora, niños, vayan al colegio.
 Ustedes, hombres, al colegio de la vida.
 Vayan y aprendan
 cómo desaprender.

También se debe controlar al intelecto. La dirección que nuestras pasiones tomen dependerá de nuestros ideales. Si carecemos de un objetivo en la vida, nuestras pasiones nos gobiernan. Hasta las más altas facultades necesitan disciplina. Un espíritu desapegado no perderá tiempo en la lectura inconsistente de tontos romances o en juntar información inútil, sino que aspirará a la verdad. Como Platón escribió en el Fedón:

Cuando el alma es arrastrada por el cuerpo hacia lo que nunca se comporta idénticamente, anda entonces errante, turbada y mareada como si estuviera ebria, a raíz de haber tomado contacto con tales cosas. En cambio, cuando examina sola y por sí misma, parte hacia el lugar de lo puro, siempre existente, inmortal y que se comporta del mismo modo; entonces, por ser afín a esto, se queda por siempre a su lado, en la medida en que permanece sola en sí misma y le es permitido. Cesa, pues, de deambular, y se comporta con respecto a aquellas siempre idénticamente y del mismo modo, a causa de haber tomado contacto con cosas que así se comportan. Y este estado del alma se llama sabiduría.

Al intelecto se lo disciplina por medio de la lectura seria y el profundo estudio de la naturaleza humana que nos rodea. Esto supone un estado de ánimo que fomenta el altruismo y el amor al prójimo. El conocimiento debe estar siempre al servicio del amor. Como dijo san Agustín: "El conocimiento debe usarse para erigir la estructura del amor". La purificación del intelecto no es muy practicada en la actualidad. Nadie permitiría basura en su mesa, pero muchos permiten que se le sirva a sus mentes. A menos que la mente vigile de cerca lo que entra en ella, no pasará mucho antes de que la mezcolanza de información periodisti-

ca tome forma de absoluto, y se considerará un gran pensador sin haber leído siquiera a los grandes pensadores de nuestra civilización. Las falsas ideas pronto pasarán a la acción, porque lo que el hombre piensa, establece una diferencia. Las películas, los periódicos, la propaganda y la radio hacen llover sobre nuestro intelecto ideas confusas y contradictorias, que producirán vidas confusas a menos que el intelecto, a la luz de la fe, deje fuera a muchas de ellas. Cualquiera que haya vivido sin periódicos o radio por treinta días ha experimentado la paz de no tener que leer las noticias sobre discordias, peleas, guerras, asesinatos y divorcios. Un pequeño esfuerzo para formar gustos de lectura sanos convencerá a la mente de que está hecha para conocer la Verdad, como el ojo está hecho para ver la luz, y que lo fundamental de la Verdad es la Caridad. Como escribió san Bernardo: "Están quienes desean saber con el sólo propósito de saber más, y eso es curiosidad; algunos sólo para saber, y eso es vanidad; algunos para vender su saber, y esto es un lucro vil; algunos para que les sirva de ejemplo, y esto es prudencia; algunos para dar ejemplo, y esto es caridad".

La voluntad, en forma particular, necesita ser disciplinada, porque le indica al cuerpo qué acciones llevar a cabo. El intelecto procura el blanco, pero la voluntad dispara la flecha. Una voluntad disciplinada muestra su fuerza en la manera cómo gobierna sus pasiones, emociones y sentidos. Las voluntades débiles son comunes entre quienes no tienen ideales ni objetivos en la vida y cuyas decisiones son completamente caprichosas; entre los que están influenciados por la opinión ajena y el mal ejemplo de los demás, en quienes toman decisiones siguiendo lo que hacen los demás.

La voluntad gobierna cuerpo y alma. Es el asiento de toda motivación y, por lo tanto, la raíz del carácter, debido a que la motivación determina la bondad de nuestros actos. Dos hombres puede proceder exactamente de igual manera, por ejemplo, al dar limosna, pero uno lo hará para que su nombre figure en los periódicos, y el otro porque ve a Cristo en el pobre. El monto puede haber sido el mismo, pero la motivación de la voluntad fue muy diferente. Lo mismo sucede con la dieta y el ayu-

no. No hay una diferencia material entre alguien que pierde diez kilos ayunando y quien lo hace mediante una dieta, pero existe un mundo de diferencia en el efecto sobre el carácter. La dieta se hace para provecho del cuerpo y el ayuno en provecho del alma. La dieta se hace para el yo, el ayuno, para la caridad y para domar el cuerpo de modo que el alma quede más libre en su vuelo hacia Dios.

Tornar a la voluntad siempre dócil y obediente siempre a los más altos ideales requiere un gran esfuerzo. Algunas personas fracasan por falta de conocimiento suficiente de la vida; al no haber jamás disciplinado sus intelectos en el camino de la verdad, carecen de señales en los caminos de la vida. Otros, comienzan con una autodisciplina demasiado rígida y con gran ansiedad, y fracasan como resultado de su prisa exagerada y del posterior descorazonamiento al encontrar que la santidad total no se alcanza de inmediato. (Es una verdad generalmente aceptada en las ordenes religiosas que aquellos postulantes que se quejan por la falta de oportunidad de hacer sacrificios son, en general, quienes no perseveran). Otros fracasan en su intento de disciplinar la voluntad, porque su ego es tan fuerte que no puede tolerar la idea de fracaso. Empero, cualquier voluntad puede ser entrenada. Si existe humildad genuina luego de una caída, y una renovada oración en petición de la gracia de Dios, entonces el dominio sobre sí mismo comienza a volverse un hábito, y las cosas más difíciles se vuelven fáciles con el tiempo. Sobreviene un renovado sentido de poder, autocontrol y dominio de sí mismo, y la deliciosa comprensión de que, finalmente, se es dueño de una verdadera libertad. La libertad no es tanto un derecho adquirido por nacimiento como un logro. Hemos nacido con la libertad de elección, pero la manera en que usamos nuestras elecciones nos vuelve esclavos u hombres libres. Esta clase de libertad interior es la última cosa que una persona obtiene, y es lo que san Pablo llama la "gloriosa libertad de los hijos de Dios".

Así como la vida física es la suma de fuerzas que resisten a la muerte, la vida espiritual es el resultado de la constante purificación de aquellos impulsos pecaminosos que nos arrastrarían hacia abajo. A menos que el yo esté al timón de manera constante, nos volvemos idólatras de la comodidad, obsesionados con el miedo de tener que hacer, alguna vez, algo desagradable.

La purificación nos libra del peso muerto de los hábitos nocivos y del lastre de la carne. El alma, entonces, se vuelve cada vez más libre, y obtiene mayor placer del que jamás supuso posible. Como dice santo Tomás: "Los hombres deben tener placeres. Si no quieren tener los placeres del espíritu, entonces degenerarán hacia los placeres de la carne". A menos que haya otro interés para compensar la pérdida de un placer, las mentes se vuelven cínicas y amargas, y sienten el creciente deseo de ser consentidas, respetadas y honradas y de que se las transforme en centros de atención. Los ególatras encuentran muy difícil cambiar, porque el ególatra se niega a postergar la satisfacción. Sobrealimentado, con doble papada, y acicalado de más, se niega a aceptar los pocos momentos de dolor que trae el autocontrol, y pierde, así, la felicidad en esta vida y la vida eterna del más allá. Una vida de desapego, vista desde afuera, parece una *muerte viviente*, pero una vez comenzada se la ve como una *vida muriente*, porque cada nueva muerte de un egoísmo, como la semilla que cae en tierra, produce una vida correspondiente. No existen atajos para la espiritualidad; el dolor y la purificación van de la mano, ya que el pecado no se abandona fácilmente. La purificación no significa jamás aplastar nuestra voluntad para volvernos abúlicos, mas la voluntad, separada del peso muerto del pecado, vuela más prontamente hacia su unión con la Voluntad divina. Cuando se desciende hacia lo más profundo, se descubre que la razón por la cual las almas no van hacia Dios es no sólo porque son ignorantes, sino porque son, asimismo, malvadas. Es su comportamiento el que crea el mayor obstáculo para la fe, por más vigorosamente que lo nieguen. "Y sin embargo ustedes no quieren venir a mí para tener Vida" (Jn 5, 40). Asociada a esta renuencia hacia el sacrificio está la renuencia a abandonar el orgullo y un rechazo a inmolar el corazón. Esta ausencia de humildad y amor sacrificial se erige como un muro entre el alma y Dios; al escuchar el mandato divino, le implora a Dios, que fuera rechazado de manera similar por el hombre que compró una granja: "Excúsame, oh Señor".

Pero esta renuencia no es universal. Muchas almas cansadas vendrían a Dios si la fe les fuera presentada de la manera más ardua en vez de la más fácil; por medio de un llamado al sacrificio, antes que por un llamado a la conversión. Hay una mayor disposición hacia el sacrificio de par-

te de la mente moderna, de lo que advierten algunos miembros del Cuerpo Místico de Cristo. Las buenas cualidades del alma moderna han sido subestimadas, y muchos se sorprenderían ante su reacción, si se le mostrara las manos y pies perforados de Cristo y se les preguntara: "¿Cómo llegaron a estar así?" Hay un mayor anhelo de sacrificio en los corazones y las mentes de hombres y mujeres que en cualquier otro momento de los últimos quinientos años. ¿De dónde provenía el heroísmo de los soldados durante la guerra, en una época en que parecía que el lujo y el bienestar los habían ablandado, si no es de este potencial para el sacrificio que estuvo siempre allí, en las profundidades de sus corazones? El mundo está cansado ya de una amplitud de mente que es tan fría como el corazón de un avaro y tan invertebrada como un filete de lenguado. Desea más bien arder, sentir el calor abrasador de sus pasiones, y, por sobre todo, amar, incluso hasta la muerte. Cuando lo paganos reciben el don de la fe, a menudo sobrepasan a los así llamados fieles en la negación de su individualidad y en el amor a Dios.

Debido a que las alegrías de la unión con Dios no pueden ser experimentadas sin un dolor voluntario, y porque el alma sin fe tiene una capacidad de sacrificio, la Verdad divina debería ser presentada a la sociedad moderna de la manera en que el Salvador formuló su llamado: como una convocatoria al sacrificio. Él pidió a sus seguidores que vendieran el campo para ganar la perla de gran precio y que abandonaran sus redes y barcos para volverse pescadores de hombres. Todos los que carecen de fe, sufren; donde no hay cuerpos quebrados, hay mentes inquietas, témerosas e intranquilas, que agonizan. Es posible que nuestra generación sea la más desgraciada de toda la historia de la cristiandad. El sufrimiento es universal, y no está, jamás, lejos del sacrificio. Un dolor de muelas en un justo no es diferente de un dolor de muelas en un malvado; lo que establece la diferencia entre uno y otro es al amor a Dios. El sacrificio sin amor a Dios es solamente sufrimiento, el sufrimiento con amor a Dios se vuelve sacrificio. El monje trapense que se levanta a las dos de la madrugada para rezar por los pecados del mundo siente la misma incomodidad que el que sufre de insomnio y se levanta a tomar un medicamento, pero ¡qué diferencia en la actitud del alma! Es posible que las almas modernas ya estén sufriendo bastante, tal vez demasiado, pero

es un sufrimiento inútil. O bien no lo transforman en mérito, ofreciéndolo a Dios, o se quejan con protestas rebeldes y desafiantes: "¿Por qué Dios me hace esto?" Se debe interponer una cuña entre su dolor actual y su potencial sacrificio, haciéndoles comprender un Amor que pasó por todos los sufrimientos para que jamás tengamos que decir: "Él no sabe lo que es sufrir". Como el joven que obedecía todos los mandamientos pero se negó a abandonar sus posesiones, nuestro Señor puede decir de ellos que no están lejos del Reino de Dios.

Convertir un sufrimiento en sacrificio requiere el abandono del intelecto y de la voluntad a Dios como condición primera. El intelecto debe volverse dócil a la Verdad divina, menos empeñado en decir "Veamos, esta es mi idea de la religión". La voluntad debe ver todo lo que le sucede como proveniente de las manos de un Padre amante, quien sólo puede desear la completa felicidad de sus criaturas en la eternidad, aunque no necesariamente en el tiempo. Como Él dijo: "En el mundo tendrán que sufrir" (Jn 16, 33).

La condición para trocar la agonía en sacrificio es ofrendar el alma, pero esto no es algo fácil. Cuesta llegar a Dios, así como a Dios le costó llegar a nosotros. Cuando Dios pide sacrificios, algunos se quejan; cuando llega una prueba, se rebelan; cuando los asalta una tentación, se rinden. En verdad, la fe es un yugo, como lo dijo el Salvador, pero un yugo dulce, y un peso que se hace liviano. En el instante en que uno debe decidir entre su ego interesado y el Tú divino, cuando lo finito por dentro y el Infinito de afuera luchan como Jacob con el ángel, hay agonía en el alma. Pero una vez terminada la lucha, el alma ha pasado de la agonía a la dicha, del sentimentalismo a la fe. El verdadero creyente puede, transformarse en héroe incluso con sólo una decisión ya que, en cooperación con la gracia de Dios, puede pasar de la oscuridad a la luz.

Traer la luz divina al desgraciado ególatra es tarea de los creyentes. Unos pocos líderes sacrificados que quisieran consumir su tiempo, y ser consumidos en la causa de Cristo harían más bien al mundo que miles de discursos sobre los derechos civiles. Demasiados hay, hoy en día, que substituyen con la acción a la oración, que tratan de cambiar a otra gente en vez de cambiarse a sí mismos. A algunos, igual que a Pedro, se les

pide que oren, mas cuando el enemigo entra en el Huerto, se entregan, en vez, a la acción, y sacan una espada para cortar una oreja, que luego el Señor Dios tiene que volver a colocar, para compensar su estupidez.

Todas las almas tienen los medios para lograr la felicidad; esos medios son la agonía, el sufrimiento, el tedio y el aburrimiento actual de sus corazones. Mas, al igual que un niño frente a una vidriera, con una moneda en la mano y la visión electrizante de los dulces que hay adentro, pueden perder el placer de los dulces, al negarse a abandonar la sucia moneda. La moneda equivale a la obstinación, la egolatría y el egoísmo. El dulce es la paz, el amor y la felicidad.

11. El surgimiento del carácter

Todo el mundo fracasa en una u otra área de la vida. Algunos pierden sus altos ideales, otros achacan su fracaso al matrimonio, o habiéndose casado, se lamentan porque ese estado fracasó en llevar a cabo sus esperanzas y promesas. Otros experimentan un declinar de la virtud, un deslizamiento gradual hacia la mediocridad, o la esclavitud del vicio. Otros están sometidos al cansancio, a las fallas de salud o la ruina económica. Todas estas decepciones se expresan a través del triste lamento: "¡Si sólo pudiera vivir mi vida otra vez!". Pero es muy importante que cuando contemplemos nuestros defectos y fracasos, no caigamos en el descorazonamiento, ya que éste es, desde un punto de vista espiritual, el resultado de un amor propio herido y, por lo tanto, una forma de orgullo.

Todos debemos aceptar el fracaso; no todos debemos lamentarnos por ello. Es interesante establecer el contraste entre la correcta actitud del cristiano hacia la derrota y la del pagano; los retrocesos del no creyente terminan en el pesimismo, puesto que, engañado por un falso optimismo y su doctrina del progreso inevitable, no había tomado en cuenta la decepción que halló. H. G. Wells, quien por años glorificó las expectativas de progreso humano a través de la ciencia con sus tubos de ensayo y su evolución, terminó su vida diciendo: "A pesar de toda mi inclinación a un optimismo valiente, percibo que ahora el universo está cansado del hombre, que vuelve hacia él un rostro endurecido, y lo veo llevado de forma menos y menos inteligente y cada vez más rápidamen-

te... por la corriente del destino, a la degradación, el sufrimiento y la muerte" (*El destino del homo sapiens*). Mas los cristianos nunca han esperado que esta tierra fuera el paraíso, sino que tienen siempre presentes las palabras del Salvador: "En el mundo, tendrán que sufrir". Por esta razón, sólo el cristianismo puede hacer frente a la derrota cuando llega, ya que nació en la derrota; en esa derrota del Viernes Santo, que estremeció al mundo. Una de las lecciones de la Cruz es que, si bien no podemos impedir algunas formas de derrota, podemos siempre impedir una reacción equivocada ante ella. "Mientras tanto, estamos seguros de que todo ayuda a asegurar el bien de aquellos que aman a Dios, aquellos que Él ha llamado para cumplir sus designios".

Podemos, en realidad, derrotar a la derrota, usar nuestros fracasos como bienes y nuestros pecados como escalones hacia la santidad. Esta actitud cristiana está en agudo contraste con los métodos educativos. La educación se hace cargo de lo mejor que hay en una persona, como por ejemplo su talento para la música, un don inventivo, o su gusto por la literatura, y lo desarrolla, excluyendo las artes y ciencias para las cuales no siente inclinación. Es lo correcto, ya que no deseamos escultores forzados a estudiar leyes. La vocación de una persona se decide, en gran parte, a partir de sus capacidades.

Pero por el contrario, la educación del carácter tiene un interés profundo tanto en las mayores fallas como en los más grandes dones de la persona. Señala su falla predominante y, al luchar contra ella, finalmente perfecciona la personalidad en la virtud contraria al vicio previo.

El primer escalón en la educación del carácter, entonces, es descubrir lo que es peor en nosotros. Esto se lleva a cabo examinando el pecado hacia el cual tendemos más frecuentemente. Es completamente equivocado pensar que porque sentimos la tentación somos malvados. Las Sagradas Escrituras nos dicen: "Hermanos, alégrese profundamente cuando se vean sometidos a cualquier clase de pruebas, sabiendo que la fe, al ser probada, produce la paciencia" (St 1, 2-3). La bondad de la tentación es doble. Pone de manifiesto el punto débil de nuestro carácter, mostrándonos dónde estar vigilantes, y nos da la ocasión de ganar méritos, si la rechazamos. El examen de conciencia pone de manifiesto el defecto bá-

sico del carácter de cada persona, lo que se conoce como la falta predominante. Ésta es la que prevalece sobre todos los otros defectos y hasta cierto punto inspira nuestra actitud, juicios y simpatías. Todo temperamento individual, a pesar de sus variadas expresiones, sigue generalmente una línea consistente. *Natura determinatur ad unum*. Algunas personas se sienten inclinadas principalmente a la sensualidad, otras a la pereza, otras a la ira, otras tienen una tendencia a permitir que la gentileza degeneren en afeminamiento o que la fuerza se vuelva crueldad. Poco importa que el mal oculto resida en el pliegue más remoto de nuestro corazón; puede estar oculto a los ojos de otros, pero la mente no puede remediar el estar consciente de su presencia. Ningún progreso espiritual puede llevarse a cabo hasta que la falta dominante sea sacada del lugar donde se esconde, traída a la luz y puesta ante Dios. Ya que, hasta que no se conoce la posición del enemigo, no se lo puede atacar.

El secreto de la educación del carácter consiste en reforzar este punto débil, en cooperación con la gracia de Dios. El mal debe ser llamado por su verdadero y feo nombre cuando se lo descubre, de otra manera excusaremos nuestra falta de fortaleza, denominándola: "complejo de inferioridad" y nuestro exagerado amor por la carne, designándolo: "descarga de la libido". Judas perdió la salvación porque no llamó a la avaricia por su verdadero nombre, sino que la disfrazó de amor a los pobres.

Es necesaria una indagación considerable para arrastrar afuera a la falta predominante, ya que ésta lucha en forma permanente para no ser reconocida. Algunas veces el pecado mayor puede ser detectado si descubrimos qué defecto es el que más nos enfurece cuando nos acusan de él; el traidor tiene un ataque de ira cuando se le acusa de ser desleal a la patria. El pecado que condenamos de manera más vehemente y fuerte en los otros puede ser el pecado al que nuestros corazones son más adictos. Judas, nuevamente, acusó a nuestro Señor de no amar lo suficiente a los pobres. Como señaló Aristóteles, sabiamente: "Todo hombre juzga lo que es bueno según la bondad o maldad de su disposición interior". Si enfrentamos el mundo con la idea de que todas las personas son deshonestas, resulta sorprendente cuán a menudo este prejuicio inicial habrá de confirmarse. Es bien conocido que los investigadores de los hábi-

tos sexuales son buscados por quienes son conocidos por tales pecados y rechazados por los puros. Esto es así porque, de la misma manera en que el agua busca su propio nivel, la mente busca el nivel de sus prejuicios. Los ladrones confraternizan con los ladrones, los beodos con los beodos, los prejuiciosos con los que tienen prejuicios.

Es posible descubrir la falta dominante no sólo por el medio donde se mueve, o la atmósfera que respira, sino también en la manera en que los demás actúan con respecto a nosotros. La naturaleza actúa según se actúa sobre ella; sospecha de tu prójimo y este actuará en forma sospechosa. Muestra amor por los demás y todos parecerán dignos de amor. La ley física de que toda acción tiene una reacción igual y contraria tiene su contrapartida psicológica. Si sembramos la semilla de la desconfianza en la sociedad, ella siempre devolverá la cosecha de la desconfianza. Las represalias emocionales de los otros pueden ser usadas como espejos de nuestras propia disposiciones interiores.

Una vez que hemos descubierto el pecado principal a través de cualquiera de estos métodos, el próximo paso es combatir el defecto interior. Esto requiere una lucha diaria, hora a hora inclusive. La santidad no es un lugar al que uno llega sino un camino por el que uno viaja. Existen, generalmente, cuatro maneras de vencer la falta preponderante. (1) Rogar a Dios que ilumine los lugares oscuros del alma y nos dé la fuerza para conquistar el pecado. Como dice el Concilio de Trento: "Dios jamás pide lo imposible, pero al darnos sus preceptos, nos exige hacer lo que podamos y pedir la gracia de llevar a cabo lo que no podemos". (2) Examinando diariamente la conciencia. Casi todos cuentan día a día el dinero que tienen en el bolsillo para determinar qué gastos pueden afrontar, mas ¿cuántos de nosotros pesamos nuestra conciencia para ver si estamos en deuda espiritual o moralmente? (3) Imponiéndonos una penitencia cada vez que sucumbimos a esa falta predominante; por ejemplo diciendo una oración por la persona ausente contra la que levantamos falso testimonio, o dando a los pobres cinco veces lo que gastamos en un cóctel, cada vez que la primera copa nos tiente a embriagarnos. (4) Haciendo de nuestra falta predominante la ocasión de una mayor virtud.

Se ignora, a menudo, este cuarto método, por más que la fuerza de

carácter no pueda obtenerse sin el conocimiento de nuestras debilidades y su ulterior dominio. "Te basta mi gracia, porque mi poder triunfa en la debilidad" (2 Co 12, 9). La tormenta revela la debilidad en el techo, pero la parte de él que se dañó y fue reparada, luego será, probablemente, la más sólida. La piel de las cicatrices es la más fuerte; los barriletes y los aeroplanos levantan vuelo contra el viento, no con él. La tierra no revela su cosecha sin que se la are, ni las mentes su tesoro sin estudio, o la naturaleza sus secretos sin que se la investigue. El defecto, una vez vencido, puede volverse la mayor fuerza.

La bondad se confunde demasiado a menudo con la pasividad. Se considera buena a una cantidad de gente cuando, en realidad, no tienen el coraje suficiente para llevar a cabo un acto, ya sea bueno o malo. Mas el carácter no depende de una falta de energía para actuar de manera equivocada, sino que requiere el uso de una gran energía para hacer lo correcto cuando lo malo nos tienta. Los más grandes pecadores se transforman, a veces, en los mayores santos. Un Saulo que odiaba se volvió un Saulo que amaba; una Magdalena sensual se volvió espiritual. Los conventos y los monasterios están llenos de demonios en potencia, almas santas que podrían, con su vitalidad, haber sido hombres o mujeres malvados, si no hubiesen respondido a la gracia de Dios. Santa Teresita de Jesús decía que de no haber sido sensible a las mercedes de Dios, hubiera sido una de las peores mujeres que hayan vivido. Por otra parte, las prisiones de nuestro país contienen una población de santos potenciales. La energía que los criminales usaron para pecar no era incorrecta; fue el uso que hicieron de ella lo incorrecto. Lenin fue, probablemente, un santo al revés. Si hubiera usado su energía en violencia hacia sí mismo y para cultivar el amor, en vez de usarla contra los otros y para cultivar el odio, hubiera podido transformarse en el san Francisco del siglo diecinueve.

Hace algunos años, un joven sufrió graves quemaduras en una explosión en la escuela de su pueblo y se le dijo que jamás volvería a caminar. En vez de descorazonarse, se concentró en su enfermedad, masajeaba sus piernas y las ejercitaba, luego caminó, y finalmente fue el mayor corredor de millas en la historia de América. La enfermedad perfeccionó el

poder de este joven. Demóstenes no sólo tartamudeaba en su juventud, sino que tenía una voz débil y jamás se hubiera convertido en uno de los oradores más grandes del mundo de no haber trabajado en corregir esta debilidad, transformándola en su mayor fuerza. Abraham Lincoln fue derrotado en casi todos los puestos públicos a los que se presentó, hasta que fue elegido presidente de los Estados Unidos. Cuando Ludwig van Beethoven se volvió sordo, dijo: "Qué vida tan penosa deberé llevar"; a continuación, elevándose por sobre esta primera derrota, añadió: "Tomaré los hechos por la garganta", y escribió una música grandiosa que nunca pudo escuchar. Cuando Milton quedó ciego, usó su misma ceguera como inspiración de uno de sus mejores poemas.

Apliquemos este espíritu valiente a la vida espiritual. Aquí también, los impedimentos pueden servir de estímulo. Es un hecho comprobado que no hay ningún santo que haya encontrado fácil ser bueno; creer lo contrario es un gran error que la mayoría de la gente comete al juzgarlos. La ley que rige en esta tierra y en el cielo dice que "El atleta no recibe el premio si no lucha de acuerdo con la reglas" (2 Tm 2, 5). La Iglesia nunca canoniza a nadie a menos que la persona haya mostrado un grado de santidad considerado heroico; las virtudes de los santos fueron lo opuesto a las debilidades naturales que tuvieron que vencer. Esa cualidad especial del alma, que podría haber hecho de otro un demonio, dio a los santos sus mayores oportunidades para crecer. La cualidad moral que se asocia siempre con Moisés es la mansedumbre; pero Moisés no nació manso, sino que era muy probablemente impetuoso, irascible e irritable. Mató a un egipcio, lo que no es señal de un hombre manso. Fue, asimismo, el primero en "romper" los diez mandamientos. Al bajar de la montaña donde había conversado con Dios, encontró a su pueblo adorando al becerro de oro y, en un raptó de furia, hizo añicos las Tablas de la Ley. La ira no es mansa; el punto débil de Moisés era su impetuosidad. Pero este hombre transformó lo peor de sí mismo en lo mejor, de manera que, más tarde, en su conducta frente a la inconstancia del Faraón, en su actitud frente a la ingratitude y desobediencia de aquellos que había liberado, en su comportamiento con su familia, en su decepción final por no haber podido entrar en la Tierra Prometida, tuvo un temperamento tan sereno, que las Sagradas Escrituras lo descri-

ben como un "hombre muy humilde" (Nm 12, 3). Moisés adquirió su humildad luchando contra su temperamento maligno. Arrancó las raíces de lo peor de sí y luego, con la ayuda de Dios, se transformó en uno de los mejores hombres.

En el Nuevo Testamento, el más ensalzado por su caridad es Juan, quien, hacia el final de su vida, predicaba en forma incesante sobre el tema "Amaos los unos a los otros". Juan se describe a sí mismo como el "discípulo amado", y a él le fue dado el privilegio de recostarse sobre el pecho de nuestro divino Salvador en la noche de la última Cena. Pero Juan no siempre fue tan afectuoso. Una vez intentó hacer política a través de su madre, haciendo que ella pidiera a nuestro Señor, para él y su hermano, los lugares más próximos cuando Él entrara en su Reino. La caridad no intenta dominar o regir. En otra ocasión, cuando la ciudad de Samaria rechazó a nuestro Señor, Juan y su hermano Santiago le pidieron que hiciera llover fuego del cielo para destruir a la ciudad. La caridad no es venganza. Debe de haber existido, en verdad, una tendencia hacia el odio en Juan, porque su Maestro lo llamó Hijo del Trueno. Pero en un momento u otro de la vida de Juan, él se apoderó del punto débil de su carácter —su falta de amabilidad hacia su prójimo— y, a través de la cooperación con la gracia, se volvió el mayor Apóstol de la Caridad, virtud de la que había carecido anteriormente.

Mateo, que escribió el primer Evangelio, es otro ejemplo de la manera en que el carácter puede fortalecerse en su punto más débil. Si hay una cualidad que surge de manera predominante en este Evangelio es el amor de Mateo por Israel. Fue uno de los más grandes patriotas que hayan existido. Pero no debemos creer que llegó al patriotismo fácilmente; el punto débil de su carácter era la falta de amor a su país. Mateo fue el primer Quisling⁵ de la historia del Cristianismo: vendió a su propio pueblo a los romanos, en cuyo nombre recaudaba impuestos exorbitantes a sus conciudadanos y se hizo rico colaborando con el invasor. Un día,

⁵ Vidkun Quisling fue un ciudadano noruego y simpatizante nazi, quien en 1940, seis días antes de que Alemania invadiera a Noruega durante la Segunda Guerra Mundial, reveló secretos de estado sobre las defensas noruegas, a los agentes alemanes. Fue Primer Ministro títere durante toda la guerra y se le ejecutó en 1945. A raíz de estos hechos, el término "quisling" entró en el idioma inglés con su significado actual (N. de la T.).

mientras recaudaba los odiados impuestos, nuestro Señor le dijo: "Ven, sígueme"; Mateo abandonó su oficina de recaudación, siguió al Señor, y se convirtió en uno de los más grandes patriotas. En su Evangelio, Mateo recuerda las glorias de su pueblo en noventa y nueve ocasiones, citando a David, Isaías, Jeremías, Ezequiel y, al final exulta: "¡Israel! ¡Ésta es tu gloria! ¡Ésta es tu corona! De nuestra propia Ley y nuestro pueblo ha salido el Señor y Salvador del mundo." Mateo se volvió patriota cuando encontró a su Dios. Al vencer su punto débil con la ayuda de la fuerza de Dios, se volvió fuerte; la posibilidad obtiene su cumplimiento en la flaqueza.

Las tentaciones de los santos eran vistas como oportunidad para el descubrimiento de sí mismos. Las mismas indicaban fallas en la fortaleza de sus almas que necesitaban ser fortificadas hasta volverse los puntos más fuertes. Esto explica un curioso hecho en muchas personas santas: a menudo se transformaban en lo opuesto de lo que una vez habían parecido ser. Cuando escuchamos acerca de la santidad de algunas almas, nuestra primera reacción es: "Yo lo conocí cuando..." Entre el "entonces" y el "ahora" ha tenido lugar una batalla en la cual el egoísmo perdió y la fe obtuvo la victoria. Ellos siguieron el consejo de Pablo: "Despojémonos de todo lo que nos estorba, en especial del pecado, que siempre nos asedia." (Hb 12, 1). Se transformaron en lo que no habían sido hasta entonces.

Debido a que el desarrollo del carácter requiere una vigilancia constante, nuestras fallas ocasionales no deben tomarse, en forma equivocada, como una deserción de Dios. Dos son las actitudes posibles ante el pecado, dos son las actitudes que podemos tomar frente a nuestras caídas en el pecado: Podemos caer y levantarnos, o podemos caer y permanecer allí. El hecho de haber caído una vez no debería descorazonarnos; aunque el niño se caiga, no por eso abandona todo intento de caminar. Así como la madre presta más atención al niño que más se cae, nuestras fallas puede ser usadas como oraciones dirigidas a que Dios nos preste más atención a nosotros, debido a nuestra mayor debilidad. Siempre me gustó un hecho en particular de la vida de santa María Magdalena de Pazzi. Un día, en la capilla, mientras sacaba el polvo a una estatua de nues-

tro Señor, la dejó caer al suelo. Al recogerla, intacta, la besó al tiempo que decía: "Si no te hubieras caído, no hubieras logrado esto." Algunas veces, en el caso de una debilidad prolongada, es bueno contar no sólo las caídas sino también el número de veces que vencimos la tentación de hacer el mal. Los reveses sufridos en el calor de la batalla pueden llevarnos a fortalecer nuestros propósitos.

Las pruebas y las tentaciones de la vida prueban que en cada individuo hay presente un yo en potencia. El "ego actual" es lo que yo soy ahora, como resultado de haberme abandonado. El "yo posible" es lo que podría ser a través del sacrificio y la resistencia al pecado. Las personas son como aquellos antiguos palimpsestos o pergaminos, en los cuales, la segunda escritura cubría la primitiva; el brillo original del pecado y el egoísmo debe ser removido antes de que el mensaje de la Divinidad pueda iluminarnos.

No hay carácter ni temperamento que sea fijo. Decir "Yo soy lo que soy, y siempre seré así" es ignorar la libertad, la acción divina en el alma, y la reversibilidad de nuestras vidas para transformarse en lo opuesto de lo que son. Al bautizar al duque de los francos, el obispo le recordó la manera en que podía revertir su pasado: "Inclina tu orgullosa cabeza, Sincambre; adora aquello que has quemado y quema aquello que has adorado." No existe carácter, independientemente de la profundidad de sus vicios o su intemperancia, incapaz de transformarse, a través de la cooperación entre la acción divina y la humana, en su opuesto, de ser elevado al nivel del yo y luego al nivel divino. Los beodos, los alcohólicos, los adictos a la droga, los materialistas, los escépticos, los lascivos, los glotones y los ladrones, todos ellos pueden hacer de esa zona de sus vidas en la que han sido derrotados la zona de su más grande triunfo. El elemento tiempo no es tan importante como parece, puesto que no se requiere mucho tiempo para volvernos santos; se requiere solamente mucho amor. Jacopone da Todi era el esposo infiel de una esposa santa. Un día, mientras presenciaban un torneo, la tribuna se desplomó. Él resultó ileso, pero al abrir el vestido de su esposa para que pudiera respirar, vio, en el momento en que ella expiraba, que tenía puesto un cilicio. Al comprender que ella se autoimponía esas penitencias para expiar los pecados

que él cometía, el famoso abogado vendió sus posesiones y, desde ese entonces, fue visto en las iglesias, vistiendo harapos, y siempre en oración, para gran sorpresa de aquellos que “lo conocieron cuando...”

Sin embargo, la formación del carácter no debería basarse únicamente en erradicar el mal; el énfasis debería estar puesto, sobre todo, en cultivar la virtud. El mero ascetismo sin amor a Dios es orgullo. Es posible que, al concentrarnos encarnizadamente en humillarnos, nos volvamos orgullosos de nuestra humildad y, enfrascándonos de manera tan intensa en eliminar el mal, nuestra pureza resulte sólo una condena de los demás. La diferencia entre las dos técnicas —arrancar la mala hierba o sembrar la buena semilla— se encuentra ilustrada en la antigua historia de los griegos: Ulises, al volver del sitio de Troya, deseaba escuchar a las sirenas que cantaban en el mar, tentando a muchos marineros a la perdición. Entonces, puso cera en los oídos de sus marineros y se hizo atar al mástil de la nave, de manera que aun cuando deseara contestar al llamado de las sirenas, estaría a salvo de hacerlo. Algunos años más tarde, Orfeo, el divino músico, atravesó el mismo mar, pero se negó a tapar los oídos de su tripulación y tampoco se ató al mástil. En cambio, tocó su arpa tan maravillosamente que el canto de las sirenas quedó ahogado.

El ideal cristiano consiste en una bondad positiva y no negativa. Un carácter es grande no por la ferocidad de su odio o su maldad, sino por la intensidad de su amor a Dios. El ascetismo y la mortificación no son los fines de una vida cristiana; son sólo medios. El fin es la caridad. La penitencia sólo procura una apertura en el ego, a través de la cual la Luz de Dios pueda fluir. Dios entra en nosotros en la medida en que disminuimos nuestra vanidad. Al vaciarnos, Dios nos llena. Y es la llegada de Dios lo importante.

Cuando un carácter cristiano está motivado únicamente por el amor, encuentra mucho más bondad en el mundo que antes. Así como los impuros encuentran al mundo impuro, también quienes aman a Dios encuentran a los demás dignos de amor, como hijos actuales o potenciales de Dios. Esta transformación del punto de vista se lleva a cabo no sólo porque el amor se mueve en un medio de amor, sino principalmente porque, a través del amor difundido por el santo, se crea el amor en los de-

más. Así como los celos en A engendran celos en B, la generosidad en A engendra generosidad en B. El amor da nacimiento al amor, si somos amables recibiremos amabilidad. La persona que ama obtiene del mundo mucho más que aquella que es fría o indiferente, ya que tiene no sólo la alegría de recibir, sino también la de dar. Incluso si faltara reciprocidad en el amor por parte de los malvados, la palabra hiriente o el insulto no la lastiman. Un sacerdote dijo una vez a san Juan María Vianney que un sacerdote que ignorara tanto de la teología como él nunca debería entrar en un confesionario. El santo le contestó: “Oh, de qué manera debería yo amarlo, ya que usted es uno de los pocos que me conocen cabalmente. Ayúdeme a obtener el favor que hace tanto busco... ir a un rincón y llorar por mis pecados.”

El amor nos hace odiar las faltas que nos impiden amar. Mas no nos desalentamos, puesto que nuestras fallas nunca son insuperables una vez descubiertas y reconocidas como tales. Excusarlas o designarlas con un nombre falso, llamando al egocentrismo “complejo de inferioridad” o a la autocomplacencia “vida agradable”, es lo que impide el progreso espiritual. La regla más importante para atacar al mal en nosotros es la de evitar el asalto directo, en favor del indirecto. No se echa afuera al mal; se lo desaloja. La ebriedad y el alcoholismo no se controlan diciéndolo: “No beberé”, sino a través del poder de expulsión de algún bien contrario. Cuando el alma comienza a amar a Dios, pierde esos mórbidos temores que deben ser ahogados en la bebida. Las alegrías del espíritu también desalojan a los placeres de la carne. Debemos tener alegrías, pero quien las ha encontrado en el alto camino del espíritu ya no necesitará perseguirlas en el camino más bajo de la sensualidad. Si yo levanto mi puño contra un hombre, él levantará sus brazos a modo de autodefensa; lo mismo sucede con el mal, sujeto a un ataque directo. “Pero yo les digo que no hagan frente al que les hace mal: al contrario, si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, preséntale también la otra” (Mt 5, 39). Los pequeños e ilícitos amores del ególatra pueden ser expulsados por los amores más grandes a cosas que van más allá de la persona. Básicamente no hay cura para el egoísmo, a menos que uno aprenda a amar a los demás más que a su propio yo; no existe cura para el sexo ilícito hasta que amemos más al alma que al cuerpo; no hay alivio para la ava-

ricia, hasta que los tesoros que la herrumbre no puede oxidar sean amados más que aquellos que los ladrones pueden robar. En apoyo de estos esfuerzos para desarrollar el carácter, recordamos el ruego divino: "Vengan a mí todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré" (Mt 11, 28). En tanto la persona no encuentre un amor más noble y bello, no podrá dominar sus vicios o superar su mediocridad. En una conversión total, las almas que antes eran adictas al vicio, como Agustín, ya no sienten deseo alguno por sus antiguos pecados, sino más bien disgusto. Así como el ojo parpadea ante el polvo, el alma, ahora, parpadea ante el mal. No se lucha contra el pecado sino que ya no se lo desea. El amor expulsa al miedo tanto como al pecado. La gran tragedia de la vida consiste en que tantas personas no tienen a quién amar. De la misma manera en que un hombre que ama a una mujer noble dejará de lado todo aquello que le disgusta, el alma enamorada de Dios deja de lado todo aquello que pueda herir a ese amor.

•Hoy en día, hay demasiadas discusiones públicas, análisis e investigaciones sobre el mal, la ebriedad, la infidelidad, el sexo. Da la impresión de que los investigadores se deleitan al descubrir detalles sórdidos. Pero la Iglesia, en su comprensión, pide que los detalles de nuestros pecados queden excluidos hasta de la confesión. Nada induce tanto a la morbilidad como centrarse en la enfermedad, cuando no se ofrece cura alguna excepto los remedios caseros del propio enfermo o aquellos de un analista, que calla sus sugerencias en cuanto terminan sus honorarios. No es en el nivel humano donde podemos liberarnos del mal sino en el Divino. En una ocasión, Charles de Foucauld, héroe de Francia, aunque todavía un mal hombre, entró y golpeó en el confesionario del padre Huvelin y dijo: "Salga porque deseo hablarle de cierto problema." El padre Huvelin contestó. "No, entre usted; deseo hablarle acerca de sus pecados." Foucauld, golpeado por la gracia divina, obedeció. Más tarde se hizo solitario en el desierto, y uno de los más grandes santos de nuestros tiempos.

Un hombre distinguido visitó un día al padre Vianney, más conocido como el Cura de Ars, y dijo: "No he venido a confesarme, sino a discutir sobre las cosas." El Cura dijo: "No soy bueno para las discusiones,

pero soy bueno para consolar." Una vez dentro del confesionario, el penitente se puso en contacto con la gracia divina y halló una nueva energía y un nuevo amor para desplazar al yo, y así nació su personalidad.

Quienquiera esté a cargo de la formación del carácter hará bien en tener en cuenta lo mejor de las personas, y buscará el oro y no los desechos. En toda persona hay algo bueno. Luego de la muerte de un barrendero, quien tenía reputación de llevar una vida disoluta y de ser cruel con su mujer e hijos, la mayoría de sus compañeros de tarea recordaron todo lo malo en él, excepto uno que dijo: "Bueno, digan lo que digan de él, una cosa había que hizo siempre bien: limpiar las esquinas." Al tratar con nosotros mismos, deberíamos ver aquello que es lo peor y volverlo, con la gracia de Dios, ocasión para un crecimiento espiritual. Pero tratándose de los demás, deberíamos ver lo que de bueno hay en ellos, para que, de la misma manera en que mostramos piedad por los demás, Dios pueda mostrarnos la gracia de su misericordia.

Los métodos correctos e incorrectos para la formación del carácter quedan expuestos en la historia de nuestro Señor acerca del espíritu impuro:

"Cuando el espíritu impuro sale de un hombre, vaga por lugares desiertos en busca de reposo, y al no encontrarlo, piensa: "Volveré a mi casa, de donde salí". Cuando llega, la encuentra vacía, barrida y ordenada. Entonces va a buscar a otros siete espíritus peores que él; vienen y se instalan allí. Y al final, ese hombre se encuentra peor que al principio. Así sucederá con esta generación malvada" (Mt 12, 43-45).

Nuestro Señor nos está diciendo aquí que no es suficiente liberarnos de los poderes del mal; debemos asimismo sujetarnos a los poderes del bien. La eliminación del ego no necesariamente implica la felicidad del yo, a menos que este último, a su vez, viva de acuerdo con el más alto espíritu del amor. El ego en la historia se ha librado de su nócivo ocupante —parece ordenado y decente—, está limpio y engalanado. Pero está vacío, y una casa vacía decae más rápidamente que una ocupada. Así, cuando no hay un principio que guíe o un entusiasmo principal que ocupen al alma vaciada de su ego, alguna otra fuerza, que sea además nociva,

puede apropiarse del vacío. Existe un paralelo con esto en el orden político, de donde, hace pocos siglos, el hombre exilió la ética, la moralidad y la religión, y fuerzas contrarias a la moral penetraron en éste, tomando su lugar. Echar al espíritu impuro no es suficiente, a menos que haya una nueva posesión por parte de un espíritu más limpio. La naturaleza aborrece el vacío. No existe la persona arreligiosa: se es religioso o antirreligioso. Consciente o inconscientemente, a lo largo del tiempo, la mente de la persona adopta nuevas lealtades, y si Dios falta, la persona queda cada vez más atrapada en caprichos y humores temporales. A menos que el nuevo espíritu del amor penetre y tome posesión del ateo, uno de estos otros tres espíritus: orgullo, lujuria, o avaricia se adueñarán de él. Nadie está jamás a salvo de la tiranía del ego excepto a través del poder y el amor a Dios. La única manera de mantener al mal fuera es, permitir que entre Dios. La formación del carácter no consiste en la eliminación del vicio, sino en cultivar la virtud; tampoco en echar al pecado, sino en profundizar el amor. La persona que desea expulsar el mal sin rogar por la presencia de Dios está condenada al fracaso. Nada es seguro hasta que Él esté allí y hasta que su Amor se expanda por todo nuestro corazón..

Se necesita una gran paciencia para efectuar esta transformación. Si los caracteres se impacientan es porque no han tenido en cuenta la altura de las cumbres que deben ser conquistadas. Cuando los niños ven trabajar a uno de sus padres, generalmente se quejan por la lentitud del trabajo. Esto sucede porque ellos no ven la tarea como su padre lo hace, ni comprenden la cantidad de detalles que deben llevarse a cabo para obtener el resultado deseado. Incluso quienes tienen un cierto grado de santidad encuentran difícil, a veces, permanecer en la cruz hasta el fin; el mundo está lleno de almas a medio crucificar, que han descendido de la cruz a la hora o dos horas, o aun a las dos horas y cincuenta y nueve minutos, a raíz del desafío del mundo. Pocos, como el Salvador, permanecerán en la cruz hasta el final, para que como Él, puedan soltar el grito de triunfo: "Se ha cumplido". Debido a que la perfección a la que aspiramos es elevada y difícil, las almas humanas necesitan y deberían aceptar, alegremente, la calma y la pura felicidad que les envía algunas veces

el divino Creador. No deberíamos estar constantemente en conflicto con nosotros mismos; en la vida espiritual hay un tiempo para cosechar. La falta de alegría puede apartarnos de Dios.

La falta de resolución puede, asimismo, arruinar nuestros esfuerzos, porque como dice San Santiago: Que no piense recibir cosa alguna del Señor un hombre como éste, un hombre irresoluto a inconstante en todos sus caminos (1, 7-8). Este temperamento indiferente al desarrollo del carácter ve la oración como algo que puede hacer bien y que, en todo caso, no puede dañar; confía en Dios, pero confía aun más en la solución económica para sus enfermedades. Primero planea y ora, luego trata de llevar a cabo el plan sin la oración. El carácter no puede desarrollarse bajo tales condiciones de desorden, confusión y división. Un conflicto de esta naturaleza cansa a la mente, al tratar de unir dos cosas que no pueden mezclarse y se cansa al cruzar de un camino a otro.

El carácter se construye por medio de la unidad de propósito, y nada unifica tanto nuestros objetivos como una tentación vencida, como un conflicto resuelto por un amor que no sólo muestra la respuesta sino que nos da fuerzas para alcanzarla. La búsqueda de la unidad espiritual va al unísono con el esfuerzo para perfeccionar el carácter. Y puesto que no existe unidad fuera de la Verdad que es Dios, la calidad de nuestra búsqueda dependerá de dónde ponemos el énfasis en la frase: "Yo busco la Verdad". Si acentuamos el yo, el carácter está centrado en su yo todavía, y la verdades son meramente valores que deben ser asimilados para nuestro envanecido crecimiento. Pero si es hacia la Verdad que deseamos crecer, entonces nuestras almas, finalmente, son capaces de no tomar en cuenta el yo y de sobrepasar sus estrechas fronteras. Entonces la libertad será nuestro ámbito, porque "la Verdad los hará libres".

TERCERA PARTE

EL NIVEL DIVINO__

12. El efecto de la conducta sobre nuestras creencias

Nuestra manera de vivir influencia nuestra manera de pensar. Esto no significa negar los factores intelectuales de la creencia, sino que es, meramente, el intento de resaltar un elemento que ha sido descuidado.

Algunos piensan que se puede llevar a una persona al divino Amor con sólo aclararle alguna duda que haya expresado. Asumen que la gente no es religiosa porque es ignorante, que si el ateo lee unos pocos buenos libros o escucha algunos argumentos excelentes en favor de la Divinidad, abrazará la fe de inmediato. Les parece que la religión es algo que puede ser conocido, más que una Personalidad que pueda ser *abrazada*, vivida y amada. Pero nuestro Señor, que es la Verdad misma, no pudo convencer a los fariseos y a ciertos pecadores; ellos estaban intelectualmente confundidos por su conocimiento de manera que, luego del primer encuentro, nadie osaba preguntarle nuevamente, pero aun así no creían. Cristo dijo a los que contemplaban la resurrección de Lázaro que algunos de ellos no creerían ni aun cuando alguien se levantara de entre los muertos *diariamente*. El conocimiento intelectual no es lo "lo único que se necesita". No todos los doctores son santos, y los ignorantes, demonios. En realidad, cierto tipo de educación puede simplemente transformar a un ególatra estúpido en uno inteligente, y de los dos, es el primero quien tiene más oportunidad de salvarse.

En la actualidad, muchos individuos son ignorantes, se hallan llenos de prejuicios y están mal informados acerca de la fe, y resulta lamentable que no hayan tenido oportunidad de adquirir conocimiento de la Verdad. Aunque Dios puede ser descubierto a través del estudio, la instrucción y la lectura, estos solos no nos llevarán a Él. Debe existir, asimismo, la voluntad de aceptar la Verdad personalmente, esto es, con *todas* sus implicancias. Encontrar la Verdad es fácil, lo que es difícil es enfrentarla, y más difícil aún, seguirla. La educación moderna está orientada hacia lo que se llama "extensión de las fronteras de la verdad"; algunas veces se elogia este ideal y se le usa para eximir a la gente de actuar según viejas verdades ya descubiertas. El descubrimiento del tamaño de una estrella distante no crea ninguna obligación moral, pero las viejas verdades acerca de la naturaleza y el destino del hombre pueden convertirse en un reproche para la manera en que vivimos. A algunos psicólogos y sociólogos les gusta golpear con los nudillos a la puerta de la verdad sobre el género humano, pero huirían si alguna vez la puerta se abriera y, mostrando la dependencia del hombre con respecto a Dios. Las únicas personas que llegan a una verdad sobre Dios son las que, una vez abierta la puerta, aceptan la Verdad y asumen la responsabilidad que ella trae. Se requiere más coraje que inteligencia para aprender a conocer a Dios; Él es el hecho más obvio de la experiencia humana, pero aceptarlo es una de las experiencias más arduas.

Para conocer la verdad divina, las condiciones morales son, luego de la gracia, los requisitos más importantes para una conversión. Es cierto que hay algunos que no llegan a la Verdad porque no la conocen, pero muchos más no lo hacen debido a su conducta actual. No es la manera de pensar, sino de vivir lo que constituye el obstáculo para la unión con el Espíritu. No es el credo lo que mantiene a la gente apartada de Cristo y su Cuerpo Místico, sino los mandamientos. Los factores intelectuales de la creencia son, en general, conocidos, lo mismo que el importante factor de la iluminación divina; pero aquí deseamos concentrarnos sobre tres factores descuidados y que ejercen influencia en la aceptación, por parte de una persona, de la Verdad divina.

1. La voluntad de Dios.

2. Vivir a la altura de la Verdad que ya se conoce.

3. Los hábitos de vida.

Cuando se da a una persona A y a otra B un fuerte argumento intelectual a favor de la fe, ¿a qué se debe que A la acepte y B no? Puesto que la causa es la misma, los efectos deberían ser iguales, pero no lo son. Debe de haber algún otro factor que hace que una persona abraza la Verdad y otra la rechace, algo en la mente que ella roza. La luz que da en la pared se ve diferente de la luz que da en la ventana. De manera similar, este factor x, responsable en un caso del rechazo de la Verdad Divina y en el otro de su aceptación, es la voluntad. Como dijo santo Tomás con su estilo sutilmente trabajado: "Las cosas divinas son conocidas de manera diversa por los hombres, de acuerdo con la diversidad de sus actitudes. Aquellos que poseen buena voluntad percibirán las cosas divinas de acuerdo con la Verdad; quienes carecen de ella, las percibirán de una manera confusa que los hace dudar y sentir que están equivocados." Lo que un hombre acepte intelectualmente dependerá, en gran parte, de lo que él es o desea ser. La voluntad, en vez de admitir una verdad presentada a la mente, puede rechazarla y excluirla. La persecución que Dios hace de la mente está destinada al fracaso a menos que la mente también persiga el bien. El mensaje de los ángeles en la noche de Navidad anunció que sólo las personas de buena voluntad serían amigos de Dios. Este factor de la buena voluntad es tan importante que vuelve improbable una cosa como el ateísmo intelectual. La razón está del lado de Dios y no del Diablo, y negar su absoluto es afirmar un absoluto contrario. Pero si no existe un ateísmo intelectual, hay, en cambio, un frecuente ateísmo de la voluntad, un deliberado rechazo de Dios. Por ese motivo, el salmista coloca el ateísmo no en la mente sino en el corazón: "El necio ha dicho en su corazón: no hay Dios." Esta primera condición de la buena voluntad se aplica no sólo a quienes buscan la Verdad divina sino también a quienes la han encontrado y que aún así progresan poco espiritualmente. La gracia de Dios no falta jamás a quienes anhelan cooperar con ella. La voluntad de ser ricos vuelve ricas a las personas; la voluntad de pertenecer a Cristo, las vuelve cristianas.

El segundo requisito previo para llegar a Dios, en el ámbito de la voluntad, es vivir a la altura de los requerimientos de la Verdad divina, tal como la vemos. Un escultor puede tener en su cabeza durante años una idea para una estatua, pero la idea palidecerá y desaparecerá si, finalmente, no la lleva a la piedra. De la misma manera, un individuo puede tener una verdad cristiana particular en su cabeza, durante toda una vida, pero, a menos que la ponga en práctica, puede que nunca obtenga otra verdad, más amplia. Varios de nosotros sabemos mucho acerca de Dios, pero pocos aplicamos este conocimiento en nuestras vidas. Aquellos que sí lo hacen, se transforman en todo lo que deben ser. Conocen la Verdad en sus corazones, algo diferente de conocerla a través de una demostración en el pizarrón. Ya no hay en ellos una división entre verdad intelectual y acción. Algunos profesores y gente instruida conocen las pruebas de la existencia de Dios y los dogmas de la Iglesia, sin embargo nunca se transforman en gente de Dios. La razón es que nunca han actuado de acuerdo con ese conocimiento. Puesto que jamás potenciaron el grado de Verdad que conocían, no se les dio ninguna otra. El conocimiento que se negaron a fertilizar por medio de la acción permaneció estéril. El maíz que se guarda en los graneros demasiado tiempo se pudrirá. Para estas almas improductivas, el Salvador ordena: "Quitenle el talento" (Mt 25, 28). Pero al alma simple que vive de acuerdo con las implicaciones morales del conocimiento que posee, se le otorga un nuevo conocimiento y, finalmente, su sabiduría sobrepasa a la de los intelectuales. Nuestro bendito Señor fue hasta el extremo de agradecerle a su Padre del Cielo que ocultara sus verdades a los inteligentes de su época y las revelara a los humildes, que vivirían según ellas. Una simple joven como Catalina de Alejandría confundió a los instruidos profesores con su sabiduría otorgada por Dios, porque había obtenido un conocimiento práctico de la Verdad divina. Cuando trepamos una montaña, se nos ofrece un nuevo panorama, oculto al valle. Si entonces permanecemos pasivos en la montaña, ninguna perspectiva nueva nos será revelada; pero si actuamos de acuerdo con el conocimiento adquirido, y caminamos hasta el final del panorama, entonces descubriremos que nuevos horizontes se abren a nuestros ojos y nuestra mente.

La cristiandad se funda en un hecho histórico: "El Verbo se hizo car-

ne." La sabiduría se encarnó, Dios se hizo hombre. Así, el conocimiento pasa al acto; lo que debería ser se vuelve lo que es, y la teoría se transforma en práctica. Nuestro Señor dio no sólo la Verdad: "Si perdonan sus faltas a los demás" (Mt 6, 14); desde la cruz, Él actuó de acuerdo con eso: "Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen" (Mt 23, 34). Suplicó a sus seguidores que se volvieran como niños, pero sólo después de que Él mismo se hizo niño y fue envuelto en pañales. No sólo enseñó la teoría de que el más grande de todos sus seguidores debía hacerse el menor, sino que lavó los pies de sus propios discípulos, para demostrarlo. También solicitó a sus oyentes que se volvieran hacedores, porque dijo: "Les he dado el ejemplo" (Jn 13, 15). El orden es el siguiente: primero, la Palabra, y luego la Encarnación. Esto fue revertido por Goethe, quien ofreció al hombre moderno un escape de toda obligación moral, al decir: "Al comienzo fue la acción", primero, vive; luego racionaliza tu vida. Primero, actúa; luego piensa la manera de justificar la acción. En primer lugar nos adueñamos de la propiedad; luego escribimos la ley para sancionar el robo. De esta falsa primacía de la acción sobre la Verdad viene el desorden moral de nuestros días, puesto que la gente ya no adecua su vida a su fe, sino que elige una fe que se ajuste a su manera de vivir.

Las verdades de la Iglesia no son verdades abstractas como las de la ciencia, que son impersonales y sin contenido ético. Algunas mentes escapistas se refugian en el uso de verdades científicas como base para ordenar sus vidas, precisamente por esto último. Las afirmaciones psicológicas sobre el hombre rara vez requieren una enmienda moral; nos permiten conservarnos como meros espectadores interesados de nuestra propia realidad. Por el contrario, la Verdad Divina me compromete singularmente a mí, y con una urgencia que resulta, al principio, alarmante; solicita incluso que nos separemos del mundo. La Verdad total no permite un acomodo fácil en este punto. Hay miles de otras actitudes religiosas a las que se puede adherir sin provocar la enemistad del espíritu del mundo, pero esto es así porque el espíritu del mundo reconoce que; al seguir a estas sectas, aún permanecemos idénticos a él. Nuestro Señor nos mostró la señal por la que se reconoce que le pertenecemos: "...porque yo al elegirlos os he sacado del mundo, por eso os odia el mundo." (Jn 15, 19). Por lo tanto, no es suficiente para nosotros leer y estudiar el

cristianismo, porque la Verdad Divina no es una verdad abstracta del tipo de un teorema de geometría. Saber teología no nos hará ningún bien, si al mismo tiempo permitimos que el orgullo, la sensualidad y el egoísmo introduzcan en nuestras vidas el exceso y la anarquía. En ese caso, podemos tener conocimiento del amor de Dios por nosotros, pero no lo amamos a Él. El amor implica reciprocidad.

La preparación moral para la Fe o para hacer que la Verdad Divina sea dinámica en nosotros es tan importante como la preparación intelectual; ambas deben ir juntas, así como la Sabiduría y el Amor de Dios, el Hijo y el Espíritu Santo, son iguales en la Trinidad. Si se descuida a la razón, el resultado es un tipo de error diferente. Aquellos en quienes el desarrollo moral sobrepasa al intelectual terminan, por lo general, en una religión que es negativa, crítica y farisaica, o si no, en una piedad vaga y emocional, sin contenido, de la misma manera en que quienes tienen un crecimiento intelectual sin su contrapartida moral, se vuelven escépticos, cínicos, e incrédulos. Jamás podremos amar sin conocer, pero una vez que amamos, entonces, el amor puede aumentar el conocimiento. “El que me ama será fiel a mi palabra, y mi Padre lo amará; iremos a él y habitaremos en él” (Jn 14, 23).

A mucha gente le gusta discutir de religión, debatir acerca de ella, pero como si fuera algo impersonal, como si estuvieran discutiendo sobre danzas rituales de Indonesia. Se pierden lo maravilloso porque jamás relacionan lo que conocen con sus propias vidas. La historia de la mujer en el pozo de agua cuenta que el Evangelio, es un ejemplo perfecto de este escape. La mujer vino a sacar agua y nuestro Señor le pidió de beber. Mas cuando Él trató de espiritualizar la idea de la sed, para que ella anhelara satisfacer la sed de su alma con las aguas de la eternidad, ella pensó que las aguas que le ofrecía era algo de lo cual gozar y discutir, como la poesía, y que no comprendía ninguna obligación moral. Para sacarla de esa impersonalidad, el Salvador dijo: “Ve, llama a tu marido y vuelve aquí” (Jn 4, 16). Como Dios que era, conocía hasta los mínimos detalles de su vida; y ella vio que eran sus fallas morales las que estaban cuestionadas en ese momento. Para evitar que la descubrieran, respondió: “No tengo marido” (Jn 4, 17). Jesús le dijo: “Tienes razón al decir que no tienes marido, porque has tenido cinco y el que ahora tienes no

es tu marido; en eso has dicho la verdad” (Jn 4, 17-18). A la mujer, consciente de su adulterio, esto le pareció una intrusión en su vida privada; tenía, es cierto, varios matrimonios y divorcios, pero ¿por qué tenía Él que traerlos a colación? ¿Acaso no se podía discutir sobre religión de una “manera civilizada”, sin que se volviera algo personal? Como cualquier persona a la que se atrapa en una situación molesta, cambió de tema. Desplazó la conversación de su vida culpable y la volvió al plano intelectual, la cambió por el tópico menos molesto de si debía adorar en la cercana montaña de Samaria o en Jerusalén. Éste fue su esfuerzo por escapar al reclamo del Salvador de que desnudara su pecado, y desde entonces se ha repetido miles de veces. Preséntesele a un pecador la necesidad de arrepentirse y, nueve veces de diez, cambiará el tema hacia uno más impersonal, y pretenderá que es su razón la que lo detiene, y elegirá un tópico más seguro, por ejemplo: “¿Qué hay de los Decretos de Constantino?” o alguna pregunta de este tipo.

El intelecto *juega*, efectivamente, un papel, pero sólo cuando hemos comenzado a vivir correctamente somos capaces de razonar bien en este campo. En tanto la obstinación y la egolatría se nieguen a rendirse, la mente se usa sólo para justificar el esfuerzo de escapar. Hasta que se quiebre la resistencia a reformarse, nada puede penetrar en el alma, ni la verdad, ni el bien. Por esa razón, cuando alguien se acercó a nuestro Señor para que resolviera un problema de herencia entre dos hermanos, se negó a hacerlo: “Amigo, ¿quién me ha constituido juez o árbitro entre ustedes?” (Lc 12, 14). No deseaba arbitrar entre dos reclamos egoístas, pero sí les dijo de qué manera evitar las disputas: “Cuidense de toda avaricia, porque aun en medio de la abundancia, la vida de un hombre no está asegurada por sus riquezas” (Lc 12, 15). Aquí era la avaricia —en el caso de la mujer en el pozo, era la sensualidad— lo que apartaba a los que interpelaban a nuestro Señor de la Verdad divina. No sabemos qué pasó con los hermanos, pero sí que la mujer del pozo aceptó los requerimientos morales y más tarde saludó al Señor como “Salvador del mundo” (Jn 4, 42).

Nuestros patrones de comportamiento son el último factor que afecta a la aceptación de la Verdad. Ellos son el resultado de nuestro fracaso en actuar de acuerdo con las verdades morales que ya hemos reconocido

(el segundo obstáculo para la creencia, descripto más arriba). Los hábitos han tenido éxito en volverse hegemónicos. Son tan fuertes que pueden desafiar a la voluntad debilitada. Se erigen como guardianes armados y enojados a las puertas de la inteligencia, y no permiten que entre ninguna verdad que los ponga en peligro. Cuando la verdad cristiana entra en cualquier mente, es conocida según la idiosincrasia del que conoce. Y muchos de los que conocen tienen un vasto ejército de patrones de hábitos y actos, prejuicios y deseos, listos para guerrear contra el propósito divino de la vida. Lo que la mente recibe, lo recibe en un medio que ya tiene un molde propio que no estará dispuesto a cambiar o modificar. Frente a la verdad divina, los patrones de conducta, con sus motivos inferiores, se alzan para luchar contra el motivo superior que lleva a la mente hacia la Verdad. Por consiguiente, uno dice: "temo creer porque seré ridiculizado," o "porque a mi familia le disgustará," o "porque tendré que romper con mis compañeros y me haré de enemigos."

Sobreviene una lucha entre la comprensión intelectual de la Verdad y los patrones de conducta heredados de nuestra manera de vivir precristiana. Cuando una persona se mantiene a distancia de la religión y admira la Verdad desde lejos, la llena de elogios y dice: "Si alguna vez me vuelvo religioso, ciertamente, me uniré a la Iglesia." Pero la crisis real comienza cuando la Verdad se ve como algo personal, cuando la admiración deja lugar a la obligación y cuando la Palabra se hace carne. La Palabra divina, cuando se hizo carne, experimentó crisis tales como el sufrimiento, el hambre, la sed, el desprecio, la Cruz. Algo parecido enfrenta la mente cuando ve la Verdad y se echa atrás. Muchas almas temen a la Verdad personal, íntima o encarnada, porque saben que puede incluir un Gólgota.

Ésta es, a menudo, la explicación de aquellos escapistas que desean una religión sin la cruz o que se llaman a sí mismos agnósticos, con el fin de evitar las consecuencias morales de la Verdad. El agnosticismo, el escepticismo, y la duda refinada no representan una posición intelectual, puesto que donde hay una sombra debe de haber una luz, y no existiría la negación si no hubiese algo que negar. Estas actitudes son, más bien, una posición moral, en la que una persona intenta volverse invulnerable

a la Verdad divina, negando su existencia y dándole la espalda, como lo hizo Pilatos. No es la duda la causa de nuestro comportamiento laxo, por más que este comportamiento a menudo ocasione dudas. Nuestro Señor fue sumamente enfático acerca de este punto: "Todo el que obra mal odia la luz y no se acerca a ella; por temor de que sus obras sean descubiertas. En cambio, el que obra conforme a la verdad se acerca a la luz, para que se ponga de manifiesto que sus obras han sido hechas en Dios" (Jn 3, 20-21) "Ustedes examinan las Escrituras, porque en ellas piensan encontrar Vida eterna: ellas dan testimonio de mí, y sin embargo, ustedes no quieren venir a mí para tener Vida. Mi gloria no viene de los hombres. Además yo los conozco: el amor de Dios no está en ustedes." (Jn 5, 39-41) San Pablo reafirma a su Salvador: "Ellos hacen profesión de conocer a Dios, pero con sus actos, lo niegan: son personas abominables, rebeldes, incapaces de cualquier obra buena" (Tt 1, 16).

Lo importante no es *qué* dice la gente contra Dios o su divino Hijo, nuestro amado Salvador, o su Cuerpo Místico, sino *por qué* lo dice. El "qué" es, a menudo, una racionalización de sus hábitos de vida. Un católico apóstata que dice "Yo no puedo ya creer en el sacramento de la penitencia," en realidad quiere decir: "Llevo una vida malvada, y me niego a romper mis hábitos de pecado para hacer las paces con Dios." La razón se usa para crear dudas falsas y agitar mantos con los que cubrir nuestros reales motivos. No es de extrañar que Dios deba juzgarnos, ¡somos tan lentos para juzgarnos a nosotros mismos! San Agustín, en un tiempo, antes de su conversión, rechazó la Verdad divina, sólo a causa de su comportamiento. Un día, Ponticiano relató a Agustín la historia de cómo había caminado con un amigo hasta fuera de las puertas de Trier, discutiendo la vida de Antonio del desierto. Para traer el ejemplo, el santo hombre hizo que Agustín considerara su propia vida.

Escribe así:

Narraba estas cosas Ponticiano, y mientras él hablaba, tú, Señor, me trastocabas a mí mismo, quitándome de mi espalda, adonde yo me había puesto para no verme, y poniéndome delante de mi rostro para que viese cuán feo era, cuán deforme y sucio, manchado y ulceroso.

Veíame y llenábame de horror, pero no tenía adónde huir de mí mismo.

Y si intentaba apartar la vista de mí, con la narración que me hacía Ponticiano, de nuevo me ponías frente a mí y me arrojabas contra mis ojos, para que descubriese mi iniquidad y la odiase. Bien la conocía, pero la disimulaba, y reprimía, y olvidaba.⁶

Con esto me carcomía interiormente y me confundía vehementemente con un pudor horrible mientras Ponticiano refería tales cosas, el cual, terminada su plática y la causa por que había venido, se fue. Mas yo, vuelto a mí, ¿qué cosas no dije contra mí? ¿Con qué azotes de sentencias no flagelé mi alma para que me siguiese a mí, que me esforzaba por ir tras ti? Ella se resistía. Rehusaba aquello, pero no alegaba excusa alguna, estando ya agotados y rebatidos todos los argumentos. Sólo quedaba en ella un mudo temblor y temía, mortalmente, ser apartada de la corriente de la corriente con la que se consumía normalmente.⁷

Entonces estando en aquella contienda de mi casa interior, que yo mismo había excitado fuertemente en mi alma, en lo más secreto de ella, en mi corazón, turbado así en el espíritu como en el rostro, dirigiéndome a Alipio exclamé: “¿Qué es lo que nos pasa? ¿Qué es esto que has oído? Levántanse los indoctos y arrebatan el cielo, y nosotros, con todo nuestro saber, faltos de corazón, ved que nos revolcamos en la carne y en la sangre. ¿Acaso nos da vergüenza seguirlos por habernos precedido y no nos la da el no seguirlos?”⁸

Reteníanme unas bagatelas de bagatelas y vanidades de vanidades antiguas amigas mías: y tirábanme del vestido de la carne, y

⁶ Op. cit., p. 132.

⁷ Op. cit., pp. 132-133.

⁸ Op. cit., p. 133.

me decían por lo bajo: “¿Nos dejas?” Y “desde este momento no estaremos contigo por siempre jamás?” Y “¿desde este momento nunca más te será lícito esto y aquello?”

¡Y qué cosas, Dios mío, qué cosas me sugerían con las palabras esto y aquello! Por tu misericordia aléjalas del alma de tu siervo. ¡Oh qué suciedades me sugerían, que indecencias! Pero las oía ya de lejos, menos de la mitad de antes, no como contradiciéndome a cara descubierta saliendo a mi encuentro, sino como musitando a la espalda y como pellizcándome a hurtadillas al aléjarme, para que volviese la vista.

Hacían, sin embargo, que yo, vacilante, tardase en romper y desentenderme de ellas y saltar adonde era llamado, en tanto que la costumbre violenta me decía: “¿Qué?, ¿piensas tú que podrás vivir sin estas cosas?”⁹

Más tarde, Agustín abrazará la gracia de Dios, al abrir las Escrituras:

Lo tomé, pues; lo abrí y leí en silencio el primer capítulo que se me vino a los ojos, y decía: “No en comilonas y embriagueces, ni en lechos y en liviandades, no en contiendas y emulaciones, sino revestíos de nuestro Señor Jesucristo y no cuidéis de la carne con demasiados deseos” (Rm 13, 13).

No quise leer más, ni es necesario tampoco, pues al punto que di fin a la sentencia, como si se hubiera infiltrado en mi corazón una luz de seguridad, se disiparon todas las tinieblas de mis dudas.¹⁰

¿Qué es lo que a menudo retiene a un ateo de creer en Dios, y a un creyente en Dios de aceptar la divinidad de Cristo, y al que cree en la

⁹ Op. cit., p. 137.

¹⁰ Op. cit., p. 138.

divinidad de Cristo de adherir a la divinidad de su Cuerpo Místico, y al católico de hacer brillar la Verdad y la Caridad de Cristo en su vida? No se debe a que estos dones desafían la credulidad, sino que desafían al carácter. Como contestó tan bien Chesterton cuando le dijeron que el cristianismo había sido ensayado y se le había encontrado deficiente: "Al cristianismo se lo ha encontrado difícil, pero no ha sido ensayado." Quienes dicen que el cristianismo es impracticable se niegan, en realidad, a ponerlo en práctica porque sus patrones de conducta rechazan el cambio. La luz de Dios brilla fuera de nuestras ventanas, pero ¿de qué sirve debatir acerca de su belleza si no tenemos la voluntad de limpiar las ventanas de nuestro comportamiento y verla por nosotros mismos? Pocos ignoran la luz del sol; muchos temen dejarla entrar en sus vidas.

Hay tres tipos de suciedad que pueden acumularse como hábitos en la ventana de nuestra alma e impedir que la gracia de Dios entre en ella. Éstos son: la impureza carnal o el amor desordenado por los placeres de la carne; la impureza del dinero o la lujuria de las posesiones; y la impureza egocéntrica, o el egoísmo y la vanidad. Limpiar la ventana de nuestra alma, aunque sea sólo un poco, traerá más cerca a Dios. "Benditos sean los limpios de corazón porque ellos verán a Dios."

Éstos son, entonces, los tres obstáculos principales de la fe, que operan dentro de nuestra voluntad: no desear la verdad; no poner en acción la verdad que ya conocemos, de manera que se acreciente; resistir la verdad porque amenaza los malos hábitos que hemos llegado a amar como una parte propia.

Éstos son, asimismo, los tres cambios psicológicos esenciales para remover estas barreras a la Verdad divina: la adopción de una actitud científica cabal, actuar según lo que conocemos, y reformar nuestra conducta.

Si adoptamos la humildad de un verdadero científico, estaremos preparados para dar la bienvenida a la verdad, dondequiera que la encontremos, ya sea que se ajuste o no a nuestra conducta habitual. Sería muy poco científico que el ego comenzara por considerarse a sí mismo como un absoluto religioso; sería tan tonto como intentar unas matemáticas egocéntricas o una astronomía ególatra. Afirmar el sujeto y negar al ob-

jeto, hacer del ego la norma de todo lo que es verdadero y correcto, y establecer nuestras propias mentes con prejuicios como el factor determinante de todo lo exterior a nosotros, se ha vuelto algo muy popular en nuestro mundo moderno. La negación de la realidad objetiva es una de las causas básicas de la confusión de nuestro tiempo. Es un error intelectual que se comete más a menudo en la religión y la filosofía; a ningún biólogo se le ocurriría sentarse delante de una ameba y decir: "Ésta es mi idea de la vida." Él permite que la vida misma sea quien determina sus puntos de vista. Ningún geólogo serio impone su propia teoría de los estratos de la tierra por sobre los hechos que obtiene, sino que estudia las rocas y acepta lo que ellas digan sobre su propia naturaleza. La actitud científica hacia la religión es, precisamente, la misma. Comienza con una investigación sobre la idea que tiene Dios de la religión, y no mi idea de la religión; lo que descubro no es lo que yo quiero encontrar si no lo que Él quiere que yo sepa; no lo que yo creo que es en la verdad, sino lo que Él dice que es verdad; no lo que yo considero bueno, sino lo que Él dice que es bueno. Esto requiere una actitud humilde, y abre el camino para una comprensión más rica de la realidad y de Dios.

En segundo lugar, más verdad nos será dada, en la medida en que actuemos de acuerdo con la verdad que conocemos. Es una ley de la naturaleza que nadie pasa a la segunda instancia antes de haber agotado la primera. Lo mismo sucede con el conocimiento. Sólo cuando practiquemos las verdades morales que ya conocemos, tendremos una comprensión más profunda de ellas y obtendremos una revelación más plena. Toda nueva altura a la que llegue la mente deberá ser conquistada por la voluntad antes de descubrir nuevos panoramas. La religión, por lo tanto, no es sujeto de discusión, sino de decisión. Como en toda investigación, hay aquí un progreso. Si deseamos, en verdad, crecer, nuestro conocimiento de la verdad será acumulativo. "Pedid y se os dará; buscad y encontraréis; golpead y la puerta se os abrirá."

La reforma de nuestras vidas es la última condición necesaria. Así como hay personas que no se atreven a abrir una carta del banco por miedo a comprobar que su cuenta corriente está en rojo, hay gente que no desea investigar las verdades de la divinidad, para no tornar evidente el

agrado con su manera falsa de vivir. Una vez conocido el sobregiro de su cuenta bancaria, esto le creará una obligación; y, si bien el no abrir la carta no aumenta el saldo, posterga el juicio, retarda la tarea desagradable. Nunca es fácil enfrentar nuestras faltas, mas postergar el momento del juicio por cobardía equivale a prolongar nuestra infelicidad y nuestra culpa. Todas las almas reciben gracias reales, recordatorios que Dios envía. A muchas les da miedo permitir que esos mensajes penetren en sus mentes conscientes.

La entrega del sí mismo a la Verdad es un preludio a la entrada en el goce del Señor. Antes de que un terrón de tierra pueda cobrar forma en una pieza de cerámica, debe, primero, abandonarse en las manos del alfarero, de manera pasiva. Si el alma humana debe, alguna vez, convertirse en vasija en honor a Dios, debe detestar aquellas rebeliones nocivas que resisten al divino Artista.

Hay, en las vidas de muchos individuos, un gran deseo de repartir ayuda y afecto a los demás, si ellos les permitieran hacerlo. Desean obsequiarles con lo que es bueno, amable y bello. Anhelan derramar estos dones con manos generosas, si sólo aquellos a quienes aman no se resistieran. Con mucha mayor generosidad aún, también Dios desea la oportunidad de vaciar su tesoros en nuestras almas.

Podemos temer las demandas que nos hace la divinidad, pero nuestros miedos son infundados, ya que lo que tememos es la única felicidad duradera que el hombre puede conocer. Un hombre que cuelga de una soga, en un pozo, puede temer lo que sucederá si finalmente se deja caer. En la oscuridad del pozo, no alcanza a ver su profundidad, y no sabe, mientras imagina que cae hacia su muerte, que, en realidad, el fondo se halla a poca distancia de la superficie. Puede parecer, entonces que, al entregarnos a Dios, lo perdemos todo y, sin embargo, la caída es sólo de unos pocos metros antes de tocar roca sólida. Si dudamos de lo que debemos hacer, o de dónde se halla la verdad, entonces nuestra oración diaria debería ser la que sigue: "Dios, ilumina mi mente para que vea la verdad y fortalece mi voluntad para que la pueda seguir." Cualquiera que viva según esta plegaria quedará sorprendido de cuán lejos puede llegar, y qué feliz será cuando lo logre.

13. Gracia negra y gracia blanca

Existen dos grandes momentos en la vida de toda alma, a medida que avanza hacia el nivel centrado en Cristo. El primero es negativo y pasivo; el segundo es activo y divino. La primera crisis es una pavorosa sensación de vacío, que llamaremos "gracia negra" y el segundo es una sensación de la presencia divina, o "gracia blanca". La primera experiencia implica descontento, disgusto y un hartazgo de la vida; el segundo despertar es la conciencia de que Dios está haciendo impacto en nuestra alma. La primera condición es el resultado de una vida sin Dios y se le puede llamar la presencia negativa de Dios en el alma, así como la efectiva gracia de Dios es su presencia positiva.

La sensación primera de tensión es el producto del deseo de infinito del hombre, y todo el hartazgo y el aburrimiento que resulta de la comprensión, a veces muy aguda, de que no ha realizado su deseo. Podemos ignorar lo que buscamos, pero en todos nosotros hay un anhelo de algo inalcanzable, y un desasosiego ante todo el resto, debido a esta falta. Nos sentimos despojados de algo que debería ser nuestro. Nos vemos moviéndonos por el mundo, no tanto como mendigos que nunca han tenido nada, sino como realezas en el exilio, conscientes en todo momento de nuestra dignidad original. Buscamos y miramos, no tanto porque deseamos descubrir un nuevo tesoro, sino para recobrar el que teníamos y hemos perdido.

Lo que aumenta esta sensación de vacío es el infinito colocado en el lugar equivocado. En vez de esforzarnos por uno verdadero, erigimos el

falso infinito de nuestro propio ego, o de la riqueza, el poder o el placer, buscando allí la plena satisfacción del hambre de nuestro espíritu. Puesto que nada de esto puede satisfacernos completamente, somos devueltos nuevamente a nosotros mismos, más miserables que antes. El error consiste en imaginar que el anhelo podía aquietarse con cosas terrenales. Todos deseamos la salud en el orden físico, aunque algunos lo buscan con métodos tan impropios como vivir a base de una dieta de ginebra y aspirina. De manera similar, buscar la alegría en cualquier infinito que no sea el verdadero Dios del Amor, es una equivocación desastrosa, ya que se multiplican nuestros tesoros pero no nuestra paz; umentan nuestros placeres, pero no nuestra satisfacción. Intentamos apaciguarnos disminuyendo las causas exteriores de nuestra miseria, pero la miseria interior permanece. Como dice el refrán chino: "Cuando el hombre inapropiado usa el método correcto, el método correcto funciona de manera inapropiada." Nuestro espíritu se queja, y murmura, y finalmente aúlla pidiendo atención; si nos obstinamos en colocar erróneamente el infinito en el orgullo o la sensualidad, terminaremos como Prometo: "El buitre devora nuestra alma y nuestro corazón."

El motivo por el que ubicamos erróneamente el infinito es un amor a nosotros mismos pervertido. Como dijo santo Tomás de Aquino: "El que una persona desee en demasía un bien temporal es debido a que se ama demasiado a sí mismo." Pero la naturaleza del hombre está ampliamente pautada como para contentarse con estos juguetes temporales por mucho tiempo. Como dijo Pascal:

La grandeza del hombre es tan evidente que hasta su vileza lo prueba, puesto que lo que en los animales se llama naturaleza, nosotros llamamos vileza en el hombre, ya que ¿quién si no un rey depuesto se siente desgraciado por no ser rey? ¿Quién es desgraciado por tener sólo una boca y quien no lo es por tener sólo un ojo? Es probable que nadie se haya atrevido a quejarse por no tener tres ojos, pero cualquiera es inconsolable si no tiene ninguno.

El desasosiego, aun cuando hayamos logrado nuestros triunfos mundanos, es prueba de que estamos hechos para algo más que el mundo.

El dolor significa siempre que algo anda mal, que hay dos principios en lucha, que existe una colisión entre dos cosas que buscan, cada una, su propia finalidad. ¿Por qué un carbón ardiente colocado sobre una mano la quema? Porque el propósito del carbón contradice el de la mano; el carbón es un "no" para nuestra mano, es su negación y frustración; si la naturaleza de la mano fuera igual a la del carbón, no habría dolor, porque no habría contradicción. De la misma manera, si un ser humano, hecho a imagen y semejanza de Dios, aspira con cada palabra, acción y plegaria a igualar su propósito final con la voluntad de Dios, no existe contradicción en su naturaleza, y por lo tanto se halla en paz. Pero el hombre que contradice su propósito en la tierra por medio de una conducta contraria al espíritu, y permite a sus sentidos que busquen sus fines desatendiendo el más amplio fin de su entera naturaleza, sufrirá el dolor de la ansiedad, del miedo y de los desórdenes mentales. Su ego sufre con cada pensamiento y acción que tuerce el propósito Divino.

La contradicción en nuestras naturalezas es metafísica y moral. Metafísica porque estamos compuestos de cuerpo y alma y las exigencias inmediatas del alma a menudo contradicen a los deseos del cuerpo; moral porque, en nuestra egolatría, nos rebelamos una vez contra nuestra naturaleza de criaturas y por lo tanto intensificamos la tensión. Esta frustración existe en todos, pero se acentúa de manera enorme en el ególatra, ya que debe reconocer la tremenda desproporción entre sus recursos y los obstáculos que debe sobrepasar. Desea, entonces, volver su ego hacia el infinito y sin embargo lo encuentra impedido y negado por el ego de los otros; quiere una vida de placeres y encuentra que el placer resulta negado por una rápida saciedad; anhela una libertad ilimitada y encuentra esta esperanza frustrada por millones de limitaciones de tiempo, espacio y poder. Si hay un símbolo que pueda elegirse para describir el alma moderna en su momento de miseria, en su crisis de la gracia negra, es el de la cruz, donde un eje contradice al otro. El hombre en guerra con su naturaleza, buscando el infinito donde no está, se crucifica a sí mismo.

Pero existe una segunda crisis del alma: es el momento en que se vuelve consciente de su relación con la Divinidad, con lo que llamamos gra-

cia blanca. Este importante paso ocurre cuando la pequeña cruz en la que sufrimos contempla, en el monte del Calvario, la gran cruz de Cristo. En el momento en que la persona toma conciencia de que estas dos cruces están relacionadas, se le vuelve clara una doble verdad: primero, adquiere un sentido de culpa, como nunca lo habría hecho de no haberse sentido en contacto con la Persona divina, ya que nadie se siente culpable de algo impersonal. Comprende, ahora, lo que es el pecado: el asesinato del Bien. Como lo dijo un poeta: "Asesiné, maté un hombre, cometí un pecado."

Pero hay una segunda lección que viene de la Cruz, y es más importante que el reconocimiento de la culpa. Y es el reconocimiento de los poderes sanadores de Aquel que está en la Cruz. El corazón humano que comprende esta realidad no se concentrará sobre su propia enfermedad, sino en los poderes curativos de Aquel que puede sanarla. Él nos perdonó a través de su "Padre, perdónalos porque no saben lo que hacen"; pero aun así, no podría curarnos si fuera sólo un hombre y no Dios: el alma humana sentiría un eterno remordimiento por haber tomado una vida imposible de restituir. Pero el Crucificado es Dios y es hombre, y al resucitar de entre los muertos nos dio la vida misma que habríamos tomado.

La Cruz es la realidad más inevitable de la vida. Si no la aceptamos fuera de nosotros, para que nos perdone y nos cure, entonces la tendremos en nuestro interior, como frustración y desesperación. Hay, en la vida humana, una contradicción casi insoportable. Estos propósitos contrarios en nuestra naturaleza, entre el espíritu y los sentidos, se resuelven sólo si fusionamos nuestra voluntad con la divina Voluntad en la Cruz. No existe otro camino. Los que esperan evitar la Cruz del Calvario buscando una cruz modernizada y libre de autodisciplina y necesidad de la gracia de Dios son meros escapistas. En el fondo de sus corazones, esas personas saben que están solicitando un cristianismo a su medida y no en los términos de Dios, y así, aumentan la misma egolatría que debían curar.

Se puede alimentar al hombre hasta que esté harto, rodearlo con todas las condiciones materiales para satisfacer cada una de sus pasiones,

darle permiso para hacer todo lo que desee, encerrarlo en un castillo, halagarlo, saciarlo, consentirlo, divertirlo, e, invariablemente, después de un corto tiempo, buscará lo que no tiene, tratará de tomar lo que está más allá de su alcance, y llorará por todo lo que no es de este mundo, aun en medio del corazón del mundo, mientras estira sus manos hacia aquello "no poseído que torna toda posesión vana." Sin la grandiosa realidad de un Amor que sufrió la muerte por la suprema contradicción del amor del hombre, el corazón humano está aislado y en agonía. Posee más amor para dar de lo que cualquier objeto terrenal pueda recibir; clama para ser amado más duradera y abarcativamente que por cualquier amor humano. Pero ambos anhelos, amar y ser amado en forma perfecta, son meros vacíos en el hombre; la parte más real de su naturaleza resulta ser un hueco. Está construido alrededor de un agujero, hecho como una copa cuya existencia logra su sentido en aquello que debe contener. Cuando un hombre enfrenta la realidad, encuentra que lo más importante de sí mismo es su insuficiencia. Dice: "soy nada." Y sólo entonces percibe levemente la necesidad de Aquel que dice: "Yo soy el que soy." Frente a su propio estado incompleto, el hombre es testigo del Complemento divino. Al principio, teme, "no sea que por tenerlo a Él, no tenga nada más", pero una vez que su alma se conmueve hasta el fondo, y suplica misericordia y perdón, ya no percibe a Dios como un vago poder detrás del universo, sino en su real relación con el alma y sus necesidades. Una vez que el alma ha sentido este impacto, nada vuelve ya a ser lo mismo.

Es esta cualidad tremenda de la Cruz, la violencia de su efecto en la vida humana, lo que hace que algunas almas luchen tanto para no someterse a su influencia. Evitan los libros de tono religioso, se mantiene apartadas de la gente que podría hablar de cosas divinas, apagan todos los programas en el aire que hablen de Dios, y buscan en toda ocasión encontrar en falta a la religión. Estos fugitivos de Cristo suelen decir que la gente religiosa es hipócrita e imperfecta; olvidan que si la Iglesia fuese tan perfecta como ellos requieren, entonces no habría lugar para ellos, con sus propias faltas y pecados.

Cuando los hombres sienten los primeros impulsos de la gracia de Dios, que los llama de la miseria hacia la paz, algunas veces, se sienten

inclinados a alzar sus hombros y decir: "este impulso para rendirme no viene a mí de ningún Dios; es sólo una debilidad de mi naturaleza humana." Sin embargo, esta explicación es evidentemente falsa, porque cuando Dios comienza a afectar al alma, ésta rompe con la naturaleza. El amor de Dios nos incita a la disciplina y a la mortificación, para evitar la ocasión de pecado. Si los impulsos vinieran únicamente de la naturaleza, esta no levantaría el cuchillo contra sí misma. Algunos opositores a la religión, dicen que la experiencia de Dios es una proyección de algo que nosotros creamos en nuestra mente subconsciente. Pero nada hay en el inconsciente que una vez no haya estado en la conciencia, y aquí el alma está en presencia de una gran inexperiencia, una novedad divina, desconocida e insospechada. Además, una vez que el impulso de Dios golpea el alma, nos mueve a un comportamiento contrario a nuestros planes previos, ya sean conscientes o inconscientes. Esto no podría ocurrir si no fuera por la presencia de una Fuerza del exterior, más grande que nosotros y con la cual, sin embargo, podríamos cooperar. No es necesario multiplicar las respuestas a estas falsas objeciones que la gente levanta contra Dios, ya que siempre habrá almas perversas en el mundo que persistan en la incredulidad a pesar de las evidencias que se les ofrecen. Su empeño en negar el Amor es enorme y harán cualquier esfuerzo para hallar elaboradas negaciones de tan hermosa Obviedad, como si alguien tratara de disuadirnos de gozar de la fragancia de una rosa, diciéndonos que, en realidad, se origina en una distante fábrica de perfumes.

La invasión de la Divinidad es una realidad válida e inequívoca. Sus efectos toman la forma de una satisfacción con lo que somos y un anhelo de ser lo que no somos; implica, por lo tanto, que se espera una respuesta de nosotros. No hay favor o regalo que deba ser aceptado, pero una vez que consentimos un favor, esto crea una obligación. La negativa a responder a la gracia, en estas crisis, deja al alma siempre más vacía y enlutada que nunca. No es algo menor cerrar nuestras puertas a Dios cuando Él nos ha urgido a dejarlo entrar.

Aunque este impacto de Dios en el alma, llamándola a la unión con Él y a que se aparte del pecado puede venir a través de instrumentos humanos, esto no son, en sí mismos, más importantes que un lápiz en la

mano de un escritor. Dios los usa para escribir sus mensajes en otra alma. Ésta es una de las tres diferencias evidentes entre todas las ayudas humanas, naturales, psicológicas para el mejoramiento del hombre y la acción de Dios en el alma. Porque el esfuerzo de un maestro de la cristiandad para ayudar la acción indirecta de Dios *sobre* el alma se fortalece al mismo tiempo por la acción directa de Dios en el alma. La acción de Dios *sobre* el alma se efectúa por la impresión que Él ejerce en nosotros a través de las bellezas de la naturaleza, la majestad de las montañas y la gloria del ocaso; en la hermosa correlación que existen entre las verdades de la razón humana, tales como la manera en que el infinitesimal átomo reproduce, en miniatura, los casi infinitos sistemas solares; en nuestros amores y amistades humanas; en el impacto de la vida de Cristo y sus enseñanzas en nuestras mentes. Pero la acción de Dios en el alma afecta a las facultades espirituales mismas del alma, transforma el intelecto y la voluntad. Sin embargo, este acontecimiento interior no debe confundirse con una experiencia emocional; las emociones pertenecen a nuestros cuerpos, a nuestro ser material y físico. Cuando Dios actúa en el alma, puede haber un despertar del sentimiento o una completa aridez: una absoluta falta de sensación emocional de que algo importante ha ocurrido. En cualquier caso, es una de las muchas crisis que llevan a una reforma: es la acción de la gracia en el alma.

La primera diferencia fundamental entre las enseñanzas humanas y la divina es la siguiente: todos los llamados, argumentos y persuasiones para inducirnos a una mejora moral —como los llamados psicológicos a un alma moralmente desordenada— son externos a la persona que debe ser reformada. Puesto que la acción viene de afuera, el reformador sólo puede tocar el timbre, no puede entrar en la casa, y carece de aliados dentro de ella. Un alcohólico puede admitir que todos los argumentos del reformador o del psicólogo son verdaderos, pero hay un mundo de diferencia entre saber lo que es correcto y llevarlo a cabo. Se puede concebir que un alcohólico, sabiendo que actúa mal, sepa también que su fuerza de voluntad, sin ayuda, es incapaz de liberarlo de su vicio. O puede resentir ofenderse porque otra persona intenta interferir con él. Precisamente porque su carácter es extrínseco, muchas reformas legales y huma-

nistas son vistas como una impertinencia por aquellos a quienes intentan ayudar.

La acción divina en el alma, por el contrario, es interna y tan incommunicablemente personal, que una persona puede, a veces, creer que es su propia creación. El impacto de Dios en el alma no es el de un proselitista, porque éste trabaja desde afuera y, en el lenguaje de la filosofía, usa una "actividad transitiva", tal como una bola de billar puede ejercer sobre otra. Pero Dios, aunque obre a través de sus apóstoles, permite a sus palabras que afecten el alma desde dentro, por una "actividad inmanente", que es el método característico por medio del cual las cosas crecen. Cuando esta gracia puntual de Dios entra en el alma, actúa de alguna manera como la luz que brilla a través de un vitral gótico, y lo baña con un brillo que el vidrio de color no posee por sí mismo. No resulta fácil describir esta acción divina en el alma, ya que es tan invisible y espiritual como la verdad natural en la mente, por más que no sea enteramente natural. La verdad que dos y dos hacen cuatro no ocupa lugar, latitud o longitud, en nuestras mentes, y, sin embargo, está allí y puede influenciar nuestro pensamiento y nuestras acciones. En un nivel más alto, Dios actúa en el intelecto en forma de verdad, y en la voluntad, como amor. Algunas veces golpea al alma con un terrorífico impacto místico que exige un quiebre total con todo lo exterior.

La acción divina en nuestras almas no excluye la ayuda externa, tal como la encontramos en un sermón o un libro; Dios puede utilizar éstos como portadores de su gracia. Pero pocas personas se dan cuenta de la diferencia que existe entre la respuesta de un alma a la propaganda comunista sobre Marx y la respuesta a una enseñanza cristiana de la fe. La propaganda comunista opera sin la ayuda divina y a veces en contra de ella, pero la enseñanza cristiana tiene la ayuda de Dios mismo, que obra dentro del alma, mientras que aquélla lo hace desde afuera.

El alma misma puede no estar segura del momento en que ocurre la invasión divina. Se podría decir que Dios entra en el alma como un ladrón en la noche; podemos elegir rechazarlo o acogerlo, pero no podemos impedir que invada nuestra alma como ya lo ha hecho. Así como el sol se levanta sin pedir permiso a la noche, la vida divina nos invade sin

consultar con la oscuridad de nuestras mentes. Dios establece su puente de cabecera en los más insospechados momentos, casi en secreto, sin que tengamos conciencia de Él. Entra como un pensamiento repentino, surgido en nuestra mente, como un intenso deseo que mueve a la voluntad. Su entrada es imperceptible. Al comienzo, no sabemos que se trata de Él. No nos oponemos a Él, puesto que no sentimos una interferencia ajena. Podemos, incluso, pensar que esta repentina intrusión en nuestro espíritu es nuestra propia creación, sin sospechar que proviene de Dios, así como creemos que nuestros ojos llevan a cabo todo el mirar, sin estar conscientes de su dependencia del sol. Es sólo más tarde que comprendemos, al mirar hacia atrás, que la iniciativa fue divina y eterna.

La ocasión que el divino Ladrón elige para robar nuestra infelicidad puede ser una momento de hartazgo del pecado como ocurrió con Leon Bloy, o la vista de la muerte, como en el caso de san Francisco, o la proximidad de las estrellas y del desierto, como ocurrió con Ernest Psichari, o la lectura de un libro, como en el caso de Jacques Maritain, o el sonido de las campanas de la iglesia, como sucedió con Paul Claudel. — Cualesquiera sean las circunstancias externas, carecen de importancia; son sólo las ocasiones en las que un individuo ha encontrado a Dios, pero Dios puede ser encontrado en cualquier parte. Aunque Él se haya reservado el derecho y el poder de actuar en el alma, de solicitar su virtud y distraerla del mal, sin embargo, ha dejado al hombre la elección entre recibir al Dios que halla en su alma u ordenarle que se retire. Pero entrar, entra, conmoviendo al alma, agitándola, sacundiendo las rejas del corazón para librarlo de la escoria y las cenizas del pecado, para que las débiles chispas de la gracia puedan arder y quemar. Uno puede discutir el llamado al bien si es hecho por una voz exterior, pero esta voz habla dentro de nosotros, y no discute. Nuestra elección no consiste en concordar o no con las revelaciones de Dios en nuestras almas las únicas alternativas que tenemos son las de aceptar o rechazar el llamado, cuya realidad nos vemos forzados a reconocer.

La segunda diferencia entre la ayuda humanista, psicológica para el mejoramiento ético y la acción de la gracia de Dios es que la primera es impersonal, mientras que la gracia es siempre personal. Un llamado ex-

terior no parece estar dirigido a *nosotros*. El pecador, el egoísta o el intemperante pueden decir al reformador: "Inténtalo con otro, yo estoy satisfecho con mi manera de ser." Se infiere, entonces, que la homilía es similar a las estadísticas de las compañías de seguros de vida, que no conciernen a nadie en particular. Una madre, que trataba de hacer que su hijo comiera espinacas, le dijo: "Hay millones de niños en los Estados Unidos que desearían comer estas espinacas" y la respuesta del niño fue: "Nómbreme a tres de ellos." Rechazamos la persuasión que no está hecha a nuestra medida. El llamado resulta efectivo sólo cuando es personal. La individualidad del alma requiere un remedio específico. La oveja que está perdida en las zarzas grita por su propia y única salvación. Debemos retornar a la seguridad del redil de nuestra propia voluntad, ya que lo abandonamos por nuestra propia voluntad. Ninguna persona puede mejorar si excusa su culpa adjudicándosela a su entorno exterior, a las malas compañías, al complejo de Edipo o de Electra, a la leche de baja calidad, las malas políticas o la falta de oportunidades sociales.

Dios nos llama a cada uno de nosotros por medio de un diálogo que ninguna otra alma puede escuchar. Su acción sobre el alma es, siempre, sólo para nosotros. No envía cartas circulares, no usa consignas políticas. Dios nunca trata con las multitudes como multitudes, ya que sólo podrían darle una gloria terrenal, cuando lo que Él desea es la fidelidad singular y secreta de cada alma y su secreta fidelidad. Él llama a sus ovejas por su nombre, y deja a las noventa y nueve que están a salvo para buscar la que se ha perdido. En la cruz, se dirige al ladrón en la segunda persona del singular: "Hoy, tú estarás conmigo en el Paraíso." Dios nunca vende su pan de vida al por mayor. Adecua el viento a cada oveja en particular, cura a cada hombre. Una vez que el alma se vuelve consciente de la presencia divina, se siente bajo el imperativo divino y susurra para sí: "Éste es un mensaje enviado sólo para mí y para nadie más." Esta influencia interna de Dios, que es tan personal, la despierta al conocimiento de su propia responsabilidad; sabemos, ahora, que fue a Dios a quien ofendimos en el pasado. Ya no se culpa a las cosas externas por la condición del alma; en vez, nos golpeamos el pecho, diciendo: "*Mea culpa, mea culpa, mea máxima culpa.*" Somos conscientes, final-

mente, de las dos grandes realidades de la vida humana: el alma y Dios.

Existe una tercera diferencia entre los llamados psicológicos a que cambiemos de vida y la influencia de la gracia divina: los primeros no tienen el poder de curar. Son exteriores al paciente enfermo y aunque su mente pueda estar convencida de su necesidad es, sin embargo, demasiado débil para aplicar el remedio él mismo. Cuán a menudo dice la madre de una hija o hijo delincuentes: "Si sólo pudiera penetrar en su *interior*" o "si pudiese alcanzarlo", implicando, así, que el llamado de alguien de afuera no puede causar una regeneración interior. Los falsos remedios para la pobre y débil humanidad jamás funcionan, porque no reconocen la necesidad de una redención voluntaria del alma de cada ser humano individual y responsable. Los ruegos para que haya un poco más de tolerancia, la creciente indiferencia ante el bien y el mal, un nuevo amor para reemplazar el antiguo, todos los esfuerzos para cambiar la reglas de conducta y traer paz mental al pecador, pueden empeorar aún más su condición. El cerrojo que abre la puerta a la curación está del lado del herido, no del lado de reformador. Traer a doctores permisivos, que niegan que nuestras enfermedades sean serias, no ayuda a la salud.

La gracia divina da prueba de su trascendencia sobre lo humano, una vez más, en su habilidad para curar el alma. Si alguien debe mejorar, debe introducirse un nuevo principio de vida y una nueva fuente de energía desde fuera, aunque debe ser vuelto parte de él mismo. Si se corta una tubería del horno, éste no producirá una nueva, pero si se corta la pata de una salamandra, le nacerá otra. En el orden espiritual, el hombre es como la salamandra en el orden físico: debido a la gracia divina, que viene de afuera, tiene el poder de volverse un hombre nuevo, luego de haber arruinado el hombre que era anteriormente. Puede haber, ahora, curación donde antes había enfermedad, resurrección donde había muerte, y alegría donde predominaba la ansiedad. Dios se agita en el interior del alma humana, otorgándole a la persona el poder suficiente para ser todo lo que debe ser. Si una persona arroja por la ventana de su alma el medicamento divino, entonces debe culparse a sí misma y no a Dios por la subsiguiente infelicidad. El reformador humano puede influenciar a una persona sólo hasta cierto punto, como sólo un director

de orquesta puede inspirar a los músicos que conduce, pero, sin embargo, no puede darle a alguien sin entrenamiento ni talento el poder de hacer música. Pero la gracia de Dios puede lograr justo eso. Dios puede infundir en el alma una capacidad para la vida virtuosa que no estaba allí originalmente y que no puede ser adquirida de forma natural. Cuando el poder curativo de la gracia penetra en el alma, sus cuatro heridas quedan curadas; actúa sobre la herida de la ignorancia que afecta al intelecto, de la malicia que afecta a la voluntad humana, de la debilidad que nos vuelve renuentes a llevar a cabo las difíciles cosas, necesarias para la salvación, y sobre la herida de la concupiscencia que nos empuja a los placeres carnales por sobre las alegrías del espíritu. Se crean nuevos hábitos en el alma, nacen nuevos puntos de vista, y tiene lugar una verdadera revolución de la personalidad.

Para dar un ejemplo concreto de cómo actúa Dios sobre el alma humana, consideremos a un hombre casado que está pensando en el divorcio y en un nuevo casamiento, porque ama a otra mujer. Es posible que dentro de sí haya discutido el tema de atrás para adelante, que haya puesto en fila todos los argumentos que se oponen a su divorcio de su amante mujer, y que diga: "Soy un sinvergüenza por hacer esto, sé que lo soy. Además tendré que pagar una pensión, y será malo para los niños; hice la promesa de ser el marido de esta mujer hasta que la muerte nos separe." Luego alinea los argumentos a favor de romper la familia, tales como: "Todos lo hacen. Ya no se puede vivir según el código pasado de moda del cristianismo. La nueva mujer será más bonita y tenemos más en común intelectualmente." Luego de decidir su divorcio y de haber consultado con su abogado, se siente cada vez más irritado contra su mujer y sus hijos, sin sospechar que los odia porque le significan un reproche a su propia conducta. Duerme peor de noche, y hay algo en la oscuridad que le hace ver las cosas de manera diferente. Repentinamente, surge en su mente una nueva luz que ilumina el problema, vislumbra un factor previamente dejado de lado. La idea le llega con una certeza tan aterradora que siente que jamás la ha comprendido hasta entonces. Tal vez sean las palabras del Salvador: "Lo que Dios ha unido no lo separe el hombre," que cruza su mente; o la reflexión: "Tengo sólo por delante veinte años de mi vida, ¿y después qué?" Bajo el impacto de esa inmen-

sa gracia, puede revertir su dirección, abandonar a la otra mujer, y restablecer su hogar. En las primeras etapas de su vida reformada, este esposo puede no suponer que Dios fue la causa de que esta nueva luz cruzara su mente. Hasta es posible que atribuya esta decisión a sí mismo, diciendo: "Bueno, lo pensé mejor, y yo..." Pero luego, en caso de que busque una unión más íntima y permanente con Dios, sabrá que fue Él quien colocó este pensamiento salvador en su mente.

Lo que ocurre a este esposo teórico nos ha ocurrido a cada uno de nosotros, judíos, cristianos, paganos o idólatras. Dios está constantemente actuando en el alma. Así como el sol nunca deja de brillar, aunque nosotros no veamos sus rayos, Dios está siempre derramando sus gracias y sus poderes sacadores en todos nosotros. Sería difícil establecer un cálculo matemático sobre la cantidad de gracias puntuales que vienen de Dios, pero ciertamente llegarían a miles por año, para cada alma. Muchas almas las rechazan por indiferencia, lo que las salva, momentáneamente, de tener que tomar decisiones responsables. Pero esta misma indiferencia es, ya, una decisión: las almas han decidido rechazar la gracia.

La voluntad de aceptar una gracia real y permitirle que nos cambie, puede llegar en un momento de hartazgo luego de un pecado, o en un momento de infelicidad y desilusión, cuando la conciencia del vacío y la soledad arroja al alma de vuelta a Dios. Para algunas personas puede llegar cuando ven la felicidad en la cara de una religiosa y lo comparan con su propia desesperación, o cuando, con pánico, enfrentan el hecho de que hasta ese momento han malgastado su vida. Muchas almas son como ciegos que caminan por la vida, demasiado orgullosos para preguntar el camino hasta que los amenaza la tragedia. Entonces se vuelven nuevamente humildes y deseosos de aceptar un Guía, de recibir instrucciones y mirar con los ojos sanos de la Fe.

Dado que las aspiraciones divinas son, a menudo, sutiles, suaves y llevadas, a veces, por instrumentos humanos limitados, Dios no es visto, de inmediato, como su causa. Ya que Él habla, a menudo, a través de varios mensajeros que no considerarnos suyos: un niño, un padre, una radio, la saciedad, un disgusto, un anhelo, una buena acción, una sinfonía, un cielo de ocaso. Porque se disfraza con tanto éxito de estas cosas, per-

manece irreconocible. San Agustín nos dice que él imaginaba que era sólo su madre quien le advertía acerca de su vida malvada, cuando en realidad, ella era portavoz de Dios:

Y de quién eran, sino de ti, aquellas palabras que por medio de mi madre, tu creyente, cantaste en mis oídos [...] y recordó que me lo amonestó en secreto con grandísima solicitud, que no fornicase y, sobre todo, que no adulterase con la mujer de nadie. Pero estas reconvenções parecíanme mujeriegas, a las que me hubiera avergonzado obedecer. Mas en realidad tuyas eran, aunque yo no lo sabía, y por eso creía que tú callabas y que era ella la que me hablaba [...] y me precipitaba con tanta ceguera que me avergonzaba entre mis coetáneos de ser menos desvergonzado que ellos cuando los oía jactarse de sus maldades [...] agradando hacerlas no sólo por el deleite de las mismas, sino también por ser alabado. ¿Qué cosa hay más digna de vituperio que el vicio?, sin embargo, por no ser vituperado me hacía más vicioso, y cuando no había hecho nada que me igualase con los más perdidos, fingía haber hecho lo que no había hecho, para no parecer tanto más abyecto cuanto más inocente y tanto más vil cuanto más casto.¹¹

Algunos años después, san Agustín vio que el vacío de su antigua vida había sido la vía negativa que Dios tomara para hacerlo reaccionar. Primero llegó la gracia negra del hastío, luego la gracia blanca de los llamados de Dios, que Él había confiado a la madre de Agustín para que ella los transmitiera en su nombre. Ambas experiencias eran dones de Dios, que el santo agradeció más tarde:

¿Cómo dar gracias a Dios, mientras mi memoria recuerda estas cosas? Te amaré, oh Señor, y te agradeceré, y daré testimonio de tu nombre. Por tu gracia y tu misericordia mis pecados se disolvieron como el hielo. Por tu gracia he dejado de cometer todo

¹¹ Op. cit., p. 35.

lo malo que no llevé a cabo, yo, que amaba al pecado en sí... Que quien lea estas palabras no se burle de mí, que fui sanado por el divino Médico, y que por esta razón te ame tanto como yo, sí, y más también, ya que quien ve cómo fui salvado por Él de consumirme en el pecado, ve de qué manera lo preserva también Él de parecidas faltas.

La gracia negra, o sensación interior de soledad y miedo, es más común ahora de lo que fuera varias generaciones antes, cuando la atmósfera del mundo era más saludable. Hoy en día, más gente conoce el llamado de Dios al sentir su propia vacuidad. Pero todavía hay una inmensa distancia entre la aceptación de la gracia negra y la gracia blanca. La primera es sólo sed la segunda es el agua de la vida. La primera es un sentimiento de necesidad, sin saber, jamás, quién puede satisfacerla; la segunda es el comienzo de una amistad íntima con Cristo, autor de la gracia, a través de los sacramentos.

Desde un cierto punto de vista, el ego moderno está, tal vez, más cerca de la perfección y la felicidad que el yo, ya que aquél sabe que es un fracaso. El yo, por otra parte, puede minimizar su debilidad, contentarse con una felicidad moderada, con una conducta mediocre y meramente decorosa. La personalidad del yo no es llevado hacia Dios a través del agudo sufrimiento de la gracia negra. Tendrá, *sin duda*, gracias que le muestren lo inadecuado de sus metas, los valores superlativos de la santidad que sólo es posible en el nivel de Cristo; pero si desea cambiar, debe ser en el mismo plano horizontal, porque el único movimiento factible para ella es apresurarse en la misma dirección. Porque ya es "buena", y lo bueno puede ser enemigo de lo mejor. Al pobre y desilusionado ego, no obstante, ayudado por la gracia negra, no le cabe la menor duda sobre su falta de mérito, y puede que esté dispuesto a pagar cualquier precio con tal de obtener la felicidad.

14. La capacidad de trascendencia personal

Nuestro mundo, que ha estado viviendo de sus reservas morales durante los últimos dos siglos, ha llegado ahora a una situación de debilidad moral y espiritual. Se ha visto, finalmente, forzado a enfrentar el problema de cómo adquirir las nuevas energías espirituales que necesita, para reconstituirse a sí mismo y al alma individual. Se halla tentado de buscar un camino que no duela y que no requiera una revisión radical de sus errores y desearía encontrar la respuesta a través de un remedio humano, y no de los métodos más heroicos que emplea la Divinidad.

Todas las reformas susceptibles de ser efectuadas en el nivel humano pueden reducirse a cuatro: la educación, la ética, la razón y la toma de resoluciones más tenaces.

Para algunas personas, la educación dio, en su momento, la impresión de ser las puertas del cielo para todos. Ahora ya la hemos experimentado y sabemos que la escolaridad sola no salvará a nuestra sociedad. Nunca antes existió tanta educación, y nunca antes hubo tan escaso acercamiento a la verdad. El siglo veinte ha sido el de mayor intento de una educación global del mundo y, sin embargo, es el siglo de las más terribles conflagraciones, guerras y revoluciones en la historia. Hemos llenado las mentes de nuestros niños con hechos, y hemos olvidado enseñarles cómo vivir. Cualquier sistema educativo que fracasa en disciplinar la

voluntad, fracasa asimismo en la educación del carácter. Este tipo de educación puede tener éxito en transformar a las personas en enciclopedias vivientes, pero no hace de ellas ciudadanos responsables para una democracia. A menos que enseñe a las personas el verdadero propósito del ser humano, y las dificultades que hay que superar para llevar a cabo este propósito, la educación no puede mejorar a nadie. Mucha de la educación de hoy está basada en el error socrático de que la ignorancia del bien es la causa del mal, y que todo lo que se necesita para sobreponerse al mal es dar información a la gente. Si fuera así, toda persona educada debería de ser buena, pero sabemos que esto no es verdad.

La segunda panacea que se nos ofrece es la adopción de un nuevo sistema ético, la confección de nuevas reglas de "moralidad" que se adecuen a nuestras formas inmorales de vivir. Esto no es un remedio para nuestros males; es sólo un intento de cambiar la definición de salud para adecuarla a la enfermedad del momento; es como si los doctores dijeran: "Las enfermedades cardiovasculares afectan a tal cantidad de hombres y mujeres modernos, que el endurecimiento de las arterias y las enfermedades del corazón son ahora la norma de una persona saludable." O "Los resfriados comunes afectan casi a todos en algún momento de sus vidas. Convergamos que sólo la persona que estornuda es, en este siglo, normal." Pero además de estos esfuerzos temerarios por ajustar la medida de la verdadera moralidad, con el fin de acomodarla a nuestra insignificante estatura, hay otros y más claros intentos de pensar de qué manera se pueden enseñar las virtudes sólidas y verdaderas, para una manera moderna de vivir. Sin embargo quienes intentan enseñar el bien separado de la religión, pronto encuentran que se han propuesto una misión imposible. Los sistemas éticos por sí mismos no pueden salvar al mundo, porque sólo son efectivos en un medio religioso. Estos sistemas respiran ese aire y reflejan esa substancia; cuando se pierde el espíritu religioso, pierden rápidamente su fuerza. Aun más: ningún código ético es tan preciso como para cubrir todas las situaciones, motivo por el cual, cuando se estableció la ley, hubo que incluir la equidad en los códigos. Un espíritu puede abarcar todas las situaciones, pero no una regla, un código o un conjunto de preceptos. Debido a esto, quienes viven según

los códigos, padecen siempre un conflicto entre el deber y sus inclinaciones, entre lo que deberían y lo que desean hacer. La responsabilidad, en vez de ser la libre expresión de sus propias personalidades, se vuelve una fórmula de obligaciones. Un código implica deber y no amor, por lo tanto, la personalidad lo toma a mal, a menos que se vuelva aceptable al penetrar en el terreno del amor. Y un mero código siempre parece restringir nuestra libertad; por lo tanto, no pasa mucho tiempo antes de que la libertad lleve al libertinaje, y la anarquía se convierta en la regla.

Empero, si ni la educación ni la norma ética pueden salvar a la sociedad, podría existir aún la probabilidad de que la razón resulte ser un medio posible de salvación. La razón correcta ciertamente podría ayudarnos hoy en día, pero su uso ha sufrido una degeneración en tiempos recientes, y actualmente la gente espera de ella que resuelva los problemas irracionales de hoy. El objetivo de la razón es, en primer lugar, descubrir objetivos, intenciones y destinos; esto es lo que se conoce como razón teleológica. Hace alrededor de dos siglos, la mente del hombre fue degradada y relegada a la actividad secundaria de lo que podemos llamar razón técnica. Los pensadores apartaron sus ojos de los fines y los propósitos, considerándolos improcedentes o imposibles de conocer, y comenzaron a concentrarse en los medios, desentendiéndose de los objetivos elegidos en forma consciente. Este error dio nacimiento al capitalismo, o la concentración de riqueza en la vida económica, y al pragmatismo, o la sustitución de lo verdadero por lo útil en filosofía. El caos resultante de esta degradación de la razón clamaba por un principio ordenador. La humanidad, finalmente, introdujo el totalitarismo, o razón planificadora, que es una organización del caos, erróneamente rígida y brutalmente compulsiva, creada por el capitalismo, el pragmatismo y el pensamiento liberal en todos los campos. La ley, que se suponía dictada por la razón, fue pervertida y usada como instrumento para justificar hechos ya ocurridos, y la filosofía se pudrió en la racionalización y justificación del mal. La razón hoy es semejante a un cuchillo tan mellado por los malos usos que ya no corta nitidamente los problemas de nuestra vida. Mas, antes de colocar nuestras esperanzas en la habilidad del hombre moderno para superar los dilemas morales por medio de la razón, resta una

objeción. Como resultado de una vida de lujuria y carnalidad, la razón se oscurece, se vuelve obtusa y no confiable, particularmente al juzgar cuestiones prácticas de conducta. Incluso en su estado óptimo, la sola razón humana no puede comprender la hondura de las verdades naturales y morales, sino con la máxima dificultad y luego de un largo período de tiempo, y aun con alguna mezcla de error. Los sabios de la antigüedad, que se basaban en la razón, descubrieron sólo una porción fragmentaria y aislada de la verdad moral, y, generalmente, llegaron a ella a una edad muy avanzada. Se necesita algo más que la razón para rescatar a la humanidad.

Algunos pensadores que admiten este hecho creen que la razón podría salvarnos si estuviese respaldada por una voluntad más fuerte, por un compromiso más profundo y esfuerzos humanos más vigorosos en pos del mejoramiento. Empero la voluntad humana es tan incapaz como la razón para elevarnos al alto plano del altruismo necesario para salvar el mundo, ya que es precisamente en nuestra voluntad donde reside la enfermedad. Si un hombre basado en sus propio poder, deseara ser santo y heroico en vez de pecador y cobarde, ¿quién de nosotros no hubiese hecho el cambio tiempo ha? Pero la voluntad no puede desearse bien a sí misma, así como el brazo roto no puede arreglarse a sí mismo. Se asume, demasiado a menudo, que la voluntad es algo aparte e independiente de nosotros, a la que se convoca desde el exterior en caso de emergencia. Pero la voluntad no es algo ajeno a nosotros; es nuestro carácter, la suma de nuestras elecciones y decisiones, la herencia de estas últimas. Debido a la gravedad inherente a nuestras fallas pasadas, resulta muy difícil para la mayoría de las voluntades empezar un nuevo modo de vivir en el nivel humano, e imposible para ellas hacerlo solas en el nivel divino. Sin embargo, la diferencia entre una voluntad "débil" y una "fuerte" reside no tanto en la voluntad debilitada, sino en la falta de un objetivo o de una ideal superior, poderoso y profundamente amado, que dirija a la voluntad. Cuando el ideal superior es sublime, cuando es el amor a Dios, la voluntad es fuerte; cuando el ideal es confuso, o cuando no existe ninguno, la voluntad se debilita. Puesto que la voluntad se ve, frecuentemente, incitada por nuestras pasiones y nuestros prejuicios, necesita

más fuerza que la que contiene dentro de sí para adherir a la verdad. Una pelota en movimiento continuará en esa línea a menos que otra fuerza cambie su dirección; en forma similar, para efectuar un cambio radical del egoísmo al altruismo, la voluntad necesita, a menudo, un impulso desde afuera para organizarse alrededor de un nuevo ideal, de un conjunto de propósitos más elevado.

Estas cuatro "soluciones" naturalistas y humanistas suponen que el hombre puede elevarse por sobre el nivel humano, alzándose de los lóbulos de sus propias orejas. Cuando se les dice a los seguidores de este punto de vista que se necesita la ayuda sobrenatural para conquistar al ego y perfeccionar al yo, la réplica es: "Una persona debe pararse sobre sus propios pies." Pero el hombre no pudo hacerlo al nacer, y no preparó su llegada ni se acomodó en el pecho de su madre. Incluso ya crecido, no hila sus propios trajes, ni cocina sus propias comidas o produce sus propias noticias mundiales. Sin luz, sus ojos no ven, sus oídos no oyen sin las ondas del sonido, faltos de aire, sus pulmones no respiran. El hombre no se basta a sí mismo en ninguna de sus necesidades básicas.

El hombre es, en realidad, similar a un reloj cuyo muelle se ha roto; tiene todas las partes necesarias, pero no funciona. Para repararlo se necesita un relojero que, desde afuera, provea un muelle que debe colocarse, sin embargo, *dentro* del reloj. El hombre necesita, también, una nueva energía dentro de sí mismo, pero debe ser suministrada desde el exterior, por su Señor y Salvador. La introducción de una fuente superior de energía que ayude a la débil naturaleza humana no ejerce violencia sobre la misma, ya que cada persona tiene un anhelo de trascendencia, un deseo de ir más alto y más allá de sí mismo. Su desasosiego nace de la inhabilidad para encontrar una satisfacción completa dentro de las limitaciones de espacio y tiempo.

El poder del hombre de generar ideas muestra que el mundo espiritual ya le es familiar, el infinito está ya implicado en ideas tales como la caridad, la esperanza, la belleza y el bien. Nadie vio jamás la caridad, pesó la esperanza o definió el color de la belleza, ni describió la latitud o longitud del bien. Por ser espirituales, estos valores nos atraen, más allá de cualquier realización concreta de su significado en obras de caridad o

de una perspectiva esperanzada, una bella rosa o un buen hombre. Para pensar en estas ideas abstractas, el hombre debe moverse por encima del mundo de los sentidos, y esto significa que su mente debe estar abierta, capaz de mirar arriba hacia el cielo, mientras aún goza de las bellezas de la tierra. Porque el hombre se ve llamado por el infinito y, sin embargo, como no puede hallarlo aquí, se frustra, algo que no ocurre con los animales, ya que carecen de este impulso hacia el infinito. Un elefante siempre será un elefante, una primula debe ser siempre una primula, pero el hombre posee el potencial de volverse algo que no es; si se niega a intentar poner a prueba esta extraña capacidad, hiere su mente y su corazón. Cuando las plantas y los animales cesan de desarrollar su naturaleza, se pudren; también el hombre, si se niega a desarrollarse *más allá* de su naturaleza, se vuelve menos de lo que era anteriormente. El hombre que no se vuelve sobrenatural se volverá antinatural; el que se niegue a ser más que humano, descenderá a lo infrahumano. En lugar de tender hacia la Vida perfecta, la Verdad y el Amor, que es Dios y es su felicidad, puede buscar un dios sustituto a través de más y más placeres, más y más dinero, más y más obstinación. Puesto que el hombre jamás podrá satisfacer plenamente sus ambiciones, emociones, deseos y esperanzas, puede buscar en forma equivocada una compensación a su vacío, acumulando más y más de lo mismo, en una sucesión infinita y cansadora. Si una esposa no satisface el ansia de infinito de su esposo, éste puede engañarse y creer que cinco esposas lograrán lo que no pudo la primera. Puede creer que aunque cinco mil dólares no lo harían feliz, cinco millones sí lo lograrían. Finalmente, este buscador verá que lo único que ha añadido son puros ceros, una mera cantidad que no hace del remedio equivocado uno verdadero. Si una pizca de agua salada no nos satisface, un barril de ella tampoco lo hará. El hombre no puede engañar a su deseo de trascendencia, perdiéndose en una infinidad de fruslerías. El hijo pródigo tenía razón en estar hambriento, puesto que ésa es la naturaleza del hombre. Estaba equivocado al vivir de sobras.

El hombre no podría construir tal cantidad de falsos infinitos para adorar si no estuviese hecho para el verdadero Infinito. Sólo un ser hecho para Dios puede volverse dios. Pero esta deificación del yo es la más triste de todas las equivocaciones; el que se adora pronto clamará: "De-

searía apartarme de mí mismo." Sin embargo, cada vez que una persona intenta apartarse de sí misma, lo golpea el mismo bumeran del orgullo que arrojó. El yo, que esperaba perderse en cualquier cosa no divina —desde la egolatría a los placeres desordenados o a la droga—, es arrojado sobre sí, debido al carácter insatisfactorio de aquello sobre lo cual ha fijado su amor. El culto erróneamente dirigido por las criaturas reacciona como lo haría una pelota de golf que golpea un árbol.

Es bueno recordar aquí lo que dijimos al principio acerca de que al hombre le resulta posible vivir en tres planos de existencia: el plano del ego, del yo y de lo divino. El ego se subordina en forma correcta al yo, a través del autoconocimiento, la autodisciplina y el desarrollo del carácter. Pero cuando la personalidad, o el yo, ha emergido, estamos aún en el plano de lo puramente humano; éste es el nivel de un amor natural fuerte y sensible, que se manifiesta en la mutua entrega de los esposos, en el afecto entre padres e hijos y también en el amor fraterno. Pero ésta es, todavía, una forma de amor que puede existir independientemente del amor consciente de Dios. Su expresión se ennoblece en los hermosos lazos de la amistad, en la compatibilidad de las mentes que comparten las mismas luchas, se despliega en el sacrificado amor por el país, por el arte y la ciencia; provoca y saca de nosotros los más nobles sentimientos de consagración y sacrificio, pero es, todavía, una amor natural y se le puede encontrar en las causas más disímiles, en el campo de batalla. Deja, a nuestra naturaleza, repleta de capacidades irrealizadas para algo más.

Hasta en las mejores y más altas etapas del amor en el nivel de el yo, existen siempre limitaciones y fronteras definidas, más allá de las cuales, el yo solo no puede ir. Los holgazanes que se niegan a elevarse más alto pueden comprender que uno se sacrifique por un amor humano, pero no pueden comprender la razón por la cual alguien debería sacrificarse por lo Divino. En el nivel del yo hay a menudo un rechazo semiconsciente de los llamados a una vida más elevada, pero la atracción de lo natural y de lo humano es tan fuerte que, a pesar de su capacidad para la trascendencia, la personalidad se resiste a recibir lo que Dios tiene para darle. Nuestras cabezas se hallan tan llenas de nuestras propias ideas, y nuestras manos, de nuestros propios negocios, que hay poco espacio pa-

ra sus pensamientos o sus obras. Quienes viven en las tierras bajas del yo pueden a menudo conceder que Jesús de Nazaret es el más perfecto de los especímenes humanos que haya vivido, están dispuestos a otorgarle una cierta superioridad moral sobre Buda, o a decir que tenía, tal vez, una mayor conciencia de Dios que Sócrates, pero no están preparados para aceptarlo por lo que su Resurrección probó que Él es; único en su divinidad. Tales individuos admiten la atracción moral de Cristo y se refieren en forma admirativa a las Bienaventuranzas, sin ver que cualquiera que las predica a un mundo como el nuestro debe, necesariamente, ser condenado a muerte. Se admiten su compasión y su gentileza, su dominio de sí mismo y su amor por los pobres, su disposición a romper con todas las barreras de clase, como evidencia de que Él es uno de los mayores ejemplos e inspiraciones que ha habido sobre la tierra. Todas estas cualidades pueden ser aceptadas por el yo porque, en sí, no encarnan la trascendencia. De la misma manera, cuando nuestro divino Señor fue sacrificado, sus enemigos, que estaban dispuestos a aceptar, que Él abría los ojos de los ciegos a la luz de Dios y destapaba los oídos sordos a la música de la voz humana, lo desafiaron a que descendiera de la cruz, y abandonara la tarea de redimir el pecado. Era un ejemplo de amor demasiado sublime y que les significaba un reproche demasiado violento.

Mientras que el ego sólo desea admirarse a sí mismo, el yo está dispuesto a admirar a Cristo. Mas el problema implícito en la trascendencia del yo no consiste en una aprobación estética, sino que reside en saber si el hombre está deseoso de seguir a Cristo, y eso significa unirse a Él, sacrificándose y tomar la cruz para alcanzar la completa perfección de la personalidad a través del dolor. El yo retrocede ante este requerimiento. Es probable que crea sinceramente que es imposible que se dé semejante cambio en la naturaleza humana, que ésta se vuelva una manifestación viviente del Amor divino entre los seres humanos. Esto sucede porque el yo se concentra en sus propios poderes y capacidades, las cuales jamás podrían efectuar el cambio. Empero, el poder divino, que es un don, puede obrar dentro del hombre para elevar a esa persona a un nivel más alto, pero no cambia su dirección en el mismo plano horizontal, porque lleva a cabo un elevación. El cambio no es el producto de un desarrollo, sino el fruto de una fecundación. La inercia, en la física, hace

que un cuerpo continúe en estado de reposo o se mueva uniformemente en línea recta, a menos que se vea compelido a cambiar su condición por una fuerza exterior. Asimismo, el hombre permanece en el nivel del yo, a través de la inercia, a menos que sea movido desde el exterior; los hombres, de por sí, no se convierten en hijos de Dios.

Cuando el yo reconoce la posibilidad de la trascendencia a través de esta infusión del poder divino, aún puede racionalizar su negativa a llevar a cabo los sacrificios esenciales para su máximo perfeccionamiento. La más común de las racionalizaciones es la declaración de que la vida divina (o la sobrenatural) contradice la razón y, por lo tanto, se opone a lo natural. De hecho, esto es lo opuesto al verdadero estado de las cosas. De la misma manera en que nuestra razón perfecciona nuestra sensatez, así el Poder y la Luz divinos perfeccionan nuestra razón. Una segunda objeción a lo Divino reside en la concepción errónea de la ambición: los hombres temen a la Divinidad porque Dios interrumpiría su deseo de satisfacer su propio yo o de mantener las cosas de la manera en que ellos lo desean. No ambicionan que las cosas sean como Dios las quiere. En el campo de lo económico, estas personas claman por un nivel de vida más alto, pero en el de la religión, cuando se les ofrece a la mente y al alma una vivienda en mejores condiciones, resulta difícil convencerlos de lo deseable del cambio. En cuanto a la segunda parte de la objeción, existe, sí, una diferencia entre el nivel del yo y el divino, pero no existe oposición entre ellos. Como dijo santo Tomás: "La gracia es la perfección de nuestra naturaleza." Somos criaturas de Dios por naturaleza, por medio de la gracia nos volvemos sus hijos e hijas. Resulta extraño que un mundo que habla tanto de la "evolución ascendente" se niegue a aceptar la verdadera evolución cuando ésta implica sobrepasar lo humano. Porque lo sobrenatural no es una superestructura incongruente edificada sobre la razón, como una choza construida sobre un árbol, ni es una ayuda accidental, como una lupa puede serlo para el ojo y un altoparlante para el oído; es un enriquecimiento, a través del amor a Dios, de lo personal que ya existe, aun en el orden natural, entre el hombre y Dios. El hombre no puede producir este ennoblecimiento de su carácter, sólo puede recibirlo como un don; tiene únicamente una potencia pasiva para esto, de la misma manera en que el leño seco tiene una potencia para ar-

der de la que carece un leño húmedo. Y, aunque Dios desea que todos respondan a este don de la trascendencia, sin embargo, nos deja la libertad de rechazar su infusión de amor, puesto que los dones dejan de serlo si se nos fuerza a aceptarlos. Dios respeta tanto nuestra libertad de elección, que ni siquiera quiso entrar en este orden nuestro de lo humano sin consultar antes con una mujer. De igual manera, no nos eleva para compartir su naturaleza divina sin nuestro libre consentimiento.

Supongamos, sin embargo, que dejáramos a un lado nuestras racionalizaciones y aceptáramos la gracia. ¿Acaso no permitiría esto al ego sobrepasar sus frustraciones y por lo tanto volverse más genuinamente humano? ¿No llevaría también al yo a acciones de las que previamente se había creído incapaz? La gracia puede obrar maravillas en el alma, pero, a pesar de esto, conservamos la decisión de rebelarnos contra ella y volver atrás a una condición peor que la previa. Éste es el poder fundamental del hombre contra Dios, que puede conservar eternamente. Puesto que el infierno es una de las garantías negativas de la libertad, tal como el cielo es su garantía positiva: una persona puede seguir su propia voluntad y volverla infinita, en el amor tanto como en el odio, más allá del tiempo y el espacio. Las pasiones del ego esclavizan a su partidario; la libertad del yo permite descubrir o rechazar las verdades del orden natural, pero la gracia, como don de Dios, le muestra una libertad más grande que el mero poder de elección, es decir, la libertad de identificarse con el Amor divino.

La vida divina que realiza nuestra capacidad pasiva para el infinito es, por lo tanto, un don. Por ser gratis o sin cargo, se llama *gracia*. Precisamente porque es un don, tenemos parte en su aceptación. Nuestra dignidad ante el Eterno es similar a la dignidad de los novios en el altar, donde el amor responde al amor manifestado, con las palabras: "Si, quiero". La luz del sol brilla sobre toda la casa, mas para recibirla debemos abrir las persianas. El Médico de almas puede curar, pero debemos saber que estamos enfermos y desear curarnos. ¡Dios llama! Podemos simular que no escuchamos, aceptarlo o rechazar su voz. Decidir es el derecho inalienable de toda persona; las Sagradas Escrituras insisten más de 140 veces en la libre aceptación de la gracia de Dios. "Volved hijos re-

beldes, y yo curaré vuestras rebeliones." "Tomad en cuenta de dónde habéis caído, arrepentíos y ejecutad vuestras primeras obras." "Yo habré de juzgar a cada uno de vosotros según vuestras conductas, oh casa de Israel, dice el Señor Dios. Convertíos y haced penitencia por todas vuestras iniquidades y la iniquidad no será vuestra ruina."

Pero supongamos que el alma coopere y le permita entrar a Dios ¿qué sucedería? Una vez que se establece una cooperación entre la vida divina y la voluntad humana, estas cosas que antes parecían insuficientes en sí mismas, quedan investidas de un nuevo poder y una nueva luz. La educación cesa de ser un mero substituto mecánico de una teoría o un conjunto de estadísticas por otro, o la acumulación de datos sin relación, y comienza a ser la profundización de un misterio, el despliegue de una comprensión cada vez más profunda de la verdad y el propósito de la vida. La razón se vuelve más fuerte, puesto que la ayuda la fe, al igual que la luz del sol ayuda a los ojos. La ética deja de ser mandamientos, y comienza a ser un acto de amor, y la moralidad se vuelve consecuencia de una relación íntima. La voluntad, ahora, se ve transformada de tal manera, que nuestra acciones dejan de ser el deber diario y se vuelven un eco en respuesta al amor de Dios. Las buenas acciones ya no son impulsadas por circunstancias externas, tales como la visión de una persona enferma en la calle, sino por el espíritu de Cristo dentro de nosotros. El ego ha dejado su lugar al yo, y éste ha comenzado a vivir en Cristo.

El divino Invasor, que ha establecido de esta manera un puente de cabecera en el alma, no lo hace para darnos un sentido emocional de bienestar o una sensación cálida de "devoción", en la boca del estómago. La Presencia divina no tiene por qué afectar nuestros ganglios ni nuestros nervios. Pero afecta, ciertamente, nuestros intelectos y nuestras voluntades, implica un duro y deliberado cambio de orientación de nuestras vidas hacia Dios. El Poder divino no es un resplandor interior; es Cristo mismo, presente ahora en su Espíritu.

Esta sobrehumana energía divina está en las antípodas de todos los ideales humanos concebibles por nuestra mentes, y que son impotentes para ayudarnos. Meras nociones de la virtud no pueden reforzar una energía que no poseemos en y por nosotros mismos. Los ideales hechos

por nosotros tienen solamente *nuestra* fuerza y por lo tanto, son débiles. Pero el Dinamo divino es a la vez nuestra causa eficiente, nuestra causa y nuestro objetivo final. Como el Poder celestial está fuera de nosotros, nos presta fuerza desde el exterior, nos concede el poder de Dios como ayuda inmediata. Sólo el fuego puede encender un leño; quienes desean ser más de lo que son, sólo pueden lograrlo si los inflama el Fuego divino, desde el Cielo. Todos los ideales, códigos y sistemas humanos —ya sean aristotélicos, platónicos o confucianos— tratan al hombre como a un ser autónomo cuyas más altas potencialidades existen dentro de su propia naturaleza. Mas la presión de lo eterno en el alma incita al cristiano a volverse algo que él no es, lo seduce, para que permita que se lo eleve a un nivel más alto de lo que ningún ser humano podría llegar por sí mismo. Por tal motivo, la iniciativa debe venir de Dios, puesto que Él trabaja dentro de nosotros. Nuestros esfuerzos morales siguen siendo, de nuestra propiedad, pero ahora son mucho más de lo que eran antes; se han transformado en respuesta a un llamado, son contactos con el mismo Dios, en tanto Él mueve nuestras mentes y nuestras voluntades. Gracias a esta afluencia de energía divina, el cambio que se opera en nuestra carácter deriva su principio no de nuestro temperamento, educación, medio o ética, de nuestra razón librada a ella misma o de nuestra voluntad humana, sino de Dios. Podemos caer por nuestra propia voluntad, pero podemos ser levantados sólo por Él, que puede resucitar a los muertos. “No es que seamos capaces de pensar sobre nosotros por nosotros mismos, sino que nuestra capacidad viene de Dios.”

Sin esta acción divina en el alma del pecador, la persona jamás podría abandonar su conducta nociva. Resulta impensable que alguien de vida deliberadamente malvada desee por sí mismo revertir su curso por su propio poder y volverse hijo de Dios; sería como si, habiéndose arrojado de un puente, se detuviese en medio del aire. La acción de Dios en el alma es también necesaria para ayudar a los que, sin ser deliberadamente malvados, han perdido su sentido moral o se han arrojado, sin pensarlo, en la sensualidad, la bebida y la avaricia. Si Dios no interfiriera con ellos, sus pasiones podrían, tal vez, abandonarlos, pero ellos jamás los abandonarían. Abandonados a ellos mismos, los fanáticos serían cada vez más fanáticos, los pecadores más pecadores, los avaros más avaros,

ros, los que odian más crueles. No obstante, aunque sus malos hábitos se hayan arraigado profundamente, aunque hayan perdido el amor por lo bueno, y la melancolía se asiente en sus almas como en un trono, estas personas pueden ser transformadas y pueden comenzar su vida nuevamente, gracias a la energía divina que actúa en y sobre el alma. Los Agustines se vuelven santos, las Magdalenas, penitentes, los Pedros cambian de traidores a mártires, los Pablos abandonan su odio. Pero estas cosas suceden porque Dios está allí, urgiendo al pecador a que tome un nuevo camino y dirigiéndolo hacia la ciudad invisible, en las colinas eternas. Una vez que se planta la semilla, la tierra fructifica, pero el polvo no puede jactarse de haber producido por sí solo la blancura de la rosa. Resulta fácil a la persona creer que todo lo ha hecho ella, que ella se ha vuelto a sí misma prudente y de buena conducta, porque la acción divina es imperceptible, sutil y silenciosa. De la misma manera en que nuestros mejores amigos ocultan algunas veces las cosas afectuosas que hacen por nosotros, así Dios, en su amor, arroja monedas de oro en nuestras almas y nos permite creer que nosotros mismos las fraguamos acuñamos.

Dios no llega en el trueno sino en la brisa de primera. Puesto que no grita sino que susurra, el alma debe cuidarse de no desatender su visita. “El reino de Dios es invisible a los ojos de los hombres, no habrá palabras que digan: “Vean, aquí está” o “Vean, está allá”; el Reino de Dios está en ustedes.” Cuando esta Conciencia divina transforma a la personalidad, nace un nuevo servicio de caridad para los demás. Podemos ver, entonces, que la gente no se diferencia por su educación, dinero, encanto, belleza o inteligencia, sino más bien por su respuesta a la acción divina en sus almas. Sólo existen dos clases de personas antes los ojos de la fe: los que dicen “sí” a Dios y los que dicen “no”.

Si no existiera la gracia celestial para alcanzarlas y curarlas, no habría esperanza para las almas pervertidas. Un ladrón no podría insultar a un Hombre en una cruz cercana en un momento, y pedirle perdón en el siguiente, a menos que hubiera sido transformado por la gracia divina, que le dijo: “Hoy estarás conmigo en el Paraíso.” Sólo cuando los seres humanos comienzan a ser infinitamente malvados, y Dios cesa de ser in-

finitamente bueno, podría pensar alguien, con desesperación; pero eso nunca ocurrirá. Empero la desesperación de la gracia negra puede ser una bendición, enviada para mostrar a las orgullosas o equivocadas personas que, si buscan su objetivo en un amor menor que el de ese Dios que han ignorado, solo sobrevendrán sufrimientos.

La gracia negra puede ser un tesoro poderoso aun para quienes solicitan la ayuda de Dios a último momento, lo que es una apuesta arriesgada. Medianamente escépticos de su poder, lo llaman, y Él les responde. En tanto el hombre sea fuerte en su orgullo, Dios parecerá débil; mientras el hombre se crea dios, Dios parecerá casi no existir. Mas en el instante en que el hombre duda de su propia deidad, en el momento en que se vuelve humilde, Dios comienza a mostrar su fuerza. Él, en su misericordia, vuelve débiles a algunas almas, que al principio claman: "¿Por qué Dios me hizo esto?" Sin embargo, si reflexionan, descubrirán que a menos que la piel se pudra desde la semilla, jamás podrá surgir a la vida. Nosotros también debemos mudar la piel de nuestro orgullo por medio del sufrimiento. Estas bendiciones disfrazadas de desgracias golpean a toda clase de personas. Nadie se siente feliz en su ego; una persona puede ser relativamente feliz en su personalidad del yo, pero le fallará en las grandes crisis, en las aflicciones, enfermedades, pruebas y en la inminencia de la muerte; y es en ese momento, cuando Dios llega a esas almas. El humanismo es una fraternidad sin lágrimas, pero cuando las lágrimas comienzan a fluir, se necesita algo más de lo que éste puede procurar. Aun la mejor, de las éticas humanas centra el mundo de un hombre, alrededor de él mismo, y esto termina en el orgullo espiritual (cuando el yo obedece su sistema ético y se regocija) o en la desesperación (cuando el ego manda). El camino de la verdadera perfección humana es aquel en que una persona oscurece tanto su ego como su yo, y ve a su prójimo y al yo a través del ojo de Dios. Nuestro Señor nos dijo que no podemos añadir un palmo a nuestra estatura por medio del pensamiento, ni puede tampoco el yo llegar al profundo amor a Dios y al prójimo del que gozan los santos, sin la energía divina. El egocentrismo, aun en las personas moralmente buenas, es una trampa. Centrarse en Dios es la única solución al enigma de la vida.

15. Plegaria y meditación

Ésta es probablemente la época más locuaz en la historia del mundo, no sólo porque tenemos más instrumentos mecánicos para difundir nuestra palabra, sino porque hay poco dentro de nuestras mentes que no venga del mundo exterior a ellas, motivo por el cual la comunicación humana nos parece muy necesaria. El resultado es que el habla está endiosada como medio para resolver todos los problemas. Hasta los jóvenes, quienes todavía no han estudiado la filosofía de los derechos humanos, son convocados a resolver los problemas del mundo en sus clases "progresistas". Son pocos los que escuchan, aunque san Pablo nos dice que "la fe viene al escuchar". Si nuestros cuerpos estuvieran alimentados como lo está la mente, pronto morirían de hambre. La hiperactividad y el amor al ruido y la charla caracterizan a nuestra época, en compensación por la profunda desconfianza de sí del hombre moderno. Al no saber claramente lo que él es, el estadounidense de hoy trata de volverse importante por lo que hace, ya que cuanto más ansiosa es una persona, más activa se vuelve. Los padres que aguardan en la sala de espera de las maternidades, se pasean como leones enjaulados. Se dice que la silla hamaca es un típico invento de los Estados Unidos: permite que una persona haga una pausa mientras no se queda quieto, hace posible sentarse en un lugar y estar al mismo tiempo en movimiento. En los tiempos de la civilización verdaderamente cristiana, el hombre estaba activo debido a su cuerpo: trabajaba para comer. En la era poscristiana, el hombre está activo a causa de su mente: trabaja para dejar de pensar. La necesidad externa de trabajar es menos exigente y cruel

que la compulsión interior a trabajar para "deshacerse" de la ansiedad. El hombre se mantiene inútilmente en movimiento en parte para huir de tener que preguntarse dos cosas: "¿Por qué estoy aquí?" y "¿Adónde voy?"

Debido a su división y su caos interior, el hombre no puede soportar el caos a su alrededor y anhela la homogeneidad por doquier. Al haber perdido la unidad interior a través de la unión con Dios, trata de compensarla buscando la unión exterior con otros seres humanos, a través de lo colectivo. La vida se vuelve uniforme. Hoy en día, casi todos los periódicos tiene la misma idea acerca de lo que son las noticias. La opinión masiva es creada por las pocas revistas más vendidas. Nuestra propia semejanza interior con los demás, por la gracia divina ha cedido su lugar a la semejanza exterior, traída por una imitación servil. La opinión mecanizada, la imitación de nuestras "celebridades" de pacotilla, la dependencia del "qué dirán", o del "se usa" como guías, empequeñecen la individualidad del hombre moderno. Al que vive cerca de Dios no le importa si no se parece a nadie; pero en la medida en que perdemos la unión con la divinidad, desarrollamos el temor a la soledad. Espera (falsamente) obtener cierta sensación de protección de su parecido con otros. Otro de los resultados de la pérdida de paz interior es el reemplazo de calidad por cantidad. Al haber perdido la gracia, una cualidad del alma que nos hace como Dios, se busca compensación en la veneración de la cantidad. De esta forma, nos vanagloriamos de "lo más grande", "lo más alto", "lo mejor".

La universidad más grande se convierte en la mejor. Los educadores cesan de interesarse en el descubrimiento de la verdad que unifica, y se esfuerzan sólo por obtener una colosal acumulación de hechos inconexos. Como dijo Plinio: "Al no ser capaces de volver bellos a nuestros valores, los hacemos enormes." La grandeza de nuestra civilización a veces se calcula en términos de la Babel de torres contra el cielo de Nueva York. Olvidamos que Egipto construyó sus grandes pirámides en la víspera de su declinación.

Finalmente, en la medida en que el alma se empobrece por su falta de semejanza con Dios, el cuerpo busca compensación en el lujo excesivo

vo y en la exhibición de todo tipo. Los nuevos adornos de la vestimenta dan cuenta de la desnudez interior. Un joven rico puede vestir pobremente y aun así será reconocido como rico; uno pobre que desea ser conocido como rico debe aparentar riqueza. Un individuo verdaderamente culto no necesita hablar de todos los libros que ha leído para ser conocido como tal, pero el estudiante secundario que desea ser parte de la clase intelectual, debe sembrar su conversación con: "¿Cómo, nunca has leído eso?" Lo mismo sucede con la espiritualidad: el alma que ha asumido a Cristo no necesita orar públicamente en las plazas del mercado para llamar la atención sobre su devoción, que carece de la cualidad que con tanto esmero simula tener. Los que aman la publicidad son, siempre, gente que no desea que se conozca su verdadera personalidad; tiene que divulgar una personalidad de leyenda. Cuando se les dice a estas almas hambrientas que no pueden llevar con ellas sus diferentes máscaras y pretensiones, nos parece escuchar que dicen: "Bueno, entonces no iré." El "acto" que han puesto en escena se ha vuelto, para ellos, más precioso que cualquier verdad o realidad.

Ningún ser humano puede ser feliz estando tan exteriorizado como lo está la mayoría de la gente hoy en día. Todos desean la paz del alma, porque saben que no pueden ser felices externamente a menos que lo sean en su interior. Como dijo una vez un chino: "Los norteamericanos no son felices; se rien demasiado." Es posible que haya visto los millones de fotografías en que mostramos de la gente riendo, sin tener nada de qué reirse, pero con el desconsolado deseo de crear la ilusión de que la están pasando bien.

Más importante que el análisis de nuestra excesiva "exterioridad" es su cura, ya que nadie es feliz con este tipo de posturas externas. Si releemos el Evangelio, encontramos que nuestro Señor nos advierte contra este tipo de paz artificial, contra la uniformidad y el conformismo del mundo. El dijo: "Si el mundo los odia, sepan que antes me ha odiado a mí. Si ustedes fueran del mundo, el mundo los amaría como cosa suya. Pero como no son del mundo, sino que yo los elegí y los saqué de él, el mundo los odia." (Jn 15, 18-19). Nos previno contra la desmesura en la parábola del hombre que había construido graneros más grandes, sólo

para que un ángel le dijera que esa misma noche su alma sería llamada. Nuestro Señor nos advirtió contra la hiperactividad, cuando dijo a Marta que ella se afanaba por demasiadas cosas. La noche en que Él sufrió su agonía, reprendió a Pedro por substituir la oración con la acción, cuando, en vez de velar en la hora de silencio, sacó su espada. Hemos sido ampliamente advertidos y, sin embargo, aquellos que se dicen servidores de Dios están algunas veces tan ocupados con sus proyectos para el Reino de Dios, que se olvidan, del propio Reino de Dios.

Todas estas exteriorizaciones son signos de que estamos intentando huir de Dios y del cultivo de nuestra alma. El hecho mismo de que alguien se inquiete cuando cesan el ruido y la excitación prueba que está escapando de su verdadera personalidad. El carácter sociable, la apasionada necesidad de perderse en la muchedumbre, el impulso de coincidir con los ritmos de Nueva York o de Hollywood, son prueba suficiente de que estamos buscando distraernos de nuestro ser interior, único lugar donde podemos encontrar la verdadera alegría.

La oración y la meditación son algunos de nuestros medios más poderosos para sobreponernos a la exteriorización de nuestra vida. Mas, en cuanto sugerimos la oración, surgen los que replican de inmediato: "La oración no sirve para nada." Esta declaración tiene, en ciertos casos, un elemento de verdad; no una verdad teológica sino psicológica. Cuando aquellos que se resisten a doblegar sus hábitos promiscuos o a domar su voluptuosidad dicen que "la oración no sirve", tienen razón, pero sólo para ellos. Sus oraciones son ineficaces, no porque Dios se niegue a escucharlas, sino porque ellos se niegan a cumplir la condición primera de la plegaria, es decir: la voluntad de enmendar sus naturalezas de acuerdo con la ley de Dios. Para que sea efectiva, la oración que pide ayuda debe expresar el sincero deseo de cambiar, y debe ser un deseo sin reservas ni condiciones de nuestra parte. Si rezamos para que nos libren del alcoholismo y nos negamos, sin embargo, a abandonar la bebida, estamos reconociendo que no hemos rezado realmente. De manera similar, la persona que reza para que la libren de las perversiones sexuales y de los excesos, y ese mismo día se expone en forma deliberada a tales placeres, ha destruido la eficacia de la oración, a causa de su reserva. Toda

plegaria implica un acto de voluntad, un deseo de crecer, una voluntad, de nuestra parte, de sacrificarnos. La oración no es algo pasivo, sino una colaboración activa entre el alma y Dios. Si la voluntad es inoperante, nuestras oraciones son, meramente, una lista de las cosas que desearíamos que Dios nos dé, sin que nos pida que paguemos su precio, con el esfuerzo y la voluntad de cambiar. La oración es dinámica, pero sólo cuando coopera con Dios, a través de la entrega. Aquel que decide rezar para liberarse de la esclavitud de los placeres carnales debe de estar preparado, en la totalidad de su ser, a utilizar la fuerza que Dios le dará y a trabajar sin reservas para liberarse completamente del pecado. Cuanto tratamos con los demás, es posible repicar y estar en la procesión al mismo tiempo, pero con Dios, esto es imposible.

Algunas veces, aun si la voluntad es operativa, la oración parece inútil porque nos acercamos a Dios con una voluntad dividida. Lo deseamos, pero deseamos también algo más, incompatible con Él. Estamos pidiendo que las leyes del universo dejen de regir, para que Dios premie con la perfecta confianza en Él, mientras nosotros seguimos confiando a medias en otras cosas. En tales casos, guardamos un as en la manga, nos aferramos a algo que nos compense en caso de que Dios fallé. Preparamos una satisfacción substituta, tal como una confortable cuenta de banco a la cual recurrir, en caso de que Él no cumpla, cuando en realidad estamos rezando para que la divina Providencia nos guíe. Las amistades humanas se rompen, a menudo, por falta de una completa y total confianza. Tampoco la Amistad Divina nos otorga todos sus dones cuando falta una completa confianza en ella. La fe precede a la respuesta a la oración.

No resulta difícil comprender el motivo por el que mucha gente no reza en absoluto. Así como el trabajador puede estar tan interesado en lo que hace que no escucha el silbato del mediodía, el ególatra puede no ser consciente de lo que existe fuera de él. La sugerencia de que existe algo, más allá de su poder y su energía, que puede transformarlo y elevarlo le parece absurda. De la misma manera en que hay gente que carece de oído para la música, y otros, ciegos a los colores, que están muertos para el arte, los ególatras están ciegos para Dios, esto es, muertos a la vi-

sión de Él. Dicen que no pueden rezar, y tienen razón: ellos no pueden. Su autosuficiencia los ha paralizado. Hay algo de verdad, asimismo, en su afirmación de que "no necesitan rezar", ya que no desean ser mejores de lo que son. Su propósito es el de permanecer inalterables, y este embrutecimiento sólo puede ser llevado a cabo por ellos mismos. Los animales tampoco necesitan rezar, porque no tienen la capacidad para la trascendencia del hombre. El ser humano es la única criatura en el mundo que puede convertirse en más de lo que es, si desea, libremente, crecer. La persona que se vanagloria de ser su propio creador no necesita reconocer su dependencia de Dios; Él que afirma que jamás ha hecho nada malo no necesita un Salvador. Antes de que tales ególatras puedan rezar, su egoísmo debe corregirse. Muchos se niegan a hacerlo, no porque teman aquello en lo que se convertirán si lo hacen, sino porque no pueden hacer frente a la entrega que deberían llevar a cabo, antes de poder ser elevados a un estado superior de paz y alegría.

Debe de haber, siempre, una relación entre el don y el que lo recibe; es inútil dar a alguien un tesoro que no pueda usar. Un padre no daría un violín Stradivarius a un hijo sin talento para la música. Dios tampoco dará a los egocéntricos dones, poderes y energías, que no tienen la intención de usar para la transformación de sus vidas y almas.

Algunos objetan que, puesto que siempre se hará la voluntad de Dios, no importa si rezan o no; esto equivale a decir: "Mi amigo se podrá curar o no, ¿qué más da llamar o no a un médico para que le dé una medicina? En el orden físico, el médico toma en cuenta los factores físicos del cuerpo enfermo; en el orden espiritual, la voluntad de Dios toma en consideración nuestros deseos de mejorar. Es cierto que, al responder a nuestra plegaria, Dios no está haciendo nada contra su voluntad, sólo porque le pedimos, pero hará aquello que no haría sin nuestra oración. Dios no hará que el sol brille a través de una ventana sucia, pero el sol brillará si la ventana está limpia. Dios no hará lo que podemos hacer por nosotros mismos. No hará que obtengamos una cosecha si no hemos plantado la semilla. El hombre vive en un universo condicional: para obtener el efecto deseado, debemos seguirlo hasta su causa. Si el niño estudia, sabrá; si alguien enciende un fósforo, éste arderá en ignición. En

el terreno de lo espiritual, tenemos las palabras de nuestro Señor: "Pidan y se les dará; busquen y encontrarán; llamen y se les abrirá" (Mt 7, 7). Pero debe existir preparación para la ayuda de Dios, a través del pedido, la búsqueda y el llamado. Millones de favores cuelgan del cielo en cordones de seda la oración es la espada que los cortará. "Yo estoy junto a la puerta y llamo: si alguien oye mi voz y me abre, entraré en su casa y cenaremos juntos" (Ap 3, 20).

Este texto revierte el orden que muchos consideran la ley de la oración. Asumen que al rezar golpeamos a la puerta de Dios y pedimos un favor. En realidad, es Él quien llama a nuestra puerta. "Yo estoy junto a la puerta y llamo." Dios podría hacer mucho más por el alma si su voluntad fuera más maleable; la debilidad está siempre del lado del que recibe. Las estaciones de radio desean enviar sus programas a los hogares pero, para que puedan ser escuchados, se necesita que alguien los sintonice.

Muchos favores y bendiciones descienden sobre aquellos individuos y familias que se entregan de corazón al amor de Dios. Sus vidas están en agudo contraste con aquellas que se excluyen de ese amor. Si en la formación de la familia se hace de lo económico la preocupación principal y de la providencia de Dios el factor secundario, no se puede esperar que exista la misma lluvia de dones y cuidados de parte de Dios, que hay en una familia donde la providencia viene primero. El matrimonio que confía en Dios puede conectarse con una fuente de poder y de felicidad que la otra familia no tiene a su disposición. Así como los amigos humanos nos dan más en la medida en que confiamos en ellos, y menos en proporción a nuestra desconfianza, así sucede también, con el Amigo divino. Aquellos que posibilitan que Dios les dé más a través de su confianza en Él reciben más. En las familias en que lo económico es el objetivo principal y donde aún se reza, es muy posible que la oración sea como la del hijo pródigo: "Dame..." En la otra familia, donde la providencia viene en primer término, es más posible que la oración sea la del pródigo después de su conversión, cuando dijo a su padre: "Hazme..." En la medida en que recemos para convertirnos en hijas e hijos más fieles de Dios, se nos otorgarán los dones correspondientes que otorga el

Padre celestial a sus hijos, a los que ama tanto que murió por ellos.

La esencia de la plegaria no es el esfuerzo en hacer que Dios nos dé algo, ya que no es ésta la base para una sana amistad humana, pero si hay un legítima oración de petición. Dios tiene dos tipos de dones: en primer lugar, están los que nos envía ya sea que los pidamos o no; y la segunda clase son los que se nos otorgan a condición de que recemos. Los primeros se parecen a las cosas que un niño recibe de su familia: comida, vestido, refugio, cuidados. Estos dones le llegan a cada uno aunque no los pida. Pero existen otros dones que se encuentran condicionados por el deseo del niño. Un padre puede ansiar que su hijo vaya al colegio, pero si el niño se niega a estudiar o se vuelve un delincuente, el don que su padre intentaba para él, no puede ser otorgado. No es que el padre haya retirado su don, sino que el hijo lo ha vuelto imposible. Nuestro Señor habló de la primera clase de dones cuando dijo: "Así serán hijos del Padre que está en el cielo, porque él hace salir su sol sobre malos y buenos y hace caer la lluvia sobre justos e injustos" (Mt 5, 45). Y habló del segundo tipo de dones, al decir: "Pedid y se os dará."

La oración, por lo tanto, no consiste sólo en informar a Dios de nuestra necesidades, porque ya las conoce. "El Padre que está en los cielos sabe bien que ustedes las necesitan" (Mt 6, 32) El propósito de la oración es, más bien, dar a Dios la oportunidad de otorgarnos los dones que nos dará cuando estemos listos para aceptarlos. No es el ojo el que hace que nos rodee la luz del sol, tampoco el pulmón el que hace que el aire nos envuelva. La luz del sol está allí si no cerramos los ojos a ella, y el aire está allí para nuestros pulmones, siempre que no retengamos la respiración. Las bendiciones de Dios están allí, si no nos rebelamos contra su voluntad de dar.

Dios no se muestra igualmente a todas sus criaturas. Esto no significa que tenga favoritos, o que Él decida ayudar a unos y abandonar a otros. La diferencia ocurre porque es imposible para Él manifestarse en ciertos corazones, bajo las requisitos que ellos establecen. La luz del sol no tiene favoritos, pero se refleja de manera diferente en un lago que un pantano.

La oración de la persona está, a menudo, a tono con su vida moral.

Cuanto más cerca esté nuestra conducta de la voluntad divina, más fácil será rezar, cuanto más separada esté de la Divinidad, más difícil resultará hacerlo. Resulta tan difícil mirar a la cara a alguien a quien hemos ofendido, como lo es el elevar nuestras mentes y corazones a Dios, si estamos en rebelión contra Él. Esto no significa que Dios no desee escuchar a los pecadores. No sólo los escucha sino que tiene una especial predilección por ellos, puesto que dijo: "Yo no he venido a llamar a los justos sino a los pecadores" (Mc 2, 17). "Les aseguro que habrá más alegría en el cielo por un solo pecador que se convierta, que por noventa y nueve justos que no necesitan convertirse" (Lc 15, 7). Pero estos pecadores son los que aceptaron su voluntad y abandonaron la rebelión en su contra. Si el pecador no desea que se le prive de sus hábitos nocivos, entonces falta la condición esencial de la oración. Todos saben lo suficiente de Dios como para rezarle, aun los que dicen dudar de su existencia. Si estuviesen perdidos en el bosque, no tendrían ninguna seguridad acerca de si hay alguien para ayudarlos a encontrar su camino; sin embargo, gritarían, en la esperanza de que alguien los oyera. Así sucede a los escépticos que, si bien pensaban ser incapaces de rezar, en la catástrofe y la crisis, sin embargo, rezan. No obstante, quienes recurren a la oración como último recurso no conocen bien a Dios; la mayoría de las veces lo mantienen a una prudente distancia, negándole la intimidad diaria. El escaso conocimiento de Dios que tienen no se vuelve funcional ni fructífero, porque no actúan de acuerdo con el mismo; el Señor ordenó que los talentos improductivos fueran quitados. A menos que un músico actúe según el conocimiento que ya tiene de la música, no aumentará su conocimiento o su amor por ella. En este sentido, nuestra conducta, comportamiento y vida moral se vuelven las causas determinantes de nuestras relaciones con Dios. Cuando nuestras conductas son impías, licenciosas, egoístas, egocéntricas y crueles, entonces la oración es algo ajeno, un mero intento mágico, un intento de hacer que Dios sirva a nuestros deseos, en contradicción con las leyes morales que Él ha establecido.

La persona que sólo piensa en sí misma reza únicamente para pedir; la que piensa en su prójimo reza oraciones de intercesión; la que sólo piensa en amar y servir a Dios dice plegarias de entrega a la voluntad de Dios, y esta es la oración de los santos. Su precio es demasiado alto pa-

ra la mayoría de la gente, ya que requiere el desplazamiento de nuestro yo. Muchas almas desean que Dios haga la voluntad de *ellas*; presentan su plan completo y le piden que lo rubrique sin un solo cambio. La petición del padrenuestro se troca para ellos en: "Hágase mi voluntad en la tierra." Resulta muy difícil al Eterno entregarse a los que están interesados únicamente en lo temporal. El alma que vive en el nivel del ego, o del yo, y se niega a ser llevada al nivel divino es como el huevo que está siempre guardado en un lugar demasiado frío para su incubación, de manera tal que nunca es llamado a vivir una vida fuera de la cáscara de su propio e incompleto desarrollo. Todo yo es, aún, el embrión de la persona que debería ser.

Donde hay amor, hay pensamiento acerca de la persona amada. "Allí donde esté tu tesoro, estará también tu corazón" (Mt 6, 21). El grado de nuestra devoción y nuestro amor depende del valor que otorguemos a algo. San Agustín dice, *Amor pondus meum*: el amor es la ley de gravedad. Todas las cosas tienen su centro. El estudiante encuentra difícil el estudio porque no ama el conocimiento tanto como al deporte. El hombre de negocios encuentra difícil pensar en los placeres celestiales porque está dedicado a llenar su "granero". El orientado hacia los placeres de la carne halla difícil amar al espíritu, porque la carne es su tesoro. Todos se vuelven parecidos a lo que aman: si amamos lo material, nos convertimos en ello; si amamos lo espiritual, nos volveremos iguales en cuanto a nuestra actitud, nuestros ideales y aspiraciones. Dada esta relación entre el amor y la oración, es fácil entender el motivo por el que algunas almas dicen: "No tengo tiempo para rezar." Realmente no lo tienen, porque para ellos hay otras tareas más urgentes; otros asuntos más preciosos; otros intereses más divertidos. Así como los relojes que se aproximan demasiado a la dinamo dejan de llevar el tiempo, también los corazones que están demasiado envueltos en las cosas terrenales pronto pierden su capacidad de rezar. Pero del mismo modo en que el joyero, con un imán, puede desmagnetizar al reloj y reajustarlo con el cielo, es posible así reducir nuestro ego por medio de la oración, y ajustarlo nuevamente con el Eterno y el Amor divino. Si bien la plegaria es un deber, no está bien cumplido a menos que su mayor motivación sea el amor. El amante tiene, siempre, el deseo arrollador de realizar la voluntad del

amado; el corazón humano encuentra que la oración no trae recompensas si tiene muchos otros deseos y anhelos al margen de cumplir con la voluntad de Dios, que es siempre nuestra perfección. Algunos quisieran contentarse a sí mismos sin desagradar a Dios: no quieren "reñir" con Dios, como tampoco el empleado desea "reñir" con su patrón. Cuando el amor es tan escaso como éste, la religión y la plegaria se ven como meras medidas correctivas, como algo negativo que restringe nuestros deseos. Estas personas sólo piden a la oración y a la religión que los aparte del pecado mortal, que modere su avaricia, su egoísmo y sus excesos. Si elevamos nuestro corazón y nuestra mente a Dios con tan mediocres esperanzas, no es para saber qué es lo que Él quiere, sino para decirle lo que nosotros deseamos que Él haga: hasta aquí y nada más.

Rezamos tanto como deseamos, y deseamos en proporción a nuestro amor. No obstante, todas las almas tienen la capacidad de rezar, y aún las que no admiten tener amor a Dios le rezan cuando se hallan en aprietos. Nuestro Señor contó dos parábolas, que algunas veces han sido mal interpretadas, como si su significado fuera que Dios es renuente a conceder favores, pero puede ser persuadido mediante nuestra plegaria repetida; en realidad, estas historias no tienen ese significado.

"Supongamos que alguno de ustedes tiene un amigo y recurre a él a medianoche, para decirle: Amigo, préstame tres panes, porque uno de mis amigos llegó de viaje y no tengo nada que ofrecerle, y desde adentro él le responde: 'No me fastidies; ahora la puerta está cerrada, y mis hijos y yo estamos acostados. No puedo levantarme para dártelos.' Yo les aseguro que aunque él no se levante para dárselos por ser su amigo, se levantará al menos a causa de su insistencia y le dará todo lo necesario" (Lc 11, 5-9).

"Después Jesús les enseñó por medio de una parábola, que era necesario orar siempre, sin desanimarse: En una ciudad había un juez que no temía a Dios ni le importaban los hombres: y en la misma ciudad vivía una viuda que recurría a él, diciéndole: Te ruego que me hagas justicia contra mi adversario.' Durante mucho tiempo el juez se negó, pero después dijo: 'Yo no temo a Dios ni me importan los hombres, pero como esta viuda me molesta, le haré justicia para que no venga continuamente

te a fastidiarme.' Y el Señor dijo: "Oigan lo que dijo este juez injusto. Y Dios, ¿no hará justicia a sus elegidos, que claman a el día y noche, aunque los haga esperar? Les aseguro que en un abrir y cerrar de ojos les hará justicia. Pero cuando venga el Hijo del hombre, ¿encontrará fe sobre la tierra?" (Lc 18, 1-8).

El verdadero significado de las parábolas es el siguiente: Si un hombre gruñón y egoísta a quien sólo le importa su descanso, o un juez bribón, hacen favores a quienes se los solicitan, ¿cuántas más cosas buenas no hará Dios por nosotros, si se lo pedimos? La oración no significa la conquista de un Dios renuente, sino la identificación de nuestras necesidades con la más alta Voluntad de ayudar. En las parábolas, el egoísmo moroso de un hombre se contrapone a la pronta liberalidad de Dios, y la falta de rectitud de otro hombre, contrasta con la justicia de Dios. Hay un significado secundario en estas dos parábolas: nos dicen que la oración es algo natural en tiempos de crisis, ya que una de ellas trata de una catástrofe física y la otra, de una social. La sugerencia es que si el vecino no necesitara pan y la viuda, justicia, no hubieran pedido. El que dice que no puede rezar o que jamás lo hará, sólo está emitiendo una opinión en un momento en que ninguna crisis grave lo aqueja. No está revelando sus impulsos básicos. Si una bomba atómica cayera sobre una ciudad, haría rezar a millones que habían negado esta posibilidad. George Herbert dijo: "Al que deba aprender a rezar, déjelo que se haga a la mar." Y Abraham Lincoln: "Muchas veces me he visto impulsado a arrodillarme, a raíz de la convicción sobrecogedora de que no tenía otro lugar adonde ir; mi propia sabiduría y la de todos a mi alrededor me parecían insuficientes para ese día."

Si algunas veces Dios parece lento en responder a nuestros pedidos, hay muchas razones posibles para ello. Una es que la demora tiene el propósito de que profundicemos nuestro amor y aumentemos nuestra fe; la otra es que Dios nos está apremiando. Es posible que Él postergue durante algún tiempo el otorgamiento de sus dones, para que persigamos más ardientemente no al don sino al Dador. O es posible que le estemos pidiendo algo que Él desea hacernos saber que no necesitamos.

Jacob le pidió una vez a Dios que lo devolviera sano y salvo a su ca-

sa, prometiéndole que daría el diez por ciento de sus entradas para erigir un altar, como agradecimiento. Tiempo más tarde, cuando Jacob ya había luchado contra el ángel, olvidó qué favor era el que había solicitado a Dios; sólo dijo, en la alegría de la comunión con la divinidad: "He visto a Dios, cara a cara." El mayor don de Dios no consiste en las cosas que creemos desear, sino en Él mismo. A medida que el amor aumenta, pide cada vez menos, y busca, sólo, dar cada vez más. Dios, igualmente, no siempre nos otorga lo que deseamos, pero siempre nos da lo que necesitamos. A menudo, éste es un don tan grande y generoso, que nosotros jamás lo hubiéramos solicitado porque, hasta que llegó, no sabíamos de su existencia.

Nuestro Señor jamás les prometió seguridad a sus Apóstoles; les prometió persecución. "Serán odiados por todos, porque llevan mi nombre." No les prometió salud ni comodidad; les prometió la fuerza para sobrellevar sus pruebas. San Pablo rezaba para que el aguijón de su carne, cierto tipo de enfermedad, se alejara de él. Repitió este pedido por tres veces, y no le fue concedido; sin embargo su plegaria fue respondida. Ésta fue la respuesta que recibió: "Por tanto, con sumo gusto seguiré gloriándome sobre todo en mis flaquezas, para que habite en mí la fuerza de Cristo. Mi gracia te basta." Y así, aunque la enfermedad se mantuvo, san Pablo no se rebeló con el Dios que no lo había curado, sino que dijo: "Me complazco en mis debilidades, en los oprobios, en las privaciones, en las persecuciones y en las angustias soportadas por amor de Cristo; porque cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Co 12, 9-10).

Una niña rezó una vez en Navidad para tener mil muñecas. Su padre no creyente le dijo el día de Navidad: "Bueno, Dios no contestó a tus pedidos ¿no es cierto?" Y ella contestó: "Sí, lo hizo. Dios dijo que no." Esta fue la humilde aceptación de su voluntad, de una verdadera creyente. Los tres jóvenes en el horno ardiente, que fueron condenados a muerte porque se negaban a adorar la falsa imagen erigida por Nabucodonosor, oraron para que Dios los librara, pero estaban, asimismo, preparados para aceptar su voluntad, cualquiera que fuese. Su oración terminaba así: "Nuestro Dios, a quien servimos, puede salvarnos del horno de fuego ardiente y nos librará de tus manos. Y aunque no lo haga, ten por sabido,

rey, que nosotros no serviremos a tus dioses ni adoraremos la estatua de oro que tú has erigido" (Dn 3, 17-18).

La meditación es una forma más alta de plegaria que la petición, y un potente remedio contra la exteriorización de la vida. Tiene algo de ensueño o fantasía, pero con dos diferencias importantes: en la meditación no pensamos sobre el mundo o nosotros sino en Dios. Y, en vez de usar la imaginación para construir castillos en el aire, usamos la voluntad para tomar resoluciones que nos acercarán a una de las mansiones del Padre. La meditación es un acto espiritual más avanzado que "decir las oraciones"; puede ser comparada con la actitud del niño que irrumpe ante su madre, diciendo: "No diré ni una palabra, si me permites quedarme aquí y mirarte." O como un soldado dijo una vez, al cura de Ars: "Yo sólo permanezco aquí, de pie delante del tabernáculo, Él me mira y yo lo miro a Él." La meditación nos permite suspender la lucha consciente contra las distracciones externas, por medio del discernimiento interior de la presencia de Dios. Deja al mundo afuera, para que entre el espíritu. Entrega nuestra propia voluntad al ímpetu de la voluntad divina. Enfoca el reflector de la Verdad divina sobre nuestra manera de pensar, de actuar y hablar, y penetra por debajo de las capas de nuestro autoengaño y egolatría. Nos convoca ante el estrado de la Justicia divina, para que podamos vernos como en realidad somos, y no como nos gusta pensar que somos. Silencia al ego con sus reclamos clamorosos, para que pueda oír los deseos del corazón divino. Usa nuestras facultades, no para especular sobre asuntos alejados de Dios, sino para agitar la voluntad de acatar. Su voluntad más perfectamente. Cultiva una actitud verdaderamente científica hacia Dios en cuanto Verdad, liberándonos de nuestros presupuestos y prejuicios para que podamos eliminar toda expresión de deseos de nuestras mentes. Elimina de nuestras vidas las cosas que impedirían la unión con Dios y fortalece nuestro deseo de que todas las cosas buenas que hacemos sean en su honor y para su gloria. Aparta nuestros ojos del flujo y el cambio de la vida y nos recuerda nuestro ser, nuestra condición de criaturas, la dependencia que de Dios tienen todas las cosas para su creación, su existencia momento a momento y su salvación. La meditación no es una petición, una manera de usar a Dios o un

pedido de cosas, sino, más bien, una entrega, un ruego a Dios para que Él nos use.

La meditación tiene dos etapas: el alejamiento de la consideración mundana, y la concentración en la naturaleza de Dios y su hijo encarnado, Jesucristo. La meditación usa tres poderes del alma: la memoria, el intelecto y la voluntad. Con la memoria recordamos la bondad de Dios y nuestras gracias, con el intelecto recordamos lo que sabemos de su Amor, su Verdad y su Vida; por medio de la voluntad nos esforzamos en amarlo por sobre todas las cosas. Al estudiar, sabemos acerca de Dios cuando meditamos, conocemos la presencia de Dios en nosotros, y capturamos el meollo mismo de nuestra existencia. En tanto el ego o el yo, permanezcan ajenos a Dios, seremos infelices. Mas, cuando nuestra personalidad se pierde en la del Dios, de manera tal que su mente es la nuestra, sus deseos, los nuestros y sus amores, nuestro amor, entonces el yo se realiza en el olvido de sí mismo. En las palabras de san Pablo: "Y ya no vivo yo, sino que Cristo vive en mí" (Ga 2, 20).

Para meditar, el oído del alma es más importante que la lengua. San Pablo nos dice que la fe viene de escuchar. La mayoría de las personas comete el mismo error con Dios que con sus amigos: hablan sólo ellas. Nuestro Señor nos previno: "No hablen mucho como hacen los paganos: ellos creen que por mucho hablar serán escuchados" (Mt 6, 7). Nosotros podemos, asimismo, ser descorteses con Dios, si acaparamos toda la conversación y cambiamos las palabras de las Escrituras de "Habla, Señor, tu siervo escucha" a "Escucha Señor, tu siervo habla." Dios tiene cosas para decirnos que nos iluminarán, y debemos esperar a que Él hable. Nadie entraría apresuradamente en el consultorio de un médico, recitaría todos sus síntomas y saldría de inmediato, sin escuchar el diagnóstico; nadie sintonizaría una radio para salir inmediatamente de la habitación. Igual de necio resulta tocar el timbre de Dios y luego escapar. El Señor nos escucha más fácilmente de lo que creemos; es nuestra escucha de Él la que necesita ser mejorada. Cuando la gente se queja de que sus oraciones no son escuchadas por Dios, lo que sucede la mayoría de las veces, es que no esperaron a escuchar su respuesta.

La oración, por lo tanto, no es un monólogo, sino un diálogo. No es

una calle de una sola dirección, sino una avenida. El niño escucha las palabras antes de decirlas, entrena su lengua a través de su oído. Nuestra alma también se entrena través de su oído. Como dijo el profeta Isaías: "Despertó en la mañana, en la mañana despertó mi oído para que lo escuche como a un maestro." San Pablo nos dijo que el Espíritu nos dirá por qué cosas rezar. Así como el Espíritu una vez sopló sobre las aguas informes, ahora trae su expresión espiritual al vacío mudo de nuestros corazones. Si nuestras lenguas son faltas de tino en sus peticiones, se debe a que nuestros oídos han sido lentos en la escucha de la fe. Uno de los detalles importantes del sacramento del bautismo es la apertura de los oídos. El sacerdote los toca y dice, al igual que nuestro Señor al hombre sordo del Evangelio: "*Epheta; ábrete*". Estas palabras implican que una vez que el alma llega al estado de gracia, los oídos que estaban cerrados se abren a la Palabra de Dios. Hay una filosofía más sublime de lo que pensamos, cuando decimos que aprendimos nuestras oraciones de labios de nuestras madres. La oración es ardua cuando es sólo un monólogo, pero es una alegría cuando dejamos de estar absortos en nosotros mismos y damos lugar a la humilde escucha.

El mejor ejemplo de las etapas de la meditación se encuentra en el relato del Domingo de Pascua en el Evangelio. Ese día, los discípulos se hallaban muy acongojados. En medio de su tristeza, comenzaron a hablar de nuestro Señor con un viajero que habían encontrado, por azar, en el camino a Emaús. Esto marca la primera etapa de la meditación: hablaban de Nuestro Señor, sin darse cuenta de que estaba presente. A esto sigue la revelación, hecha por nuestro Señor, de que Él está presente. Entonces escuchamos, como lo hicieron sus discípulos cuando comenzó a develar el significado de su Pasión y Muerte. Finalmente, viene una etapa de comunión, simbolizada, en el Evangelio, por el hecho de partir el pan en la cena. En este punto, el alma se une a Dios, y Dios al alma. Es un momento que uno difícilmente desea abandonar, aun cuando el día esté casi acabado y la fatiga sea grande.

Aparte de la alegría que trae en sí misma, la meditación tiene efectos prácticos en nuestra vida espiritual. En primer lugar, nos cura del hábito de engañarnos a nosotros mismos. El hombre es la única criatura so-

bre la tierra capaz de introspección, y esta posibilidad existe debido a que el ser humano tiene un alma racional. Puesto que el alma es, también, espiritual, siente el anhelo del infinito. Algunas veces, buscamos saciar nuestra sed de infinito en las aguas del mundo, que poseen un encanto que falta en las cosas de Dios, y cuando estos esfuerzos nos contentan en forma temporaria, nos engañamos a nosotros mismos. La meditación nos permite sostener el espejo delante de nuestras almas, para que advirtamos la fatal enfermedad de la egolatría bajo la luz cegadora del Cristo radiante. Puesto que el habla es una de las causas principales del autoengaño, nuestros amigos nos engañan con halagos, y mucha de nuestra conversación interior con nosotros mismos está, probablemente, afinada en la nota de la autojustificación. El silencio requerido por la meditación es la mejor cura para esto. En silencio, el trabajador del alma limpia la suciedad, al igual que los recolectores de basura limpian nuestra ciudad en medio del silencio de la noche. Cualquiera que se despierte en la noche ve sus pecados más claramente que a la luz del día; esto es así porque el alma esta, en ese momento, más allá de la distracción del ruido. El insomnio es, por lo tanto, una carga mayor para quienes tienen un sentido de culpa que para los inocentes, quienes, como el salmista, pueden elevar su pensamiento hacia Dios en la plegaria de la noche. La meditación provee una quietud artificial al dejar fuera el estrépito del día. Reemplaza la crítica a los demás, que es, posiblemente, un hábito mental nuestro, por la autocrítica que nos volverá menos críticos de los demás. Quien más faltas ve en su prójimo es aquel que jamás ha mirado dentro de su propia alma. Nuestra crítica injustificada de los otros es autocomplacencia, ya que, al encontrar a los demás peores que a nosotros, nos volvemos mejores, por comparación; pero en la meditación al encontrarnos peores que otros, descubrimos que la mayor parte de nuestros prójimos son mejores que nosotros. Cuanto más pobre es uno, más grande es la fortuna con la que sueña; igualmente, cuanto más humildes somos en nuestra meditación, más alto será el ideal al que aspiramos. Así como no existe ególatra que no se engañe a sí mismo, no existe nadie acostumbrado a meditar, que se haga ilusiones acerca de su propia grandeza. Cuando más claramente vemos nuestras almas en relación con Dios, menos egocéntricos nos volvemos.

Hay una correlación cierta entre conocer a Dios y conocerse a sí mismo. No podemos conocer a Dios a menos que nos conozcamos a nosotros mismos como en realidad somos. Cuanto menos piensa una persona de sí misma, más piensa en Dios. La grandeza de Dios no depende, en forma objetiva, de nuestra pequeñez, pero se vuelve una realidad subjetiva para nosotros sólo si somos humildes. En la medida en que nos hacemos "dioses", percibimos menos y menos a Dios. La conciencia de que necesitamos ayuda para ser buenos es la condición para conocer al Bien mismo.

La meditación mejora nuestro comportamiento. A menudo se declara que aquello en lo que creemos no hace ninguna diferencia, que todo depende de cómo actuemos. Pero esto carece de sentido, ya que actuamos según nuestras creencias. Hitler actuaba según su teoría del nazismo, y causó una guerra; Stalin actuaba de acuerdo con la ideología de Marx y Lenin y produjo la esclavitud. Si nuestros pensamientos son malos, nuestras acciones también lo serán. El problema de las malas acciones es, básicamente, el problema de los malos pensamientos. La manera de impedir a alguien que robe un banco es distraer a esa persona de la idea de robar un banco. Las injusticias políticas, sociales y económicas son, en primer lugar, males psíquicos, se originan en la mente. Se vuelven males sociales debido a la intensidad del pensamiento que las concibió.

Nada sucede en el mundo que no haya sucedido, primero, dentro de una mente. La higiene no cura la inmoralidad, pero si las fuentes del pensamiento se mantuvieran limpias, no habría ninguna necesidad de cuidarse de los efectos de los malos pensamientos en el cuerpo. Cuando uno medita y llena su mente, una hora al día, con pensamientos y resoluciones que muestran amor a Dios y a nuestro prójimo por sobre todas las cosas, entonces el amor se filtra, gradualmente, hacia el nivel de lo que se llama subconsciente, y, finalmente, estos buenos pensamientos emergen, por sí mismos, en la forma de buenas acciones espontáneas. Todos hemos podido verificar mil veces, en nuestra vida, el carácter ideomotor del pensamiento. Cuando mira un partido de fútbol, el espectador ve a un jugador que corre con una pelota; si hay un hermoso movi-

miento de apertura hacia el costado derecho, es posible que tuerza y vuelva su propio cuerpo más de lo que lo hace el jugador, al tratar de aprovechar la oportunidad. La idea es tan fuerte que influencia sus movimientos corporales, como suelen hacerlo las ideas. Los pensamientos de miedo producen "piel de gallina" y hacen que, algunas veces, la sangre afluya a las manos y los pies. Dios nos ha hecho de manera tal que, al sentir miedo, luchemos o huyamos.

Nuestros pensamientos hacen a nuestros deseos, y nuestros deseos tallan nuestros días. El deseo dominante será el destino que predomine. Los deseos se forman en nuestros pensamientos y meditaciones, y puesto que la acción sigue el impulso de los deseos, el alma, cuando se encuentra inundada de apremios divinos, se vuelve menos y menos sujeta a las sugerencias del mundo. Esto aumenta la felicidad; los deseos externos nunca se ven completamente satisfechos y por lo tanto, su eliminación, significa una disminución de la ansiedad. Si una persona medita consistentemente acerca de Dios, ocurre una total revolución en su conducta. Si en su meditación matinal recuerda la manera en que Dios se volvió el humilde servidor del hombre, no tratará de enseñorearse con los demás, durante el día. Si meditara en la redención de todos, dejaría de ser esnob. Puesto que nuestro Señor tomó sobre sí todos los pecados del mundo, cualquiera que viva esta verdad tomará sobre sí las cargas de su prójimo, aunque no fueran su hechura, ya que los pecados que el Señor soportó sobre sus hombros tampoco eran de su hechura. Si la meditación acentuó la misericordia del Salvador, quien perdonó a los que lo habían crucificado, de igual forma, la persona perdonará a quienes lo hieran, con el fin de ser merecedor del perdón. Estos pensamientos no vienen de nosotros, ya que somos incapaces de ellos, ni del mundo, puesto que son ajenos a él. Vienen, únicamente, de Dios.

La meditación produce en nosotros cambios más profundos que las resoluciones de "mejorar"; no podemos mantener a los malos pensamientos fuera de nuestras mentes a menos que los reemplacemos con los buenos. Lo sobrenatural también aborrece el vacío. En la meditación, uno no expulsa al pecado fuera de su vida sino que lo desaloja con el amor a Dios y al prójimo. Nuestras vidas no dependen, entonces, del

principio de evitar el pecado, lo que resulta una tarea cansadora, sino de vivir, de manera constante, en el clima del Amor Divino. En una palabra, la meditación impide la derrota allí donde es definitiva: en la mente. En ese silencio en el que habita Dios, los falsos deseos se escabullen. Si meditamos antes de irnos a dormir, nuestro último pensamiento de la noche será el primero de la mañana. No habrá ninguno de esos sentimientos oscuros con los que alguna gente afronta otro día sin sentido; en su lugar estará la alegría de comenzar una nueva mañana de trabajo en nombre de Cristo.

Como tercera donación, la meditación nos pone en contacto con nuevas fuentes de poder y energía. "Vengan a mi todos los que están afligidos y agobiados, y yo los aliviaré" (Mt 11, 28). Nadie tiene el conocimiento y poder suficientes para guiarlo a través de todas las dificultades y pruebas de la vida. Pensamos que tenemos suficiente sabiduría cuando damos consejos a los demás; pero aprendemos que nos falta cuando debemos vivir de la solidez de nuestro propio intelecto. Cuanto más toca una orquesta, más debe afinar los instrumentos; cuanto más lejos vuela un aeroplano, más mantenimiento necesita. Cuando se agotan nuestras baterías espirituales, no podemos recargarlas nosotros mismos, y cuanto más activa es una vida, mayor necesidad tiene de tonificarse por medio de la meditación. Pero cada meditación debe ser personalizada, traída del reino del pensamiento y reducida a una lección que podamos aplicar. Nadie es mejor por saber las cinco pruebas de la existencia de Dios; pero se vuelve mejor cuando a ese conocimiento se le permite educar a la voluntad. La pureza de corazón es, por lo tanto, la condición de la plegaria; no podemos intimar con Dios mientras adherimos a nuestros vínculos ilícitos. La pureza necesaria debe ser cuádruple: de conciencia, para no ofender jamás a Dios; de corazón, para guardar todos nuestros afectos para Dios; de mente, para conservar una continua conciencia de Dios; y pureza de acción, para mantener nuestras intenciones desinteresadas y abandonar nuestra terquedad.

Una vez que nuestra debilidad es restituida al poder de Dios, la vida cambia, y nos volvemos cada vez menos víctimas de nuestros humores. En vez de permitir que el mundo determine nuestro estado mental, de-

terminamos el estado de alma con el que debemos enfrentar al mundo. Así como la tierra lleva consigo su propia atmósfera mientras da vueltas alrededor del sol, el alma puede llevar la atmósfera de Dios con ella, a pesar de los acontecimientos turbulentos del mundo exterior. En toda buena meditación, hay un momento, en que la vida de Dios entra en nuestra vida, y otro momento en que nuestra vida entra en la vida de Dios. Estos hechos nos cambian totalmente. Los individuos enfermos, nerviosos o temerosos se curan por medio de esta comunión de la criatura con su Creador y este permiso para que Dios entre en el alma. El distinguido psiquiatra J. D. Hadfield ha dicho: "Intenté, sin éxito, curar a un paciente nervioso sugiriendo e infundiéndole calma y confianza, hasta que ligué estas sugerencias a esa fe en el poder de Dios que es la substancia de la confianza y la esperanza del cristiano. Entonces el paciente se fortaleció."

Jamás es cierto que carecemos de tiempo para meditar. Cuanto menos piense uno en Dios, menos tiempo tendrá para Él. El tiempo del que uno dispone, para cualquier cosa, depende de cuánto la valoramos. El pensamiento determina el uso del tiempo, no es el tiempo el que gobierna al pensamiento. El problema de la espiritualidad no es nunca, entonces, una cuestión de tiempo, sino un problema de pensamiento.

16. Santificar el momento

Millones de hombres y mujeres llevan, hoy en día, lo que se ha dado en llamar "vidas de una calma desesperación." Sienten pánico, están preocupados, neuróticos, temerosos, y son, sobre todo, almas frustradas. La frustración es la resultante del fracaso, ya sea de uno ya ocurrido o previsible en el futuro. El hombre puede frustrarse al comparar la inmensidad de los problemas que enfrenta con la debilidad de sus recursos para resolverlos; en este caso, se encuentra demasiado descorazonado, demasiado temeroso del fracaso como para tan siquiera intentar, una solución. O puede frustrarse por falta de alguien a quien amar, que le retribuya un amor suficiente. El primer tipo de frustración pone al alma en la molesta posición de un dueño de casa que se deprime cada vez más a medida que las cuentas suben, y el dinero no se materializa; le aterrorizan los cálculos futuros. La segunda clase de frustración implica el sentimiento de que la vida pasa rápidamente, y las oportunidades para una plenitud emocional se vuelven cada año mas escasas. Ambas formas de infelicidad están entonces conectadas con la conciencia que un ser infeliz tiene del paso del tiempo. El alma frustrada es la más apta para estremecerse al ver la advertencia del viejo cuadrante solar: "Es más tarde de lo que piensas."

Todas nuestras ansiedades están relacionadas con el tiempo. El hombre es la única criatura que tiene conciencia del tiempo. Sólo él puede traer el pasado a la mente, para que pese sobre el momento de hoy con su herencia acumulada; y puede, asimismo, traer el futuro al presente,

imaginando que sus acontecimientos suceden ahora. No hay animal que diga: "Hace seis años que sufro este dolor, y durará hasta mi muerte." Sin embargo, debido a que el hombre puede unir el pasado al presente por medio de la memoria, y el futuro al presente a través de la imaginación es necesario, a menudo, distraerlo de sus sufrimientos, romper con la continuidad de su desgracia. Toda desdicha (cuando no existe una causa inmediata de pesar) viene de una excesiva concentración en el pasado o de una exagerada preocupación con el futuro. Los mayores problemas de la psiquiatría giran alrededor del análisis de la desesperanza, el pesimismo, la melancolía y los complejos; éstos son herencia de lo que ha ocurrido o de los miedos, ansiedades y preocupaciones que vienen de imaginar lo que ocurrirá.

Además de los casos de verdadera insania y de aberración mental —para los que la psiquiatría científica resulta esencial—, hay muchas otros en las que esta desdichada preocupación con el pasado y el futuro tiene una base moral. La conciencia agobiada por la culpa de los pecados pasados teme el juicio divino. Empero, Dios, en su misericordia, nos ha dado dos remedios para esta desdicha: uno es el sacramento de la penitencia, que borra el pasado por medio de la remisión de nuestros pecados e ilumina el futuro, mediante el continuo arrepentimiento y enmienda de nuestras vidas, con nuestra esperanza en la misericordia divina. Nada en la experiencia humana es tan eficaz como la confesión para curar la memoria y la imaginación. Nos limpia de la culpa, y si seguimos las admoniciones de nuestro Señor, alejaremos por completo de nuestras mentes los pecados ya confesados: "El que ha puesto la mano en el arado y mira hacia atrás, no sirve para el Reino de Dios" (Lc 9, 62). Al eliminar su ansiedad por el futuro, la confesión también cura la imaginación, ya que ahora, con Pablo, el alma exclama: "Yo lo puedo todo en aquel que me conforta" (Flp 4, 13).

El segundo remedio para las enfermedades que surgen de nuestro cavilar sobre el tiempo es lo que podría llamarse: la santificación del momento, o el ahora. Nuestro Señor sentó la regla con las siguientes palabras: "No se inquieten por el día de mañana; el mañana se inquietará por sí mismo. A cada día le basta su aflicción" (Mt 6, 34). Esto signifi-

ca que cada día tiene sus propias pruebas; no debemos pedirle prestados contratiempos al mañana, porque también ese día tendrá su cruz. Debemos abandonar el pasado a la misericordia divina y confiar el futuro a su providencia amorosa, cualquiera sean sus pruebas. Cada momento de la vida tiene su obligación particular, no obstante la forma que pueda tomar. El momento del ahora es el momento de la salvación. Toda queja contra él es una derrota, todo acto de resignación, una victoria.

El momento es siempre una indicación de la voluntad de Dios. Las maneras de agradarle se nos han puesto en claro a través de sus mandamientos, de los acontecimientos de su vida encarnada en nuestro Señor Jesucristo, en la voz de su Cuerpo Místico, en la Iglesia, los deberes de nuestro estado de vida. Y, de una manera particular, la voluntad de Dios se manifiesta a nosotros en el ahora, con todas sus circunstancias, deberes y pruebas concomitantes.

El momento presente incluye algunas cosas sobre las que tenemos control, pero asimismo lleva consigo dificultades que no podemos evitar, tales como el fracaso de un negocio, un fuerte resfriado, lluvia en un día de picnic, una visita inoportuna, la torta que sale mal, el timbre que no funciona, una mosca en la leche y un grano en la nariz la noche del baile. Debido a que nuestras mentes son demasiado insignificantes para comprender los planes de Dios, no siempre sabemos la razón por la cual ocurren la enfermedad y los tropiezos. El hombre es como un pequeño ratón en un piano, que no comprende por qué alguien debe molestarle tocando Copland y forzarlo a salirse de las cuerdas del piano. Cuando sufría, Job le preguntó a Dios por qué había nacido y por qué estaba sufriendo. Dios se le apareció, pero en vez de responderle, pidió a Job que le contestara algunas de las preguntas más importantes sobre el universo. Para cuando el Creador hubo terminado de volcar sus preguntas sobre la cabeza de la criatura, Job se dio cuenta de que las preguntas de Dios eran más sabias que las respuestas de los hombres. Puesto que los caminos de Dios no son los nuestros, y la salvación del alma es más importante que todos los valores materiales; ya que la Sabiduría divina puede extraer el bien del mal, la mente humana debe desarrollar la aceptación del ahora, sin importar cuán duro que nos resulte comprender su

carga de dolor. No abandonamos el teatro por que el actor haya sido baleado en el primer acto, sino que suponemos que el dramaturgo tiene pensado un argumento. De la misma manera, el alma no se retira del primer acto del drama de la salvación concebido por Dios; es el último acto el que coronará la pieza. Las cosas que nos suceden no siempre son susceptibles de ser comprendidas por nuestras mentes o conquistadas por nuestra voluntad; pero está siempre dentro de la capacidad de nuestra fe el aceptarlas, y de nuestra voluntad, el someterse a ellas.

El Amor jamás se formula la siguiente pregunta: "¿Por qué?" Esa palabra sólo la usan las tres letras D: duda, decepción y demonio. La felicidad del jardín del Paraíso estaba basada en el amor, pero se quebró a raíz de la pregunta satánica: "¿Por qué debe Dios mandar sobre ti?" Para el verdadero amor, cada deseo del amado es una orden sagrada. El amante desea, incluso, que se multipliquen los pedidos, para tener oportunidades más frecuentes de servir. Los que aman a Dios no protestan, independientemente de lo que Él les pida, ni dudan de su bondad cuando les envía horas difíciles. Una persona enferma toma una medicina sin pedirle al médico que justifique su gusto amargo porque confía en el criterio del doctor; también el alma tiene la fe suficiente como para aceptar todos los acontecimientos de la vida como dones de Dios, con la serena seguridad de que Él sabe más.

Cada momento trae más tesoros de los que podemos acumular. El gran valor del ahora, desde el punto de vista espiritual, es que trae un mensaje que Dios nos ha dirigido en forma personal. Los libros, sermones y programas de radio y televisión sobre temas religiosos son como circulares dirigidas a cualquiera. Algunas veces, cuando estos llamados generales parecen tener una aplicación personal, el alma se enoja y escribe cartas malignas para aliviar la incomodidad de su conciencia: siempre se encuentran excusas para ignorar la ley divina. Sin embargo, si bien los llamados espirituales y morales conllevan un idéntico mensaje de Dios para todos los que escuchan, no es así para el momento del ahora; sólo yo estoy en estas circunstancias, nadie más tiene que llevar el mismo peso, se trate de la enfermedad, la muerte de un ser querido, o alguna otra adversidad. Nada está más hecho a la medida de nuestras necesidades es-

pirituales que el momento del ahora y, por ese motivo, es una ocasión de conocimiento que no se halla destinada a nadie más.

Este momento es mi escuela, mi libro de texto, mi lección. Ni siquiera nuestro Señor desdeñó aprender de su ahora específico; por ser Dios, lo sabía todo, pero existía aún cierto tipo de conocimiento que Él podía experimentar como hombre. San Pablo lo describe así: "Y aunque era Dios, aprendió por medio de sus propios sufrimientos qué significa obedecer" (Hb 5, 8).

La Universidad del Momento ha sido creada especialmente para cada uno de nosotros; comparados con la revelación que Dios da a todos en ella, el resto de los métodos de conocimiento son superficiales y lentos. La sabiduría que destila de su experiencia íntima jamás se olvida; se convierte en parte de nuestro carácter, nuestro mérito, nuestra eternidad. Aquellos que santifican el momento y lo ofrecen en unión con la voluntad de Dios jamás se frustran, nunca se quejan ni protestan. Se sobreponen a todos los obstáculos, transformándolos en ocasiones de oración y canales para el mérito. Las limitaciones se vuelven oportunidades para crecer. El pagano moderno es víctima de las circunstancias y no su dueño; al no tener un conocimiento práctico de Dios, ni confianza en su providencia o seguridad de su amor, carece de la fe y amor, y la esperanza y que amortiguan los choques cuando llegan los días difíciles. Su mente está presa de las tenazas de un pasado que extraña o que resiente, y de un futuro que teme no poder controlar. Al estar así comprimido, su naturaleza sufre.

La persona que acepta la voluntad de Dios en todo escapa a esta frustración traspassando el disfraz de los acontecimientos externos, para penetrar en su verdadero carácter de mensajeros del Dios que ama. Es extraño ver la manera diferente en que aceptamos una desgracia o hasta un insulto, cuando sabemos quien los envió. Una adolescente normalmente se sentirá agraviada si una joven mujer, muy bien vestida, la pisa accidentalmente en el tranvía; pero si la misma adolescente reconoce en la persona que la lastimó, a su estrella de cine favorita, probablemente se jactará de ello delante de sus amistades. Pedidos que parecerían excesivos de parte de conocidos, serían aceptados con alegría si fuese un ami-

go quien solicita nuestra ayuda. Del mismo modo, somos capaces de adaptarnos de buen talante a los pedidos del ahora cuando reconocemos el propósito y la voluntad de Dios detrás de la enfermedad, las conmociones y las desilusiones de la vida.

Los pañales de un niño escondieron al Hijo de Dios en Belén, y la apariencia del pan y del vino esconde, en la misa, la realidad de Cristo que muere nuevamente en el Calvario. Este ocultamiento de sí mismo que Dios lleva a cabo con nosotros opera en su uso del ahora para esconder su voluntad bajo el aspecto de cosas muy simples y cotidianas. Nuestras vidas dependen de los comunes beneficios del agua y el aire; a nuestro Señor también le agrada recibir de nosotros, a cambio, las miles de acciones poco importantes y los detalles triviales que componen nuestras vidas, siempre que veamos, aun en nuestras desdichas, "La sombra de su mano, extendida en una caricia." En esto reside todo el secreto de la santidad; el método está al alcance de cualquiera y merece una particular atención de parte de quienes preguntan: "¿Qué puedo hacer yo?" Muchas almas buenas están hambrientas de llevar a cabo grandes cosas por Dios y se quejan de que no tienen oportunidad de ejercitar la virtud heroica, ni ocasión de llevar a cabo un apostolado. Desearían ser mártires; pero cuando se atrasa una comida, o el colectivo está completo o el teatro, lleno; cuando el baile se ha postergado, o el tocino está demasiado cocido, pasan el día disgustadas. Han perdido la oportunidad de amar a Dios en las pequeñas cosas que Él requiere de ellas. Nuestro Señor dijo: "El que es fiel en lo poco, también es fiel en lo mucho" (Lc 16, 10). El Amado divino habla al alma en susurros, pero debido a que el alma espera una trompeta, no escucha su mandato. Todos deseáramos forjar nuestras propias cruces y confeccionar nuestras tribulaciones a medida. Pero no muchos damos la bienvenida a las cruces que Dios nos envía. Sin embargo, es llevando a cabo en forma perfecta las pequeñas tareas dadas por Él, que los santos encuentran la santidad. Es posible que las grandes y sensacionales cosas que nuestra imaginación piensa que desea hacer por Dios sirvan, finalmente, sólo a nuestro egocentrismo. Por otra parte, aceptar las cruces de nuestro estado en la vida porque vienen de un Dios que es todo amor es haber dado el paso más importante pa-

ra la reforma del mundo, es decir, la reforma de nuestro ser. A partir del incesante rezongo de una esposa, de la costumbre de nuestro patrón de fumar su pipa en la oficina, del ruido que los niños hacen con la sopa, de una enfermedad inesperada, del fracaso en encontrar un esposo o una esposa, o de la imposibilidad de hacernos ricos, podemos, a través de una paciente tolerancia, construir nuestra santidad. Todas éstas pueden ser ocasiones de mérito y transformarse en oraciones si se sobrellevan con paciencia por amor al que nos soporta con tanta paciencia, a pesar de nuestras limitaciones, nuestros fracasos y pecados.

No resulta difícil sobrellevar las debilidades de los demás cuando vemos todo lo que Dios debe tolerar de nosotros. Dice la leyenda que un día, Abraham fue visitado en el desierto por un árabe, quien le presentó fuertes quejas acerca de la comida, el alojamiento, la cama y el vino que su generoso anfitrión le había ofrecido. Finalmente, Abraham se exasperó y estaba a punto de echarlo de la casa, cuando Dios se le apareció y le dijo: "Abraham, he soportado a este hombre durante cuarenta años; ¿tú no puedes hacerlo por un solo día?"

Aceptar nuestro deber del momento por Dios es rozar la eternidad, escapar al tiempo. Este hábito de aceptar el ahora y glorificar a Dios a través de sus requerimientos, es un acto de amor de la voluntad. No necesitamos un conocimiento intelectual del plan de Dios para aceptarlo. San Pablo, al convertirse, sólo preguntó: "Señor, ¿qué deseas que yo haga?" Podemos calentarnos con el fuego sin conocer la química de la combustión, y podemos curarnos con un medicamento sin conocer su prescripción. La Voluntad divina, cuando se derrama dentro del alma de un simple paralítico resignado a sufrir, le proporcionará una mayor comprensión de la teología, de la que un profesor obtendrá jamás, en toda una vida de curiosidad teórica por una religión que no practica. El buen y el mal ladrón, en la cruz, tuvieron la misma crisis de miedo y sufrimiento. Uno de ellos se quejó, y perdió ese día su oportunidad de ir al cielo; el otro espiritualizó el breve momento de sufrimiento. Algunas almas obtienen paz y santidad de los mismos sufrimientos que a otros les deshacen los nervios y los vuelven rebeldes.

Dios no puede apoderarse de nuestras voluntades por la fuerza y obli-

garnos a usar nuestras tribulaciones de manera ventajosa, pero tampoco lo puede hacer el demonio. Somos dictadores absolutos en el momento de decidir si deseamos ofrecer nuestra voluntad a Dios. Y si decidimos entregársela sin reservas, Él hará grandes cosas en nosotros. Igual que un cincel en manos de Miguel Ángel puede producir una estatua más bella que si el cincel estuviera en manos de un niño, la voluntad humana se volverá más efectiva una vez convertida en vasallo de Dios, que si intentamos gobernarla solos. Si nuestra voluntad opera bajo nuestro poder, puede afanarse en muchas cosas, pero finalmente no llegará a nada. Bajo el Poder divino, la insignificancia de nuestra voluntad se vuelve mucho más efectiva de lo que jamás hayamos podido soñar.

La frase que santifica cualquier momento es: "Hágase Tu voluntad." Fue el *fiat* de nuestro Señor en Getsemaní el que inició nuestra Redención; fue el *fiat* de nuestra Señora el que abrió el camino a la Encarnación. La palabra corta todos las amarras que nos ligan a las cosas pequeñas y estrechas que conocemos; despliega todas nuestras velas a las posibilidades del momento, y nos lleva hacia cualquier puerto que Dios disponga. Decir en serio: "Hágase tu voluntad" es poner fin a toda queja; porque sin importar lo que traiga el momento, lleva, ahora, la impronta de la voluntad divina.

Hay muchas ventajas subjetivas en este acto de resignación a la voluntad de Dios. La primera: escapar del poder que los "accidentes" de la vida tienen sobre nosotros. Estos accidentes de la vida son aquellas cosas que interrumpen el orden de nuestras existencias y cancelan nuestros planes; percances tales como la enfermedad, que nos fuerza a posponer un viaje, o las llamadas telefónicas mientras miramos nuestro programa favorito en la televisión. Es un hecho médico que las personas afligidas y con tensiones sufren más accidentes que resultan en fracturas que quienes tienen una conciencia clara y un objetivo divino en la vida. Algunos hombres y mujeres se quejan de no tener un momento de respiro, de que el mundo es su enemigo, de que tienen "mala suerte". Una persona que se resigna a la santa voluntad de Dios no se queja de tales cosas, sino que da la bienvenida a lo que llegue. El alma egocéntrica y desordenada intenta imponer su voluntad al universo, y siempre fracasa.

Sufre de manera constante, igual que un estómago sufriría si intenta una dieta de vidrio molido, porque está viviendo en contradicción con el propósito divino. Un alma así no puede encontrar justificación a las molestias del momento, ya que juzga todo lo que ocurre con la siguiente medida estrecha y poco realista: "¿Es esto lo que yo había planeado?" Mas la vida es un negocio mayor de lo que el egocéntrico supone. No se deja reducir a algo tan pequeño que quepa en una mente humana. Ningún ser humano puede inventar un "sistema", en la ruleta que prevea todas las contingencias posibles de una pequeña bola que rueda. ¿Cómo es posible que tenga la *hubris*¹ de esperar que el inmenso y variado mundo que lo rodea —seres humanos con sus propias almas, cambios de clima y complejas posibilidades de todo tipo— se acomode a su infinitesimal capacidad de hacer planes?

La diferencia entre la gente que no tiene respiro y aquellos que hacen de todo "ahora" una ocasión de agradecer a Dios es la siguiente: los últimos viven en un espacio de amor más grande que su deseo de "salirse con la suya". De la misma manera en que un niño abandonado en las calles sufre desdichas que un niño con una familia que lo ama no conoce, la persona que no ha aprendido a colocar toda su confianza en Dios sufre reveses y desastres que para las almas que aman no significan preocupaciones. Dios no se muestra igualmente a todas las criaturas. Sí nos muestra, a cada cual, cómo transformar todo en alegría. Esto no significa que Dios sea injusto, sino que aun a Él le resulta imposible mostrarse a algunos corazones bajo ciertas circunstancias. La luz del sol no tiene favoritos, pero no brilla tan bien sobre un espejo polvoriento como sobre uno pulido. En el orden de la divinidad, nada es accidental; no existe una colisión de fuerzas ciegas que nos lastime al azar. Existe, en vez, el encuentro de la Voluntad divina con la humana, que tiene una perfecta confianza en la existencia de un bien ulterior, aunque no pueda comprender cómo, hasta que llegue a la eternidad. Todo ser humano es, en cuanto a los hechos, como un bebé en los brazos de su amante madre, quien algunas veces le administra medicamentos. Dios nos envía todo lo que sucede cotidianamente, a manera de invitaciones para que nos

¹ En griego, orgullo desmedido que merecía el castigo de los dioses (N. de la T).

onemos en su servicio. El bebé llora, el egocéntrico protesta, pesando en los brazos de Dios está contento, porque sabe que Dios hace perfectamente lo que es mejor para nosotros. De esta manera, lo amargo y lo dulce, las alegrías y las penas, son vistas en todo momento como la materia prima de la santidad. "Sabemos, además, que Dios dispone todas las cosas para el bien de los que lo aman, de aquellos que él llamó según su designio" (Rm 8, 28).

Todo acontecimiento común se vuelve, entonces, un misterio, porque es portador de la voluntad divina. Nada es insignificante o tedioso; todo puede ser santificado, de la misma manera en que a las cabras y las ovejas, los peces y el trigo, a las uvas y al ojo de la aguja, se les otorgó dignidad en las parábolas del Reino de Dios. Cosas que la gente mundana aplastaría con el pie, se vuelven para los santos tan preciosas como perlas, porque ellos ven "sermones en las piedras, y bondad en todo." Se sabe que aun los más amargos castigos de la vida pueden ser alegrías en preparación, raros tesoros espirituales bajo apariencias duras y desagradables. Al comienzo uno ama a Dios sólo por sus dones, por las emociones que nos envía. Nos trata, entonces, como a una joven mujer a la que se corteja. Si los dones ya no llegan con tanta abundancia, luego de que ha tenido lugar un verdadero matrimonio, no es porque el amor del esposo sea menor, sino porque es más grande, ya que, ahora, se da él mismo. No son los obsequios de su esposo lo que su esposa ama, ni sus cumplidos, ni aun la emoción del placer que obtiene de su compañía. Ella lo ama. En el momento en que el amante es amado por lo que él es, entonces la naturaleza del don cesa de importar. En forma similar, si Dios retira todos los dones sensibles, toda felicidad natural, es sólo porque desea que la unión entre el alma y Él mismo sea más personal y menos dependiente de su generosidad. Pero Dios nunca nos quita un don natural sin darnos uno sobrenatural a cambio. Las almas no siempre lo entienden, ya que en un principio todos los valores son materiales. Es sólo más tarde cuando ven que el vacío que sufrieron al perder alguna forma preciada de felicidad fue llenado con un mayor discernimiento espiritual.

Podrá parecer extraño a la gente mundana, pero aun nuestros enemi-

gos, aquellos que nos estafan y difaman, pueden volverse ocasiones para avanzar hacia la unión con Dios. Todas las contradicciones pueden transformarse en algo bueno para aquellos que han puesto su confianza en Dios. Al ver el infortunio como algo proveniente de la mano divina, no tenemos que preguntarnos cómo enfrentarlo o interrogarnos sobre el por qué, y tampoco buscamos defendernos de él. Cada desdicha es ocasión de fe y oportunidad para la virtud. Por habernos colocado en la dimensión más profunda del amor divino, sabemos, como lo haría un niño en una familia que lo ama, que hasta lo que no se entiende se hace con cariño y para lo mejor. Llega, finalmente, un período de unión con Dios, en el que todo parece irreal, salvo el amor divino. El alma, en medio de las pruebas y dolores, se transforma en un avión que vuela, y sigue el rayo de luz de la voluntad de Dios a través de la niebla y la bruma.

Está en nuestro poder el decidir para qué trabajamos, qué recompensa deseamos. Todos intentan obtener un premio; si una persona no está interesada en el mérito eterno, en obtener un total unión con Dios, entonces está interesada en obtener el aplauso de los demás o, al menos, la aprobación de una persona en especial. El comediante trata de aumentar su renombre en razón de la popularidad de las masas; el banquero trabaja duramente para aumentar sus bienes, para que la comunidad financiera tenga un buen concepto de él; el estudiante intensifica sus estudios en persecución del conocimiento necesario para obtener la nota más alta; la mujer veleidosa lleva a cabo conquistas para que se la conozca como "una debutante exitosa." Nuestro divino Señor sabía que la mayor parte de las almas estaban interesadas sólo en el aplauso temporal, cuando dijo: "Tengan cuidado de no practicar su justicia delante de los hombres para ser vistos por ellos: de lo contrario, no recibirán ninguna recompensa del Padre que está en el cielo" (Mt 6, 1). Si hacemos el bien a los demás porque los amamos en el plano de lo humano, recibimos una recompensa humana en la forma de su afecto, pero no una recompensa sobrenatural divina.

Si aman a aquellos que los aman, ¿qué mérito tienen? Porque hasta los pecadores aman a aquellos que los aman. Si hacen el

bien a aquellos que se lo hacen a ustedes, ¿qué mérito tienen? Esto lo hacen también los pecadores. Y si prestan a aquellos de quienes esperan recibir, ¿qué mérito tienen? También los pecadores prestan a los pecadores, para recibir de ellos lo mismo. Amen a sus enemigos, hagan el bien y presten sin esperar nada en cambio. Entonces la recompensa de ustedes será grande y serán hijos del Altísimo, porque él es bueno con los desagradecidos y los malos (Lc 6, 32-25).

Nuestro Señor anota los pequeños actos triviales de bondad, tales como dar de beber agua fresca al desconocido, y nos asegura una recompensa sobrenatural si lo hacemos por amor y *consideración* a Él. Mas si deseamos buscar estas recompensas sobrenaturales, deberemos satisfacer sus condiciones, que no son diferentes a las fijadas para ganar una competencia en el plano natural. Supongamos que alguien acaricia la idea de ser un buen corredor. Tres son las condiciones necesarias: (1) Debe ser un corredor nato. Hay ciertas capacidades y talentos, ciertas estructuras de huesos y músculos, cierta capacidad de respiración, que jamás podrán adquirirse. Están dados y constituyen la capacidad para correr. Los espías de carreras atléticas pueden mirar a un alumno antes de que haya recibido ningún entrenamiento y decir si alguna vez será un corredor. (2) Debe estar libre para decidirse por sí mismo. Hay algunos jóvenes que tiene talento para correr pero se niegan a representar a su equipo. Si alguien compite sólo porque se ve forzado a hacerlo, existe la posibilidad de que nunca lo haga bien. (3) Dado, entonces, un talento para correr, y el deseo de hacerlo, las acciones que uno lleve a cabo deben conducir a la meta. Fumar o beber en forma excesiva, la pereza o el descuido de la técnica adecuada, podrían arruinar en forma completa la realización de su talento. Todo lo que haga deberá estar dirigido hacia el objetivo del campeonato.

Apliquemos esto al alma que desea correr en la carrera de la salvación eterna, para ganar la corona incorruptible. Nuevamente se necesitan tres condiciones: (1) La persona debe nacer al orden sobrenatural a través del bautismo; debe entrar en el estado de gracia que le proporcio-

na la capacidad, el don, el talento para lo sobrenatural. Para obtener la recompensa de Dios debemos volvernos hijos de Dios; las ramas deben estar unidas a la vid. Todas las buenas acciones de una persona en estado de gracia merecen la salvación a través de la misericordia de Dios, ya que Dios es la principal causa de su mérito. "Pero por la gracia de Dios soy lo que soy, y su gracia no fue estéril en mí, sino que yo he trabajado más que todos ellos; aunque no he sido yo, sino la gracia de Dios que está conmigo" (Co 15, 10). (2) El alma debe de ser libre. No hay mérito en la virtud si nos vemos forzados a practicarla o si se la sigue por necesidad. Cuando nuestra voluntad humana responde a la acción divina, sólo es secundaria a la gracia de Dios como causa de mérito, mas, aunque secundaria, nuestra contribución es muy real. Dios y nosotros cooperamos. (3) Haga lo que haga el alma, debe ser moralmente una buena acción, destinada por su naturaleza a ser recompensada en moneda sobrenatural. No existen los actos indiferentes cuando uno está en estado de gracia; un acto es meritorio o no lo es. (El sexo alcanza aquí, incidentalmente, su más sublime concepción, ya que en el matrimonio cristiano su uso es un medio de la gracia; a través de él, los esposos pueden aumentar su mérito para el cielo y la eterna unión con Dios.)

Asumamos que nuestras acciones son moralmente buenas. Entonces cada tarea o deber es como un cheque en blanco; el valor que posee depende del nombre de quien está firmado, de si está llevado a cabo teniendo en cuenta a Dios o al yo. El motivo hace al santo; la santificación no depende de nuestra geografía, ni de nuestro trabajo o circunstancias. Algunos imaginan que si estuvieran en otro lugar, o casados con una esposa diferente, o tuvieran un trabajo distinto, o más dinero, podrían ejecutar el trabajo de Dios mucho mejor. La verdad es que el lugar donde estén es indiferente; sólo importa hacer la voluntad de Dios por amor a Él. Todos desearíamos forjar nuestras propias cruces, pero puesto que Nuestro Señor no hizo la suya, nosotros tampoco podemos hacerla. Podemos aceptar lo que Él nos da, y hacer de ello, lo mejor, sobrenaturalmente. La dactilógrafa en su escritorio, que escribe a máquina cartas rutinarias, el barrendero con su escoba, el granjero que ara su campo con sus caballos, el médico que se inclina sobre su paciente, el abogado que sigue un caso, el estudiante con sus libros, los enfermos en su aislamien-

to y dolor, el maestro que ejercita a sus alumnos, la madre que viste a sus hijos, todas estas tareas, cada uno de estos deberes, pueden ser ennoblecidos y espiritualizados, si se llevan a cabo en nombre de Dios.

17. Más allá de lo meramente humano

Una vida centrada en Cristo no consiste en cantar himnos, leer las Escrituras, e incitar a la virtud a nuestros prójimos pegando textos en las paredes. No nos hacemos cristianos por llevar a cabo una buena acción diaria, ni por buscar la religión, ni por comprometernos en movimientos de reformas económicas y políticas, aunque estas cosas sean hechas por las más nobles motivaciones humanas. Cristiano es quien, al creer que Cristo es Hijo de Dios, lleva esa vida de Cristo en su alma.

La diferencia entre una vida verdaderamente cristiana y una buena vida humana es como la diferencia entre una rosa y un cristal, una diferencia en los niveles de vida. "El que cree en el Hijo tiene Vida eterna" (Jn 3, 36). *Monee vivum ex vivo*. La vida debe venir siempre de la vida; no puede emerger de lo inanimado. La vida humana debe venir de padres humanos, y la vida divina, debe ser engendrada por lo divino. La posibilidad de la vida sobrenatural fue dada a la humanidad caída a través de la Encarnación, cuando fuimos redimidos. Para que se hiciera justicia, el Redentor de la humanidad debía ser a la vez Dios y hombre. Debía ser hombre, porque de otra manera no podría haber actuado en nuestro nombre, representándonos; debía ser, también, Dios, ya que de otra manera no hubiera podido pagar la infinita deuda debida a Dios por la humanidad, a causa del pecado. Dios no tomó obligatoriamente esta naturaleza humana de la humanidad; la aceptó como el libre don de una mu-

jer, María, cuya libre respuesta al ángel mensajero fue: "Hágase en mí según tu palabra".

Una vez en posesión de su naturaleza humana, la ofreció como sacrificio por toda la culpa debida a los pecados humanos. Así como un padre cariñoso puede pagar las deudas de su prole descarriada, el Padre celestial envió a su divino Hijo para pagar nuestras deudas morales y, de esta manera, devolvernos a una relación de amor con el Padre, rota con la Caída. Si bien la naturaleza humana de nuestro Señor estaba libre de pecado, según el firme lenguaje de san Pablo "fue hecho pecado." Asumiendo nuestra bancarrota, Él dio comienzo al trabajo de rehabilitación espiritual de la humanidad. Para entenderlo, debemos tomar en consideración la analogía del cáliz. Supongamos que el cáliz usado diariamente en el santo sacrificio de la misa es robado, vuelto a moldear como jarra de cerveza y entregado para usos profanos. Antes de que pueda ser usado nuevamente en el altar, debe pasar por el fuego, para fundirse. Luego, se le debe volver a dar forma de cáliz. Finalmente, después de haber sido consagrado y bendecido, puede ser restituido al servicio de Dios. Ese cáliz se asemeja a nuestra naturaleza humana que una vez estuvo en orden, con sus sentidos sujetos a la razón, su razón a la fe, su cuerpo al alma, y la personalidad entera orientada a Dios. A continuación, a través de un acto libre, la naturaleza humana se alejó de Dios, hacia el amor por sí misma. Con el fin de deshacer este daño cósmico, el Hijo de Dios tomó de María una naturaleza humana libre de pecado, y en su pureza incluyó todos los pecados del mundo; de manera que pareció como si Él mismo fuera culpable de ellos. Fueron esta culpa y este pecado, esta frustración y este miedo, que nuestro Señor sintió como propios, que lo llevaron a sudar sangre en el Huerto. Para salvarnos a todos, sumergió esa naturaleza humana en los fuegos del Calvario, para que cualquier forma maligna de pecado ardiera y fuera destruida. Golpeado y martillado, sujeto a sufrir la más grande ignominia que podía infligir el pecado —la crucifixión del Hijo de Dios—, nuestro Señor resucitó al tercer día con una naturaleza humana perfecta. La humanidad, ahora, ha sido restituida a su destino sobrenatural, pero sólo si se mantiene en contacto con nuestro Redentor, usa su humanidad glorificada como horma o modelo sobre el cual moldearse.

Esto implica lo que se conoce como incorporación; que no nos volvemos uno con Cristo por leer o pensar sobre Él, o por admirar el Sermón de la Montaña, o estudiando las biografías de sus tiempos. La unión con Él es un proceso vital, un participación en Él: "Lo que nace de la carne es carne, lo que nace del Espíritu es espíritu" (Jn 3, 6). La vida espiritual es el regalo del Espíritu Vivo en Cristo, quien se prolonga en su Cuerpo Místico y difunde su vida a través de sus siete canales dadores de vida. Esta nueva vida comienza con un nacimiento "El que no nazca de lo alto no puede ver el Reino de Dios" (Jn 3, 3). En la economía de la salvación, Dios desciende sobre nosotros para que nosotros podamos ascender hacia Él. Nos ha ofrecido la oportunidad de volvernos algo más grande de lo que somos por naturaleza: de ser partícipes de su propia vida divina. Se convirtió en la nueva cabeza de la raza humana en reemplazo de Adán, la vieja cabeza. Como descendemos de Adán por nuestro nacimiento físico, así podemos incorporarnos a Cristo por un nacimiento espiritual. Uno de los efectos de esta incorporación, mencionada por san Pablo, es que nuestros cuerpos se vuelven Templos de Dios. En esto basa san Pablo su llamado a la pureza, ya que el templo de Dios no debe ser jamás profanado.

El objetivo de una vida cristiana es hacer de la nuestra, en el mayor grado posible, la salvación objetiva que nos fuera dada por Cristo. Él nos trajo la salvación de manera objetiva y en toda su plenitud y perfección; pero aun así la libre cooperación del individuo es necesaria para la completa aplicación y perfección final en su propia alma. Es como si cada uno de nosotros tuviera una fortuna en su cuenta de banco: a menos que hagamos un cheque, de nada nos serviría tenerla allí. La salvación subjetiva es nuestra libre aceptación de la oportunidad de ser algo que, por naturaleza, no somos: hijos e hijas adoptivos de Dios. Éste es el comienzo de una constante asimilación de su gracia y su fuerza vital, que da frutos en la vida cotidiana del cristiano, y nos procura una creciente amistad vital con Él, a través de la cual el Cuerpo Místico de Cristo crece y se desarrolla.

El hombre se distingue de los animales por la posesión de un alma racional que le confiere su especial dignidad humana. Resulta apropiado

que los principales efectos de la infusión de energía divina se manifiesten en las dos facultades principales del alma: el intelecto y la voluntad. Una vez que el poder divino penetra en el intelecto, se vuelve fe; una vez que se infunde en la voluntad, se transforma en esperanza y caridad. De esta manera nacen las tres grandes virtudes sobrenaturales, por medio de las cuales podemos creer en Dios, conocerlo y amarlo.

El intelecto es el primero en sentir el impacto de la vida en Cristo. La gracia santificante perfecciona la razón, infundiéndole una nueva luz. Así como el sol ilumina nuestros sentidos, la luz de la fe ilumina nuestra manera de relacionarnos con Dios. La fe es tan necesaria para completar la vida humana como la luz lo es para la visión. Tenemos iguales ojos de noche que de día, pero no somos capaces de ver en la noche porque nos falta la luz del sol. Dos individuos con los mismos dones intelectuales ven de forma diferente si uno tiene fe y el otro carece de ella; mirando con atención una realidad divina, tal como la de nuestro Señor en la sagrada Eucaristía, vemos al Emanuel o Dios con nosotros, mientras que el otro ve únicamente pan. Esto se debe a que uno de ellos tiene una luz que al otro le falta.

Esta nueva luz es a nuestra razón lo que el telescopio es al ojo. Éste no destruye el ojo, ni crea nuevos mundos, pero permite al ojo ver realidades que, si bien están allí desde antes, el ojo desnudo jamás podría alcanzar. Una persona que no "creyera" en los telescopios, pensaría que el astrónomo no hace más que imaginar las cosas que dice que ve; que al describir estrellas y planetas distantes es víctima de la superstición. No es inusual que los que carecen del don de la fe atribuyan toda creencia en el mundo sobrenatural a la imaginación o la fantasía.

La fe se asemeja también a un microscopio, ya que nos permite percibir un significado más profundo en las verdades que ya conocemos; otorga una nueva dimensión de profundidad a nuestro conocimiento natural. El conocimiento sin fe está, a menudo, formado por retazos de información, mezclados en un montón, como limaduras de hierro apiladas de manera fortuita. La fe, como un imán, las clasifica ordenadamente. Ella toma nuestros datos inconexos y los relaciona con una sola unidad. Gracias a su iluminación, el intelecto, ahora, tiene un nuevo y sólido

marco para juzgar y estimar en forma completa los variados segmentos de la realidad. El mundo es visto, ahora, desde la perspectiva divina, y a través de la mente cristiana.

Existe, así, una visión completamente diferente entre aquellos que tienen fe y los que no la poseen, sobre temas como la educación, la enfermedad, el matrimonio, la muerte y la bomba atómica. La mente cristiana, al contemplar el campo de la educación, insiste no sólo en la educación del intelecto sino que requiere también la de la voluntad. Añade al puro objetivo mundano de la educación (educación ciudadana y para el servicio) el objetivo divino (educación en el amor a Dios y al prójimo, por amor a Cristo y para la salvación de las almas). La enfermedad es vista por la fe como proveniente de la mano de Dios, para apartarnos del espíritu mundano o bien para darnos la oportunidad de ofrecer nuestros sufrimientos en unión con Cristo, para la salvación del mundo. El matrimonio ya no se toma como una unión temporaria de los dos sexos, sino como un símbolo místico de la unión con Cristo en su Iglesia, y es, por lo tanto, un privilegio para toda la vida. La muerte no es contemplada como un mero fenómeno biológico, sino como el momento del juicio, en el que debemos rendir cuentas a Dios de nuestra administración. La bomba atómica no es una evidencia del progreso de la ciencia, sino más bien un recordatorio de la perversidad humana; cuando Santiago y Juan pidieron a nuestro Señor que hiciera caer fuego sobre los samaritanos, Él se dio vuelta y dijo: "Ustedes no saben a qué espíritu pertenecen" (Lc 9, 55).

Aquellos que piensan que la fe sobrenatural destruye la razón asumen que la fe es algo exterior a la razón, como el techo que es exterior a nuestros ojos que les impide ver el cielo. La verdad es que la fe no es exterior a la razón, sino interior a ella, como la luz que permite los ojos ver el cielo, viene del sol y, sin embargo, actúa dentro de los ojos y les permite ver el cielo. La iluminación divina a través de la fe no está en el mismo nivel que la razón: se encuentra en un nivel diferente y superior. La fe supera a la razón pero jamás la contradice, como tampoco la razón de un hombre sabio de sesenta años contradice la razón que poseía a los siete años. Sin embargo, a menudo, quienes no han sido iluminados por

la fe suponen que, para aceptarla, deberían abandonar todo, renunciar al sentido común y a la claridad de pensamiento. Esto es debido, en parte, al hecho de que una persona así, sólo conoce lo que existe en su mente ahora; no tiene experiencia de las verdades mayores que podría comprender si alguna vez tuviera fe. La razón es siempre más fuerte con la fe, que sin ella, así como la razón es la perfección de los sentidos, la fe lo es de la razón. Un ebrio que ha perdido la razón, conserva aún los sentidos, pero estos ya no funcionan de manera correcta; tropieza, se cae, ve doble, habla pastosamente, no siente el frío o el calor. Estas cosas ocurren porque sus sentidos necesitan a la razón para funcionar bien. De la misma manera, la razón humana necesita la fe para funcionar de manera correcta. El más alto desarrollo en la sabiduría filosófica nunca alcanzado por un hombre tuvo lugar en los tiempos de la fe, en el siglo trece; nuestra época atea, que ha abandonado la fe, es, de manera correspondiente, un tiempo de gran irracionalidad.

La fe ilumina todas las facultades de una persona, como la luz del interior revela el diseño de los vitrales. La fe es mucho más que una resignación pasiva a una prueba; es algo dinámico, acompañado de un intenso deseo de poseer a Dios como autor y consumación de nuestra vida. La certidumbre que nos da la fe se halla fuera de toda proporción con la razones que nos llevaron a incorporarnos a Cristo; se asemeja, de alguna manera, a la certidumbre de un niño, de que la cabeza de la familia es, en verdad, su padre, convicción ésta que prueba su condición de hijo con mayor fuerza que cualquier otro argumento.

La fe religiosa no es ajena al temor, pero éste no es el miedo servil que un ciudadano tendría por un dictador en un estado comunista; es el temor filial que un niño siente por su amante padre. La persona de fe teme a Dios en el sentido en que su respeto le hace evitar cualquier cosa que pueda herir a su padre. En este miedo no hay ningún egocentrismo, sólo un centrarse en Dios. A su vez, este temor lleva a una pureza del intelecto, que busca evitar todos los errores que podrían dañar la relación viva del alma y Cristo. La verdad nos resulta más preciosa que nunca antes, puesto que ahora la vemos como un aspecto de Dios. La herejía y el error son a la fe lo que el barro es al cuerpo. "Benditos sean los puros de corazón, porque ellos verán a Dios."

El Dios de la verdad es llamado también "La luz del mundo", porque la luz y la verdad son dos conceptos gemelos. Ver es, en verdad, creer; y cuando el catecismo habla de un "intelecto ensombrecido", quiere decir una mente en la que la luz diurna de la verdad no penetra fácilmente. El universo entero es inteligible en términos de luz. Sir James Jeans ha dicho que la descripción más científica del universo nunca dada está contenida en el libro del Génesis: "Dios dijo, hágase la luz y la luz fue hecha." Se refería al hecho, científicamente establecido, de que los átomos están compuestos de luz. Los físicos hablan de dos tipos de luz: la luz continua, que incluye las cosas materiales, y la discontinua, que es iluminación. La acertada intuición de todos los tiempos ha descripto la realidad en términos de luz. Existe la luz del sol para los sentidos, y la luz de la razón, que puede comprender la verdad universal; y por sobre ambas, completándolas, se halla la luz de la fe, que ilumina la razón de manera más perceptible de lo que la razón ilumina a los sentidos. Todas las formas de luz son un reflejo de Dios, "que mora en la luz inaccesible." Empero, sólo recientemente llegamos a saber que Dios, como luz, ha dejado su firma en el invisible átomo compuesto de luz de las cosas materiales.

Sin embargo, la luz surge en forma jerárquica dentro del universo creado: del átomo al intelecto humano, y más alto aún. En el plano de la fe, el intelecto ya no proyecta su luz al ras de la tierra para instruirse acerca de las cosas naturales, sino que, más bien, su poder y energía se dirigen hacia lo divino. Y gracias a la iluminación que Dios otorga al intelecto creyente, éste obtiene nuevos poderes y capacidades, de los cuales viene en primer lugar, una nueva serenidad, una sensación de haber finalmente "llegado". Su adhesión es tan cierta, su certidumbre tan absoluta, que sólo puede explicarse como proveniente de una fuente: la primera y suprema verdad. Si bien se puede argumentar que quienes creen en una falsa religión tiene una certidumbre similar, debemos señalar que su certidumbre se halla protegida ya sea por la ignorancia (como es el caso de mucha gente buena y simple) o por el rechazo a una búsqueda racional en el campo de lo religioso. Ya que tan pronto como la razón comienza a trabajar sobre los mitos, éstos pierden su poder convincente, en tanto que si la razón trabaja sobre la fe, la certidumbre de su verdad

se vuelve más fuerte. Sólo aquellas mentes que jamás han examinado la gran *Ratio Teológica* de la cristiandad, pueden ignorar el poder de la razón, animada por la llama de la creencia divina.

La fe pertenece al intelecto del hombre. Las otras grandes virtudes, la esperanza y la caridad, residen en la voluntad. Cuando la gracia nos incorpora a la vida en Cristo, deja en nuestra alma una medida de ambas. La esperanza es el equivalente sobrenatural de la seguridad. Así como algunas personas confían en su futuro remoto porque tienen una poderosa cuenta de banco, el cristiano confía en su futuro remoto debido a que posee una acción de la riqueza divina. La esperanza sobrenatural depende de la fe, ya que no podemos esperar algo si no creemos en su existencia. Aunque la esperanza proviene de la fe y lleva al amor, el primer paso de todos debe ser el conocimiento racional. Antes de poder amar a alguien, debemos conocerlo, para comenzar a concebir la esperanza de que se vuelva un buen amigo. Finalmente, la esperanza se realiza en el amor. Es equivocado decir que "el deseo es padre del pensamiento," ya que esto significaría que la emoción precede al conocimiento, lo que es un absurdo; no se recibe un telegrama anunciando la muerte de un amigo, porque lloramos, sino que lloramos luego de recibir la noticia de su muerte. La esperanza no puede ser jamás el fundamento de un sano conocimiento o una sana religión. El objeto de la esperanza en una vida centrada en Cristo es la eterna felicidad junto a Dios, cuya existencia descubrimos, primero, a través de nuestra razón y ratificamos luego por medio de la fe.

Uno de los hermosos efectos de la esperanza es que nos libera del mórbido temor a fracasar. La obsesión con el fracaso, como peligro que se debe evitar, es resultado directo del egoísmo. En la medida en que nuestro orgullo disminuye, se ve acompañado por un alivio del viejo temor a ser humillados por el fracaso. Una vez que Dios y la obediencia a su voluntad se han transformado en nuestro deseo abarcador, el temor a la hostilidad de los demás se evapora por completo, y estamos preparados para ser "tontos por Cristo" Los Apóstoles alcanzaron un punto en el que eran capaces de regocijarse de las burlas de los demás, porque de esta manera podían dar un mayor testimonio de la grandeza de su Se-

ñor. La unidad con Cristo no garantiza que nos volvamos inmunes a las cruces, pruebas y dificultades, pero significa que podemos no sentirnos sobrepasados por estos tropiezos. Nuestro Señor dijo: "En el mundo tendrán que sufrir; pero tengan valor: yo he vencido al mundo" (Jn 16, 33). San Pablo, frente a la muerte, dijo: "¿Dónde está, muerte, tu victoria? ¿Dónde está tu aguijón?" (1 Co 15, 55). Un verdadero cristiano está consciente del carácter transitorio y relativo de todo sufrimiento; sin embargo, en medio de él, se siente protegido por el todopoderoso amor de Dios. A pesar de los insultos que pueda encontrar, el alma se aferra a Dios con serena confianza, dándose cuenta de que ningún ataque contra ella puede dañarla, puesto que Dios redimió al mundo por medio de la Cruz.

La esperanza nos libera, asimismo, de otras formas de ansiedad. La mayoría de las preocupaciones y tensiones de un individuo vienen cuando éste siente una desproporción entre los recursos del yo y los obstáculos que debe vencer para obtener un objetivo temporal. Si el yo sólo pudiera confiar y contar con él mismo, frente a un mundo despiadado, entonces existen razones para que sufra cierta ansiedad. Mas cuando los recursos del alma se despliegan y se ven complementados con los infinitos recursos de lo divino, la ansiedad desaparece. Como dijo nuestro bendito Señor: "El Padre que está en el cielo sabe bien lo que ustedes necesitan" (Mt 6, 32). También la desesperanza se desvanece, cuando la esperanza nace de la fe en Dios, ya que la causa de la desesperanza es el orgullo. En el pasado, cuando el yo estaba melancólico, significaba que había fracasado en llevar a cabo alguna ambición por sus propios medios. Ahora, gracias a la influencia de la gracia divina, el alma ya no confía en sí misma, porque su capacidad la obtiene de Dios. Ahora, aquello mismo que una vez le hubiera parecido el más grande obstáculo a la paz y la felicidad —nuestra debilidad— se vuelve fuente de alegría. San Pablo dice: "Cuando soy débil, entonces soy fuerte" (2 Co 12, 10). Cuando dejamos de confiar en nuestros propios poderes, entonces el poder de Dios nos vuelve más fuertes, porque el que está unido al Señor es un solo espíritu con Él. No podemos, ya, desesperar de nuestro futuro, porque está en manos infinitamente amantes y poderosas. Ni siquiera la abundancia de anteriores pecados podrá hacernos desesperar de la misericordia

de Dios, ya que un corazón humilde y contrito jamás será despreciado.

La esperanza nos otorga un vigor y arrojo nuevos, para intentar cosas que no nos hubiéramos sentidos capaces de llevar a cabo solos. Gracias a la ayuda sobrenatural, podemos decir con san Pablo: "Yo lo puedo todo en aquel que me conforta" (Flp 4, 13). La timidez y la postergación de las tareas que parecían demasiado grandes para nosotros, dan lugar a una efectividad aumentada, ya que el dinamismo que necesitábamos de Dios está ahora a nuestra disposición. Ya no somos la mano temerosa, sino que comenzamos a ser la herramienta confiada y firme en su conocimiento de que Dios la guía. Esto no es una rendición de la personalidad, sino una entrega de la misma a los propósitos más amplios de Dios, que seremos capaces de cumplir en el grado en que usemos todos nuestros poderes, con ímpetu, en su servicio.

La esperanza se vuelve confianza, y la confianza tranquiliza el corazón y el alma. Ya no tomamos tal acontecimiento como algo "desalentador" o tal otro como "reconfortante". Todo lo que sucede, lo hace dentro de una marco de confianza y esperanza. Algo similar ocurre con la amistad humana; en un primer momento evaluamos al nuevo conocido, y tomamos tal acción y tales palabras como un indicio de lo que podemos esperar de esa persona. Luego, cuando conocemos y amamos más, confiamos en ella, no la juzgamos ya por cada cosa en particular que haga. En nuestra perspectiva ha habido un cambio. Ya no juzgamos el carácter por medio de la acción; ahora juzgamos las acciones de nuestro amigo a través de su carácter, que conocemos. Si no comprendemos alguna acción en particular, lo atribuimos a nuestro desconocimiento de intenciones del otro, antes que pensar que es perverso. Lo mismo sucede con la confianza en Dios. Cuando somos espiritualmente imperfectos, nos sentimos inclinados a juzgar a Dios por la tribulación o la gracia en particular que nos ha enviado a nosotros o a nuestro prójimo. Pero luego, cuando comprendemos la naturaleza de Dios como amor y misericordia, juzgamos el acontecimiento particular a la luz de su bondad, y hasta es posible que alcancemos un punto de perfecta confianza, donde, como Job, digamos: "Aunque me ha herido, aún confío en Él." De manera particular, a la luz de su crucifixión, hallamos imposible quejarnos, diciendo: "¿por qué

Dios me ha hecho esto?", o "¿qué hice para merecer esto? Al mirar la cruz en el Monte Calvario, sabemos que nuestro Señor no preguntó: "¿Qué hice para merecer esto?" A través de su ejemplo, alcanzamos la paciencia y la resignación en la desdicha momentánea, a sabiendas de que lo único que importa es la acción postrera de nuestras vidas.

El segundo fruto importante de la fe, en el campo de la voluntad, es la caridad. Existen diferentes maneras de amar a las personas. Podemos amar a alguien porque es generoso, debido a que sus fiestas y sus regalos nos causan placer, porque es digno de amor y es placentero estar con él, o podemos amar a alguien por amor a Dios, al verlo como un hijo, ya sea potencial o actual, de Dios. El amor procedente de cualquiera de los dos primeros motivos no responde a la caridad sobrenatural, puesto que la caridad tiene siempre como motivo: *Propter Deum* (por Dios).

"Queridos míos, amémonos los unos a los otros, porque el amor es de Dios, y todo el que ama ha nacido de Dios y conoce a Dios. El que no ama no ha conocido a Dios, porque Dios es amor... Queridos míos, si Dios nos amó tanto, también nosotros debemos amarnos los unos a los otros. Nadie ha visto nunca a Dios: si nos amamos los unos a los otros, Dios permanece en nosotros y el amor de Dios ha llegado a su plenitud en nosotros... El que dice: "Amo a Dios", y no ama a su hermano, es un mentiroso. ¿Cómo puede amar a Dios, a quien no ve, el no ama a su hermano, a quien ve? Éste es el mandamiento que hemos recibido de él: el que ama a Dios debe amar también a su hermano" (1 Jn 4).

Por medio de la virtud sobrenatural de la caridad, el Amor divino habita en el alma, en una relación muy íntima y personal, ya que Dios puede hacerse presente de maneras muy distintas. En primer lugar, Dios está presente en todo el mundo, porque Él es el Poder que ha hecho al mundo, la Sabiduría que lo planeó y el Amor que lo llevó a cabo. Asimismo, Dios está presente —de manera personal— en la Eucaristía y en nuestras almas en tanto permanezca la presencia sacramental. Pero hay otra presencia divina que es más duradera aún, y es la presencia de Dios en el alma a través de la caridad. Hallarse en estado de gracia por medio

de la caridad no significa tener algo, sino ser algo, ya que una de las consecuencias de la fe es que algo extraordinario nos sucede: recibimos un don. Muchas almas bautizadas ignoran este misterio, y permanecen en esa ignorancia a lo largo de toda su vida; porque así como es posible para algunas familias vivir bajo un mismo techo sin comunicarse, es posible que una persona tenga a Dios en su alma y, sin embargo, casi no sostener un diálogo íntimo con Él. Cuanto más santa se vuelve un alma y más se desapega del mundo, más conciencia adquiere de la presencia de Dios. Se pueden señalar cuatro etapas en el cumplimiento de esta intimidad:

Yo soy.

Yo debería.

Yo puedo.

Yo quiero.

En la primera etapa, tenemos conciencia sólo de nuestra propia existencia, y esto se llama egocentrismo. En el segundo nivel, el alma se percató de su conciencia, a la que percibe como un "debería"; aquí el yo, o personalidad, ha comenzado a desarrollarse. En la tercera etapa, existe el reconocimiento de que, debido a la gracia de Dios, el yo podría transformarse en algo mucho mayor que él mismo. Éste es el primer vislumbre de la posibilidad de la trascendencia. La cuarta y última fase consiste en identificar la voluntad del yo con la voluntad de Dios, quien ha establecido su morada en el alma. Debido a esta presencia especial de Dios en el alma, el cuerpo se vuelve, ahora, templo del Espíritu Santo, y no puede ser profanado por pecados contra la pureza o la templanza. La Iglesia, que considera siempre a nuestro cuerpo como un tabernáculo, se opone a una destrucción violenta del mismo, tal como la mutilación o la cremación. No destruiríamos tampoco, por medio del fuego, a una iglesia que nos haya sido útil o un hogar que hayamos amado; esto sería un abuso contrario a nuestro sentimiento de respeto. Debido a que el cuerpo está llamado un día, luego de la resurrección, a transformarse en

un templo más santo de Dios, es especialmente perentorio que lo tratemos con respeto y no lo abandonemos a las fuerzas de la destrucción.

La presencia de Dios dentro de nosotros es una verdad que ha inspirado a muchas inteligencias. Podemos leer de qué manera el padre de Orígenes, uno de los primeros escritores cristianos, solía inclinarse sobre la cuna de su hijo y decir a todos los que lo rodeaban: "Adoro a Dios presente en el corazón de este pequeño cristiano bautizado." Más tarde, cuando el propio Orígenes comenzó a escribir sobre la gracia, dijo: "Mi alma es la morada de Él: de Dios, de Cristo y del Espíritu Santo." Un católico francés imposibilitado de recibir la comunión, pidió, una vez, que trajeran a un hombre pobre a su habitación de enfermo para poder, así, comunicarse con el Dios que habitaba dentro del pobre. Santa Isabel de la Trinidad escribió una vez a su hermana, diciéndole: "El cielo está en los huecos más recónditos de nuestra alma. ¿No es esto un pensamiento simple y consolador? Suceda lo que suceda, en medio de todos tus cuidados como madre de familia." Escribió asimismo: "Siempre puedes retirarte en soledad, cuando tus numerosos deberes te distraigan; puedes, si así lo deseas, refrescarte en cualquier momento, descendiendo a las profundidades de tu alma donde el divino Huésped tiene su morada." Es posible que nuestro cuerpo sea sólo un velo que nos impide ver a Dios. Entre la gracia en esta vida y la gloria del cielo no se encuentra más que la delgada cortina de la carne. En el momento de nuestra muerte, este velo se levantará y entonces podremos ver a Aquel a quien poseíamos, sin verlo en esta tierra, toda vez que nos hallábamos en estado de gracia.

Un día, santa Catalina de Siena sufrió tentaciones muy violentas contra la virtud de la pureza. Finalmente, cuando la tormenta hubo pasado, se le apareció Nuestro Señor. Ella le dijo: "Señor, ¿dónde estabas cuando mi corazón se llenó de pensamientos tan impuros?" El Señor respondió: "Estaba en tu corazón." Santa Catalina dijo: "Señor, Tú eres la verdad misma, y me inclino ante ti, pero ¿cómo puedo creer esto, cuando mi corazón estaba lleno de pensamientos tan detestables?" Nuestro Señor le respondió: "Estas tentaciones, estos pensamientos ¿te causaban alegría, pena, placer o sufrimiento?" Y ella contestó: "Un sufrimiento y

un dolor terribles." Nuestro Señor, entonces, le dijo: "Sabe, hija mía, que sufriste porque yo estaba escondido dentro de tu corazón. De haber estado ausente, los pensamientos que penetraron te hubiesen causado placer. Fue mi presencia que los volvió insoportables para ti. Yo estaba actuando en ti. Defendí tu corazón contra el enemigo. Nunca he estado más cerca de ti."

Esto indicaría que la resistencia de las almas santas al mal es debida, en parte, a la conciencia de que Dios está en su interior. Es posible que las almas que carecen del sentido del amor divino caigan más prontamente en el pecado, porque tienen menos conocimiento de lo que perderán a causa del mismo.

En las almas de los justos, se desarrolla, una lucha entre la naturaleza y la gracia a lo largo de sus vidas. No niegan que el pecado, al que rechazan por un mayor amor a Dios, les daría placer. En este punto, quienes viven la vida de los sentidos—inmersos en hábitos de embriaguez y lascivia— se jactan de tener placeres de los que los santos carecen. Es verdad; si los pecados no incluyeran el placer, no atraerían a nadie. Pero existe una diferencia entre las vidas de los que se encuentran en estado de gracia y la de quienes se entregan al pecado; los pecadores obtienen siempre, un breve placer primero, y luego experimentan como secuela el gusto amargo del dolor, la amargura, el vacío y la desazón. El cristiano sufre en primer lugar el dolor (que es de un carácter más bien transitorio), pero lo que le sigue es la alegría, la paz y la felicidad. El pagano celebra la orgía, a la que sigue la resaca; el orden de la Iglesia revierte esto, al celebrar primero la privación y luego la fiesta. Pero resulta ilusorio pensar que la gente mundana sufre solamente un dolor de cabeza matinal, debido a la resaca. Como escribió Nietzsche a su hermana: "Recuerda, querida hermana, que la incredulidad también tiene sus tragedias." Mucha de la melancolía, la frustración y el tedio del mundo moderno, es la consecuencia psicológica de una vida de pecado. La gracia santificante, o gracia blanca, con su felicidad, es el resultado de una infusión de vida divina. En la vida espiritual pasamos a cuenta nuestras alegrías antes de saborearlas.

Cuando mayor es nuestra confianza en Dios, más deseamos hacer

por Él, a crédito; y si entregamos nuestra entera voluntad para que Él la controle, en retorno por nuestro amor, nos otorgará dones aun mayores.

La caridad divina puede impregnar el alma de tal manera que esta última sienta como traicionero todo placer que la aparte del amado. Así como el perro a menudo se negará a comer de otra mano que la de su amo, el alma en estado de gracia es capaz de rechazar toda experiencia imposible de santificar. Dios lo es todo. Esta alma se aparta de todo placer mundano o de poca importancia en el que Dios no tenga parte. Así, la caridad nos aparta del espíritu del mundo, sin hacer ningún esfuerzo consciente por liberarnos de sus atracciones. Tiene, asimismo, otro efecto: inspira una gran caridad por quienes no están en estado de gracia, y de manera particular por quienes han caído. Al conocer algo de las dulzuras de Dios, ven a aquellos que se han separado de Él, como habiendo tenido ya su castigo, y aplican esta actitud en particular a quienes tenían fe y la perdieron. El alma infiel, cuando se aparta de Dios, está bajo tortura; como una vez amó lo mejor, nada menos puede satisfacerla. Las personas virtuosas en estado de gracia no desean aumentar el sufrimiento de un alma caída sino que tratan de disminuirlo por medio de más amor. Así como está mal empujar a quien se halla al borde del fuego al medio de las llamas, o hundir bajo el agua a un hombre que se está ahogando, está mal sentir un placer malicioso ante quienes sienten, en sus corazones, la tragedia de la pérdida de Dios.

Pero quienes han conocido la fe y la han perdido son menos numerosos que aquellos que permanecen inconclusos, sin desarrollar, incompletos, porque todavía no han recibido la gracia de Dios. "Muchos son los llamados, pero pocos los escogidos." Como en el universo material, hay aquí la posibilidad de elevarse por encima del nivel natural, pero no todos toman la oportunidad. Existen muchos minerales y sustancias químicas en el mundo que no pasan al nivel superior de lo vegetal; muchas plantas no ascienden al nivel de la vida animal, y hay muchos animales que jamás llegarán a la dieta de un ser humano. Hay, también, muchas personas que no mueren a sí mismas por medio de un acto de voluntad propia, con el fin de vivir con Cristo su forma mayor de existencia. Ignoran el impulso hacia lo alto del universo y sufren en forma correspondiente.

El amor, que sinónimo de caridad, es nuestra escalera más corta hacia lo sobrenatural. El amor es siempre, al principio, un descenso desde arriba: en primer lugar, Dios nos ama, y nosotros, los cristianos, deberíamos también ser los primeros en amar a los demás. Este amor brilla aun cuando el que está en cuestión es nuestro enemigo. "Pero yo les digo: Amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores; así serán hijos del Padre que está en el cielo, porque él hace salir su sol sobre malos y buenos y hace caer la lluvia sobre justos e injustos" (Mt 5, 44-45). Aun cuando el enemigo nos cause dolor, aunque debamos, en la guerra, quitarle la vida, no se trata de arrebatarle nuestro amor. El amor cristiano sobrelleva el mal, pero no lo tolera. Hace penitencia por los pecados ajenos, pero no es tolerante con el pecado. El clamor por la tolerancia jamás lo induce a extinguir su odio por las filosofías nocivas que han entrado en disputa con la verdad. Perdona al pecador, y odia el pecado; es misericordioso con la persona, pero inmisericorde con el error de su inteligencia. Recibirá, siempre, al pecador en el seno del Cuerpo Místico, pero no habrá de incorporar sus mentiras al tesoro de su sabiduría. El verdadero amor incluye el verdadero odio. El que ha perdido el poder de la indignación moral y el impulso de echar a los compradores y vendedores del templo, ha perdido asimismo el amor vivo y ferviente por la verdad.

La caridad, por lo tanto, no es una filosofía blanda del "vivir y dejar vivir"; no es una suerte de sentimiento meloso. La caridad es el Espíritu divino del amor, infundido en nosotros. Es una integración de la personalidad bajo el Espíritu de Dios, que nos hace amar la belleza y odiar lo moralmente feo. El amor humano, por sí mismo, es susceptible de debilidad y se cansa fácilmente; el amor humano, respaldado por la gracia divina, es tan fuerte e incommovible como el acero. Ni bien el Amor divino se vuelve menos común entre los hombres, los lazos del matrimonio se vuelven menos firmes; los que aman cesan de amar a las personas y aman, de manera egoísta, la emoción que los demás les proporcionan. Esta clase de amor dura tan sólo lo que dura la pasión. En un verdadero matrimonio cristiano, el amor de los esposos es el reflejo del amor de Cristo por su esposa, la Iglesia. Nuestro Señor no le será jamás infiel a su esposa, ni tendrá otras. Por lo tanto, el matrimonio sacramental, sim-

bolo de lo espiritual, debe ser, en forma similar, fuerte y duradero. La caridad en las almas de los esposos les permite llevar a cabo esta gran realidad.

El amor en el nivel divino es muy diferente del amor en el plano puramente humano y existe, a veces, un conflicto entre los dos. Nuestro divino Señor nos advirtió que aquellos que lo amaban, serían odiados por el mundo. "...Pero como no son del mundo, sino que yo los elegí y los saqué de él, el mundo los odia" (Jn 15, 19). Dijo asimismo que Él no había venido a traer la paz sino la espada, y que "he venido a enfrentar al hijo con su padre, a la hija con su madre" (Mt 10, 35). Siempre existirán quienes comprendan por qué el amor de un hombre o una mujer puede ser lo suficientemente fuerte para hacer que el que ama corte con todos los otros lazos, pero consideren una locura que alguien se enamore de Dios y encuentre que bien vale la pena perder el mundo por Él.

Cuando el amor divino entra en el alma (o, mejor aun, cuando permitimos que entre) toma posesión de ella, la renueva y la penetra completamente. Pero es tan invisible como el viento, tan misterioso como la caída de un meteorito. Presta vigor a lo que es lento en actuar; refuerza lo que es débil; hace entrar en calor lo que hay de frío en nosotros y hasta nos lleva a soportar nuestra cruz con alegría. Elimina todas las fronteras establecidas por el amor humano: coloca al samaritano dentro de los límites de la familia. Ya no hay ni griegos ni polacos, rusos o judíos, alemanes o franceses, japoneses o chinos, todos tienen carta de ciudadanía en el reino de la divina caridad. Elimina los límites del perdón, ya que cuando nuestro Señor dijo: "No te digo hasta siete veces, sino hasta setenta veces siete" (Mt 18, 22) no quería decir cuatrocientos noventa, sino un número más allá de toda cuenta matemática. El amor viaja mucho más lejos que la mera clemencia, que la simple "bondad dentro de lo razonable". Si una persona nos obliga a caminar una milla con ella para castigarnos, Nuestro Señor nos sugiere que caminemos otra milla más, para castigarnos a nosotros mismos y acercarnos, así, a la impecabilidad que Dios desea ver en nosotros. El amor se halla siempre pronto a exceder el sentido común; Magdalena volcó todo el frasco de perfume, porque el amor no conoce límites. El Amor divino hace que desee-

mos darlo todo, y aun si nuestro todo es muy pequeño, ese hecho no desmerecerá la grandeza de la caridad; el Señor valoró la infima suma de dinero de la viuda más que las ofrendas del rico. La caridad no se mide por lo que damos, sino por la intensidad del amor con que lo hacemos.

Aunque este amor a Dios es, algunas veces, severo, asimismo y de manera paradójica, se asemeja a la niñez. Los santos no están, nunca, hastiados: "Les aseguro que si ustedes no cambian o no se hacen como niños, no entrarán en el Reino de los Cielos" (Mt 18, 3). Nuestro Señor no deseaba que fuéramos infantiles, sino que nos asemejáramos a los niños, con su misma simpleza para aprender, lo suficientemente inocentes como para asombrarnos y gozar. Cuando nuestro Señor encontró a los Apóstoles discutiendo entre ellos acerca de quién era el mejor, colocó a un niño en medio de la discusión para regañarlos. El Salvador mismo vino al mundo como un niño y, a partir de ese día, el crecimiento de nuestro amor por Él requiere de nosotros que seamos tan humildes como para agacharnos y entrar en la gruta en la que nació. Los hombres orgullosos no se inclinan; de esta manera no ven el drama de la gruta donde se descubre que un niño es el Señor del universo. —

Finalmente, donde hay caridad o amor divino, ya no hay sentido del deber. La obligación como motivo deja lugar a la motivación del amor. Dejamos de actuar a raíz de una compulsión, ya sea social o de una conciencia que nos sermonea para que hagamos esto o lo otro. Dejamos de ser esclavos, ya que resulta imposible para cualquiera que ame sentir que es una servidumbre. Cuando el amor a Cristo en nuestra alma se vuelve nuestra motivación en la vida, cesan de existir las tensiones entre lo que deseamos y lo que deberíamos hacer: ambos se han vuelto sinónimos. En la medida en que el ego era el centro de la vida, había un narcisismo, una egolatría que, algunas veces, iba en contra de Dios; porque aquel que ama al ego como su absoluto odia lo divino como a un "rival". Allí donde la base de nuestra moral es meramente la ley, los mandatos, y la ética, como sucede en el nivel del yo, existe siempre una oposición entre nuestros deseos y nuestra conciencia, entre la ley de lo carnal y la ley de la razón. Empero, cuando el ego ha sido domesticado y el yo, por medio de un acto de libre voluntad, se ha rendido a la voluntad divina,

hace su aparición la perfecta libertad nacida del perfecto amor. Considerar al placer como opuesto a Dios significa que el alma está enemistada con Dios; la consonancia de nuestra alegría con la obediencia a Dios, por el contrario, es signo de que el amor ha reemplazado a la ley, y cuando hay amor, la ley es innecesaria. No hay ley que obligue al hombre a dar un anillo a la joven que pide en matrimonio, pero la ley insiste en que pague sus impuestos. Donde no hay amor, comienza la justicia.

El verdadero amor es, a un tiempo, duro de satisfacer y fácil de contentar. Lo primero se debe a que sólo lo satisface el éxtasis infinito; lo segundo, a que no importa lo que dé el amado, esto es siempre lo que el amante desea.

Aunque yo hablara todas las lenguas de los hombres y de los ángeles, si no tengo amor, soy como una campana que resuena o un platillo que retiñe. Aunque tuviera el don de la profecía y conociera todos los misterios y toda la ciencia, aunque tuviera toda la fe, una fe capaz de trasladar montañas, si no tengo amor, no soy nada. Aunque repartiera todos mis bienes para alimentar a los pobres y entregara mi cuerpo a las llamas, si no tengo amor, no me sirve para nada.

El amor es paciente, es servicial; el amor no es envidioso, no hace alarde, no se envanece, no procede con bajeza, no busca su propio interés, no se irrita, no tiene en cuenta el mal recibido, no se alegra de la injusticia, sino que se regocija con la verdad. El amor todo lo disculpa, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta.

El amor no pasará jamás. Las profecías acabarán, el don de lenguas terminará, la ciencia desaparecerá; porque nuestra ciencia es imperfecta y nuestras profecías, limitadas. Cuando llegue lo que es perfecto, cesará lo que es imperfecto. Mientras yo era niño, hablaba como un niño, sentía como un niño, razonaba como un niño, pero cuando me hice hombre, dejé a un lado las cosas de niño. Ahora vemos como en un espejo, confusamente; después veremos cara a cara. Ahora conozco todo imperfectamente; después conoceré como Dios me conoce a mí. En una palabra, ahora exis-

ten tres cosas: la fe, la esperanza y el amor, pero la más grande de todas es el amor (1 Co 13, 1-13).

La fe y la esperanza, una vez en el cielo, desaparecerán, ya que la fe no es necesaria cuando vemos y la esperanza es innecesaria cuando poseemos. Pero el amor permanece para siempre.

18. Celo por el prójimo

Quienes han encontrado la verdad y la paz de Dios pueden sentirse confundidos frente a la actitud que se les pide hacia aquellos que aún viven en el nivel del ego o en el plano no santificado de la personalidad, del yo. La respuesta es una variante de la admonición de Nuestro Señor de odiar el pecado y amar al pecador: Debemos ser intolerantes con las falsas doctrinas pero dulcemente tolerantes hacia quienes las mantienen. El mundo moderno está menos inclinado a discutir la segunda parte de la oración que la primera; hoy en día existe una disposición externa que desea que otorguemos iguales derechos al mal que al bien. Argumenta que las ideas erróneas deberían tener la misma circulación que las verdaderas y que un punto de vista en religión puede ser tan cierto como cualquier otro. Esta excesiva comprensión, sin embargo, no se extiende a las áreas exteriores a la religión o la moral. Los agnósticos más tolerantes se vuelven dogmáticos y rigurosos en cuanto a la verdad, si la cuenta del verdulero suma el doble de lo que debiera. Tampoco los jefes de la ciudad alientan a los ingenieros a que alteren la ley de gravedad, y diseñen puentes siguiendo sus prejuicios personales con respecto al peso del acero. La realidad, que está sujeta a leyes que no podemos rechazar, es reconocida en todas las clases de física. La realidad, sujeta a leyes que no podemos rechazar, prevalece asimismo en el mundo moral en que habita el hombre. La verdad no es hechura nuestra; le pertenece a Dios. No tenemos derechos sobre ella; es ella quien los tiene sobre nosotros. El dogma es tan verdadero como que el agua es H₂O; como hay sólo una fórmula química del agua que pueda ser la correcta, hay sólo un dogma correcto concerniente a la encarna-

ción o el sacramento de matrimonio o la transubstanciación. Éste no es un universo en que puedan ser verdaderas una docena de cosas contradictorias.

Nuestro Señor dijo que ni una letra de su enseñanza podía ser cambiada; san Pablo nos dijo que si un ángel enseñara algo diferente, debería ser maldecido. De la misma manera en que un profesor de geografía es absolutamente intolerante acerca de que sólo Washington D.C es la capital de los Estados Unidos, así también existen absolutos en la verdad divina, que no pueden ser cambiados por nosotros. Nuestro bendito Señor no nos dijo que nos liberásemos de la ley en nuestra búsqueda de la verdad. Su promesa revierte este orden moderno: "La verdad os hará libres" (Jn 8, 32).

Pero una vez que hemos reconocido lo absoluto de la verdad divina, nos vemos frente a la necesidad de ser caritativos con quienes no creen. Hay seis preceptos que pueden ayudarnos a mantener una actitud caritativa. En primer lugar, debemos recordar que todas las religiones, sectas y sistemas éticos, participan, en menor o mayor escala, de la verdad. El budismo, el confucianismo, el zoroastrismo, expresan, todos ellos, uno u otro anhelo de la raza humana hacia el infinito. Cada uno toca al menos una nota verdadera en el teclado de la religión divina. Los manuales de religión, al probar la trascendencia de la divinidad, se detienen, demasiadas veces, sólo en las fallas y defectos de tales sistemas, en vez de buscar la módica cantidad de aciertos que hay en ellos. Quienes conocen la verdad entera y la rechazan pertenecen a una categoría especial; no se debe discutir los aspectos intelectuales de la verdad con ellos, ya que su dificultad no reside allí. Pero a quienes ignoran la verdad o están mal informados acerca de ella se les puede mostrar cómo la verdad entera completa la porción de la misma que ya tienen y aman. Podemos siempre aceptar el bien conocido como punto de partida para completar el círculo. No es conveniente probar que los miembros de las sectas están equivocados —puesto que en parte tienen razón— sino que se debe más bien sugerirles que busquen la verdad en toda su plenitud. Cuando un hombre está hambriento no necesitamos probarle que estará mejor sin venenos; sólo tenemos que darle pan y él lo comerá con fruición y ob-

tendrá fuerzas de ello. Asimismo cuando las almas están muertas de hambre, es innecesario discutir sobre las nociones equivocadas acerca de la divinidad; sólo necesitamos, por medio de la bondad y la misericordia, llevarles el pan de la verdad. La gracia divina hará el resto. En el futuro, algún sabio de la Iglesia tal vez use a Confucio como escalón hacia Cristo, igual que Agustín utilizó a Platón y santo Tomás a Aristóteles.

Hay, en las diferentes religiones del mundo, buena materia prima que puede ser utilizada en cooperación con la gracia, para construir la plenitud de Cristo que es su Iglesia. El sentido de solidaridad familiar que poseen los chinos es un buen fundamento natural para la doctrina del Cuerpo Místico de Cristo; el énfasis indio en el ascetismo les facilitará, con el correr del tiempo, el acceso a la redención a través de la cruz. Incluso el culto al hombre-Dios de los japoneses es una inversión del anhelo de todos los corazones por un Dios-hombre. San Pablo dijo a los corintios: "Lo que anunciamos es una sabiduría de Dios, misteriosa y secreta, que él preparó para nuestra gloria antes de que existiera el mundo" (1 Co 2, 7). Nada de lo humano es ajeno a Cristo. "Él nos hizo conocer el misterio de su voluntad, conforme al designio misericordioso que estableció de antemano en Cristo, para que se cumpliera en la plenitud de los tiempos: reunir todas las cosas, las del cielo y las de la tierra, bajo un solo jefe, que es Cristo" (Ef 1, 9-10). Los que se hallan fuera de la Iglesia están en el error, no porque posean sólo un segmento o sección de la verdad, sino más bien porque esa sección ha sido tomada fuera de su contexto, con un énfasis desproporcionado como resultante. Es un error condenar a alguien por tener un interés apasionado en el fragmento que ya posee; es una actitud cristiana la de añadir a sus posesiones, enriquecer sus ahorros integrándolos en una síntesis más alta.

El segundo gran error lo cometemos, a veces, los que hemos sido iluminado por la fe: el pensar que los demás son tontos o perversos porque no ven la verdad que nos ha sido enseñada. Hasta es posible que nos hagamos la ilusión de que conocemos porque somos más inteligentes que ellos. Esto es olvidar el importante hecho de que no hemos llegado a la fe solamente por nuestros propios esfuerzos humanos. Es, en gran parte, debido a la gracia de Dios que hemos llegado a la comprensión de

la verdad. No hemos creado el sol que permite ver a nuestros ojos, y los que están ciegos no han cegado sus ojos, para ocultarse, deliberadamente, de la luz del sol. Atribuir ignorancia al que no cree no es señal de inteligencia sino de orgullo despreciable. Si vemos lo que ellos no ven, es debido a un don de Dios, que va más allá de nuestros merecimientos. Para el creyente, por lo tanto, es una ocasión especial para ejercitar la humildad. Todos deberíamos reconocer nuestra propia falta de méritos, al darnos cuenta de que, sin ese don inmerecido, seríamos, en verdad, ignorantes.

Existe la obligación, para cada uno de nosotros, de ser benévolo y bondadoso con aquellos fanáticos que creen todas las mentiras que escuchan sobre la Iglesia. Al oír sus fantásticas acusaciones, deberíamos decirnos: "Si yo creyera las mismas mentiras que ellos creen, y tuviera la misma educación antirreligiosa que ellos han tenido, y hubiera estado alejado como ellos de las oportunidades de conocer la verdad, ¿acaso no odiaría a la Iglesia mil veces más que ellos?" El fanático odia, a menudo, lo que cree honestamente que es el mal. Estas personas no odian, en realidad, a la Iglesia sino que detestan lo que, por error, creen que es la Iglesia. Una vez nuestro Señor fue golpeado en la mejilla, y su respuesta fue: "Si he hablado mal, muestra en qué ha sido; pero si he hablado bien, ¿por qué me pegas?" (Jn 18, 23). Al comprender a los que tienen prejuicios, estamos refutando, por medio de nuestra acción, la teoría que tienen en su cabeza. Es más, el odio mismo de los fanáticos es prueba de que piensan en nuestro Señor y su Cuerpo Místico; la intensidad de sus prejuicios está causado, a menudo, por una secreta sospecha de podríamos tener razón. Todo odio es prueba de un interés apasionado. Nuestro Señor eligió el mayor fanático de su tiempo para que fuera su apóstol con los gentiles, sabiendo que la energía que Saulo había gastado en odiar sería violentamente efectiva si era dirigida en la dirección opuesta, hacia el amor. Es posible que, cuando llegue el tiempo de reconstruir el mundo cristiano moderno, los mayores apóstoles de Cristo sean reclutados de la tierra que ahora gobierna el Anticristo. Dios se ve glorificado aun en sus enemigos.

Otro punto que se debe recordar es que no todos necesitan llegar a

la fe según lo que señalan los libros. Los estudiantes de teología piensan a veces que se pueden atraer las almas a Dios por medio de un simple programa como el siguiente: Se dominan los argumentos sobre la existencia de Dios; se memorizan las pruebas de la divinidad de Cristo, ofrecidas por las profecías y milagros, y la consonancia de la doctrina de Cristo con las aspiraciones del corazón humano; a continuación se dispara todo esto como proyectiles contra la oposición. La expectativa es que las almas caerán ante las ametralladoras de nuestros silogismos, pero el cardenal Newman dijo acertadamente que "los silogismos resultan una pobre retórica con las multitudes." Muchos manuales están escritos desde el punto de vista de alguien que siempre ha tenido fe; ponen el énfasis en los pasos lógicos a través de los cuales podemos acercarnos a ella. Sin embargo, quienes llegan a la fe no siempre lo hacen a partir de pasos lógicos; estas pruebas serán necesarias más tarde, para la instrucción y la plena comprensión, pero no señalan el comienzo de una conversión. Una persona bebe agua largo tiempo antes de saber que es H₂O. Las almas pueden llegar a Cristo y a su Iglesia a través de muchas puertas. Si hubo alguna vez un filósofo del que uno jamás hubiera pensado que llegaría a creer en la divinidad de Cristo y de su Iglesia, ése fue Henri Bergson. Teníamos aquí a un pensador que había repudiado el intelecto, desdeñado sus principios básicos, y que había hecho del Dios del Ser, el Dios del Devenir. Sin embargo, al final de su vida, pidió que llamaran a un sacerdote antes de morir. Un alma puede llegar a Dios aun desde el odio a la razón, como Bergson lo hizo, o a través de una serie de disgustos, como fue el caso de Leon Bloy. No resulta difícil comprender de qué manera puede suceder esto, ya que la causa de toda conversión es la gracia de Dios. Al principio la gracia es actual, luego santificante. Existen miríadas de formas en que la gracia de Dios puede penetrar en un alma; hay un solo redil y un solo Pastor, pero existen millones de caminos hacia Él. Es posible que las ovejas vengan del valle de la desesperación, de las cumbres del conocimiento, de las profundidades de la ambición, o incluso de las espinas y abrojos de las malezas del pecado. Pedro y Andrés llegaron a través de las redes; Mateo, del escritorio de contador; Pablo en medio de su persecución de Cristo, y Magdalena en un banquete.

El creyente podría traer más paz a las almas de los demás si comen-

zara todas sus conversaciones suponiendo que todos se hallan a la búsqueda de Dios. Resulta sorprendente lo diferentes que parecen las almas cuando unò comienza, como principio, con esta verdad. No hay duda alguna sobre su certeza, así como el ojo necesita la luz y el estómago la comida, así el alma necesita a Dios. No existe una sola persona en el mundo, independientemente de todos sus pecados, que no tenga un alma que anhele el infinito. Como dijo santo Tomás: "Se ama al todo antes que a la parte, y la parte es amada sólo a raíz del todo." El tumulto del amor humano es una secreta persecución de lo divino. Pascal dijo: "Hay dos clases de personas razonables, aquellas que aman a Dios con todo su corazón porque lo han encontrado y aquellas que buscan a Dios con todo su corazón, porque no lo han hallado." Cuando el apóstol comienza sabiendo que todos aquellos a quienes encuentra están buscando a Dios, tendrá un acercamiento más bondadoso que si asume que algunos no están interesados y otros son rebeldes. Ciertamente se puede estar hambriento y, no obstante, vivir de la clase equivocada de comida; y se puede anhelar el infinito y, sin embargo, equivocar el lugar en que se encuentra. Pero es tarea del apóstol, dar testimonio de Dios desconocido a quienes lo buscan entre los ídolos.

El apóstol no tiene por qué sentirse jamás descorazonado ante un alma, más allá de su actual estado de pecado o animosidad. La persona que se jacta de estar al servicio del anticristo debe, para hacer esto, pronunciar el nombre de Cristo. Así como Dios mostró su poder sacando al mundo de la nada, su poder de redención se muestra al sacar a las almas del pecado. El discípulo que desespera de la conversión de cualquier alma está juzgando el caso en términos de poder humano y omitiendo el factor más importante de la gracia de Dios. Acercarse a un hombre enfermo con la creencia de que nunca saldrá de su cama, incidirá, probablemente, en mantenerlo allí; acercarse a un pecador desesperando ante su caso lo precipitará más profundamente en su desesperación. El mismo hecho de que el sembrador del Evangelio sembraba su semilla entre espinas y rocas, indica que tenía alguna esperanza de obtener una cosecha aun allí. Estas almas desdichadas y sin la gracia de Dios están, en realidad, más ansiosas por recibirlo de lo que se pueda sospechar, y los

discípulos que actúan suponiendo el éxito hacen más progresos en llevarlos a Dios que los demás. Existen, sin embargo, algunas almas perversas de voluntad malvada, a quienes se refirió nuestro Señor cuando dijo: "No den las cosas sagradas a los perros, ni arrojen sus perlas a los cerdos, no sea que las pisoteen y después se vuelvan contra ustedes para destruirlos" (Mt 7, 6). Los perversos, no obstante, se reconocen fácilmente, y son escasos en comparación con el resto que busca, escudriña, indaga y trata de asirse a cualquier indicio que pueda hallar. Las personas espiritualmente ciegas no son felices, y lo saben. Desean ver, ya que los corazones, inquietos por el tiempo y la sensualidad, anhelan la paz que les traería el Espíritu.

El apóstol se queja demasiado a menudo de que no puede atraer a un alma a Nuestro Señor porque él es "muy ignorante". Para salvar un alma no se necesita el conocimiento, sino el amor a Dios y al prójimo. El conocimiento es necesario para la instrucción, pero no para la inspiración. La elocuencia no sólo es innecesaria sino que puede, incluso, llegar a ser una desventaja. Como dijo san Pablo: "Y nosotros no hemos recibido el espíritu del mundo sino el Espíritu que viene de Dios, para que reconozcamos los dones gratuitos que Dios nos ha dado. Nosotros no hablamos de estas cosas con palabras aprendidas de la sabiduría humana sino el lenguaje que el Espíritu de Dios nos ha enseñado, expresando en términos espirituales las realidades del Espíritu" (1 Co 2, 12-13). Atraer un alma a Dios no significa hacer proselitismo, deslumbrarla o hacerle perder la cabeza. Hay una vasta diferencia entre hacer proselitismo y hacer apostolado, como lo muestra el origen mismo de las palabras. La primera viene de dos palabras griegas: *pros*, que significa "hacia" y *elythein*, que significa "venir", sugiere un acercamiento desde el exterior. La palabra apóstol viene de la palabra griega *apostellein*, que significa "enviar", como a un mensajero, y apunta a la verdad de que somos portadores de un mensaje y un mandato de Otro. Para convencer a alguien de que se una al Partido comunista, se debe ser proselitista, se debe trabajar sobre la mente del otro desde afuera por medio de la propaganda. Para atraer a alguien a Dios, se necesita ser apóstol, se debe permitir que la Verdad misma trabaje en el interior de la mente que ha sido hecha pa-

ra recibirla, y está conformada para ello, como el nido está hecho para el huevo. Al hombre que trata de ganar a otro para un programa político no lo ayuda la gracia de Dios. Pero cuando un apóstol trata de atraer a alguien a Cristo, Dios ilumina la mente de esa persona desde adentro, y la prepara para recibirlo y comprender Sus palabras. El proselitista convierte a un partido; el apóstol convierte a una Persona, al Cristo viviente. Quienes tienen la fe y desean traer paz a los otros confían sólo en sus propios esfuerzos, y se olvidan de que es Dios quien presta asistencia. En la Iglesia primitiva, la mayoría de los fieles eran reclutados del paganismo por labriegos, esclavos, niños y parias. Cuando vemos de qué manera nuestro Señor eligió a los hombres más comunes para ejercer su apostolado en el mundo, resulta evidente que existen otros factores que influyen, aparte del intelectual. Si el creyente está inflamado por Dios, disparará chispas y el Espíritu Santo avivará su llama.

El trabajo divino se lleva a cabo mejor fuera de la periferia y más cercano al centro. No necesitamos un activismo como el de Pedro, que deja de lado la tranquila tarea de velar y orar, en favor de blandir espadas porque nuestros enemigos también lo hacen. Necesitamos dar testimonio de Cristo por medio de la espiritualización de nuestra vidas. La reforma del mundo debe comenzar, siempre, por la reforma de nuestro propio ego. La mayor parte de la carga de salvar al mundo reposa sobre aquellos que se ufanan de que su pan es el Pan de vida y su vino el Vino de Cristo. Esta tarea gigantesca debe ser llevada a cabo en un alma a la vez, cada respuesta particular a la gracia es un paso hacia la paz y la alegría de todos. Debemos sobrellevar las cargas los unos a los otros, para enseñar a las naciones, para ver en la fe un producto de exportación con el cual alimentar a los hambrientos. El que salva a un solo pecador de su vida errónea, salva su propia alma. "Si alguno de vosotros, hermanos míos, se desvía de la verdad y otro lo convierte, sepan que el que hace volver a un pecador de su mal camino, salvará su vida de la muerte y obtendrá el perdón de numerosos pecados" (St 5, 19-20).

19. Compensando el pasado

En un capítulo anterior, pusimos énfasis en la necesidad de vivir en el ahora. Mostramos de qué manera el momento y sus oportunidades eran nuestro único motivo apropiado de preocupación. Pero esto daba por sentado que el pasado había sido corregido, que, por medio de la penitencia llevada a cabo por sus pecados, se le había privado de su derecho de atormentar nuestras mentes. Hasta que esto no se lleve a cabo, el problema de qué hacer con nuestras fechorías es algo serio, ya que no vivimos, al igual que los animales, en el presente. El pasado permanece con nosotros en nuestros hábitos, en la conciencia que tenemos del recuerdo de nuestros pecados, en nuestra propensión a repetirlos. Nuestras experiencias pasadas están en nuestra sangre, nuestro cerebro y hasta en las mismísimas expresiones que usamos. El Juicio futuro también está con nosotros, nos persigue, causándonos ansiedad y miedo, temores y preocupaciones, procurándonos inseguridad e incertidumbre. Un caballo o una vaca viven en el presente, sin remordimientos ni ansiedad; pero un hombre no sólo arrastra su pasado con él, sino que carga también con las preocupaciones acerca de su futuro eterno.

Debido a que el pasado está con nosotros en forma de remordimiento o culpa, y que el futuro está presente en nuestra ansiedad, se desprende de ello que la única manera en que una persona puede escapar de cualquiera de estas cargas es a través de la reparación, que compensa el mal hecho en el pasado, y por medio de la firme resolución de evitar ta-

les pecados en el futuro. Disponer del pasado es el primer paso que debemos dar, y, al darlo, deberíamos recordar la importante distinción entre el perdón y la reparación del pecado. Algunos que han hecho el mal piensan, en forma equivocada, que sólo deberían olvidarlo, ahora que ya pasó y está "eliminado"; otros piensan, falsamente, que una vez que el hecho incorrecto ha sido perdonado, no es necesario hacer nada más. Empero ambas actitudes son incompletas ya que carecen de amor. Ni bien una alma entra en contacto con Nuestro Señor y se da cuenta de la herida infligida a un Amor tal, su primera respuesta, luego de haber sido perdonado, es probable que sea la de Zacarías: "Compensaré todo." Nuestro Señor, al instituir el sacramento de la confesión, puso en claro que existe una diferencia entre el perdón y la redención del pasado. Es por ese motivo que la confesión es seguida de la absolución, o perdón, y el motivo por el cual, luego de la absolución, el confesor dice: "Como penitencia..." Enseguida dice al penitente qué plegaria decir o qué buenas acciones llevar cabo para expiar sus pecados.

Podemos ver la gran sensatez de esto en la medida en que traduzcamos la ofensa contra Dios a términos puramente humanos. Supongamos que robo un reloj a su dueño. Cuando mi conciencia finalmente me agujonea, lo admito y le digo: "¿Me perdonarás?" Es evidente que lo hará, pero también dirá: "Devuélvemelo". Devolver el reloj es la mejor prueba de arrepentimiento. Incluso los niños saben que el equilibrio interrumpido por el pecado debe restaurarse. El niño que rompe un vidrio jugando a la pelota dirá: "Lo pagaré." El perdón solo no borra la ofensa. Es como si luego de cada pecado, se le dijera a una persona que clavara un clavo en un pizarrón, y, cada vez que fuera perdonado, sacara un clavo. Al final descubriría, que el tablero está lleno de agujeros que no estaban allí en un comienzo. En forma similar, no podemos volver a la inocencia que nuestros pecados han destruido. Al volver nuestras espaldas a Dios pecando contra Él, hemos quemado los puentes detrás de nosotros; ahora debemos volver a construirlos por medio de una paciente labor. Un hombre de negocios que ha contraído grandes deudas se encontrará sin crédito; y, no podrá continuar con sus negocios hasta que haya cumplido las obligaciones contraídas. Debemos pagar por nuestros viejos pecados antes de poder continuar con el negocio de vivir.

La reparación es el acto mediante el cual pagamos por nuestros pecados. Una vez que eso se lleva a cabo, el perdón de Dios está disponible. Su perdón significa la restauración de la relación de amor, de la misma manera en que, habiendo ofendido a un amigo, no nos consideramos perdonados hasta que el amigo nos restituya su amor. La misericordia de Dios se halla siempre presente. Su perdón está siempre listo, pero no se vuelve activo hasta que le hayamos mostrado que realmente lo valoramos. El padre del hijo pródigo tenía siempre listo el perdón en su corazón, pero el hijo pródigo no podía hacer uso del mismo hasta que su carácter no cambiara y estuviera dispuesto a solicitar el perdón, y a ofrecerse a hacer penitencia sirviendo en la casa de su padre. En tanto sigamos ligados al mal, el perdón es imposible; es una ley tan simple como la que dice que vivir en el fondo de una cueva vuelve la luz del sol inaccesible a nuestros ojos. El perdón no es automático; para recibirlo debemos hacernos perdonar. La prueba de nuestro arrepentimiento por haber ofendido, la da nuestra favorable disposición a erradicar el vicio que causó la ofensa. La persona que tiene un violento rencor contra su prójimo y lo confiesa en el sacramento de la confesión no puede ser perdonada a menos que perdone a su enemigo. "Y cuando ustedes se pongan de pie para orar, si tienen algo en contra de alguien, perdónenlo, y el Padre que está en el cielo les perdonará también sus faltas" (Mc 11, 25).

La humillación que implica la confesión de los pecados es un factor de influencia para evitar que los repitamos en el futuro. No obstante, debemos ofrecer algo más que nuestra humillación: se requiere asimismo una satisfacción. Si no se la ofrece en esta vida, habrá que hacerlo en la próxima. "Cumplir con la penitencia", "ofrecer una satisfacción" por los pecados, sería una compensación inadecuada e irrisoria por el daño hecho, si no fuera que Cristo mismo ofrece una satisfacción a través de nuestras insignificantes penitencias, otorgándoles un valor que están lejos de tener. Si sólo tenemos en cuenta nuestra parte en la satisfacción ofrecida por nuestros pecados, deberíamos esperar que las penitencias fueran muy arduas, como lo eran en la Iglesia primitiva; si ponemos el acento en la contribución divina que las vuelve eficaces, entonces podemos comprender la razón por la que son tan leves hoy en día. Empero, en ningún caso es posible fijar una escala de pago realista, ya que la sa-

tisfacción viene de Nuestro Señor. "Él llevó sobre la cruz nuestros pecados, cargándolos en su cuerpo, a fin de que, muertos al pecado, vivamos para la justicia. Gracias a sus llagas, ustedes fueron curados" (1 P 2, 24).

Junto con la enmienda cristiana del pasado está su resolución para el futuro. Ésta debe ser algo más que un deseo de evitar el mal, debe tener la voluntad de cumplir con el deseo. Existe una vasta diferencia entre la *veleidad*, o el mero deseo de mejorar, y la *volición* o voluntad de mejorar. Pilatos deseaba salvar a Nuestro Señor, pero no tenía la voluntad para hacerlo. El remordimiento por el pasado implica un deseo de evitar el mismo pecado, pero en la vaga esperanza de que esto pueda ser llevado a cabo sin abandonar nada; el arrepentimiento no da lugar a "sí" o "pero", sino que pone manos a la obra en la desagradable tarea de erradicar el mal. No podemos ser como la mujer agonizante quien, cuando se le preguntó si renunciaba al demonio, dijo: "¡No deseo hacerme de enemigos innecesariamente!"

Saber que en el pasado hemos cometido varias veces un pecado no nos exime del firme propósito de no volver a cometerlo en el futuro, siempre que esté acompañado de una fuerte confianza en la misericordia de Dios, que no habrá de tolerar que nos veamos tentados más allá de nuestras fuerzas. Quienes no han acudido jamás a la confesión o intentado enmendar sus vidas, no deben ser demasiado duros con las almas que lo intentan; las personas que ceden ante cualquier tentación no tienen idea de lo difícil que es para nosotros resistir a los pecados que ya hemos cometido antes. Si alguien desea saber cuán malo es, déjenle que intente ser bueno. La corriente de un río no se pone a prueba flotando, sino luchando contra ella. La gente mala no sabe nada acerca de la bondad, ya que se encuentra siempre flotando río abajo con la corriente del mal. No deberían ser altaneros con aquellos nadadores vencidos a quienes nuestro Señor perdona "setenta veces siete" ni con su Cuerpo Místico, que abarca con su misericordia a todos los pecadores a quienes realmente les importa y que lo intentan. Más aún, se considera que cualquiera que se niegue a evitar la próxima ocasión de grave pecado en el que ha caído repetidas veces se halla faltó de la resolución de evitarlo y se le niega la absolución en el sacramento.

Los pecados sin arrepentimiento y sin perdón son las causas más comunes de miedo y ansiedad. Muchos neuróticos, que no profesan ninguna religión, no se dan cuenta de que sus problemas se deben a una culpa escondida. Negar la existencia de nuestros pecados pasados es algo tan serio para un alma como la negación de un cáncer existente lo es para el cuerpo. Una conciencia intranquila está siempre ansiosa por el futuro, igual que un malversador que está robándole a un banco vive en el temor de ser descubierto. La mera negación del concepto de pecado no alivia nuestra culpa. La conciencia del hombre no se deja sobornar tan fácilmente, ni evadir con engaños mediante una superficial negativa de la ley moral que está grabada en todas nuestras naturalezas. El único escape verdadero de la ansiedad de la culpa consiste en recuperar la unión con la rectitud divina a través de la penitencia. Su perdón borra el pasado, y las preocupaciones por los arreglos de cuentas futuras desaparecen. Las Sagradas Escrituras nos dan este sano consejo psiquiátrico: "En el amor no hay lugar para el temor: al contrario, el amor perfecto elimina el temor" (1 Jn. 4, 18). En el caso de María Magdalena, la plenitud del amor de Dios borró su pecado, su miedo, e incluso el castigo debido. "Por eso te digo que sus pecados, sus numerosos pecados, le han sido perdonados porque ha demostrado mucho amor" (Lc 7, 47).

El arrepentimiento del pecado es inseparable del amor. El odio que sentimos por el pecado dará cuenta de la profundidad de nuestro amor. Dios no sería bueno a menos que odiara el mal, y ninguno de nosotros puede alegar que valoriza el Amor divino, a menos que evite todo aquello que heriría ese amor. Para amar al prójimo debemos, antes, conocerlo. En el caso de Dios lo contrario es verdadero, para conocerlo debemos, en primer lugar, amarlo. Cuando amamos, deseamos evitar todo lo que pueda dañar a ese amor. Puesto que el amor busca siempre estar con el amado; el amor busca complacer al que ama; el amor está dispuesto a sufrir por el que ama; el amor odia lo que hiera al amado; el amor no siente, nunca, que ha hecho lo suficiente por la persona amada. Las leyes de todo amor se aplican aquí también, y Nuestro Señor en sus enseñanzas nos mostró las distintas maneras en que podíamos expresar nuestro amor por Él. Debemos, por ejemplo, devolver bien por mal. "Pero yo

les digo que no hagan frente al que les hace mal: al contrario, si alguien te da una bofetada en la mejilla derecha, preséntale también la otra. Al que quiere hacerte un juicio para quitarte la túnica, déjale también el manto" (Mt 5, 39-40). Desea, asimismo, que superemos nuestro egoísmo siendo caritativos con el prójimo. "Si te exige que lo acompañes un kilómetro, camina dos con él" (Mt 5, 41). Debemos amar a nuestros enemigos. "Pero yo les digo: Amen a sus enemigos, rueguen por sus perseguidores, así serán hijos del Padre que está en el cielo" (Mt 5, 44). Y todo esto debe ser hecho con alegría. "Cuando ustedes ayunen, no pongan cara triste, como hacen los hipócritas, que desfiguran su rostro para que se note que ayunan. Les aseguro que con eso, ya han recibido su recompensa. Tú, en cambio, cuando ayunes, perfuma tu cabeza y lava tu rostro, para que tu ayuno no sea conocido por los hombres, sino por tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará" (Mt 6, 16-18).

El esfuerzo puesto en aplicar estas leyes del amor nos lleva, finalmente, a una clase más alta de arrepentimiento, en la que algunas almas hacen penitencia, no sólo por sus propios pecados, sino por los pecados de los demás. Las almas que aman en profundidad se hallan conscientes de su unidad con el género humano y desean ofrecer una satisfacción por la culpa de los otros tanto como por la propia. Su misión en la vida consiste en hacer posible el perdón a aquellos demasiado ciegos para pedirlo por sí mismos. En el orden moral, esto es comparable a los que, estando sanos y viendo las heridas que sufren los demás, se ofrecen a vendarlas. Si frente a la miseria física de los demás, el amor intenta aliviar su dolor, entonces, frente al pecado, se siente aun más preocupado por curar la culpa de los demás. Éste es el trabajo que llevó a cabo nuestro Señor en el Huerto de Getsemaní, cuando tomó todas las iniquidades sobre su alma, como si Él las hubiera cometido, y en su sangre, como si las hubiera experimentado. Fue el horror de nuestros pecados la causa de que Él rompiera en un sudor de sangre que tiñó de rojo las raíces de los olivos del Huerto.

El primer émulo y seguidor de nuestro Señor fue su Santa Madre, quien no alegó ninguna inmunidad o "noblesse oblige" contra la vocación

de sufrir por el pecado. Aunque carecía de culpa personal que necesitara satisfacción alguna, permitió que las espadas del mal hecho por otros hombres y mujeres atravesaran su corazón. Ella también, de una manera más limitada que la de Cristo, compartiría la culpa del mundo como si fuera propia. La misma misión superior continúa, hoy en día, en las órdenes contemplativas de la Iglesia: los trapenses, carmelitas, clarisas, y docenas de otras almas dotadas, renuncian al mundo, no porque deseen salvar sus propias almas sino porque desean salvar el alma de los demás. Los religiosos enclaustrados son como un banco de sangre espiritual, que acumulan la roja energía de la salvación, para aquellas almas anémicas que pecan y no expían. Es posible que estas almas que oran y ayunan en secreto eviten que el brazo de la ira de Dios caiga sobre esta época blasfema y rebelde. Así como diez hombres justos hubieran salvado a Sodomá y Gomorra, es posible que unas pocas de estas dispersas víctimas consagradas salven una nación o al mundo. Sus méritos se desparan sobre otros que no han hecho ninguna contribución al bien, como los beneficios de la electricidad nos alcanzan a todos los que jamás pusimos un destornillador en una dínamo. La posibilidad de comunicar los méritos por medio de la comunión de los santos es una de las verdades más bellas y consoladoras que enseña la Iglesia. El amor entre sus miembros no opera sólo en el plano horizontal, entre una persona y otra, sino que se asemeja a un triángulo; una oración sacrificial en la tierra se eleva hacia nuestro gran Sacerdote, Cristo en los cielos. Él la transubstancia con sus méritos y la envía nuevamente a la tierra para que enriquezca al alma pecadora que la necesita. Así como es posible injertar una parte de nuestra piel en otro lugar del cuerpo para curar una quemadura, es posible injertar una oración en el Cuerpo Místico; de la misma manera en que es posible transfundir sangre de una persona sana a otra para curarla de su condición enfermiza, es posible transfundir un sacrificio. Debido a que las almas sacrificiales aman a Dios y anhelan borrar lo que lo ha ofendido, toman los pecados de las otras persona como si fueran propios, como obras del mal que ellas están llamadas a rectificar por medio del sacrificio y la oración. El justo cree que al conocer los pecados de otro está obligado a hacer penitencia por ellos; Dios, sientente él, le ha dado una visión clara de los pecados del otro sólo para que

pueda deshacer el daño. No reta al pecador por no llevar a cabo el trabajo él mismo. La tolerancia dice: "Él es tan bueno como yo." La caridad dice: "Él podría ser mucho mejor que yo." Con esto, el justo quiere decir que si la otra persona conociera el amor de Dios como él lo conoce, este pecador podría amarlo más fervientemente que el justo. El alma verdaderamente cristiana no sólo perdona a los demás sino que toma los pecados ajenos como si fueran propios. Los mejores hombres y mujeres nunca se consideran buenos; sienten de manera constante la necesidad de la misericordia divina para sus propias fallas en el amor perfecto. Para merecerlo, sus corazones se inundan de misericordia y amor por los demás. La conciencia culpable es cruel y cínica; la conciencia arrepen-tida es amable y llena de caridad.

La reparación, como la autodisciplina, depende del amor a Dios. Es inútil decir a la gente que deje de hacer ciertas cosas, a menos que se le dé algo que hacer que sea más importante para ellos. No se podrá persuadir al alcohólico para que deje la bebida que ama, a menos que se le proporcione otra cosa que amar. Porque el mal no puede ser expulsado, debe ser desalojado. Cuando finalmente se encuentra el Amor perfecto, la adhesión hacia otras cosas decrece; cuando un alma responde hasta el límite de sus capacidades a ese amor, a menudo sigue un anhelo de llevar las cargas de los demás como si fueran las propias, para que no se pierdan la gloria de una intimidad con el amor para el cual fueron hechas.

En una oportunidad, santa Catalina de Siena dijo:

Señor, cómo podría sentirme contenta si alguno de aquellos que has creado a tu imagen y semejanza, igual que yo, pereciera y fuera sacado de tus manos. No desearía de ningún modo que ni siquiera uno de mis hermanos, a quienes estoy unida por la naturaleza y la gracia, se perdiera. Sería mejor para mí que todos ellos se salvaran, y que yo sola (siempre con excepción de tu caridad) sufriera los dolores del infierno, a que yo estuviera en el Paraíso y todos ellos murieran condenados, ya que esto sería para más grande honor y gloria de tu nombre.

En otro momento su oración fue la siguiente:

Señor, dame todos los sufrimientos y enfermedades que existan en el mundo, para que mi cuerpo los sufra; desfallezco por ofrecerte mi cuerpo en sacrificio y cargar con todos los pecados del mundo, para que Tú seas misericordioso y cambies su vida por otra.

Aunque este ideal trasciende a la mayoría de nosotros, continúa siendo bueno para el mundo tener algunas almas dedicadas a los ideales que la gran mayoría de la gente jamás practicará. Los analfabetos de un pueblo señalarán con orgullo a la única persona que puede leer y escribir; a través de esa persona, pueden derivar, en forma vicaria, su propia educación. Los justos llenan ese papel en la humanidad; a través de ellos, se lleva a cabo alguna forma indirectamente de compensación por los fracasos de todos. Así como los soldados ofrecen sus vidas para que los no combatientes puedan preservar su libertad política en el tiempo, estos soldados de Cristo sacrifican sus vidas para que los otros puedan gozar de su libertad espiritual por la eternidad.

20. El sabueso del cielo

Los dos dramas más grandiosos de la vida consisten en el alma lanzada a la búsqueda de Dios y Dios que se encuentra en búsqueda del alma. El primero es, en apariencia, el menos urgente, ya que el alma que persigue a Dios puede hacerlo pausadamente, como Pedro siguió al Salvador, desde lejos. Pero cuando Dios persigue a un alma, se muestra como un amante inexorable, que jamás se rendirá hasta haberla ganado o hasta que se le haya negado de forma definitiva.

Una de las más bellas descripciones de Dios en pos de un alma es la que Francis Thompson hace en su poema "El sabueso del cielo." El sabueso es Dios, rápido en su persecución, éste no es un nombre nuevo para Él. Sófocles, en una de sus tragedias, habla del "Sabueso alado del cielo", y una inscripción púnica habla del Kelhilim, el Sabueso de la Divinidad.

En la obra maestra de Thompson se describen ocho situaciones diferentes; cinco hablan de la huida del alma ante Dios, y tres, de la caza del alma por Dios. Así como el conejo se mete en su madriguera para evadir al cazador, el alma intenta escapar hacia cinco guaridas: la mente inconsciente, el sexo, la ciencia, la naturaleza y el humanismo. Elige estos cinco substitutos de Dios con el fin de preservar el ego o el yo intactos, para salvarlos del contacto arrollador de la divinidad.

El esfuerzo para escapar de Dios hacia la psicología profunda es común hoy en día. El alma moderna se sumerge en las profundidades de su mente, de la cual espera extraer un nuevo y refrescante elixir de la vida. Se siente cansada de vivir sólo en el plano horizontal. Tiene la esperanza de que, sumergiéndose en el gran pozo del inconsciente, podrá des-

cubrir algún nuevo misterio sobre sí misma, que “solucionará” su vida y le traerá paz.

En las épocas de fe, la gente vivía en un universo tridimensional. Arriba estaba el cielo, abajo el infierno, y la tierra entre los dos era sólo un mero vestíbulo, una antesala en la que permanecíamos el tiempo suficiente para decir “sí” o “no” a nuestra salvación eterna.

Pero hace aproximadamente dos siglos, la humanidad comenzó a perder la fe en Dios y con ello desaparecieron otras grandes verdades. La moral declinó y las personas ya no se vieron a sí mismas como habitantes del universo tridimensional. Redujeron la vida a una sola dimensión, la de la superficie plana de la tierra. Pensaron que, gracias a la ciencia, sería posible que todos se volvieran dioses y gozaran de su cielo en el mundo.

Sus sueños no se realizaron, era imposible. Las guerras, las depresiones, los miedos de una futura guerra hicieron que, finalmente, la gente deseara de llevar a cabo su sueño sobre la tierra. Pero, entretanto, habían perdido su esperanza en el Cielo. El resultado fue que se vieron lanzados, cada vez más, hacia su interior, hasta que, finalmente, muchos de ellos quedaron estrechamente encerrados, dentro de sus propias mentes. Algunos falsos “científicos” intentaron, entonces, restaurar el universo tridimensional que habían perdido, pero lo colocaron dentro de la mente. En lugar del cielo, la tierra y el infierno, ofrecieron como sustitutos, la conciencia, lo consciente, y el inconsciente; el superyo, el yo y el ello. Los profetas de las profundidades cavernosas pensaron que, si podían cavar, explorar, analizar, sumergirse en los pozos del inconsciente, podrían desenterrar nuevos misterios en los que los seres humanos jamás habían penetrado, y que de este ser subliminal podrían obtener nuevas energías y poderes que traerían la paz y la salvación al mundo.

Pero los individuos ya habían intentado, anteriormente, encontrar la salvación dentro de sí mismos, y siempre habían fracasado. El poeta Thompson también lo intentó, y habla de los temores y la melancolía halladas en “los caminos laberínticos de mi propia mente.” Dios continuaba persiguiéndolo, en medio de todos los miedos que su mente inconsciente arrojaba a su conciencia.

Escapé de Él noche y día;
 Escapé de Él por los arcos de los años.
 Escapé de Él por las sendas laberínticas
 de mi propia mente; y en medio de las lágrimas
 me escondí de Él, y en risas continuadas
 hacia esperanzas promisorias me apresuré;
 y herido, me precipité hacia abajo
 en penumbras titánicas de miedos abismales,
 lejos de aquellos patentes pies que proseguían,
 me seguían.
 Mas en lenta caza
 y con sereno paso,
 velocidad premeditada, urgencia majestuosa,
 resuenan, y una Voz resuena
 más inmediata que los pies:
 “Todas las cosas te traicionan, a ti que me traicionas.”

La búsqueda de la paz dentro de uno mismo está siempre condenada al fracaso. Una ciudad desconocida y nuestro propio ego son los dos lugares más solitarios del mundo. Cuando una persona se halla a solas con su pensamiento, falsamente independiente del amor que lo hizo, se encuentra en mala compañía. No hay dosis de psicoanálisis capaz de curar la desazón que esto procura, ya que su base es metafísica, su origen es la tensión entre lo finito y lo infinito. Es posible que esta clase de mente intente dejar de lado a la divinidad, pero Thompson muestra a Dios como el “Gran perturbador” con su mensaje de que todo desemboca en la desdicha si se deja fuera a la Misericordia.

Sólo el hombre puede ser menos de lo que es su naturaleza. Un mono no puede ser menos que mono; la coliflor no puede ser menos que coliflor; una naranja no puede ser menos que naranja; pero el hombre puede ser menos que un hombre como también puede ser más que un hombre. Puede ser menos que un hombre, si actúa en forma animal; puede ser más que un hombre si se vuelve hijo de Dios. No obstante, aunque una persona descienda al nivel de la animalidad, jamás pierde la im-

pronta divina en su alma, nunca se libera de su anhelo de infinito.

De esta manera, en el mismo momento en que alguien niega a Dios, lo afirma, ya que el ateísmo no significa nada a menos que se admita a Dios. El ateo siente la atracción de la divinidad en el mismo momento en que se aleja de ella. Una persona sin Dios se parece mucho a un marinero novel asustado en una escalera de cuerdas, que intenta trepar a la cofa para el vigia. Suspendido a medio camino entre esta última, su actual destino, y la cubierta debajo, sobre la que podría precipitarse, el miedo lo paraliza. El hombre moderno, al no estar aún con Dios, y no haber caído totalmente en el infierno, se halla en esta condición intermedia de ansiedad.

El Sabueso del Cielo desearía recordar a todas las almas que el si mismo no ofrece escapatoria. Instalarse dentro de nuestras mentes equivale a encarcelarnos. No existe ningún gran misterio dentro de la psique que no haya sido ya explorado. Los seres humanos han vivido demasiado tiempo con mentes ágiles y pensantes como para que sea posible que exista, en el siglo veinte aún escondida dentro de nosotros, más salvación que Dios mismo. Cuando un buque se hunde, no nos detenemos a analizar la química del agua que entra por los boquetes. Escarbar como un trapero en nuestros errores pasados no nos permitirá descubrir la perla de gran valor, ya que ésta se encuentra más allá de nosotros. Ninguna mente crea su propia salvación, ni otras mentes desatentas pueden resolver nuestra distracción. La salvación vendrá de romper el círculo de nuestro egocentrismo permitiendo que la gracia de Dios se derrame en abundancia. Esto es lo que la Encarnación volvió posible para nosotros; fue una divina invasión. La encarnación de nuestro bendito Señor dividió al tiempo en dos. Y así como Él, en Belén, entró en el tiempo para ligarlo con la eternidad, como Sabueso del Cielo entra ahora en las "sendas laberínticas" de nuestra mente, para unirla con su Verdad, Vida y Amor.

La segunda vía de escape por medio de la cual las almas tratan de hallar la plenitud sin Dios es el sexo. Si a la palabra sexo se le otorga el significado de atracción erótica, entonces éste puede ser considerado el falso ideal del ego. Si se usa "amor" en el sentido clásico, es el ideal correcto del yo o personalidad. Toda época de anarquía religiosa es, siempre,

una época licenciosa, y un periodo de confusión política; esto es así porque la rebelión contra la ley divina afecta tanto a la sociedad como al individuo. Cuando la gente ha perdido de vista el significado y el propósito de la vida, entonces intenta encontrar una compensación en la intensidad de sus experiencias, ya sean revolucionarias o personales. Se busca la "excitación" por sí misma. El verdadero amor se une a una personalidad única y permanece fiel, intransferible; pero el goce sexual, tomado como un objetivo en sí mismo, lleva a la promiscuidad. El ego sólo puede amarse a sí mismo; "ama" a otra persona sólo en la medida en que él o ella sean fuentes de su placer egoísta. Los amores ilícitos son un método muy común en el intento de escapar de Dios. El estado de enamoramiento es una atracción que se eleva hacia el Amor mismo, pero el amor ilegal y erótico es sólo otro esfuerzo por encontrar la propia plenitud, sin abandonar el ego como preocupación principal; está destinado al fracaso.

El poeta describe el escape erótico; lo ve en términos de un amor romántico pero ilícito al que presiona. Describe las ventanas de la casa de campo de su amada, con postigos en forma de corazón:

*Imploré, como un forajido,
junto a una ventana de corazones y rojas cortinas,
enrejadas con caridades entrelazadas;
(porque aunque sabía que era su amor quien me seguía,
sin embargo mucho temía
que teniéndolo a Él, todo lo demás perdiera.)*

Esta última línea de Thompson describe la situación de muchas personas que temen que si se abandonan a Dios "empobrecerán" su personalidad; ¡como si abandonar el arco por el círculo nos hiciera perder el arco! La creencia de que el amor a Dios es opuesto al amor humano es una falacia: sólo quienes aman a Dios por sobre todas las cosas pueden amar, realmente, como esposos, esposas o amigos. El poeta habría de comprender luego que, teniéndolo a Él, lo tendría todo. No obstante, en primer lugar:

*Mas si un pequeño postigo se abriera por completo,
el vendaval de su presencia lo batería con estruendo;
el miedo no sabe huir tanto como el Amor sabe perseguir.*

Así, mientras el ego se aseguraba que había escapado completamente de Dios, el espíritu de Dios soplabla para cerrar el postigo. No hay miedo humano a Dios lo suficientemente astuto como para escapar a su amor, ya que Él sabe cómo correr más aprisa que el alma que creó.

La sensualidad no es la respuesta a la búsqueda humana de una felicidad duradera, por la simple razón de que somos más que meramente animales. Si el hombre fuera simplemente un animal, no le pediría al sexo más de lo que éste puede dar —una alegría infinita y duradera— ni sufriría de la saciedad que sobreviene al abusar de él. Otros pecados son menos seductores, ya que no prometen curar nuestra soledad y nuestro vacío, como parece hacerlo el amor ilícito en sus primeras instancias. El cuerpo es limitado pero el alma es infinita. La soledad del primero puede ser satisfecha, no así las aspiraciones de la segunda. Esta desproporción entre el éxtasis duradero que habíamos esperado gozar y el corto y limitado placer que en realidad se obtiene da lugar a la tristeza y, por último, a la desesperación. El Sabueso del Cielo no le permite al alma encontrar una paz duradera en este pecado.

También es posible para algunos volcarse a la naturaleza (creada por Dios), en un esfuerzo por esconderse allí de su persecución. De la misma manera en que podemos leer un libro y olvidar al autor, es factible también ver y hasta volvernos una “autoridad” en el mundo de Dios, olvidando por completo a su Creador. El poeta describe, ahora, de qué manera Él “extrajo el rayo de los secretos de la naturaleza” y se arrojó en un torrente de verdades científicas, surgidas del depósito del mundo natural.

*Conocí todos los significados veloces
en el rostro obstinado de los cielos;
supe cómo surgían las nubes*

*de la espuma del rugiente mar salvaje;
todo lo que nace o muere
se alzó y cayó con ellas; se volvieron forjadoras
de mis propios sentimientos, sollozantes o divinos;
Con ellas gocé y me entristecí.
Me abatía el anochecer
cuando ella encendió sus cirios tenués
alrededor de los santos difuntos del día.
Reí a la vista del alba.
Triunfé y me entristecí en todos los climas,
el cielo y yo lloramos juntos,
las mías, mortales, salaron sus dulces lágrimas;
contra el rojo latido de su corazón de ocaso
junté el latir del mío,
y compartí mutuo calor.*

La ciencia, aunque válida y necesaria en cuanto empresa humana, no podía satisfacer por completo el hambre del alma. El hombre científico permanece como espectador de la realidad, es su copista y su narrador; pero el alma sólo se satisface cuando puede hallar la unión con una Personalidad más amplia. El lenguaje de la naturaleza no es el lenguaje del corazón humano; a menos que el silencio de las esferas despierte el corazón a Dios, es un violento perturbador de la mente. La naturaleza está del lado de Dios; cuando Pedro negó a su Señor, cantó el gallo. La naturaleza nunca nos permitirá descansar contentos, en sus brazos, cuando intentamos amarla sin amar a su Dios.

*En vano mis lágrimas humedecían la mejilla gris del cielo.
Porque ¡ah! no sabemos lo que cada uno dice al otro,
estas cosas y yo; hablo con sonido,
el sonido de ellas es sólo agitación, hablan con silencios.
La naturaleza, pobre madrastra, no apaga mi sed;
déjala, si algo me adeudara,
soltar aquí el azul velo del cielo, para así mostrarme*

los pechos de su ternura:
Jamás leche alguna suya bendijo
mi sedienta boca.

Debido a que, aun en medio del conocimiento científico, el ego permanece inquieto, descontento con las verdades a medias que ha encontrado, el Sabueso del Cielo prosigue con su persecución.

Más y más se acerca la cacería,
con sereno paso,
velocidad premeditada, urgencia majestuosa,
y más allá de los sonoros pasos
llega una voz, aún más veloz:
"¡Mira! Nada te satisface, a ti que no me satisfaces."

Un medio de escape mucho más común que el estudio o la investigación es la naturaleza, o el esfuerzo por huir de Dios cambiando de ambiente. Para un ego en plena huida, la velocidad también tiene su atractivo. Algunas personas intentan viajar lejos de Dios por medio de un movimiento intelectual: fantasías, ensueños, alcoholismo, somníferos, drogas. Al describir esta huida del Sabueso, esta salvaje retirada de la realidad, el poeta escribe:

Atravesé el confín del mundo en mi huida,
importuné las doradas puertas de las estrellas,
golpeé sus rejas retumbantes, buscando refugio;
suscité dulces sobresaltos
plateados murmullos en los pálidos portales de la luna.
Dije al alba: Precipítate; al ocaso: apresúrate;
cúbreme con el temprano florecer de tu cielo, ocúltame
de este terrible amante;
haz flotar tu vago velo sobre mí, que no me vea.

Mas la velocidad y el cambio de escena no frenan al Sabueso del Cielo. La mente misma, sin importar las ligeras alas de las que intentamos dotarla, por medio de tal o cual estimulante, es más lenta que Él. Todas las cosas de la tierra fueron hechas por Dios, y todas ellas permanecen como sus fieles "servidoras", a las que no es posible sobornar para apartarlas de Él:

Tenté a todos su servidores, sólo para hallar
mi propia traición en su lealtad,
en su fidelidad hacia Él, su inconstancia hacia mí,
su traicionera sinceridad y su engaño leal.
A las veloces cosas enjuicié por su velocidad;
me aferré a las crines sibilantes de los vientos.
Mas ya fuera que recorrieran suavemente evanescentes,
las extensas sabanas del firmamento;
o que, llevadas por el trueno
hicieran resonar sus carros a través del cielo,
agitados por relámpagos fugaces alrededor de sus pisadas:
El miedo no sabe huir tanto como el Amor sabe perseguir.
Siempre en demorada cacería,
con sereno paso,
velocidad premeditada y urgencia majestuosa,
llegaron las pisadas perseguidoras.
y una Voz por encima de sus golpes:
"No hallas refugio, puesto que a Mí no das refugio."

Cuando una persona ha perdido las esperanzas de encontrar la felicidad en los placeres de los sentidos, o en la mera acumulación de hechos, puede, todavía, sostener la amable falacia de que, mediante la acción humanitaria, es capaz de descubrir la satisfacción, sin la ayuda de Dios. Tales soñadores creen que si trabajan en pro de la "fraternidad humana" no necesitan reconocer la paternidad de Dios. Thompson describe esta última huida de la divinidad, en términos del amor a los niños:

*Cesé de buscar aquello detrás de lo cual vagaba
a través de hombres o doncellas;
mas aún en los ojos de los niños
parece que hay algo, algo que responde,
¡Ellos al menos son para mí, ciertamente para mí!
Muy anhelante hacia ellos me volví.*

Pero aun en este último y más perfecto amor humano, el poeta encuentra que los niños, que vienen de Dios, continúan perteneciéndole a Él:

*Mas en el momento en que sus jóvenes
ojos se volvieron repentinamente puros,
con respuestas que en ellos asomaban,
su ángel me los arrebató de los cabellos.*

Francis Thompson describe, ahora, las tres etapas a través de las cuales el alma, derrotada en sus otras búsquedas, avanza desde el plano del ego al del yo, del egoísmo al amor divino. Las mismas están marcadas por un sentido del vacío, un posterior miedo a la cruz y una entrega final a su llamado.

El vacío que mueve al alma a comenzar en serio una honesta búsqueda de Dios puede ser una soledad física, luego de la pérdida de un cónyuge o un familiar amado; puede ser un vacío moral, debido a un profundo sentimiento de culpa y remordimiento por el pasado; o puede ser un vacío espiritual, en donde hay una vaga insatisfacción con la mediocridad de la propia vida. Pero nada de esto sería suficiente por sí sólo, ya que hay también un vacío en el infierno. La soledad y el vacío comienzan a ser redentores y creativos sólo cuando la personalidad se siente enfrentada por otra Personalidad. Un alma no está lista para la conversión porque se haya dado cuenta de que rompió un código, una ley, o un mandamiento, sino más bien debido a que ve que ha roto su relación con el Amor mismo. Saulo sintió este hecho sorprendente cuando, al acercarse

a Damasco, se abrieron los cielos y nuestro Señor preguntó: "¿Por qué me persigues?" Agustín lo sintió al escuchar una voz que no estaba sólo en su mente. Toda vez que alguien sospecha que, después de todo, es posible que exista un Dios personal, sabe que si existe, se le debe buscar y encontrar, y que todo pecado y culpa debe ser expuesto ante Él:

*¡Desnudo aguardo el certero golpe de tu amor!
Mi arnés pieza por pieza has desmembrado,
me has derribado hasta ponerme de rodillas;
indefenso me hallo por completo.*

Luego, recordando de qué manera derribó Sansón, sobre sí mismo, las columnas del templo, vé su vida como una ruina, y a su personalidad enterrada bajo el naufragio de un yo desilusionado:

*En la imprudente robustez de mis jóvenes fuerzas,
sacudí los pilares de las horas
y derrumbé mi vida sobre mí; sucio de barro,
me hallo en medio del polvo de los años acumulados,
mi juventud destrozada yace muerta bajo montón,
mis días crepitando, hechos humo,
han soplado y estallado como partículas en un haz de luz.*

Todos los antiguos placeres de la vida parecen, ahora, desperdicios en ruinas. Los sueños se desvanecen. La tierra, que él, como artista, había creído poder hacer girar como un dije de su muñeca, ahora se añade a la carga de su vacío. La poesía no resulta suficiente:

*Sí, aun el sueño abandonó
al que soñaba, y al laudista, el laúd;
aun las fantasías enlazadas, en cuyas cuerdas floridas
colgué yo el mundo, como un dije de mi muñeca,*

*están cediendo; cuerdas demasiado débiles
para una tierra tan excedida en agobiantes penas.*

Por más que estemos convencidos del vacío de la vida y sospechemos que Dios podría llenarlo, todavía hay que sobrepasar un gran obstáculo en el camino hacia la paz, consistente en la autodisciplina, la mortificación y la penitencia. "El que quiera venir detrás de mí, que renuncie a sí mismo, que cargue con su cruz cada día y me siga" (Lc 9, 23). Esto suena como una invitación austera y aterradora: Nuestro Señor es siempre amenazador para quienes sólo lo ven desde la distancia. En esto, Él revierte la usanza del mundo; los placeres de la carne son, a menudo, mayores en su anticipación que en su realización, mientras que los goces del espíritu son, siempre, mayores en su realización que en su anticipación. El poeta aún retrocede ante Cristo, porque piensa, falsamente, que Él no le permitirá otros amores y otras alegrías naturales:

*¡Ah! ¿es tu amor en verdad
una hierba, si bien hierba púrpura,
que no tolera que crezcan más flores que las propias?*

Hace una analogía con la flor legendaria que mata a toda otra planta cercana. El poeta teme que nuestro Señor no tolere otro afecto que su Cruz, y lo describe como haciéndonos pasar por un calvario antes de poder compartir su resurrección. La imagen que usa es la de una madera que debe ser arrojada al fuego antes de que pueda convertirse en la carbonilla del artista.

*¡Dibujante infinito!
¡Ah! ¿es que debes calcinar la madera antes de que puedas dibujar
con ella?*

Piensa en su pasada juventud como pulpa y agua malgastada y teme su vejez:

*Mi frescura gastó su vacilante lluvia en el polvo;
mi corazón es ahora como una fuente rota,
donde las lágrimas caen y se estancan, vertidas siempre
desde los húmedos pensamientos que tiritan
sobre las quejumbrosas ramas de mi mente.
Es así. Mas ¿cómo será?
Siendo la pulpa tan amarga ¿qué sabor tendrá la cáscara?*

En el momento en que se siente inclinado a entregarse al Crucificado, vuelve a él, una vez más, el miedo a someterse a las torturas de la cruz:

*Adivino vagamente lo que el tiempo envuelve con su niebla;
no obstante, de cuando en cuando suena una trompeta
desde las ocultas almenas de la eternidad;
estas estremecidas nieblas por un momento se disipan, luego
gradualmente, alrededor de las torres entrevistadas, fluyen otra vez.
Mas no antes de haber visto yo a quien las convocara, envuelto
en brillantes y púrpuras ropas, coronado de ciprés;
su nombre conozco y lo que dice su trompeta.
Ya sea el corazón o la vida del hombre lo que produce
tu cosecha ¿es necesario que tus campos cosechados
sean fertilizados con la muerte putrefacta?*

Dios aún lo persigue, y, como en el Apocalipsis, dice: "Su voz es como el sonido del agua en un torrente profundo." Al poeta le han fallado, en cada momento, las cosas de la tierra, y comienza a comprender que esto se debe a su rebelión contra Dios y al haber intentado usar los beneficios de la tierra sin contar con Él.

*Ya de esa larga cacería
se aproxima inminente el ruido;
la voz me rodea como un mar rompiente:*

“¿Se halla tu tierra tan dañada,
quebrantada, fragmento por fragmento?
¡Mira, las cosas huyen todas de ti, porque tú huyes de mí!”

Finalmente, en el momento de la entrega, el poeta comprende que el amor es lo que él desea en forma desesperada, y que por sí mismo no es digno de amor. Dios le asegura, entonces, que nada de su dolor y sacrificio ha sido en vano: Él nunca cierra una puerta sino abre una ventana; crea un vacío, sólo para llenarlo; nunca humilla a un ego, como no sea para elevar una personalidad. Las pruebas y cruces, el duelo y las tristezas de la vida, eran sólo la sombra de su mano, extendida para abrazarlo:

¡Extraña, lamentable, fútil cosa!
¡Por qué debería alguien apartarte del amor?
Visto que sólo yo hago cosas de la nada (dijo Él);
“El amor humano necesita humano mérito:
¿Cómo es que has merecido
entre todos los terrones de tierra, el más sucio de todos?
¡Ay, ignoras que indigno de amor eres!
¿A quién hallarás, ser innoble, que te ame,
salvo a mí, sólo a mí?
Todo lo que te arrebaté, lo tomé,
no para tu mal,
sino para que lo busques en mis brazos.
Todo aquello que tus errores infantiles
imaginaban perdido, lo he guardado en casa, para ti:
¡Levántate, toma mi mano y ven!”
Se detienen junto a mí estos pasos:
¿Es entonces mi penumbra
la sombra de su mano extendida con amor?
“¡Ah, mi más amado, ciego y débil,
Yo soy Aquel que tú buscabas!
Apartaste al amor de ti, al apartarme a mí.”

Quienes jamás han experimentado la íntima unión con el amor divino niegan, algunas veces, la realidad de la experiencia narrada en el Sábueso del Cielo. Hay algunas cosas que deben ser experimentadas, para poder ser conocidas: la felicidad de enamorarse de pies a cabeza de Dios es una de ellas. Así como hay dos maneras de conocer la castidad —viéndola y estudiando acerca de ella— hay dos maneras de conocer a Dios: por medio del estudio y encarnando su verdad en nuestras vidas.

El Cardenal Newman escribió: “No todas las descripciones del amor a primera vista me harán comprender el delirio, si nunca me vi atacado por uno; no todos los sermones acerca de la íntima satisfacción de una conciencia estricta crearán en mi mente la imagen de un acto virtuoso y sus correspondientes sentimientos, si crecí en medio de la mentira, el robo y la indulgencia para con mis apetitos.” Quienes sólo se interesan en una música que imita el tam-tam de la jungla, a menudo juzgan que el amor a la música clásica es una pose; la música que amamos es la que ya tenemos en nuestra alma. Hay una expectativa del gusto en todos nosotros, un proyecto de lo que habremos de gustar y aprobar cuando lo encontremos; la realidad que acogemos es la realidad que corresponde a nuestro más íntimo deseo. Todos llevan en sí un ideal no realizado; el día en que descubren su contrapartida en el orden de lo romántico es el día en que se “enamoran”. Pero los amores más elevados, los que nos llevarán a la perfección, deben cultivarse. Muchos de los que ahora aman la música clásica, antes consideraban aburridos a Bach y Brahms. La música clásica, como todas las cosas más valiosas de la vida, debe ganarse y ser conquistada. El amante de la música se ha expuesto y obligado, alguna vez, a escuchar buena música; ha hecho el esfuerzo intelectual de comprenderla; y, finalmente, acompañando al conocimiento, llegó el amor, junto con éste, la simpatía y con la simpatía, el goce. El amor por lo más valioso en pintura o en poesía requiere un esfuerzo similar. Pero quienes nunca leyeron a Virgilio o Sófocles son, en verdad, necios si dicen que el interés que los académicos tienen en ellos no es real.

Incluso el gusto por Dios debe ser adquirido. Cuando leemos el testimonio de un converso que describe la transición del pecado a la gracia como si emergiera de una prisión a la luz, la declaración no debe ser de-

sechada como ilusión o pose. La respuesta honesta de un oyente a esta observación debería ser que hay, al menos, una probabilidad de que exista una Realidad que produjo este amor, así como hay una realidad en la mujer que afirma ser amada por un marido devoto. El amor no brota a la vida sin un objeto, ni los hombres y mujeres se unen para toda la vida, por medio de estrictos votos monásticos, debido a una imaginación ociosa.

Sin embargo, esta tremenda Realidad resulta difícil de probar. Supongamos que todos en el mundo fueran ciegos excepto tres personas. Estas tres verían realmente no sólo el sol sino las cosas que hay debajo. Su afirmación única de que poseen aquello llamado "visión" podría volverse un problema muy interesante para un grupo de psicólogos ciegos, dedicados a investigar la existencia de la visión. Tales psicólogos comenzarían, probablemente, con la presunción de que, puesto que ellos son ciegos, todo el resto también lo es. Antes de llevar a cabo ninguna prueba, sus mentes estarían, ya, cerradas. Cuando los tres que ven, estuvieran que pueden ver el sol y las cosas bajo él, los psicólogos lo llamarían delirio; de inmediato se rastrearía la creencia en una realidad objetiva del sol hasta la mitología persa, y sería abandonada allí. Podría surgir un segundo grupo de psicólogos que sugiriera que la creencia en el sol es básicamente un complejo, basado en un curioso y mórbido deseo de luz.

Los psicólogos asumirían siempre que, puesto que ellos andan a tientas, el resto debe estar también en la oscuridad. Ésta es, asimismo, la actitud de los que viven en el pecado, la desdicha y la agonía, y que denominan superstición y mito al amor a Dios. Si alguna de las tres personas que pueden ver, de nuestra historia, fuera tan ridiculizada por quienes no pueden ver, que, finalmente, se arrancara los ojos, esto correspondería a abandonar nuestra fe debido a la burla de la que el mundo hace objeto a quien ama al Salvador y a su Iglesia.

Las Escrituras dicen: "¡Qué bueno es el Señor! ¡Gustad y ved!" No atribuyas la creencia en el Dios verdadero a la emoción o al sentimiento. La experiencia de Dios es real y puede ser intentada. Si fuera una ilusión, no hubiera inspirado el sacrificio, la pureza moral, la humildad y el conocimiento sublime que ha inspirado a lo largo de veinte siglos. "Gustad y ved".

Pero no se puede "gustar a Dios" en tanto el ego ocupe el lugar principal en nuestro corazón y rechace todo aquello que no sea él. Muchas personas van así por el mundo, burlando todo aquello que amenace a su egregio orgullo. No han vivido ni amado nunca. Es verdad que se aman a sí mismos, pero no hay ninguna alegría en abrazar el propio yo. Lo que estas personas llaman "enamorarse" es sólo una proyección de su propio ego sobre alguien más; su goce no es el tuyo de la otra persona, sino su propio ego, en ese tuyo. Se casan, no para amar, sino para ser amados; no están jamás enamorados de otra persona, sino de una prolongación nerviosa. Y tan pronto como la otra persona cesa de consentir y alabarlos, la abandonan y contraen matrimonio nuevamente. Quienes nunca han amado se hallan en el plano del ego y tienen todo por delante para aprender. El yo conoce la realidad del amor humano y abnegado. Pero debe conocer, aún, la sublime realidad de amar a Dios.

El amor a Dios tiene tres características. La primera consiste en que es inagotable. El amor humano puede ser comprendido, explicado, llevado hasta su origen, lo mismo que un arroyo de montaña puede seguirse hasta su origen en las rocas. Pero el Amor divino es infinito. Si comenzamos con la corriente —en la santa comunión o en la oración— pronto descubriremos que desemboca en un océano de placeres inextinguibles. Lo que conocemos del amor es sólo una gota fugaz de ese océano. El amor de Dios existía antes del comienzo del mundo y seguirá existiendo después de que lo abandonemos. Nuestro corazón sólo puede retener sus más ínfimas partículas, en amores tales como los de Romeo por Julieta y Dante por su Beatriz. El amor escapa a las palabras de nuestros más grandes poetas, e incluso los escritos de los místicos no pueden capturarlo.

El amor del Señor es mayor en su realización que en el deseo. Nuevamente difiere aquí del amor mundano, mayor en su anticipación que en su realización. Todas las canciones populares nos dicen: "¡Qué felices que seremos!" Por el contrario, el Amor divino carece de todo aspecto encantador o extático antes de poseerlo. La cruz nos asusta, el sacrificio de nuestro egoísmo y nuestros pecados nos parece una pequeña muerte; un amor que no sea sensual nos parece falta de amor. Pero luego de ren-

dirnos y abandonar el campo para ganar la perla, entonces nos vemos poseídos por una alegría inefable que desafía toda descripción. Este descubrimiento nos fuerza a actuar de un modo tan completamente diferente que nuestros amigos piensan que hemos perdido la cabeza; sin embargo, hemos, en realidad hallado nuestra alma, algo que el creyente no abandonaría, ahora, por nada en el mundo.

El amor por nuestro Señor no se ve afectado por el sufrimiento. Quien ama a ese amante terrible, encuentra, algunas veces, que el dolor añade combustible a la llama. El dolor vuelve a unir en matrimonio al alma con Dios. Santa Teresa llamaba a todas las pruebas que se le presentaban, "un pequeño obsequio de Dios." Las personas, en la adversidad, prueban y encuentran que el Señor es dulce. La anciana mujer con artritis, con sus miembros torcidos como los olivos en el huerto de Getsemaní, vierte el aceite de sus oraciones en cincuenta rosarios por día; una joven novia escribe en su diario: "Señor, manténme cerca de tu reino para que pueda santificar la carne y volverla el carro que sigue su curso hacia la corona sobrenatural del espíritu"; los obispos, en la China, que empujan una carretilla a través de sus diócesis, predicando de una ciudad a la otra, mientras los comunistas queman sus iglesias y escuelas, se alegran de sufrir por su Señor; el joven esposo con una esposa infiel, consagrado y dedicado a la continencia, come diariamente del pan de vida para que su esposa pueda, un día, retornar a la casa y a la fe; las mujeres religiosas, en los conventos, ofrecen sus plegarias de agradecimiento a Dios, cuando se les informa que tienen una enfermedad mortal, ya que así pueden ofrecer sus vidas, como los soldados en el campo de batalla, en reparación por el mal del mundo. Los soldados que vuelven de las batallas de la guerra, entran en la vida religiosa para ganar, ahora, la batalla contra el poder de la oscuridad, por medio de una vida de silencio y penitencia; una joven mujer, heroína de guerra, que socorre soldados y alimenta a los enfermos, al contagiarse de ellos, dice: "Todo lo que deseo, es amar más a Dios." Un psiquiatra judío abandona la exitosa práctica de su profesión para entrar en una de las órdenes más estrictas de la iglesia y rezar por su propio pueblo; una mujer mundana promete hacer ayuno de carne y pescado por el resto de su vida, para traer nuevamente a los brazos del Maestro a los católicos que se han apartado de Él.

¡Sólo un amor ilimitado puede explicar tal entrega! Ya que éstas son personas felices, todas ellas; vivir en el plano de lo divino trae alegría. La religión no parece agradable a quienes no han trepado jamás, a través del abandono de su egoísmo, lo suficientemente alto como para vislumbrar el panorama; mas una religión divina que contiene la Santa Eucaristía es mucho más placentera para quienes han tenido experiencia de ella, de lo que el mundo lo es para quienes pecan en él. Es posible que alguien que ama verdaderamente a Dios haya gustado de ambos mundos, ambas vidas, si es un converso o un penitente. Pero la persona que ha vivido solamente para la carne, el placer y las ganancias, carece de toda experiencia en lo que respecta a los encantos del espíritu. Puesto que no los ha probado, no puede establecer una comparación.

Muchos conocen la ansiedad de una mala conciencia; pocos conocen la paz de una buena conciencia, elevada al plano de lo divino. Si el disgusto de Dios es tan terrible que mantiene al culpable despierto en la noche, ¡qué alegrías no nos deparará su complacencia! ¡Si estar bajo su ira es una desgracia tan grande, entonces estar cubiertos por su amor significa el éxtasis! San Agustín preguntó lo siguiente:

Y ¿qué es lo que amo cuando yo te amo? No la belleza de cuerpo ni hermosura de tiempo, ni la blancura de la luz, tan amable a estos ojos terrenos; no dulces melodías de toda clase de cantinelas, no fragancia de flores, de ungüentos y de aromas; no manás ni mieles, no miembros gratos a los amplexos de la carne: nada de esto amo cuando amo a mi Dios. Y, sin embargo, amo cierta luz, y cierta voz, y cierta fragancia, y cierto alimento, y cierto amplexo, cuando amo a mi Dios, luz, voz, fragancia, alimento y amplexo del hombre mío interior, donde resplandece a mi alma lo que no se consume comiendo, y se adhiere lo que la saciedad no separa. Esto es lo que amo cuando amo a mi Dios.¹

¹ De *Confesiones*, Lumen, Buenos Aires, 1996.

Eleva tu corazón: la búsqueda del placer es signo de un vacío que sólo lo divino puede llenar. Todo aquel que no está enamorado del Amor va detrás de paraísos artificiales, mas ¿buscaría tan encarnizadamente el cielo si no estuviera hecho para él? Dentro del corazón hay un vacío terrible. Cada pecado que comete es un intento de llenar ese vacío. Todos los amantes sin Dios son amantes desengañados.

Sólo Dios puede amarse a sí mismo, porque es perfecto; el ego no puede quedar satisfecho amándose, debido a que es imperfecto. Ése es el motivo por el que los seres humanos se aman unos a otros, para complementar su propia falta de perfección, ya que, a menudo, lo que se ama en los demás es lo que nos falta. Pero en el amor de los seres humanos encontramos una paradoja que priva al amor de su perfección. Supongamos que amo y soy amado. Si el que ama, lo hace totalmente y con una perfecta entrega; entonces cesa de existir; yo lo domino, lo poseo, y lo sojuzgo hasta un extremo tal, que deja de existir como imagen de Dios; ya no existe por y en sí mismo, sino sólo para mí. En ese caso ya no tengo a quien amar. Mas si no me ama de manera total, hasta el punto de la entrega, entonces no está consagrado a mí, y por lo tanto no satisface mis deseos, ya que estoy hecho para el amor infinito y no soy amado de manera suficiente.

Así, en el amar y ser amado por los demás y no por Dios, hay hambre y saciedad. Hambre, porque ninguna criatura puede amarlo suficiente, y saciedad porque ama demasiado. El escape de esta paradoja lo ofrece el amor a Dios. En Él no hay hambre porque allí poseemos el éxtasis del amor perfecto. *Voluptas cordium*. En Él no hay saciedad, porque se necesita una eternidad sin fin para comenzar a indagar en las profundidades del Amor divino.

Dios es Amor, y el Amor es lo que deseamos y necesitamos. Nuestro destino es el Amor.